

18.
2ef

ARQUEOLOGÍA Y NACIONALISMO A LA LUZ DEL DISCURSO HISTÓRICO MEXICANO: 1850-1910

Tesis que para obtener el grado de Licenciada en Historia presenta:

Adriana Pérez Soto

Asesor Mtro Federico Navarrete Linares

Colegio de Historia

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

México, D.F. julio ~~1999~~ 1999)

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

213134



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Marcos Zyman.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a las siguientes personas pues sin su ayuda esta tesis no hubiera sido posible

En primer lugar a mis papás Victoria y Benito por facilitarme el camino en todo lo que he emprendido. A Daniel mi hermano, pues, como él bien sabe, sin su asesoría técnica no habría acabado este trabajo a tiempo. A Ricardo Miranda por las tardes de trabajo y plática que resultaron la sugerencia del tema de esta tesis. Al resto de mi familia por su paciencia y colaboración.

A Federico Navarrete, quien ha sido un magnífico asesor y siempre un excelente maestro. A todos los participantes del seminario de los miércoles por sus importantes comentarios a mi trabajo.

A Constanca por su amistad y apoyo incondicional a lo largo de toda la carrera. A todos los maestros y amigos que de alguna forma participaron en la elaboración de esta tesis, muchas gracias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	I
CAPÍTULO I	
LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX	1
La historiografía de la Independencia y de la guerra de 1847	3
La antigüedad en la historiografía mexicana	9
El momento de transición. Carlos María de Bustamante	13
La importancia de la historiografía extranjera	22
La recopilación documental. hacia una nueva historiografía	29
CAPÍTULO II	
ARQUEOLOGÍA DECIMONÓNICA OCCIDENTAL: CONSIDERACIONES GENERALES	32
Los orígenes de la arqueología occidental	32
Historia y arqueología en función del concepto <i>progreso</i>	38
CAPÍTULO III	
LOS ASOMOS DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA	54
CAPÍTULO IV	
ARQUEOLOGÍA Y NACIONALISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA	76
Historia del México antiguo: objetos arqueológicos al servicio de la nación	76
Convocatoria nacionalista	86
Pasado arqueológico	89
Pasado como el de los grandes pueblos de la antigüedad	97
Pasado como transmisión de la civilización	104

Pasado continuo y nacional	111
Pasado prometedor	125
Pasado con mérito artístico	132
La rectificación: reclamo de originalidad	141
 CAPÍTULO V	
LA PROYECCIÓN DE LA IMAGEN ARQUEOLÓGICA DE MÉXICO	145
 De México hacia fuera	152
México y las exposiciones mundiales	155
Cómo consigue México entrar a la dinámica de la modernidad occidental	158
La arqueología mexicana hacia el siglo XX	164
 CONCLUSIONES	169
BIBLIOGRAFÍA	175

INTRODUCCIÓN

Cuando empecé a trabajar con este tema no sabía que la información daría para tanto. Hace unos meses estaba apenas familiarizada con la bibliografía elemental y no me parecía muy seguro intentar por mi cuenta un análisis sobre los vínculos entre arqueología y nacionalismo. Al cabo de una asidua asistencia al Fondo Reservado y después de muchas sesiones de lectura la idea empezó a tomar dirección. Al reconocer que había frente a mí un discurso sumamente peculiar en torno a lo prehispánico y empezar a descubrir características importantes, el problema se tornó adecuado para abordarse en una tesis de licenciatura. El título del trabajo “Arqueología y nacionalismo a la luz del discurso histórico mexicano 1850-1910” resume el contenido del mismo. Sin embargo fue necesario abordar antecedentes al periodo en cuestión por lo cual estos límites cronológicos no están fijos.

La preocupación por estudiar la relación entre arqueología y nacionalismo es relativamente reciente, las publicaciones son, cuando más, de hace diez o quince años. Tan novedosos como enérgicos son estos estudios aunque no precisamente en el caso de México debido a que la preocupación en el tema ha echado pocas raíces, todavía hay muy pocos trabajos en este sentido, la mayoría son historias de la arqueología más que análisis de su protagonismo en la historiografía del país. La ausencia de estudios analíticos ha creado la necesidad de comenzarlos, pero, la necesidad más apremiante surge de la poca atención que se ha prestado al estudio de la historia prehispánica bajo este enfoque. Cuando señalo el descuido por la historia prehispánica, obviamente no me refiero a los estudios propiamente históricos, antropológicos ni arqueológicos, sino a aquellos que proponen una introspección en los resultados de estas disciplinas como proveedores de un discurso acerca del pasado.

La mayoría de los historiadores que se han dedicado a la historiografía del siglo XIX detectan con bastante prontitud una sobrevaloración del pasado prehispánico, esto es –hasta

donde entiendo-, un lugar común a los estudiosos contemporáneos. Pues bien, continuando en la línea de esa idea, mi estudio propone un escrutinio de las relaciones que se tienden en el ámbito historiográfico entre los resultados del quehacer arqueológico y la construcción de una historia nacional; así, una de las hipótesis que se pone a prueba es que, el vigor del que gozó la arqueología, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX, hizo posible la construcción de la historia mexicana más eficaz en cuanto a sus fines nacionalistas. Lo anterior asume que la arqueología se ofreció como fuente de información sobre nuestras antigüedades convertidas en verdad histórica, historia patria más que otra cosa. De paso y para terminar esto con una opinión diría que, ningún estudio que aspire a explicar la perspectiva actual sobre el pasado prehispánico en México, puede hacerse el ciego frente a la producción historiográfica del siglo pasado puesto que ahí adquirió un capelo de gloriosidad y orgullo nacional después de muchas y añejas batallas contra aquellos que insistían en el salvajismo y atraso americano.

En resumidas cuentas este trabajo es un análisis historiográfico de obras mexicanas escritas durante el siglo XIX aunque, en efecto, la parte más consistente del análisis se aboca a las fuentes de la segunda mitad de la misma centuria. La tesis analiza un sólo aspecto, la relación que existe entre dos componentes de aquella historiografía: lo arqueológico y lo nacional. Por supuesto, la idea de realizar un estudio de este tipo no es fruto de la casualidad ni completa originalidad mía. Durante algún tiempo leí varios estudios extranjeros que abordan la problemática entre la arqueología y sus disciplinas afines (historia, antropología y etnografía) frente a las políticas nacionalistas de occidente. Los estudios tienden un margen temporal amplísimo, sin embargo la mayoría son análisis sobre asuntos contemporáneos: la crisis de identidad, el desmantelamiento de las fuerzas nacionales, el ímpetu de las tradiciones locales sobre un mundo que trata de aniquilarlas, y tantos temas que, a querer o no, nos suenan conocidos y caracterizan nuestra realidad finisecular.

Publicaciones de este tipo conforman una propuesta fresca para analizar problemas históricos. La mayoría estudian los conflictos generados por la interacción entre el registro arqueológico, discurso histórico y nacionalismo occidentales. Como panorama teórico aportan elementos importantes para revalorar la historiografía de cualquier sociedad, siempre que se reconozca como punto de partida que todo texto histórico, o testimonio que intente preservar una versión sobre la vida de la comunidad, es una reconstrucción subjetiva de la historia. Pero dónde, entonces, queda la arqueología si se da tanto peso a la historia por sí misma, pues bien, la arqueología ha sido, como los autores de los trabajos que hemos referido se encargan de demostrar, la proveedora de materias primas (en sentido figurado y también literalmente hablando) para construir una versión del pasado. Lo fue a partir del siglo XVIII y con toda su fuerza durante el siglo XIX, época en que Europa verificaba una posición económica y política de privilegio frente al resto del mundo.

Puesto de otra manera, toda la literatura relacionada con temas de este tipo desemboca en la exposición del problema que nace del enfrentamiento entre una disciplina que intenta rescatar el pasado a través de los vestigios materiales de una sociedad y el cúmulo de ideas que -a diferencia del objetivo "real" de la disciplina-, son instrumentalizadas por una elite de poder que busca cierta versión sobre el pasado de su comunidad. En esto reside la conexión de la arqueología con el nacionalismo como estrategia política. Robert Layton llega al meollo del asunto cuando dice que una adecuada representación del pasado, como se percibe en referencia al presente, es un elemento crítico de toda la vida social. Es su valor lo que constantemente hace del conocimiento del pasado un recurso político.¹

La importancia de considerar la subjetividad como elemento definitorio de un discurso acerca del pasado, ha llevado a los arqueólogos a realizar estrictas revisiones en el conjunto de conocimientos que la arqueología ha arrojado desde finales del siglo XVIII. Así, se comprueba que el asunto de la relatividad interpretativa -ya viejo en el campo de las

¹ Robert Layton. *Who needs the past?* London, Unwin Hyman, 1989, p 3.

humanidades en general- ha encontrado cabida dentro del pensamiento arqueológico contemporáneo. Para decirlo de una vez, ahora resultan sospechosas todas las ideas históricas que abrevaron de los logros de la ciencia arqueológica. Ideas tales como las etapas de la evolución de la humanidad, la inferioridad o superioridad de ciertas culturas antiguas y la creencia en la difusión unidireccional de la civilización, entre otras muchas incluso menos escandalosas que éstas, también se someten a una inspección de fundamentos. Como había dicho, en este tipo de discusiones no sólo han participado historiadores (quizá estos sean los menos) la cuestión se debate entre arqueólogos, antropólogos y etnólogos. Cada grupo de profesionistas considera distintos aspectos en su análisis sobre las peculiaridades en una reconstrucción histórica dada. Por esto, se multiplican casi sin límite las aristas desde donde puede observarse el fenómeno. Para este trabajo no es necesario ni posible tratarlas todas, muchos problemas conceptuales que se derivan de estas perspectivas no tendrán lugar en la tesis. Me valgo, nada más, de los puntos convergentes, acuerdos o consensos que han resultado de las discusiones interdisciplinarias en torno al asunto que nos trajo hasta aquí, o sea, rastrear la relación entre arqueología y nacionalismo en la historia escrita en México durante el siglo pasado. Enseguida hago relación de los supuestos teóricos que sostienen los ejes de esta tesis:

- a) La importancia del surgimiento de la arqueología como disciplina científica y su utilización como instrumento político desde los primeros días del colonialismo moderno.
- b) El valor del discurso que genera la arqueología como susceptible de ser analizado historiográficamente
- c) La importancia de reconocer la arqueología una disciplina hecha por hombres y por tanto presa de toda la subjetividad que cabe en el ser humano.
- d) La evidencia e importancia del vínculo entre arqueología y nacionalismo.
- e) Que el discurso arqueológico generado por países que fueron colonias y los que las poseyeron es claramente opuesto entre sí sólo en la primera fase que algunos han llamado de descolonización. Con el paso del tiempo, aquí viene una notable ironía de la historia, se vuelve igual en esencia. Trata de imitar el discurso del antiguo poder aunque busca

reaccionar frente a él, es decir, construir un discurso defensivo ante los argumentos colonialistas.

Representado gráficamente, el trabajo que presento tiene dos líneas de movimiento: la arqueología y el nacionalismo dentro de un mismo plano que sería la historiografía sobre el México antiguo. Mi labor es a su vez historiográfica en cuanto se ocupa de diseccionar un discurso sobre el pasado, sin embargo estoy convencida de que tal y como se ofrece en esta tesis toma un sesgo poco convencional con el que se familiarizará el lector en cuanto inicie la lectura. El primer elemento, *arqueología* no requiere de mucha explicación, se define como la ciencia que estudia el pasado del hombre a través de los restos que ha dejado a su paso, con esto nos basta para poder entrar en materia, pero, en cuanto al segundo término, *nacionalismo* hay que considerar por lo pronto que la tendencia general en los textos más recientes sobre el tema es pensar el nacionalismo no como una consecuencia natural del desarrollo de un país, sino un artefacto cultural de una clase particular.²

El nacionalismo tiene muchas formas de manifestación. Estas formas son o están presentes, a distintos niveles, en la conciencia de los habitantes de la nación. Algunas son artísticas, otras populares y otras cultas. No obstante esas diferencias, todas las maneras en que se manifiesta tienen un mismo objetivo: reafirmar la idea de que existe una nación³. El caso mexicano decimonónico tiene características propias desde luego, pero puede explicarse siguiendo la generalidad de la teoría en torno a ese fenómeno.

Además, el nacionalismo se concreta de diversas maneras, una de las más eficientes y de la cual no puede prescindir un movimiento nacionalista es la narración histórica adecuada y consecuente con la causa nacional. Esto significa que no importa cuales sean los propósitos

² Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. 2ª ed. Trad. Eduardo L. Suárez. México. Fondo de Cultura Económica, 1991, p 21.

³ Desde luego el término nación habrá de ser explicado con más amplitud adelante. Por el momento pido al lector pensar en la dimensión convencional de la palabra. De este modo, entendemos por nación un conjunto de

específicos de cada nacionalismo, es un fenómeno del presente que no puede desapegarse del pasado, si lo hace pierde sentido porque al ser (el nacionalismo) una creación, un invento o un artefacto cultural, precisa legitimidad, y nada puede hacer a algo más legítimo que su antigüedad. Qué tan verdadero resulte ese relato histórico ni siquiera debería cuestionarse, por lo menos no como si quisiéramos realmente toparnos con una verdad. Lo que debe importarnos es que en su momento y para sus propios fines fue tal. Abelardo Villegas dice que en eso consiste la eficiencia histórica, definida por él como un conjunto de creencias y sentimientos que coadyuvan a los procesos sociales, pero que, a menudo, no poseen una gran dosis de verdad ⁴. Desde luego, y siendo congruente con lo que decía, es discutible que Villegas se refiera a la ausencia de verdad, pero eso no vamos a discutirlo aquí.

Continuo con una somera inspección a las circunstancias del México decimonónico. De acuerdo a lo que decía sobre la “antinaturalidad” del nacionalismo, resulta que el país no llegó de buenas a primeras a un momento de disyuntiva: o se decidía por el nacionalismo o abandonaba la causa. Las condiciones en que nació a la vida independiente marcaron las primeras pisadas del camino hacia la búsqueda nacional. Algo que la historiografía sobre la Independencia recrimina a los impulsores de la revuelta fue la poca responsabilidad con la que movieron al pueblo, la versión que campea insiste en que en efecto la emancipación respecto a España era necesaria, pero por ningún motivo había razón para violentar, con la prisa, un proceso que se daría naturalmente. Gracias a esa obstinación, culpan algunos autores, México pronunció su emancipación lejos de un proyecto serio para constituir una nación. Aquel hecho sería motivo de pesares hasta el medio siglo. De todo esto se infiere que la importancia del pasado mexicano en el siglo XIX no es ninguna casualidad, así vamos acercándonos a la relación que existe entre la voluntad de llegar a ser una nación en

habitantes de un país regido por un mismo gobierno, y aceptamos por ahora que una nación es el conjunto de personas que comparten una misma cultura.

⁴ Abelardo Villegas. “El sustento ideológico del nacionalismo mexicano”. En *El nacionalismo y el arte mexicano* (IX Coloquio de Historia del Arte). México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1986. (Estudios de arte y estética, 25) p 19.

toda la extensión de la palabra y la necesidad de contar con una historia que avalara la ideología a través de la cual el deseo se haría realidad.

Es bien sabido que el comienzo de la vida libre del país fue muy desafortunado, además de las querellas políticas entre compatriotas, no tardaron en brotar conflictos con otras naciones, siendo el más grave la guerra mexico-norteamericana que terminó con la firma de los tratados de Guadalupe-Hidalgo en 1848. El resultado de tantos problemas fue la evidencia de que México no constituía una nación, no en el sentido moderno de la palabra. Su soberanía se había visto continuamente mermada y los hombres que supuestamente conformaban la nación no sentían mucha conmoción por los problemas que enfrentaba. No había condiciones para poner en práctica un proyecto común, y de hecho esto se demoraría bastante.

Quienes vislumbraron esta situación y su gravedad, no tardaron en reaccionar. El siglo XIX vio nacer a muchos hombres preocupados por el destino del país, que invariablemente participaron en asuntos políticos antes de ocuparse en otra cosa, aunque también invariablemente esa otra cosa eran estudios históricos, geográficos o estadísticos. Algunos fueron simpatizantes de las ideas liberales, otros de las conservadoras, pero muy pocos completamente fieles a un solo bando, eran hombres que caminando por una vía o por otra llegaban a la misma conclusión: se necesitaba orden en el país, orden para poder echar a andar el proyecto nacional.

Siendo ese el propósito a alcanzar, todo lo que se emprendiera en México sería bajo ese impulso. Mi atención se dirige, como he dicho, a la presencia de lo nacional en la historiografía. Los autores responden, unos más de cerca, otros menos, al perfil que describí arriba y cuenta en ellos como una característica relevante el haber vivido en carne y hueso algunas de las experiencias políticas y militares que pusieron de manifiesto la inconsistencia de una entidad nacional. Los testimonios de estas experiencias son tan

contundentes que, a no dudarlo, eso los puso en el camino de la política y de las letras, e hizo inaplazable para ellos la edificación de la nación.

En esta tesis escucharemos varios nombres conocidos. José María Roa Barcena, José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Antonio Peñafiel, Leopoldo Batres entre otros, del mismo modo que oiremos nombres quizá por primera vez. Advierto que conforme a los lineamientos de este trabajo, no se requiere detallar sus datos biográficos o cosa por el estilo. Lo que me interesa es aclarar que todos ellos formaban parte de una elite, se puede decir intelectual (aunque había intelectuales de muy diferentes vuelos), que se abocó con toda la voluntad y el convencimiento de que fue capaz a construir un discurso coherente sobre la historia del país. El planteamiento de elaborar una historia general, es decir, que comenzara por los tiempos prehispánicos y llegara hasta el siglo XIX fue idea de mediados de siglo, signo inequívoco de los deseos nacionalistas en busca de unidad histórica.

El contenido de esta tesis está repartido en cinco capítulos. El primero se ocupa de revisar los postulados más importantes de la historiografía de principios del siglo XIX. Considera como los dos momentos que motivaron la búsqueda de conciencia nacional el propio movimiento de Independencia y después la guerra con Estados Unidos. Más adelante la línea del capítulo se desvía un poco al indagar desde dónde proviene la preocupación por exaltar la antigüedad en la historiografía, en ese punto es preciso retroceder hasta su valoración dentro de la tradición historiográfica criolla y su patriotismo. En general el primer capítulo proporciona meros antecedentes en lo que a historiografía mexicana toca.

El segundo continúa sentando bases para el análisis ulterior, pero, este capítulo sale de las fronteras mexicanas y va directamente al examen de la situación europea en el siglo XIX. Quedó planteado así por ser preciso explorar el desarrollo de la arqueología decimonónica mexicana a la luz del contexto mundial ya que los antecedentes de los estudios arqueológicos de este país provienen de la imagen que sobre ellos proyectó el Viejo

continente. Las cuestiones que vamos a indagar se resumen en las siguientes preguntas ¿Qué y en qué medida recibe la arqueología mexicana de la práctica occidental? ¿Podemos hablar de una preocupación de los estudiosos mexicanos por integrarse al contexto mundial a través de su propio discurso sobre la antigüedad? ¿Es posible hablar de una imitación de la práctica europea como síntoma de una búsqueda de aceptación o reconocimiento nacional? Con una aproximación a las respuestas correspondientes pretendo proporcionar un contexto coherente en el cual cabe con toda la lógica el abrupto interés por la arqueología en México

Esta sección habla de los orígenes del nacionalismo como ideología política posterior a la Revolución francesa y como valor justificatorio de las acciones imperialistas por parte de las potencias europeas sobre otros continentes. A la luz de esta realidad se observa el apasionado interés occidental en una ciencia apenas naciente cuyo encarecido encanto fue facilitar toda clase de argumentos para autorizar su liderazgo. Como el lector supone, este capítulo se ocupa de la naturaleza de conceptos fundamentales para hablar con formalidad del surgimiento de los estudios arqueológicos en Occidente, esos conceptos son principalmente: civilización, evolución y progreso. Uno de los resultados más importantes de los estudios contemporáneos en esta dirección revela que todos ellos fueron conceptos salidos del nuevo modelo de pensamiento científico, implementado sobre todo en las ciencias naturales, que dejó boquiabierto al mundo occidental durante el siglo XIX. Lo que se destaca en esta parte de la tesis es que estos conceptos se adecuaron a un nuevo objeto de estudio: el hombre, y así empezaron a funcionar perfectamente para explicar el desarrollo histórico bajo un modelo unilineal. El gran logro, comprobar sin sentimiento de culpa que la cultura europea efectivamente ocupaba el más alto lugar en la escala de la evolución de la humanidad. A partir de entonces la intromisión europea en Asia o África quedó plenamente justificada, al hombre occidental le correspondía llevar la civilización al resto del mundo

Con lo que he dicho parece claro que desde el segundo capítulo empieza el roce entre arqueología y nacionalismo. La idea central gira en torno a que la arqueología occidental gozo de gran vigor en las potencias colonialistas europeas porque proporcionaba pruebas con las cuales podían componer la historia a su conveniencia. Su aprovechamiento de territorios antes ajenos se convirtió en un destino marcado por el orden natural de la evolución y el progreso de la humanidad

Dejando del lado el escenario mundial, el tercer capítulo se concentra en describir cómo surge en México la disciplina arqueológica. Creo que la palabra *asomo* dice mucho al respecto. Efectivamente se trata de un asomo y no de una aparición abierta ni segura. Esto puede sonar fácil pero uno no podría tener una idea aproximada de la complejidad de tan peculiar nacimiento sin inspeccionar algunos textos que, una vez más, nos llevan a los años finales del siglo XVIII. Como se ve en el apartado al que me refiero, la arqueología aparece con obscuridad, completamente empotrada en la atmósfera romántica que hace de ella un manojo de escenas idílicas, melancólicos viajes a parajes ruinosos, remembranzas de felicidad pasada, una atmósfera que la inviste de misterio y exotismo... así consta en los textos que analizamos y que llegan hasta la mitad del siglo XIX.

Lo más interesante llega cuando uno repara en que, pocos años después, esa noción romántica se transforma sustancialmente y da el paso definitivo hacia el cientificismo que exige a la arqueología todo el rigor metodológico al que somete la ciencia decimonónica. Por ese camino llegamos al cuarto capítulo que yo considero el cuerpo de la tesis por ser el análisis del discurso histórico en el que por fin se conectan con toda cabalidad los términos arqueología y nacionalismo en la historiografía mexicana.

Tan pronto empezó a pasar la época de daños, pleitos y perjuicios, la historiografía mexicana entró en un periodo de revisión y rápidamente se llegó a un acuerdo: urgía el asimiento de una versión concatenada de la historia de México que diera la debida continuidad a todos los sucesos de la vida del país. ¿Por qué? Porque la elaboración de una

historia así, continua, coherente, lógica y sobre todo nacional significaba que el país había logrado asumir su propia vida en el más amplio sentido de la palabra. El país entonces mostró su capacidad para enmendar las faltas del pasado y se proyectaba como una nación en vías de progreso y muy cerca de la modernidad. Podemos decir que esa imagen se proyectó en dos planos: al interior de México, enseñando a los compatriotas su propia historia y al exterior poniendo de relieve ante las naciones extranjeras el logro mexicano.

El análisis del discurso se lleva a cabo a través de ocho categorías establecidas por cuenta propia y que permiten observar con nitidez la relación entre lo arqueológico y lo nacional en la reconstrucción de la historia prehispánica que –como se verá– queda entendida a su vez como parte integral de la historia completa de México.

Todos los documentos que sirven para tejer el análisis plasman el impacto de la arqueología en los estudios históricos mexicanos. Me refiero a que, una vez probado que la arqueología proporcionaba los argumentos necesarios para respaldar un conocimiento previo sobre las sociedades antiguas se volvió la panacea de la investigación sobre el pasado remoto. Su información se encontró poco debatible en tanto que existía una cantidad considerable de pruebas (objetos arqueológicos) que demostraban el carácter verdadero de la historia.

Esta operación a la que aludo no es tan simple como parece a primera vista, presenta una serie de problemas que son tratados en el capítulo y por tanto no repito aquí. Sólo condenso parte del proceso diciendo que, los “descubrimientos” arqueológicos revelados por los estudiosos –ya fueran amateurs o formados– dan un paso de enorme trascendencia al convertirse en discurso histórico. Esta especie de conversión es posible porque los conocimientos arqueológicos siempre son interpretados a la luz de los históricos (previos) pero con la intención de reahacer la historia, todavía más, de hacerla conveniente. La novedad de la arqueología en la historiografía es que gracias a la primera se reconstruye una parte de la historia antigua como una narración científica –y por científica, irrevocable– del pasado.

De vuelta a lo que mencioné antes, en la nueva versión de la historia prehispánica, fabricada para encajar perfectamente inaugurando una historia general de México, puede apreciarse sin demasiados esfuerzos un contenido nacionalista que glorifica sin límites la historia de los antiguos mexicanos y después se debe completamente a la tarea de construir un discurso de unidad. Hay que señalar que esto fue propósito general de la historiografía decimonónica occidental y no una situación sólo mexicana. Construir una idea concatenada del pasado, una trayectoria que le diera lógica al estatus privilegiado de las entidades políticas de aquel presente, una historia que anunciara y respaldara proyectos futuros fue, en gran parte, lo que se entendía en pleno siglo XIX por modernidad. En otras palabras, el cuarto capítulo va al meollo del asunto al examinar un discurso moviéndose en tres direcciones: pasado, presente y futuro. La relación entre pasado y presente no va a entretenernos demasiado, aceptamos que recurrir al pasado es una necesidad de primer orden cuando en el presente hay circunstancias que requieren explicación o justificación legítima de frente a la sociedad. En cambio, la relación entre pasado y futuro es un poco más complicada, obedece en principio, a una visión lineal y ascendente de la historia. Sólo a la luz de este modelo resulta consecuente que la vida en el pasado, con todas sus glorias y sus fracasos establece inequívocamente el lugar que tendrá una comunidad en el futuro. Hay una conexión directa entre lo que se fue y lo que se puede ser. No puede extrañarnos, entonces, que la historiografía mexicana se desviviera por engrandecer el pasado del país. El lugar asignando para el futuro estaba en juego desde las épocas más remotas, se haría lo que fuera menester para que aquellas resultaran un buen augurio.

El discurso historiográfico que analizamos fue recalcitrante en su tendencia a la unidad, eso se constata fácilmente en dos hechos: la historiografía mexicana, primero, trató de minimizar las diferencias del pasado para evitar la peligrosa proyección de una historia escindida, y segundo, enfatizó todo lo monumental arqueológico para convertirlo en símbolo de la nación. La obra cúlmen de estas ideas llevadas a la práctica es *México a través de los siglos* pues cumple perfectamente con las características que se han

mencionado, esta obra tiene los más acusados tintes de historia moderna en el sentido que anotamos, es unívoca y monumental, y ejemplifica más que bien la compleja relación pasado-futuro del discurso decimonónico occidental.

El quinto y último capítulo vuelve a considerar el escenario mundial pero ahora desde otra perspectiva. El asunto a tratar se resume en dos interrogantes, por qué y cómo se obtiene al fin una imagen nacional de México. El capítulo toma en cuenta que esta imagen se originó y construyó a partir del apego mexicano a los parámetros y cánones que en todas direcciones establecía el mundo industrializado y progresista; también observa que esta imagen regresa al contexto del que surgió para promocionar al país presentando todo aquello que lo hacía un buen candidato para encaminarse en la ruta del progreso.

- Lo interesante es mirar con detenimiento la importancia de la arqueología mexicana en este fenómeno, sobre eso versa el capítulo final. Valora algunas nociones históricas que mediante el debido respaldo arqueológico se volvieron verdades mexicanas en el denodado intento por constituirse una nación moderna. Ya que hablamos de esto, no está de más decir que algunos estudiosos consideran que la preocupación de una sociedad por su pasado, que implica preocupación arqueológica también, se vuelve un signo de que aquella sociedad desea proyectarse capaz de modernizarse, de progresar. Vemos con esto que por todas partes hemos de regresar a la relación pasado-futuro.

Uno de los últimos aspectos que aborda el quinto capítulo y por lo tanto la tesis, es la importancia que cobra la infraestructura historiográfica decimonónica en las subsecuentes construcciones nacionalistas, es decir, las inmediatamente posteriores a la Revolución de 1910. Es necesario advertir que este problema queda apenas esbozado. Ahora bien, este último aspecto se torna más consistente si consideramos la figura del indígena como sujeto central del discurso histórico mexicano. En la historiografía del XIX está absolutamente muerto, por ello es un ser ideal, lejanísimo al indio contemporáneo, pero ¿qué pasa después? En la historiografía que surgió de la revolución, todo el valor ideal de aquel

sujeto, un valor otorgado por su carácter arqueológico siempre meritorio, transforma su significado. Lo admirable de aquel grupo social, reducido a los logros materiales que quedaban como recuerdo grato de una antiquísima cultura seguía poniéndose en las vitrinas de un museo, pero el hombre indígena se convirtió básicamente en el sujeto inconforme, el campesino revolucionario y agente del cambio social. En otras palabras, tampoco en este siglo tuvo una presencia discursiva que reflejara completamente su situación, el indígena fue tan ideal para el nacionalismo de principios de siglo, como lo fue para el del siglo XIX. Lo prehispánico, eso sí, fraguó como símbolo de nacionalidad, gracias a las piruetas historiográfica que se dieron en el siglo pasado, la antigüedad mexicana pudo reivindicarse y formar parte del orgullo de la nación, los resultados tangibles de los trabajos de la prometedora ciencia arqueológica se convirtieron en excelente catálogo del cual extraer toda suerte de símbolos que evocan desde entonces lo mexicano.

Para terminar de introducir al lector en los senderos de este trabajo y con toda la intención de que disfrute tanto como yo las cisañosas palabras de Vicente Riva Palacio, transcribo un pasaje sin igual.

Alfredo [Chavero] arrugará los ojos, dará un buen sorbo de rapé, pondrá luego ambas manos atrás, y sacando todo lo más que pueda el abdomen, os espetará una bonita disertación:

El pasaje que representa la piedra es muy conocido; figura un episodio de la gran guerra entre los *atepocates*, pueblos belicosos del sur del Anáhuac, y los escuincles sus rivales, y en la que definitivamente fueron vencidos los últimos. El personaje que está en pie es *Chilpocle XI*, de la dinastía de los *Chacualoles*, que por muerte de su padre *Chichicuilotl III* heredó el trono estando en la infancia, y durante su menor edad fue regente su madre, la famosa reina *Apipisca II*, la Semíramis de Tepechichilco. El personaje que está de rodillas es *Chayote V*, infortunado monarca de los vencidos, que debió la pérdida de su imperio a la traición de su consejero *Chincual* que es el que está detrás de él. Los dos sujetos que están cerca del vencedor, son su hijo, que fue después el célebre conquistador *Cacahuatl II*, y su consejero, el ilustre historiador y filósofo *Guajilote*, por sobrenombre llamado *Chicuase*, con motivo de tener seis dedos en la mano izquierda, y que fue quien escribió la crónica de la sublevación y destrucción de la tribu de los *mestlapiques*. Esos signos estrellas de dos picos que se ven en la parte superior, son las

armas del fundador de la dinastía, *Chahuistle el Grande*, y esta piedra está labrada en el siglo de oro de las artes, de los atepocates, cuando figuraron entre sus escultores el insigne *Ajolote*, entre sus pintores el famosísimo Tlecuil y entre sus arquitectos el célebre *Huauisontle*.⁵

Aunque estas frases están escritas con toda mala fe, no podemos negar que Riva Palacio parodió con mucho tino el estilo de las interpretaciones arqueológicas de su tiempo. Por mi parte sólo diría que si un contemporáneo se permitió tal mofa sobre las disquisiciones que tan ufánamente se estrenaban en pleno siglo XIX, tenemos motivos suficientes para sospechar que con frecuencia transgredieron el límite de lo razonable. Como fuere, eso no impidió considerar a tantos descubrimientos arqueológicos un aumento de la ciencia y contribución invaluable para la historia mexicana.

⁵ Riva Palacio, Vicente. *Los Ceros (Galería de contemporáneos)*. José Ortiz Monasterio (Coord) 2ª ed. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996, p. 168.

Capítulo I

LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Para comenzar:

Nada más complicado que señalar con exactitud cuando y por qué surge el nacionalismo en México, el problema ha sido ampliamente discutido, abordado desde posturas diversas sin que se haya llegado todavía a precisar su origen.¹ Sin duda el elemento que complica la búsqueda es que México existe formalmente como país desde 1821, año en que se consuma la independencia tomando eso en consideración, no podemos hablar de nacionalismo mexicano antes de esa fecha. Pero, sin existir un sentimiento similar al nacionalismo ¿cómo se habría dado el proceso independentista? En efecto, como proceso mental que lentamente fue disociando la realidad novohispana de la española, el nacionalismo que concluyó en “mexicano” tiene antecedentes lejanos, inscritos por supuesto, a los siglos de vida colonial. David Brading para no llamar a este proceso “nacionalismo” (pues no había una nación que diera sentido al término) prefiere acudir a “patriotismo criollo”.

Suprimiendo por ahora los detalles de cómo se concatenen estos dos fenómenos, pensemos en lo más cercano al resultado final: el nacionalismo mexicano. No he dado por hecho su existencia en el siglo XIX (sobre todo considerando que todavía en nuestros días hay más de una realidad que ponen en duda su existencia) más bien propongo ceder ante la idea de que en la primera mitad del siglo XIX la “nación” era una entelequia, un concepto ideal morando en la cabeza de muchos, pero lejos de ser una condición real. El nacionalismo por tanto, un conjunto de graves esfuerzos por cohesionar a los grupos que compartían un territorio. Esfuerzos hechos a partir de varios modelos venidos principalmente de Europa que para esta época estaba absorta en la conformación de sus Estados-nación.²

Ahora bien, durante el siglo que nos interesa se dieron dos acontecimientos trascendentes, ambos atentaron a su modo contra la entelequia del cuerpo nacional, como experiencias

¹ La intención de este párrafo introductorio es solamente marcar el punto de partida hacia uno de los temas principales que aborda esta tesis, el nacionalismo mexicano, por esta razón aclaro que quedarán fuera de este capítulo la mayoría de las consideraciones teóricas, ello se trata con mayor amplitud en el segundo.

² Este tema se trata de manera detallada también en el siguiente capítulo.

históricas y suprimiendo aquí gran parte de sus efectos, sugirieron de manera contundente la necesidad de promover una consciencia común entre los mexicanos. Estos acontecimientos fueron la propia independencia y a la guerra con Estados Unidos; los dos ocasionaron una abundante actividad historiográfica, casi todo aquel que de una forma u otra había participado en estos hechos se sentía con derecho y obligación de ofrecer su explicación. De esto, lo que nos interesa es extraer un común denominador propio de tal historiografía: la conclusión de la mayoría de esas obras concurría en la urgencia de fomentar la unión, alimentar la noción de identidad entre mexicanos, construir una entidad nacional mexicana. Ahora bien, la relación entre esto y el hacer historia se presenta bastante obvia, entre todos los medios de los cuales echarían mano para lograr la construcción de esa identidad, la historia entendida como discurso explicativo concatenando presente y pasado, resultó siempre ser el camino perfecto. Cabe señalar que esto no sucede sólo para el caso mexicano, el discurso histórico en cualquier época y lugar ha servido para construir una identidad requerida en “el presente” que para hacerlo plenamente coherente recurre “al pasado”. La cita que inserto en seguida ilustra con bastante claridad cómo ocurre en el México decimonónico:

Dentro de estos componentes [del nacionalismo] la historia como discurso –ayer y hoy- tiene un papel fundamental al reelaborar y dar vida a muchos de los fantasmas que conforman el nacionalismo, al reencarnar y organizar la manera y costumbres decimonónicas, un pasado que revivido proporciona una imagen coherente de los éxitos y tragedias de una nación. La historia contribuye así a que el efímero presente, que por definición se esfuma, perviva. El discurso histórico es entonces el contenido medular del nacionalismo.³

Considerando lo anterior, es más fácil tomar en cuenta los dos acontecimientos que mencionamos arriba: Independencia y guerra de 1847 como circunstancias críticas –un presente- que habría que explicar y a eso se abocaron muchos mexicanos. El análisis de ambas crisis redujeron la subsecuente labor historiográfica a una meta: consolidar la conciencia nacional.

³ Hira de Gortari Rabiela “Realidad económica y proyectos políticos: los primeros años del México independiente”. Pp 163-4. En Noriega, Cecilia (ed) *El nacionalismo en México (VIII Coloquio de antropología e historia regionales)*. Zamora, Michoacán, México, El Colegio de Michoacán, 1992, 770 p.

Tal vez demasiado pronto pero debo desmentir lo comprometedor que resulta el título del apartado que nos ocupa pues como puede suponerse, no podría dedicarme a un estudio completo ni exhaustivo de la historiografía mexicana, sin embargo en aras de dar a la sección un aire de acercamiento general he preferido comenzar así. En realidad, el propósito principal de estas líneas es llevar a cabo una revisión de los rasgos distintivos de la historiografía de la primera mitad del siglo, de tal suerte que al finalizar el capítulo hayamos sentado las bases sobre las cuales se desarrollaría otro modo de pensar y hacer historia en el país.

Por otra parte, el interés concreto en la historiografía que nació con la Independencia es enfatizar aquellos aspectos que sean pertinentes a los tópicos que dan nombre a este trabajo: nacionalismo y arqueología. Reconozco que a este punto anunciar tales términos es “adelantar vísperas” por no decir que son casi anacronismos si los queremos concebir al modo contemporáneo. El aparente desorden cronológico que el lector enfrentará en cuanto avance en el capítulo tiene una explicación. Partiendo de que el nacionalismo no es un momento obligado o gratuito en la vida de un país sino que se requieren circunstancias específicas para su concepción y subsecuente práctica, es necesario empezar el trabajo con un balance de los acontecimientos más significativos que, afectando tan directamente a la sociedad mexicana, pusieron de manifiesto la carencia de unidad. Esos momentos son la Independencia y la guerra Mexico-norteamericana, por esa razón los primeros apartados se dedican a ellos. El tercer apartado es un regreso hasta la historiografía colonial ¿por qué? Una sola causa, la preocupación por hacer historia de México, es decir, general y nacional empieza hasta mediados del siglo XIX y precisamente en su intención nacional se conecta directamente con la historiografía de los siglos XVII y XVIII sobre todo. A estas razones obedece el orden de exposición en este capítulo, es arbitrario y apegado a mi propia comprensión del fenómeno. Con los avisos anteriores comenzamos estas consideraciones generales.

La historiografía de la Independencia y de la guerra de 1847

Como es sabido o al menos nada difícil de suponer, la historia que se escribió después del movimiento a favor de la emancipación de la Nueva España con respecto a la metrópoli

española, trató de documentar los sucesos más inmediatos a la revuelta independentista con miras a explicar el difícil destino que parecía ofrecerse al territorio recién liberado. Para algunos de los autores de las obras históricas de aquel tiempo, el acontecimiento era digno de celebración y se mostraban optimistas ante la situación, otros en cambio, prefirieron no cantar victoria. A decir de Virginia Guedea, además del acusado afán explicativo, un común denominador de dichos textos, fue la justificación de ciertas acciones políticas llevadas a cabo por supuesto por los propios autores u hombres allegados a ellos ⁴

Hablando de la producción historiográfica más cercana a la Independencia mexicana, quisiera profundizar en un aspecto: el motivo que impulsó a escribir. Haciendo un esfuerzo de imaginación pensemos en una sociedad recientemente lacerada, sobre todo –y en agravio de los autores intelectuales– dividida respecto a la idea de si había motivos suficientes y legítimos para haberse dejado ir a la batalla libertadora... Así vistas las cosas, que se tratara de justificar una decisión o acto político no debe extrañarnos. Ahora bien, debemos observar que existió también otro motor para escribir la historia de la Independencia, surgido del más vivo deseo por explicar el suceso como consecuencia lógica y natural de un proceso propio ⁵ Este último aspecto involucra otro un poco más agudo, hablo de la tendencia historiográfica de recriminar las acciones españolas, responsabilizar a la península de la grave situación por la que cruzaba la colonia. Expongo las siguientes líneas para concluir esta idea:

En efecto lo que llama inmediatamente la atención es que todas esas obras [históricas y postindependentistas] tienen un rasgo común: se trata de una historia comprometida, nacionalista, muy severa para la colonización española. En la primera mitad del siglo XIX, esa historia presentaba los fundamentos ideológicos de la independencia, recalando las injusticias y discriminaciones que oprimían a los criollos, denunciaba la injusticia y las crueldades de la guerra, haciendo un paralelo casi obligado con la Conquista; [...] por fin veía en la guerra la expresión de una lucha nacional [...]. ⁶

⁴ Virginia Guedea. Introducción en *El surgimiento de la historiografía nacional*. Coord. Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo. Vol. III. México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1997. Pp 11-32.

⁵ Guedea se refiere a esta idea diciendo que las obras a las que nos referimos tienen un *sentido muy claro: el de enraizar en la historia mexicana la explicación de un pensamiento político propio*. p, 12 La misma idea fue enunciada varias veces durante la cátedra extraordinaria sobre Historiografía mexicana del siglo XIX, impartida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de agosto a noviembre de 1998.

⁶ De la Introducción a Mier, Servando Teresa de *Historia de la Revolución de la Nueva España*. Edición crítica. André Saint-Lu, Marie-Cécile Bénassy-Berling, Jeanne Chenu, Jean-Pierre Clément, André Pons, Marie-Laure Rieu-Millan, Pul Roche. (eds). Prefacio de David Brading, París; Publications de la Sorbone, 1990. P CI.

El sentido historiográfico del que se hablaba (y que se constata en los textos) me interesa en gran medida puesto que a través de él presenciamos el reclamo de un ideario –en este caso político- propio, y es el primer atisbo del nacionalismo en el que ahondaremos eventualmente. También trascendente es el hecho de que los autores quisieran darle un matiz de mexicanidad a sus relatos, este elemento se agudizará cada vez más a través del tiempo. Encuentro pertinente señalar que hoy, muchos historiadores se sienten seguros de hablar de nacionalismo en los primeros años de vida independiente porque uno de los objetivos más claros de la historiografía post independentista es forjar un sentimiento de unidad política y social, cohesión era lo más urgente frente a tan abrupta ruptura. No he hablado sobre la perspectiva histórica en las obras ya implícitas, pero por poco que nos detengamos a pensar en el acontecimiento observado (la Independencia), rápidamente advertimos que se trata de una perspectiva corta puesto que sus historiadores tomarían en cuenta como fundamentos explicativos las causas y efectos más cercanos; señalar este aspecto es necesario porque será también característica que varíe sustancialmente al transcurrir la centuria decimonona.

Vemos comenzar un segundo acto historiográfico en medio del caótico escenario que fue México en las primeras décadas de su vida independiente debido a otro suceso dramático, se trata de la guerra mexicano-norteamericana de 1847. Las explicaciones históricas estarían ahora en función de analizar el espantoso episodio en el cual el país perdió más de la mitad de su territorio. Como es de suponerse, las hubo de todo tipo, no se extrañaron los relatos que parecen más una sentida condolencia que una explicación cabal (de hecho estas fueron las menos), hubo también gran cantidad de obras cuya autoría debemos a algunos hombres que estuvieron más que cercanos a las acciones políticas de entonces y que por lo tanto procuraron apoyar un proyecto político. Pero, lo indiscutible es que todas esas explicaciones obtuvieron un común acuerdo. no existía una nación, no había unidad, México era un territorio en el que medianamente convivían grupos antagónicos. De tal modo puede pensarse que el ambiente historiográfico tendía inevitablemente al pesimismo; en 1848 se publicó *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847*, documento firmado por “varios mexicanos” y que se ha

atribuido a Mariano Otero. En términos generales y como el título nos deja saber, el texto intentaba analizar las causas de la crisis mexicana después de la guerra con Estados Unidos. Me parece prudente insertar aquí una pequeña parte del mismo pues ilustra la idea que nos interesa rescatar que es a saber, comprobar que en efecto los hombres que sufrieron este enfrentamiento percibieron con mucha pena y no menos claridad la inexistencia de la nación mexicana. Vamos pues a la cita:

[...], pues siendo estas tres clases [ejército, clero y empleados] las verdaderas dueñas del país, porque ellas son las únicas que han gozado y dispuesto a su antojo de su suerte, parece que debieron obrar en la presente lucha como en una causa personal, bien persuadidos de que en cualquiera nuevo orden de cosas ilustrado, deberían venir por tierra indudablemente todos los abusos de que hasta ahora han vivido”⁷

Con estas palabras es fácil entonces saber que los mexicanos de este tiempo no constituían ningún tipo de “frente común”, la nación no existía más que como deseo.

Definitivamente se asierta al decir que la guerra fue una experiencia que marcó la vida de la mayoría de sus contemporáneos. Algunas obras como las de Antonio García Cubas o la de José María Roa Bárcena,⁸ ambos testigos presenciales de la entrada de tropas invasoras, nos muestran que en efecto, la penosa situación mexicana constituía una nueva realidad que precisaba análisis; los efectos de la guerra serían un trauma difícil de sanar en varios sentidos, me interesa sólo el que más fácilmente muestra la carencia de cohesión mexicana convertida en argumento de la derrota. Una vez más apelo a la imaginación del lector para pensar en un país con un comienzo independiente bastante complicado, que enfrentó apenas siete años después de la consumación de la independencia una invasión por parte de la otrora “madre patria”, una guerra en el territorio de Texas (todavía parte del país) en 1836, y una invasión francesa en 1838; México estuvo desde los primeros días de su vida autónoma envuelto en ires y venires políticos que no lograban establecer un proyecto definitivo... Apenas sintiéndose con capacidad para organizarse se ve enfrentado a un nuevo conflicto bélico que amén de los problemas políticos que ocasionó, fue –si hemos de

⁷ Citado por Cecilia Noriega Elío en *Historiografía Mexicana. El Surgimiento de la Historiografía Nacional*, p 301.

⁸ *Vid.* Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*. México, Porrúa, 1986. (Biblioteca Porrúa, 86) y José María Roa Bárcena *Recuerdos de la invasión norteamericana por un joven de entonces (1846-1848)*. México, Porrúa, 1947.

darle un voto de confianza a sus historiadores- implacablemente humillante para los vencidos.

Ahora bien, muchas fuentes con las cuales podemos reconstruir ese proceso, evidencian que lo peor era constatar la apatía frente al enemigo, la actitud poco patriótica que frente a los norteamericanos tuvieron varios sectores de la sociedad mexicana en varios estados de la República.⁹ Eso sí que hería de forma más profunda. Tras de estos hechos -que más de uno calificaron de vergonzosos-, comenzó un duro interrogatorio en las conciencias de los hombres de letras. Las circunstancias los movieron a dudar seriamente sobre la existencia de un sentimiento común, si no de amor por lo menos de frío interés económico o político hacia el territorio que a pesar de todo seguía siendo México. Es así como el asunto que ya había preocupado a los historiadores del movimiento independiente: la necesidad de crear una conciencia de unidad, se volvió inaplazable.

Es conveniente señalar que algunos historiadores consideran esta obligada reflexión de la historiografía mexicana después de 1848, el único buen efecto de la guerra, sobre todo porque sacudió los cimientos de la política mexicana, apenas entonces, después de tal escarmiento, la consolidación del Estado nacional mexicano se convirtió en una posibilidad real¹⁰. Esta consolidación puede apreciarse claramente en la historiografía mexicana, en palabras de Álvaro Matute, todas las obras ilustran la existencia de la toma de conciencia histórica, elemento que califica de primero en la herencia -historiográfica- del siglo XIX.¹¹

Con lo aquí expuesto podemos decir que en los años inmediatamente posteriores a la guerra con todo y los constantes choques entre tendencias políticas divergentes, los más conscientes y observadores se podían congratular de un acuerdo: habría que abocarse a la creación de la conciencia nacional. Pero hemos pasado con descuido sobre algo importante que mencionamos apenas al principio; la historia (en la concepción decimonónica) incondicional maestra que tiene la paciencia de enseñar a la humanidad cuáles han sido sus

⁹ Un texto de indudable importancia para este tema es *El Nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea Historia de la Invasión de los angloamericanos en México* de Carlos Ma de Bustamante.

¹⁰ Virginia Guedea. *Op cit.* p, 18

¹¹ Álvaro Matute. *Ensayos historiográficos* México, Centro de Investigación y docencia en humanidades del Estado de Morelos, 1997. P 50

graves errores para librarla de repetirlos, se ofrecía como el vehículo apropiado para conducir a los hombres hacia el amor patrio, al sentimiento de comunidad y de unidad frente a lo próspero y lo adverso. De este modo quedan fines políticos e historia –como relato y explicación de un suceso-, unidos para alcanzar un objetivo. Entre ambos se tenderán todas las conexiones posibles que coadyuven a la consolidación de la nacionalidad, paradigma de la historiografía mexicana desde mediados del siglo pasado.

De regreso a las observaciones que comenzamos al hablar de perspectiva histórica, debemos señalar que la poca profundidad a la que nos referimos antes se repite en los trabajos dedicados a la guerra, sin embargo destacar una diferencia es fundamental. En el caso de los segundos hay una proyección del fenómeno histórico, una proyección hacia el futuro, claro. Pronto empezaremos a hablar de otro tipo de historiografía, que abreva necesariamente de tendencias anteriores pero que resulta marcadamente peculiar por su repentina ampliación de la perspectiva desde donde se mira al pasado. En ella veremos cómo el objeto a historiar se remonta cada vez con mayor ahínco hacia tiempos lejanos. Advierto que esto no es sólo un repentino cambio de tema, no es sólo querer variar en el objeto de estudio; es sobre todo -y en ello radica su importancia-, una expresa voluntad por encontrar explicaciones “desde atrás” y con ello asumir que todo lo que se encuentre en este amplio campo es parte de la misma historia, o bien, de la única historia de una misma entidad.

La problemática de lo que acabo de describir puede resumirse por lo pronto en una pregunta bastante simple ¿a qué viene el interés por remontar a la antigüedad el punto de partida de la historia mexicana? Lo complicado es la respuesta; reconozco que con lo que se ha dicho no están dados elementos suficientes para contestar, pues por más sencilla que parezca la interrogante, involucra muchos aspectos que necesitan un tratamiento detallado que no podemos dar por concluido en este capítulo sino a lo largo de todo el trabajo. Lo que adelantemos en estas páginas es solamente el principio de la resolución.

La antigüedad en la historiografía mexicana

Desde luego con las ideas anteriores no he querido poner al siglo XIX como el tiempo en el que nacieron los estudios históricos de la antigüedad mexicana, como es sabido desde el siglo XVII y sobre todo durante el XVIII, los temas alusivos al periodo prehispánico habían servido para escribir innumerables páginas. Sin embargo, el motivo por el cual la época prehispánica salía tan frecuentemente a la luz en varios textos coloniales dista mucho de ser el mismo que condujo a nuestros historiadores decimonónicos a entrar en materia de antigüedades. Seguramente en este momento el lector se pregunta por qué si habíamos hablado de la historiografía mexicana del siglo XIX regresaré hasta la de la Colonia, como advertí al comienzo, he procedido así porque las páginas anteriores fueron escritas para entender los acontecimientos de la primera mitad del siglo como el más claro incentivo en la búsqueda de conciencia nacional, por lo tanto, en cuanto a cuerpos historiográficos separados ni el independentista ni el de la guerra mexicano-norteamericana son el centro de nuestro interés, sino meros antecedentes para no llegar privados de precauciones suficientes a la mitad de siglo.

La historiografía criolla –como se suele llamar a la de fines de la Colonia– ha sido objeto de extensos estudios contemporáneos. Desde luego existen varios aspectos desde los cuales puede ser analizada, sin embargo para este estudio basta empezar con una sola idea: el discurso histórico criollo (siglos XVII y XVIII) acusa un sentimiento patriótico. Más interesante se presenta el asunto al comprobarse que en aquel patriotismo el pasado indígena tiene un papel trascendental. El problema no es en absoluto sencillo, por eso sólo trataremos con los elementos más significativos y estrictamente historiográficos. El estudio de David Brading que lleva por nombre *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, es el que con más claridad se adentra en esta cuestión, y muchas de las ideas que se expongan aquí provienen del mismo.

La historiografía anterior a esta que ya reconocemos como “criolla”, y que básicamente se refiere al bien conocido conjunto de crónicas religiosas escritas durante el siglo XVI, fueron el primer intento por poner la historia de los pueblos indígenas dentro de los parámetros de la historia universal. El esquema explicativo de las primeras obras históricas

sobre el México precolombino fue fundamentalmente religioso y excluyente, esto significó que la cultura prehispánica resultaba irredenta hasta el momento en que la Providencia permitió el contacto europeo con dicha cultura y la pronta evangelización, por más que otros aspectos culturales fueran aceptados y hasta elogiados, la idolatría era una mancha demasiado densa.. Este argumento cambiará radicalmente gracias a las primeras explicaciones históricas de los criollos novohispanos, en el siglo XVII se empieza a hablar de una evangelización apostólica prehispánica, idea altamente tranquilizadora pues las Indias tomaban su lugar en *la historia* desde los tiempos evangélicos, excluirlas de ella era negarle a Nueva España la gracia otorgada por la Providencia a la humanidad.¹²

La revaloración de las culturas prehispánicas fue un proceso lento y directamente vinculado con un interés patriótico de un grupo social novohispano específico, los criollos. La transformación comienza con la visión de Torquemada, en su *Monarquía Indiana* además de muchos argumentos que presentan a los indígenas en ascenso hacia el progreso, la religión prehispánica se equipara a todas las religiones paganas de la antigüedad, que aunque erradas en lo fundamental, obedecían a las leyes espirituales naturales a todos los pueblos civilizados. Otro argumento esencial lo proporcionaba de igual forma la obra de Torquemada al presentar la conquista española sólo como medio para ganar realmente la Nueva España, cosa que se había conseguido con la misión de los evangelizadores; y así sus verdaderos fundadores eran los clérigos, la idea era sumamente atractiva para los criollos que en su mayoría eran sacerdotes.¹³

Ahora bien, no debemos perder de vista que tales argumentos fueron la respuesta concreta al arsenal usado contra los criollos constituido por infinidad de textos abundantes en calificativos peyorativos. debilidad de carácter, holgazanería, tendencia a los vicios y al ocio, entre otros. Pienso que uno de los elementos clave para entender con más amplitud el rescate del pasado prehispánico por el grupo criollo se encuentra en la pronta advertencia de que el carácter que se les atribuía desde el otro lado del Atlántico correspondía a lo que se pensaba del indio nativo americano. De ser esto cierto, podríamos hablar de una especie

¹² Jaques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional en México*, 2ª reimp. Trad. Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp 262-3

¹³ David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, Era, 1985. Pp 23 y ss

de identificación entre el antiguo americano (nativo) y los americanos recientes (criollos), por la cual el rescate del primero tendría consecuencias inmediatas en la reivindicación del segundo. Ello se sumaría pues, a la urgente necesidad de buscar los medios para deshispanizar su propio pasado

La única forma de atentar contra el decisivo papel que desempeñaba España en la historia de su más preciada colonia era arrebatarle la legitimidad de señorear tales latitudes, cosa a la que sólo se llegaba atentando contra la convicción de que España había llevado la verdadera religión a América. Por tanto, hubo razones de más para idear y fortalecer un episodio histórico antes no contemplado. Antes de la llegada de los españoles a América, el mismísimo apóstol Santo Tomás había predicado la doctrina cristiana. Profundizar sobre la génesis y desarrollo de tan singular “mito” criollo nos desviaría de la idea central, baste decir que su aceptación general empezaba cuando los estudios de Carlos de Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini y Mariano Veytia, le concedieron un lugar histórico preponderante que servía para armar una nueva síntesis del pasado que poco a poco desligaba a los criollos de su pasado hispánico ¹⁴ Después, ya muriendo el siglo XVIII y apenas despertando el siguiente, el argumento de la cristianización prehispánica tuvo su mejor momento, insoslayable para este estudio porque encuentra el complemento perfecto al sumársele un elemento arqueológico muy interesante. Hay que empezar aclarando que a este punto no sólo se creía en el apostolado de Santo Tomás, sino que se le había identificado con el Ce-Acatl Topiltzin Quetzalcoatl de los toltecas –según las fuentes– un hombre blanco, barbado, que repudiaba los sacrificios humanos y enseñó a los indígenas todas las artes que después desarrollaron. La inscripción que explica una pintura firmada en Tlaxcala por Juan Manuel Yanes en 1789, nos servirá para comprender qué tan lejos había llegado esta idea, el fragmento reza así

Sabido es que el Apóstol Sto. Tomás predicó en esta América Septentrional; y heredada noticia entre los tlaxcaltecas, que hizo mansión en sus tierras, con cuya predicación quedó por antigua tradición en Estas, el adorar la cruz, como lo vieron y admiraron los primeros españoles que al Reyno vinieron, invocándola por el Dios Tláloc, Dios de la lluvia, y al Sto Apóstol llamaron en su alto meritorio idioma Quetzalcoatl, esto es páxaro culebra dando a entender por

¹⁴ *Ibidem* p 27

pájaro la velocidad con que de estas tierras tan extrañas, havia venido a las
suyas; y por la culebra el prudente [¿?] tiento de la ley que iba predicando [.]¹⁵

Los promotores significativos de esta idea fueron fray Servando Teresa de Mier y Carlos Ma. de Bustamante, ambos historiadores del movimiento de independencia y en palabras de Brading, pilares del nacionalismo criollo. Con esto confirmamos la idea expuesta por Jaques Lafaye quien dice que para los criollos americanos tender lazos entre la tradición histórica, las creencias indígenas y la Biblia, era un problema vital, y que la figura Quetzalcóatl-Santo Tomás sería una de las más poderosas palancas de las que dispondrían los criollos para inclinar a la Nueva España hacia el separatismo.¹⁶

Ahora sí, vamos al aspecto arqueológico por ser el que más nos interesa. Siendo ya simpática la idea de que Quetzalcóatl no había sido otro que Santo Tomás, el hallazgo arqueológico de Antonio de León y Gama en 1790 “vino como anillo al dedo” .. En la plaza mayor de la capital novohispana se encontraron dos piezas prehispánicas: el “Calendario azteca” y una representación de Coatlicue. El papel protagónico lo tiene la primera piedra, que según los anticuarios de la época, además de ser un registro de los cálculos de tiempo que usaban los indígenas, incluía jeroglíficos que describían la fundación de México por Santo Tomás-Quetzalcóatl.¹⁷ Recordemos la importancia que tiene un argumento como este de entrada deja casi nulificada la misión evangelizadora española o, en todo caso, la deja como mero instrumento de los designios providenciales. Esto es ya un argumento con tendencia independentista, y lo más interesante, por primera vez se observa la función de un objeto arqueológico a favor de argumentos patrióticos. Cuando Brading concluye su análisis sobre las ideas del padre Mier dice: Su insitencia en la misión de Santo Tomás en el Nuevo Mundo derivaba del antiguo deseo criollo de liberar el pasado azteca del dominio del demonio.¹⁸ A partir de esto, el pasado indígena se dignificaba, no había razón para excluirlo del pasado mexicano, de hecho se volvió altamente deseable como origen nacional. Volviendo a los pilares del patriotismo criollo,

¹⁵ Una reproducción de este cuadro ilustra el artículo “Pueblo escogido” En Enrique Florescano y Rafael Rojas. *El Ocaso de la Nueva España*. Vol I. México, Clío, 1996. P 63. Según la referencia del texto, la pintura original se encuentra en el Museo de la Basílica de Guadalupe.

¹⁶ Jaques Lafaye. *Op cit*, p 272-278

¹⁷ David Brading. *Op cit*, p 47

¹⁸ *Ibidem*, p 95.

tanto Mier como Bustamante fueron defensores incansables de la evangelización tomiana, sin embargo su independentismo no se agota con ese argumento; en sus obras históricas sobre la revuelta de emancipación pervive la actualización de la Leyenda Negra, ambos autores buscaron por todos los medios posibles acentuar lo español como cruel y dañino. En el caso de Bustamante, eterno enamorado de las antigüedades, la historia prehispánica se vuelve la historia del auténtico México, convirtiendo a la Colonia en una interrupción ominosa que era preciso acabar. Más adelante se tratará la visión de Bustamante por ser esencial en las transformaciones de la historiografía mexicana.

Para concluir el asunto de la historiografía criolla diré que en términos generales utilizó la historia prehispánica con la clara intención de reivindicar la naturaleza americana (ampliando el término al sentido moral) y la generosidad y grandeza de un suelo que sentían tan suyo como de los primeros hombres que lo pisaron. En fin, lo prehispánico fue para los criollos letrados un orgullo adoptado en un intento de constituirse diferentes pero en igualdad de condiciones –humanas y materiales– frente al viejo continente, específicamente frente a España, de donde provenían algunas ideas que flaco favor hacían a los nacidos en la Nueva España.¹⁹ Por último, y para no dejar sin mención a un importante grupo de historiadores novohispanos hay que decir que la historiografía criolla hizo de las antigüedades mexicanas uno de los componentes de la Ilustración al incorporar los valores criollos al conjunto de valores que pronto triunfarían a favor de los movimientos nacionales, como apunta Lafaye, esto no hubiera sido así sin la labor de los jesuitas exiliados en Europa dedicados a escribir sobre la historia antigua de México.²⁰ El siguiente paso, una vez tratado lo concerniente a la antigüedad mexicana en la historiografía criolla, es observar cómo se transforma para comunicar un nuevo mensaje.

El momento de transición: Carlos María de Bustamante

En seguida nos ocuparemos del enlace entre dos miradas historiográficas (la criolla y la decimonónica de principios de siglo) para lo cual he escogido un ejemplo o quizá debería aceptar que el modelo se escoge por sí mismo gracias a la definitividad con que se aboca

¹⁹ Vid. Lafaye, *Op cit.* p 268.

al tema. Se trata de la visión de Carlos María de Bustamante de quien ya habíamos hablado, su visión es una de las primeras en el siglo XIX que vuelven sus ojos al pasado remoto e inaugura una imagen diferente de lo prehispánico. Habíamos dicho ya que este autor asume la antigüedad prehispánica como el verdadero comienzo de la historia de México. Por supuesto no es el único que aborda temas prehispánicos en sus obras, sabemos que casi todos los historiadores del mismo periodo tenían alguna opinión al respecto, no para todos resulta una etapa atractiva ni mucho menos simpática. A ese bando quedarían inscritas las interpretaciones de tres historiadores notables identificados con la facción liberal que a grandes rasgos consideraba pecar de fantasiosas todas las interpretaciones que favorecían la cultura prehispánica. Tal es el caso de las obras de Lorezo de Zavala, José María Luis Mora, aunque por su parte, Lucas Alamán quien ha sido identificado como simpatizante del grupo conservador no llega a apreciaciones distintas, de acuerdo a su pensamiento, la historia mexicana parte del mestizaje, poco hay que pueda valorarse de los lejanísimos días anteriores a la presencia española.²¹

En este sentido la elección de dedicar un espacio al discurso de Bustamante es totalmente arbitrario y no sólo eso, está escogido porque ayuda a sostener mis ideas con respecto a la importancia de lo prehispánico dentro del discurso histórico mexicano. Quiero hacer patente que este historiador es tomado en cuenta al ser portavoz de un discurso historiográfico de transición en torno al tema que nos interesa: la antigüedad mexicana.

Antes de comenzar el análisis debo aclarar que la palabra “antigüedad” tiene una carga peculiar que no podemos omitir. En principio nos remite a la concepción humanista de la época del Renacimiento europeo, durante la cual su significado queda prácticamente reducido a los modelos (filosóficos y estéticos) grecolatinos. Esta concepción se transformó poco durante el siglo de las luces, que puso en boga el modelo neoclásico a partir del cual sobre todo los cánones estéticos fueron también grecolatinos. Ahora bien, la trascendencia de esto en la historiografía mexicana es innegable, pronto oiremos a Bustamante describir

²⁰ *Ibidem*, p 177-8.

²¹ Luis Gerardo Morales. *Op cit*, p 91 Este autor considera al conjunto de historiadores postindependentistas, una generación que releendo a Clavijero llegó a conclusiones francamente distintas de las del jesuita respecto a la cultura prehispánica.

una ciudad prehispánica bajo la sombra de esta noción de antigüedad, no es gratuito por supuesto. Así como los criollos trataron de ponerse al nivel de Europa, los primeros “mexicanos” intentaron asemejar el pasado de su país al de las culturas que el viejo continente tenían en gran estima. Sobre esto Gerardo Morales dice algo interesante cuando estudia la obra de Francisco Javier Clavijero, para empezar atribuye a la intencionalidad de la *Historia antigua de México* fomentar el amor patrio, cosa a la que sólo podía llegar Clavijero –igual que otros autores ilustrados- equiparando la historia mexicana a la “clásica” o “antigua”, términos que entendidos dentro de un marco de referencia grecolatino, remitían a los lectores al más puro concepto de “patria”, que así, daba cabida a la antigüedad mexicana en la historia universal encarnada en la Europa-arquetipo.²² Para dar por terminado el asunto (aunque sea momentáneamente) pongo un último ejemplo de esta urgencia por “aclasificar” la historia de México. Las palabras que vamos a escuchar provienen de un novohispano poco conocido pero cuya obra se inserta con creces en el discurso criollo-patriótico de finales del XVIII. La obra de José Joaquín Granados y Gálvez bien merece un estudio por separado (que no tengo oportunidad de hacer por ahora), pero para no desviarnos de lo que nos trajo a este punto, me limito a recuperar aquí uno de sus mejores pasajes... Hablando del desarrollo científico y filosófico de los antiguos texcocanos, de repente encuentra el mejor parangón de este pueblo en la antigüedad griega. Con una naturalidad que asombraría a cualquiera en nuestros días habla de Homero, Virgilio, filósofos, sabios y maestros de Atenas, del mismo Cicerón (los clásicos), confiado en que la única diferencia entre ellos y los clásicos del México antiguo estaba en que estos últimos no habían sido conocidos por el mundo

No trascendieron los estudios, y recomendables invenciones a otras tierras, porque con ningunos se comunicaban [] Conociase el uso de la Moral Filosofía en Tlotzin la Natural y Racional en Yxtli: el uso de la Lógica, Física, Aritmética, Geometría, Poesía, y Jurisprudencia en Netzahualcoyotl: el uso de la Retórica, Astrología, Medicina, Música y Venatoria en Netzahualpili.²³

²² Luis Gerardo Morales. (comp) *La antigüedad mexicana en la historiografía (1780-1990)*. México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia. 1994 (Antologías universitarias), p 17.

²³ Granados y Gálvez, Joseph Joaquín *Las Américas: Gobierno Gentil y Católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la Gran nación Tulteca á esta tierra de Anahuac: á esta los presentes tiempos*. Ed. Facsimilar, México, CONDUMEX. 1984. Pp. 108-100

Todo esto confirma lo que habíamos dicho sobre la intrincada significación de la palabra antigüedad, ahora debe quedarnos claro cómo esa palabra evoca necesariamente el elemento clásico y por lo mismo patriótico que continuaba echando raíces en las mentes de los hombres ilustrados

Habíamos dicho pues, que la historiografía bustamantiana²⁴ nos servirá como ejemplo de esta novedosa prehispanicidad – reitero, no exclusiva de nuestro autor– cuya característica principal es acentuar lo heroico de los antiguos mexicanos, rescatar a toda costa la grandeza de los tiempos anteriores a la conquista de América, pintar aquellas épocas como un punto antes de la perfección política y social, lo único que estaba francamente lejos de elogio era lo tocante a la religión, por lo demás una sociedad ideal

Mañanas de la Alameda de México es un libro sumamente atractivo apenas reparamos en la forma en que fue concebido, después de leerlo me parece sencillamente encantador. Bustamante se propuso escribir lecciones de historia a partir de una conversación entre una señorita mexicana, Doña Margarita, y una pareja de ingleses, Milady y Mr. Jorge, quienes desde que se conocieron, una tarde decembrina en la Alameda, se dan cita cincuenta y siete veces en las cuales la mujer mexicana se dedica, con una cortesía impecable, a ilustrarlos con sus profundos conocimientos sobre el México antiguo. En su dimensión historiográfica, este texto ofrece muchos elementos interesantes que aportarán factores esenciales para este análisis

Es indudable que la percepción histórica de Bustamante hereda importantes características de la historiografía criolla, se muestra punitivo respecto al desdén europeo y al mismo tiempo pinta vivos tonos nacionalistas que nos avisan sobre la transición historiográfica a la que hemos aludido tantas veces. Existe un párrafo en donde muchos aspectos que es

²⁴ La obra histórica de Carlos Ma de Bustamante es sumamente grande, tanto la Independencia como la Guerra de 1847 fueron acontecimientos a proposito de los cuales dejó salir con su apasionada forma de historiar, cientos de páginas que conformaron dos de sus obras más importantes. *Cuadro histórico de la revolución mexicana* y *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*. Su pasión por la historia se reflejó también en su ardua labor editorial de obras como la de Fray Bernardino de Sahagún Mariano Veytia, Alva Ixtlilxóchitl, Antonio de León y Gama entre otras. La única obra de su autoría sobre el tema que nos interesa (el México prehispánico) es *Mañanas de la*

preciso destacar se conjugan dando al fin una imagen acabada de este nacionalismo de principios de siglo, proviene de la introducción a una obra redactada por Veytia basada en manuscritos de Boturini.

Bustamante habla sobre Texcoco diciendo:

[...] Ah! De aquel montón de ruinas que se presentan a los ojos del viajero observador, sale una voz majestuosa que le dice . acércate .. contéplanos, llora sobre estos escombros, maldice la tiranía, examínalos atentamente, y ve a decir a la antigua Europa que esta fue la maestra del opulento imperio mexicano; que el lugar donde anida ahora el búho y el murciélago, y donde hace oír sus lamentos el silencio de la noche, fue el mismo donde Nezahualcóyotl entre la alegría de un festín hizo oír con su lira de oro la oda de la flor comparable con las más hermosas de Píndaro [...] aquí se remuneró al artífice aplicado, y se le dio el mayor impulso y fomento posible a las artes y al saber: finalmente, aquí se ocuparon todas las autoridades reunidas del antiguo imperio de Acolhuacan en hacer felices a los hombres[. . .]²⁵

Me parece que está claro. Obviamente estamos frente a una muy peculiar reconstrucción del pasado prehispánico. Sin embargo, debemos poner atención en que no fue objetivo de nuestro autor explicar el pasado, no hubo interés cabal por demostrar algún hecho histórico, ni siquiera de documentarlo, es esto lo que nos interesa. Hasta este momento Bustamante sólo echa mano de tan remotas épocas como si fueran la mejor combinación de lugar y tiempo para hacer caer en la cuenta al observador del lamentable presente. En ese sentido, esas épocas son gloria pasada, devastada; cabe señalar que culpa a los gobernantes españoles por haber borrado toda memoria de *lo que fueron nuestros padres*. Esta forma de percibir el pasado, de querer llamar la atención de otros mexicanos sobre “lo felices que fueron” -incluyendo en aquello lo maligno del carácter español- y la voz contestataria dirigida directamente a Europa, es según creo, una de las más apegadas al nacionalismo criollo. Hay un llamado a restaurar *algo* a través de la historia pues sólo así se le da a una existencia la debida continuación

Mañanas de la Alameda de México, aunque escribió mucho más al respecto en los prólogos a las historias que editó y en varias publicaciones periódicas de su propiedad.

²⁵ Carlos Ma. de Bustamante, introducción *Texcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes, o sea relación tomada de los manuscritos de Boturini, redactados por el Lic. Mariano Veytia*. México, Imp De Mariano Galván Rivera, 1826. P I

Queda algo más que observar de este extracto que recrea la antigua Texcoco –aunque de hecho, cualquier motivo prehispánico daba lugar a opiniones muy semejantes a la que hemos leído- me refiero a la transposición de valores. Estamos sin duda ante una proyección de ideales que tocan a los aspectos civiles mexicanos pero que Bustamante encuentra perfectamente apropiados para la época de Nezahualcóyotl. Esto es, sin necesidad de darle más vueltas, una típica característica de la historiografía decimonónica que abordó tales temas. Todo lo prehispánico, por lejano y por no español, es escenario idóneo en el cual depositar sus más firmes esperanzas o valores con naturalidad –aunque hoy no nos parezca tal- en un ámbito al que evidentemente no pertenecieron.

~

Volviendo a *Mañanas de la alameda*, damos espacio para que él mismo se exprese a través de las palabras que, nada inocentemente, pone en boca de Milaldy quien se muestra entusiasmada por escuchar el relato de la migración tolteca.

¡Qué mayor satisfacción que la que nos puede resultar de seguir la marcha de un gran pueblo, sin necesidad de ocurrir a aquellas hipótesis atrevidas que muchos filósofos del pasado siglo han adoptado, degradando a la miserable humanidad, poniendo al hombre al nivel de las bestias, suponiéndolo destituido de virtudes, figuránselo un autómatas, sin razón, sin deseos nobles!²⁶

El anterior es sólo uno de tantos momentos en el que Bustamante responde bravamente ante la denigración del carácter del hombre americano, según creo esto denota un sincero apego a la visión reivindicadora propia de los historiadores del periodo colonial pero que va más allá, más hacia un nacionalismo mexicano ya íntimamente relacionado con lo tocante a las antigüedades. Aquí es importante hacer una pequeña reflexión para aclarar que las antigüedades (nombre con el cual se trataba de agrupar todo lo tocante a los remotísimos tiempos prehispánicos o bien a toda índole de objetos surgidos apenas en los primeros años del contacto con lo español) parecen a Bustamante un conjunto de cosas que no puede delimitarse con precisión: se incluye dentro de aquel grupo un edificio derruido, una escultura, un códice o un manuscrito, no obstante la amplitud de la palabra, su carácter precioso o valioso es absolutamente indiscutible y se suma al acervo de lo mexicano.

²⁶ Carlos Ma. de Bustamante. *Mañanas de la Alameda de México*. T I, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-SEP- Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución mexicana, 1986. P 29.

Vemos entonces cómo la apreciación de la antigüedad mexicana se originó en aquel énfasis criollo sobre las creaciones americanas, pero, va tomando cada vez más distancia con respecto a esa misma preocupación criolla en la medida que se acerca a una perspectiva más científica en la que las antigüedades requieren una explicación adecuada.

A lo largo del libro que he referido existen un sin fin de opiniones que revelan este orgullo hacia la tan preciada herencia recibida por los contemporáneos a Bustamante, cantidades de objetos de la antigüedad que aguardaban silenciosos a que alguien se hiciera cargo de ellas. Pienso que es apropiado hablar de un orgullo nacionalista (aunque sea en un sólo sentido) porque Bustamante se muestra rencoroso respecto a los extranjeros que se ocupan de asuntos que deberían competir a sus paisanos. No pocas veces lanza algún juicio que hace aparecer a los estudiosos extranjeros como saqueadores, por otro lado, tampoco se limita en lamentar el desdén de sus coterráneos. Este último punto debe interesarnos, pues tantas llamadas de atención nos revelan que, en efecto, hacia las primeras décadas del siglo XIX el interés mexicano sobre todo lo que hoy denominamos arqueología no gozaba de mucha viveza, sin embargo en poco tiempo el asunto daría un giro casi de trescientos sesenta grados. Bustamante en su estilo siempre exhortativo pone en un diálogo tan explícito que raya en lo ridículo, la actitud que quisiera ver en los mexicanos al tiempo que lanza una amenaza en caso de perpetuarse la apatía indagatoria

Mr. Jorge. [...] pienso pasar a Zacatecas, quiero inspeccionar por mí mismo esas ruinas. V. Sabe que nosotros los viajeros, de todo nos informamos, que cada día se fomenta más y más el espíritu de investigación en este país, y que al paso que marchamos llegará un tiempo en que nos sean los mexicanos deudores de algunos descubrimientos que ellos no hayan hecho en su tierra natal, [.]

Doña Margarita. Es cierto lo que V. Dice, gracia a la indolencia de mis paisanos, todo lo emprenden y nada realizan [. .]²⁷

Para seguir con las observaciones al mismo relato diré que es sumamente útil para constatar de qué forma -como hasta ahora lo hemos supuesto- se da el paso casi definitivo hacia una nueva forma de percibir las antigüedades. Constantemente salen a cuento en el relato de Bustamante, monumentos, piezas, códices, manuscritos etc. Pues bien, todo ello en la obra que nos ocupa, ha trascendido su función como telón de fondo (recordemos el caso de Texcoco) para recrear una situación supuestamente prehispánica, y ahora funge

²⁷ *Ibidem.* p.p 190-191

más como testimonio veraz, como prueba científica que suscita y respalda el conocimiento de una época que, ahora sí, es preciso historiar. El que las antigüedades tomen una nueva dimensión no significa que hayan renunciado del todo a su primera característica, lo prehispánico seguirá siendo escenografía para las mas *sui generis* recreaciones históricas.

Doy entrada una vez más a las voces que hablan desde la Alameda:

[...] nosotros [la pareja inglesa] desearíamos saber si acaso dejaron algunos vestigios estos pobladores, [los tolteca] principalmente en la costa del norte que nos puedan confirmar la idea que V. Nos ha dado de esta emigración: porque aunque su relación descansa en las de autores recomendables, como los que nos ha citado [] no nos aquietamos sino con la vista de monumentos que hablen a nuestra imaginación, y que palpemos. Ellos, como V. Sabe, son el suplemento de la historia, o dígase mejor son un ramo de la historia misma como las inscripciones y la numismática[]²⁸

También en este caso creo que las palabras de Bustamante necesitan poca explicación. Las antigüedades han tomado al fin su dimensión arqueológica dentro del texto. Los materiales de la antigüedad, restos o ruinas como también se les nombra, son objeto de estudio de una disciplina particular auxiliar de la historia. Con esto entramos en un terreno fascinante. Al haber cobrado esta nueva dimensión los objetos, su dimensión arqueológica, es preciso pensar en qué posibilidades de lectura tendrían. O de otro modo, debemos preguntarnos qué se esperaba corroborar u obtener de ellos asumiendo que eran testimonio infalible.

Claro, todos los objetos que fuera posible destacar a propósito de una u otra relación histórica, tendrían como primer objetivo ensalzar el alcance de los grupos prehispánicos. Bustamante, como muchos otros, está interesado en tales materiales pues son el arma perfecta para salir en defensa ante las imputaciones que muchos habían hecho a aquellos pueblos. Cualquier objeto o sitio arqueológico servirá para comprobar el grado de desarrollo de los antiguos. Sobre esto habría que señalar lo que Bustamante sostiene

que los historiadores que injurian a sus antepasados pasando por alto la revelación que ofrecen los monumentos son enemigos de la gloria de la nación Mexicana²⁹

o sea, ya se toma como asunto de patriotismo el rescate de los vestigios arqueológicos.

²⁸ *Ibidem*, p p 30-31.

²⁹ *Ibidem* t II, p. 230

Para seguir en otro orden de ideas, trataré de redondear lo que se ha dicho hasta aquí sosteniendo que la visión histórica de Carlos Ma de Bustamante, su manera de pensar el pasado prehispánico mexicano, es el enlace más tangible entre la historia antigua “a lo criollo” y la historia antigua que se escribirá a partir del medio siglo. Y si bien es cierto que Bustamante fue duramente criticado, tachado de trastocar la verdad histórica, manipular los hechos, exagerarlos e incluso inventarlos, debemos reconocer que sentó las bases desde las cuales despegó la historiografía “científica” de sus sucesores. Además, es indudable que la historia mexicana posterior a la de tan controvertido autor, tomó de muy buena gana aquel espejismo heroico y virtuoso que él ciertamente contribuyó a construir.³⁰

Las reflexiones que hemos hecho dejan claro que la historiografía mexicana tuvo dos momentos importantes cuando estuvo principalmente abocada a explicar y analizar dos sucesos que transformaron sustancialmente la vida del territorio, el primero de ellos la propia independencia y el segundo la guerra con los Estados Unidos. Pero el objetivo de este trabajo desea poner los ojos en una transformación fundamental al interior de la historiografía mexicana, transformación que gira en torno a la apreciación del pasado prehispánico. Para esto ha sido necesario rastrear las primeras explicaciones sobre el tema y en ello hemos tenido que trascender el límite temporal de la vida independiente del país porque la antigüedad fue un recurso historiográfico de innegable importancia en los dos últimos siglos de la Colonia, finalmente hemos recuperado la visión de uno de los primeros “prehispanistas” del México independiente. Lo importante ha sido destacar las diferencias que aquellas dos percepciones tienen entre sí, mismas que resumo diciendo que con la visión bustamantiana de la antigüedad mexicana queda inaugurada una manera peculiar de ver los objetos, éstos adquirieron una dimensión arqueológica. Apenas comienza la transformación en esta forma de historiar el pasado lejano, el proceso completo se extiende en el resto del siglo XIX e incluso se toma algunos años del siguiente, tiempo en el que poco a poco la historiografía (los historiadores por implicación) se vuelcan hacia un objetivo científico.

³⁰ Guedea *Op cit.* p 23.

La Importancia de la historiografía extranjera

Hacer caso omiso de la influencia de algunos extranjeros que escribieron sobre México sería dejar incompleto este capítulo. Lo que pretenden las siguientes líneas es ampliar el panorama dentro del cual vamos a localizar los elementos discursivos que más me interesan para emprender después el análisis del contenido arqueológico en la historiografía mexicana posterior al medio siglo, por tanto, este espacio agranda los antecedentes y comienza apenas a establecer las relaciones entre el quehacer historiográfico mexicano y la propia visión que sobre México construyeron y comunicaron algunos extranjeros a través de sus obras.

Tres son los ejemplos historiográficos que vamos a tratar, son importantes en primera instancia porque sus obras aportan a la historiografía mexicana elementos básicos de la tradición historiográfica europea que todavía transitaba entre los parámetros ilustrados y el evolucionismo histórico. La función de las próximas líneas es precisar de parte de quién provienen las ideas que permitieron la transformación de la historiografía mexicana. He escogido a los siguientes autores. William Prescott, Alexander von Humboldt y Carlos Nebel, estadounidense el primero, alemanes los segundos. La trascendencia de los dos primeros en la historiografía mexicana se discute poco, tal vez sólo el tercero resulte extraño, y, efectivamente su impacto historiográfico fue mucho menor debido a que su obra es artística (se trata de un album de litografías) y de texto escaso, no obstante he querido que se presente junto con los anteriores pues ilustra bien –aunque brevemente– algunas de las ideas que me interesa destacar sobre las nociones extranjeras respecto a la historia y vida mexicanas.

Con lo dicho arriba me disculpo por no entrar en tratos con más autores, habremos de dar por sentado el hecho de que ya en las primeras décadas del siglo XIX se publicaban varias obras históricas elaboradas por autores extranjeros y que éstas se conocieron bien en el país. No podemos extendernos en los motivos que impulsaron la labor historiográfica de esos hombres, a grandes rasgos, los motivos provienen de una preocupación universalista –heredada naturalmente de la Ilustración– que pretende reunir datos, los más posibles, en aras de comparar y comprobar los procesos históricos de pueblos distintos buscando por

todos los medios la concurrencia de todos ellos en un mismo proceso, en el cual, por supuesto, algunos ocupaban ciertos lugares predominantes y otros les iban a la zaga...

Es necesario marcar que no todos los autores de quienes hablaremos escribieron con la expresa voluntad de hacer historia, sin embargo hoy sus trabajos nos parecen voceros de un discurso histórico particular y por lo tanto susceptibles de análisis. En el caso de William Prescott, sí existió una expresa intención de historiar, de hecho su obra pretendía ser una visión imparcial de la Conquista española y se suma también a la tendencia universalista y erudita que se ha descrito antes.

Una singular motivación plasmada en los textos de los autores extranjeros se acerca, curiosamente, a enmendar la reputación mexicana (tal y como hicieron en su momento los criollos) y dedicados a ello trataron de comprobar la bonanza del suelo, la riqueza de recursos minerales y animales, o simplemente a describir los hermosos paisajes mexicanos. Antes de empezar a tratar con las ideas de los autores, debo advertir que será en lo tocante al aspecto arqueológico, sólo de forma tangencial y como meros ejemplos de la visión extranjera sobre México se abordan opiniones de corte estrictamente histórico. Esto no esconde sus razones, lo arqueológico es el aspecto primordial en función de nuestro objetivo, y es en torno a ese mismo aspecto que se establece la conexión más importante con la historiografía mexicana posterior.

Recuerdo al lector que tomamos en cuenta sólo a los tres autores ya nombrados, primero por quedar fuera de nuestras posibilidades abarcar toda la historiografía extranjera sobre el México antiguo,³¹ y en segundo lugar porque hemos considerado que sus obras son los primeros ejemplos que toma en cuenta la historiografía mexicana. Con lo que ellos nos ofrecen, o mejor dicho con lo que ellos ofrecieron a su público mexicano es suficiente para constatar que constituyeron un modelo para estudiar la antigüedad.

³¹ Son muchos los extranjeros que se dedican en la primera mitad del siglo XIX a los estudios sobre historia antigua mexicana. Lord Kingsborough publicó en 1831 una de las mejores compilaciones documentales que tituló *Antiquities of Mexico*. Junto a él debemos mencionar a todos los intrépidos hombres que exploraron bajo carácter arqueológico bastas extensiones del territorio. Entre ellos mencionamos a Guillermo Dupaix, Augusto Le Plongeon, Desiré Charay y Loyd Stephens, cabe señalar que los tres últimos centraron su interés en las antigüedades mayas.

Quizá quien de manera más concisa nos habla del origen de su interés por acercarse a México es Nebel. En el frontispicio de su *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana* dice:

El Nuevo mundo, que es tan interesante para la Europa, así por las formaciones y producciones de su suelo, como por los pueblos que lo habitaron y por los que lo habitan en el día, ha sido visitado en diferentes épocas por hombres sabios e intrépidos, que nos han dado las más preciosas noticias científicas³².

Al tratar a este autor primero no he sido fiel al orden cronológico, pues Nebel organiza su obra entre 1829 y 1834, sin embargo he preferido citarlo primero por ser la única vez que se refiere en este texto. Es pertinente hacer una aclaración y evitar contradicciones, arriba he dicho que la obra de Nebel marca junto con Humboldt y Prescott un ejemplo que siguieron algunos autores mexicanos, y al mismo tiempo su aportación se redujo a pocas líneas. Esto se explica si recordamos que su obra es de carácter artístico, tanto el escrito que sirve de introducción como las explicaciones de sus litografías son breves, no obstante, sabemos que su trabajo tuvo cierta resonancia en algunos mexicanos. Al no poder reproducir sus litografías, describo cómo ahí se confirma su adhesión al pensamiento extranjero sobre México, especialmente sobre sus antigüedades, figuras que se orientalizan o se hacen objetos idílicos en combinación con un entorno natural bastante romántico. Creo definitivamente que un estudio artístico sobre su *Viaje pintoresco* sería fructífero, pero estoy muy lejos de poder llevarlo a cabo. Regresemos pues al propósito en el que empezamos

Seguimos con Humboldt entrando directamente a un extracto del texto que sirve de introducción a las *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, ahí se encuentran varios argumentos nodales en la interpretación del pasado.

He reunido en esta obra todo aquello que se relaciona con el origen y los primeros progresos de las artes en los pueblos indígenas de América [y se refiere explícitamente a] los monumentos que interesan para el estudio filosófico del hombre. [...] Me he extendido más en el desarrollo de aquellas que puedan ofrecer, algún día, vínculos que ilustren las analogías que se observan entre los habitantes de los dos hemisferios [...]³³.

³² Carlos Nebel. *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana*. (1829-1834). París-México, 1840. 50 láminas litográficas.

³³ Alejandro de Humboldt. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. P, 5

Será útil señalar que Humboldt constantemente relaciona los elementos que observó en los monumentos arqueológicos (no sólo mexicanos, sino peruanos también) con algunos rasgos distintivos de las culturas antiguas de África y Asia, a este tipo de ideas me refería cuando decía que parte de los motivos de los estudiosos extranjeros es incluir –mediante debida comparación– a todos los pueblos en un mismo cauce, además, este tipo de comparaciones será recurrente casi siempre en las historias que salgan de plumas mexicanas.

Por otra parte, el estudio de Humboldt cobra una relevancia excepcional al estar repleto de ideas que comprometían seriamente el carácter de los pueblos prehispánicos mexicanos. En algún momento dice sin reparos que cuando emplea términos como “monumentos del nuevo mundo”, “progreso en las artes del dibujo”, o “cultura intelectual”, no habla de un estado de cosas que indique una “civilización avanzada”³⁴. Lo que llama la atención es que este tipo de “aclaraciones” no provocaron en nuestros historiadores una repulsión, la obra de Humboldt es, como veremos la mayoría de las veces, motivo de elogio y buena reputación. Tal vez hay demasiadas causas por las cuales no se veta su autoridad, parte de ellas estriban en que los mismos historiadores mexicanos del XIX no podían enmendarlo todo, de hecho reprobarían también algunos síntomas de “barbarismo”, cosa que evidentemente han heredado de esta concepción europea de lo que sí podía considerarse una “civilización avanzada”.

Otras palabras de Humboldt en esta misma obra son importantes puesto que esbozan ya casi de manera definitiva los lineamientos de los siguientes estudios históricos cuyo objetivo más alto será el cultivo de la ciencia, lineamientos a los que comenzarían a ceñirse nuestros historiadores por cuenta propia. Por lo pronto existía una condición impuesta a los juicios arqueológicos que ni las mejores intenciones podrían modificar, se trata de la apreciación estética de los objetos. Nuestro autor se expresa así:

Los monumentos de las naciones de las que nos separa un largo espacio de siglos pueden atraer nuestro interés de dos maneras muy diferentes. Si las obras de arte que han llegado a nosotros pertenecen a pueblos en los que la civilización ha sido avanzada, es la armonía y la belleza de las formas, el genio con que fueron concebidas, lo que excita nuestra admiración. [...] Por el contrario, los monumentos de los pueblos que no han alcanzado un alto grado de cultura intelectual, o que, sea por causas religiosas y políticas, sea por la

³⁴ *Ibidem.* p. 15

naturaleza de su organización, han parecido menos sensibles a la belleza de las formas, no pueden ser considerados sino como monumentos históricos.³⁵

El problema estribó en que muy pocos monumentos mexicanos respondían a las características estéticas que se esperaban (aunque a lo largo del siglo, esto va modificándose sustancialmente) por lo cual en principio había que contentarse con destacar y explotar su carácter histórico, a final de cuentas eso no era poca cosa. Todo, hasta las obras más groseras como dice el mismo Humboldt, contribuía de igual manera al estudio filosófico del hombre.

En las siguientes líneas trataré de aclarar –a través de un ejemplo discursivo– cómo se concreta la influencia de las obras extranjeras en las mexicanas ésto no estrictamente desde una perspectiva propia, sino echando mano de las palabras de José Fernando Ramírez, quien entre muchas otras ocupaciones desempeño la de historiador dedicando gran parte de su vida académica a los estudios sobre el México antiguo. Atendemos pues a su opinión convirtiéndola en vocera de las ideas que suscitaron las obras tanto de Humboldt como de Prescott. Consideramos así, la opinión de José Fernando Ramírez extensiva a sus contemporáneos y colegas³⁶ por ser él quien opinó al respecto con más apertura. No quiero decir que fue el único enterado ni el mejor, muchos otros estudiosos citan las obras de los extranjeros y opinan también sobre aquellas concepciones, pero, rescatar de aquí y allá esas opiniones es ciertamente más difícil y tedioso que acudir al texto de Ramírez en el cual es posible observar con bastante claridad los elementos que buscamos.³⁷

Lo primero que puede avisarse en las palabras de Ramírez es un profundo y sincero agradecimiento para los estudiosos europeos que se habían interesado en la arqueología mexicana. Habla de la labor del autor de *Vistas de las cordilleras* en términos laudatorios,

³⁵ *Ibidem.* p, 17.

³⁶ Alicia Mayer. "William Prescott", en *El surgimiento de la historiografía nacional*. Vol. III. México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1997. Pp 447-468. Dice que el impacto de la Historia de la Conquista de México fue grande, y sostiene que historiadores como Joaquín García Icazbalceta y Manuel Orozco y Berra mostraron interés y simpatía por la metodología de la que hacía gala el autor estadounidense.

³⁷ José Fernando Ramírez. "Notas y esclarecimiento a la Historia de la Conquista de México del Sr. W. Prescott." En *Relatos históricos 1804-1871* Prólogo, selección y notas de Ernesto de la Torre. México, UNAM-Coordinación de Humanidades, 1987 (Biblioteca del estudiante universitario, 107).

haciendo salir de dicha obra “torrentes de ciencia y luz sobre nuestras antigüedades”³⁸. A todos los que algún día habían mostrado interés en la historia mexicana, ya fuera recopilando documentos, o explorando ruinas, pinta como los gigantes que dieron los primeros pasos en la marcha de los estudios históricos mexicanos hechos a favor del adelanto científico. Ya en el turno de Prescott y su *Historia de la Conquista*, vemos a Ramírez como un interlocutor con dos opiniones encontradas respecto al mismo asunto. En cuanto al aspecto formal de la obra, nuestro historiador no tiene más que palabras de admiración, considera que la obra es una de las más brillantes que se han escrito

modelo perfecto de orden, de claridad, de filosofía y monumento auténtico de la diligencia y laboriosidad del autor [...] ³⁹.

Sin embargo, no se muestra tan benévolo en algunos aspectos del contenido. La falta más grave para Ramírez es la exaltación de la figura de Hernán Cortés, y junto a ésta, señala como otra flaqueza en la obra de Prescott el inevitable desapego a la raza, inmediatamente denuncia que

El Señor Prescott ha empuñado la pluma para escribir la historia de bárbaros; palabra que, alternada con la de salvajes, campea en todo el curso de la historia, escoltada por otras del mismo temple. Siendo un ejército de bárbaros el que luchaba contra los invasores, sus gritos de guerra no podían tener la misma denominación que los de un pueblo culto; por consiguiente, los mexicanos lanzaban aullidos, y sus ejércitos por lo común, no se replegaban ni retiraban, sino que huían.⁴⁰

Acabemos con esta idea de una vez, lo más importante de las palabras acusativas de José Fernando Ramírez es que dejan al descubierto un orgullo herido, los términos con los que se dirige el historiador norteamericano hacia los mexicanos exasperan a nuestro historiador, quien responde de inmediato ante lo que siente un ataque. Antes de esto lo tocante al nacionalismo historiográfico había quedado desatendido, pero en este momento no podemos dejar pasar la evidente importancia de esta reacción que seguramente fue la de muchos otros mexicanos que leyeron la *Historia de la Conquista de México*. Hay en las palabras de Ramírez una voz nacionalista porque proyecta su propia idea de continuidad de la historia mexicana, es decir, asume que Prescott está hablando mal de “los suyos”, los

³⁸ *Ibidem*, p 90.

³⁹ *Ibidem*, p 92.

⁴⁰ *Ibidem*, p 97-98.

mexicanos, no de un grupo ajeno a su presente, en tal caso quizá ni por un estricto rigor objetivista se movería nuestro historiador al enojo.

Ahora sí, regresando al tema de la influencia extranjera, es preciso recapitular. En términos generales hemos dicho que obras como las de Humboldt y el mismo Prescott o bien Nebel, quien dedicó en su *Viaje pintoresco* un espacio considerable a la descripción y explicación de piezas arqueológicas, marcaron la pauta de lo que había de ser la investigación científica en el terreno de la arqueología y la historia.

La aceptación que tuvieron las obras a las que nos hemos referido se constata –lo vimos ya– no sólo a través de José Fernando Ramírez, la mayoría de las historias escritas por estudiosos mexicanos están llenas de notas que las refieren, en todas ellas se puede observar que en efecto fungieron como modelos de explicación histórica, y más aun, a partir de la lectura de aquellas se empieza a adoptar un modelo de lo que es por ejemplo, el arqueólogo, del celo que debe tener un historiador con respecto a sus fuentes, y del fin que debe perseguir toda pesquisa histórica.

Todo esto no quiere decir que los estudiosos mexicanos aceptaran completamente las nuevas corrientes filosóficas, ya lo vemos en la respuesta de Ramírez, es sabido que nuestros historiadores quedaron cautivados por el novedoso método científico y eso fue lo que encontró mejor y mayor acogida, pero, el corpus completo de pensamiento filosófico no podía aceptarse en plenitud. Por ejemplo, tanto el evolucionismo como el positivismo se sustentaban en algunas teorías que eran francamente desfavorables a la explicación histórica que se deseaba en México. Esto hace que la historiografía mexicana, que recupera solo en parte este pensamiento tome tonos muy peculiares. Algunas veces se abrazaban ideas de tal corte, pero otras los estudiosos mexicanos se veían precisados a defender “a capa y espada” a sus antepasados

Lo paradójico de este asunto es que, a través de la historiografía mexicana que vamos analizando nos topamos con que, generalmente, los historiadores mexicanos cuya producción histórica se sitúa después de mediar el siglo XIX están implícitamente

referente a los tiempos prehispánicos empieza a verse más difícil de documentar y explicar, de ahora en adelante veremos repetirse palabras que insisten en la escasez de fuentes, el precario estado de las mismas, la divergencia de opiniones etc., que parecen consolar a quienes no se conforman con los avances en tal materia. Esto tal vez sea otro efecto de las obras extranjeras sobre la historiografía mexicana, bajo las estipulaciones rigurosamente científicas que ahí se asentaron, el estudio de las épocas más remotas se complicaba bastante.

Por poco que analicemos las obras que se dedicaron a compendiar documentos históricos, bien pronto notamos su profunda inspiración nacionalista. La mayoría de los trabajos insisten en que el cúmulo de materiales bien organizados provoca primero un profundo respeto hacia la historia mexicana, y despierta vivos intereses por ella. El primer trabajo de este tipo, publicado de 1853 a 1856 fue el *Diccionario universal de historia y geografía* que coordinó Manuel Orozco y Berra. Para corroborar lo que se ha dicho reproduzco parte de las palabras introductorias a esta obra, me disculpo al saber que son palabras bien conocidas, pero su claridad es tal que ha sido inevitable recogerlas una vez más.

[...] Levantar un monumento glorioso para el país en que vimos la luz; echar los cimientos de un Diccionario histórico exclusivamente mexicano; acopiar los materiales que han de servir para nuestra historia; comenzar lejos de las pasiones y de la agitación que producen la lucha momentánea y el espíritu de partido; comentar decimos, el juicio de los hombres que han tendido un decidido influjo en nuestra sociedad, que han dado a nuestros designios un giro feliz o desgraciado, y preparar para aquellos el juicio severo de la historia, que algún día los cubrirá de alabanza o de baldón, no es sin duda labor perdida ni tarea inútil[...] ⁴²

Para finalizar sólo agrego que la recopilación documental, debe ser vista como un fenómeno historiográfico en el cual se concretizan ciertos afanes del nacionalismo mexicano. Es claro que la idea de esta actividad compendiosa pretende extender la historia misma, esto es, entre más información histórica fuera recopilada más historia era posible hacer, con algunos esfuerzos indagatorios, más antigua; pero sobre todo más cierta al quedar como se esperaba, férreamente atestiguada. Finalmente la importancia de todo esto, estriba en que esta historia reconstruida poco a poco, fungirá como el suelo firme sobre el

⁴² Manuel Orozco y Berra (Coordinador) *Diccionario universal de historia y geografía*. 7 vols. México, Tip. De Rafael, 1853-1855. Prólogo al T I, p III.

cual veremos levantarse toda clase de proyectos enarbolados cada vez con mayor seguridad, reclamando a pasos agigantados su legitimidad en función de la trayectoria histórica del país.

Así concluimos este primer capítulo que se propuso analizar la situación historiográfica de la cual surgirán los problemas mayores que pretendo atender, acepto que apenas he tocado los terrenos en los que debe moverse este trabajo. Invito al seguimiento de este texto que a partir del próximo capítulo comienza a ocuparse del interesante problema de la arqueología decimonónica.

Capítulo II

ARQUEOLOGÍA DECIMONÓNICA OCCIDENTAL: CONSIDERACIONES GENERALES

Las líneas que poco a poco vayan completando este capítulo intentan situar la disciplina arqueológica dentro de un contexto histórico mundial. De lo que sea tratado aquí, nos valdremos para llegar después al análisis de los contenidos arqueológicos en la historiografía mexicana.

Ciertamente, desde este momento empezaremos a tratar con algunas interpretaciones arqueológicas que están ya claramente vinculadas al fenómeno nacionalista europeo, no obstante, el interés por dedicarles este capítulo se debe a que ellas mismas inspiraron –más o menos directamente- las peculiarísimas lecturas arqueológicas mexicanas que nos depara la segunda mitad del siglo XIX. Ofrezco una disculpa desde ahora si lo tocante a la arqueología europea –tema, no está demás decirlo, sumamente interesante- no satisface a quien deseara profundizar en un problema que obviamente rebasa el propósito de este trabajo.

Los orígenes de la arqueología occidental

Hablar de un momento preciso en el cual pudiéramos situar el nacimiento de la arqueología es difícil, sobre todo si pensamos en la acepción informal de la palabra, esto es, antes de que la palabra “arqueología” fuera empleada con un significado científico, localizamos a través de muchas lecturas, que el coleccionismo, la anticuaria, e incluso las excavaciones y exploraciones de los “amateurs” están repartidas a lo largo de la historia presentándose con más frecuencia cuando un grupo se enfrenta a otro con características culturales distintas. En el capítulo pasado nos referimos varias veces a las antigüedades, palabra con la cual se designaban todos los objetos sobrevivientes del pasado (ya fueran documentos, piedras, construcciones, etc.), a quien se dedicaba a su estudio se llamaba anticuario, ocupación que por supuesto no era remunerada pero generalmente desempeñada por hombres de profesión pues ser un apasionado de las antigüedades, o ser coleccionista, era evidencia inconfundible de erudición. No faltaba en la biblioteca de aquellos estudiosos, un pequeño o gran gabinete

de curiosidades: objetos que iban desde cráneos, tepalcates, fósiles, huesos, rocas, especímenes vegetales o animales..

Shaun Hides utiliza el modelo que ideó Foucault para explicar la actitud arqueológica europea a través del tiempo, este modelo propone tres periodos, el primero lleva el nombre de renacimiento tardío: 1550 a 1650, tiempo en el que América había ya aparecido en la vida europea. A decir de Hides, la manera como los europeos explican la identidad de las culturas distintas de la occidental, se estructura a través de las semejanzas, es decir, asimilaron aquellos rasgos que por ser parecidos a los suyos podían ocupar un lugar en su propio marco de referencias. Todavía más, esta forma de interpretación del otro intentó asimilar también a pueblos antiguos por medio del mismo sistema que infería conocimiento a través de la observación de rasgos similares a la cultura europea. Esto se conoce como modo clásico de pensamiento.¹

El segundo periodo incluye el resto del siglo XVII y el XVIII y ha sido titulado “the well laid table”, nombre de traducción complicada, pero que en términos generales podría tomarse como el tiempo de las cosas puestas en bandeja. Como vemos este lapso corresponde a la época del “triunfo de la razón” en el cual todo objeto de estudio debía ceñirse a una tipología y clasificación estrictas que lo situaran dentro de cualquiera de los reinos de la naturaleza. El afán por guardar el orden natural de las cosas corresponde a la convicción de que el acceso al conocimiento era un proceso sistematizado. Este es justamente el tiempo en el que se generaliza el establecimiento de repositorios para objetos provenientes de tierras distantes. Hides habla del caso de Inglaterra, donde en 1660 se fundó la Royal Society con el propósito de reemplazar las desordenadas colecciones de curiosidades por gabinetes diferentes para cada parte del mundo.²

El tercer periodo comienza en 1790 e incluye todo el siglo XIX. Por obvias razones, no podemos acabar de una sola vez con todo lo que respecta a la arqueología decimonónica

¹ Shaun, Hides. “The genealogy of material culture and cultural identity”. En S.J. Shennan (ed) *Archaeological approaches to cultural identity*. Londres, Unwin Hyman, 1989. Pp 28-31.

² *Ibidem*, p 33

europea, por tanto sólo atenderé algunas ideas importantes que señala Hides y que nos ayudan a seguir. El auge que durante el siglo XVIII tuvieron las ciencias naturales, la disposición de objetos por esquemas científicos, y el razonamiento comparativo permitió la identificación y ordenamiento de las antigüedades, pero circunscribió sus interpretaciones históricas. No es sino hasta la mitad del siglo XIX cuando procesos políticos y sociales en el continente europeo dan lugar a nuevas perspectivas desde las cuales se observa la antigüedad y se reinterpreta. Bruce Trigger apunta:

La arqueología científica que reemplazó al anticuarismo orientado hacia el objeto en sí, comenzó en Europa occidental a principios del siglo XIX, reflejaba el universalismo de la ilustración³

Es decir, la nueva forma de percibir los objetos del pasado provenía del sistema cognoscitivo que modeló el siglo de la razón, sin embargo, este mismo autor destaca que dos corrientes de pensamiento romanticismo y nacionalismo ofrecieron novedosas posibilidades narrativas a través de las cuales los artefactos podrían ser interpretados. Me he reservado todavía entrar en el problema de la arqueología y su relación con el nacionalismo, pido paciencia. Que sirva lo que se ha dicho hasta aquí como punto de arranque hacia el surgimiento formal de la conducta arqueológica occidental.

Muchos estudiosos en trabajos publicados en los últimos veinte años han rastreado el origen del nacionalismo europeo, al hablar de la edificación de la nación, John Kaene se remonta a la baja Edad Media, tiempo en que la nobleza y el clero promovieron la utilización de la palabra nación –derivada de la latina *natio*- para evocar una identidad de idioma y de experiencia histórica, señalando también que este término no correspondía a toda la región (espacio geográficamente definido) sino a los grupos sociales que llegaron a poseer un sentido de identidad y que empezaban a actuar en consecuencia. A partir del siglo XV “nación” fue empleada con fines políticos, y por lo tanto el sentido de identidad se

³ Bruce Trigger. “Romanticism, nationalism and archaeology”. En Kohl Philip, Clare Fawcett (eds) *Nationalism, politics and the practice of archaeology*. Cambridge University Press, 1995. Pp 267-268.

territorializó, Keane lo dice con estas palabras: por nación se entendía un pueblo que compartía ciertas leyes e instituciones políticas comunes en un determinado territorio.⁴

El asunto va complicándose en la medida que crece la dimensión política del término. El gran cambio se presenta como fruto de las ideas ilustradas que hicieron de los habitantes con capacidad para participar en la política, ciudadanos. Si existía una sociedad civil (aquella conformada por los ciudadanos) con derecho a ejercer la soberanía, existía un Estado soberano, que necesitaba diferenciarse no sólo territorial, sino históricamente frente a otros. Al triunfo de la Revolución Francesa de 1789, muchos miembros de las clases medias exigieron su inclusión en la nación y a partir de ese momento el principio de “nación” se hizo extensivo a todos, por lo que pueblo y nación se suponían la misma cosa.⁵ Aunque la definición de un concepto para identificar a los hombres de un mismo territorio fue un fenómeno común en Europa, no todos los países acogieron el término “nación”.

Para hablar de esas excepciones tenemos que entrar en ciertos detalles que nos llevan a tratar otros términos importantes. “Civilización”, por ejemplo, es una palabra que se acuñó antes de que el término “nación” tuviera el significado del que hablaba antes, igual que él tuvo un origen francés y cobró rápida aceptación en Inglaterra, pronto en ambos países se convirtió en la explicación de superioridad y justificación de la explotación e imperialismo. Por antagonismo a este término surgió en Alemania el de “cultura”. La diferencia fundamental entre estos términos es que civilización no admite plurales, y no se refiere a modos de existencia sino al orden ideal de la humanidad.⁶ Advertir esta distinción es fundamental para seguir con el capítulo; el término alemán “cultura” es la respuesta de digresión frente a las pretensiones totalizadoras de “la civilización”. Ahora, esto tiene que ver con lo que íbamos diciendo porque *volk* o sea “cultura” se entiende a veces como sinónimo de nación, cosa que es incorrecta. La nación, por lo tanto y hasta aquí, no define

⁴ Jonh Keane. “Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa”, En *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. Barcelona, junio 1994, vol 46, no. 2 P 203

⁵ *Ibidem*, p 204

⁶ Sahlins Marshal. *How the natives think. about Captain cook for example*. University of Chicago, 1995, pp 10-11

del todo a una cultura. La discusión sobre esto es larga y compleja, seguirla en este trabajo escaparía a sus objetivos.

Volviendo al problema del nacionalismo y dejando por el momento algunos problemas conceptuales, me sumo a la opinión de George Weill quien sostiene que el éxito de este término “nacionalismo” proviene de su propia imprecisión, esto es, cada entidad -incluso dentro de cada entidad, cada sector de la sociedad- introdujo en la palabra correspondiente lo que acomodaba a sus propios intereses. “Nación” encierra una ambigüedad tal que todo cabe dentro de ella, incluso la reacción frente al tipo de poder que la genera.⁷

Ahora bien, para todos nosotros es perfectamente aceptable que a lo largo de la historia surjan corrientes de pensamiento que enarbolan una u otra causas, no existe alguna ideología que no resulte afectada en su desarrollo por circunstancias políticas o económicas. Siendo esto así sería absurdo pensar en nacionalismo meramente como el capricho cumplido de algunos hombres. El fenómeno europeo que nos interesa está íntimamente vinculado al nuevo régimen económico y con un avance tecnológico, ambos consecuencias directas de la Revolución Industrial, con las cuales se inaugura la época del imperialismo europeo sobre el resto de los continentes.

Todo esto tiene varios aspectos secundarios que espero resumir en la medida que sea posible. Primero me interesa enfatizar que la intromisión europea no se reanudó durante el siglo XIX, el colonialismo es de hecho una acción ininterrumpida aunque muestre momentos de menor o mayor presencia europea en otros lugares. Lo que es cierto es que la actitud europea respecto a sus múltiples colonias no fue siempre la misma. Vamos a concentrar la atención en la etapa que los historiadores han denominado imperialismo, a ella se inscribe directamente el surgimiento de la arqueología⁸. Amén de la enorme

⁷ George, Weill. *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. Trad. José López Pérez. México, Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana. 1961. P 5 (Evolución de la humanidad, 131).

⁸ Ahora que hablamos de imperialismo considero pertinente hacer referencia a la información que da Edward Said en su libro *Orientalism*. Great Britain, Pinguin books, 1987, 368p. A reserva de detallar después algunas implicaciones del término, cito: *El periodo de los mayores avances en la institución y contenido del orientalismo coincide exactamente con el periodo de expansión europea sin paralelo, de 1815 a 1914 la dominación colonial se expandió de 35% a 85% de la superficie de la tierra* P 41

cantidad de materia prima que los europeos extraían de sus posesiones coloniales, y de la intensidad comercial de mercancías manufacturadas en las metrópolis correspondientes, la interacción entre sociedades no occidentales y europeos emprendedores propició una forma distinta de comunicación. Las sociedades no europeas reflejadas –a ojos de los occidentales– en una peculiar cultura material⁹ autóctona, se presentaron como objeto de estudio. Cabe recordar que el tráfico de objetos artesanales y de las propias antigüedades (objetos arqueológicos o copias de ellos) no se estrenó en el siglo XIX, pero, a no dudarlo, es a principios de éste que se entienden como vestigios de “civilización”. Ahora hemos pronunciado una especie de palabra mágica; para acercarnos a una comprensión cabal de la completa dimensión en el siglo que nos ocupa habrá que explicar varias cosas.

Hablábamos de cómo las evidencias tangibles de una cultura distinta se convirtieron en objeto de estudio, por eso es necesario que preguntemos ¿a qué obedecía el interés por estudiar dichos objetos? Más que a los resabios de una “sed de conocimiento” como todavía se suele presentar el panorama general del siglo de la Ilustración, conviene considerar que el antecedente que sentó el método cognoscitivo aceptado durante tal época, predeterminó el lugar que ocupaba Europa con respecto a todo lo que pudiera conocerse. Ya en el primer tercio del siglo XIX disfrutaba dicho continente de varias comodidades y constataba los beneficios a los que lo condujo la explotación colonial que fue el combustible de la revolución industrial; En tan provechosa situación –que por cierto iría en aumento por lo menos hasta mediar el siglo– no había mucho que considerar en cuanto a qué lugar ocupaban dentro de la escala del progreso de los pueblos. Bruce Trigger resume con mucha claridad este proceso diciendo que

Gran número de personal de la clase media, cuyo poder económico y político se había incrementado como resultado de la Revolución industrial, están satisfechas de verse a ellas mismas como un flujo de progreso inherente a la naturaleza humana y quizás a la constitución del universo.¹⁰

⁹ A lo largo de este trabajo vamos a hablar de cultura material entendiendo un conjunto de objetos creados por un grupo específico como manifestación de su propia cultura sin importar si el grupo pertenece al pasado o al presente.

¹⁰ Bruce Trigger. *Historia del pensamiento arqueológico*. Trad. Isabel García Trócoli. Barcelona, Crítica, 1992. P 109.

Esto no es otra cosa sino demostración de que había llegado a un momento clave de maduración la siguiente idea: el adelanto de la cultura material acusaba avances de calidad moral y hasta filosófica en las sociedades que la habían creado. De ahí la importancia que cobra la existencia de “restos” –muchos o pocos- en función de forjar escalas para medir el grado de evolución de las “otras culturas”. Ahora, para no desviarnos más, regresamos a la relación que se tendió entre aquellas ideas y el concepto de “civilización”. En primer lugar habría que aclarar que jamás hubiera surgido con la dimensión que adquirió fuera de la situación colonialista europea. Antes dije que la presencia europea en otros continentes había sido un proceso continuo aunque con altas y bajas, no contradigo aquello, pero rectifico que sin duda, la novedosa aparición del concepto “civilización” es fruto del contacto colonial del siglo XIX.¹¹

La trayectoria histórica del continente europeo hasta el bienaventurado siglo del progreso fue evidencia suficiente y necesaria para reafirmarse frente a “los demás”, los “no europeos” como la cúspide de la evolución social, y por lo tanto transmisor inapelable de los más altos dones de la civilización al resto del mundo. Las sociedades mercantiles europeas se consideraron pues en el punto culminante de la civilización atribución que les facilitaba un pretexto “científico” a su pretensión de superioridad... el colonizador se transformaba en misionero de los nuevos tiempos que se proponía enseñar a los pueblos primitivos el “verdadero camino” hacia el progreso intelectual y material.¹²

Historia y Arqueología en función del concepto *progreso*

Con lo que he dicho hasta este momento se ha visto que la preeminencia económica europea colocó a Occidente por encima de los desprovistos habitantes de pueblos colonizados. Sin embargo, esta supremacía no fue entendida solo en términos económicos y ahí está lo más interesante, aquellas condiciones sólo sirvieron como *evidencia* de una superioridad general de la cultura europea occidental frente a cualquier “otra”. Poco he dicho acerca de la compleja urdimbre política en la que se gestó el discurso completo que encarna el nacionalismo y sólo lo concibe existiendo a la luz de un marco científico rígido

¹¹ Bruce Trigger. *Op cit, passim*

e infalible. Por este terreno habremos de llegar a una explicación amplia sobre las tesis evolucionistas y positivistas que caracterizaron la mentalidad científica y filosófica europea, pero antes de ello echaremos un vistazo a condiciones políticas específicas.

Sobre esto, el último punto se puso al mencionar la Revolución francesa de 1789, es preciso regresar hasta aquellos días. Valiéndose de las ideas de igualdad que postulaba el movimiento revolucionario, los hombres que coexistían en un territorio reclamaron participación política y representación,¹³ se hicieron ciudadanos, así se estrenaba la categoría que supuestamente convertía a los hombres en seres iguales ante el Estado. Pero, como es fácil pensar, las omnipresentes e insalvables diferencias entre hombres de diversos grupos sociales no tardaron en fermentar el ambiente político. Precisamente la industrialización europea abrió brecha a los conflictos entre clases sociales. Incrementó la formación de sindicatos comerciales, las demandas de reforma política, sufragio y oportunidades de educación mucho más amplias.¹⁴

Lo que esto significa es que pocas décadas de vida industrializada o mercantil habían empezado a desencantar la noción ilustrada de igualdad y progreso *para todos*, el concepto no aceptaba ya siquiera a *todos los europeos*. Este tipo de conflictos, se concretaron en una batalla política entre facciones liberales y conservadoras, el problema estribó en cómo reivindicar un ideal igualitario entre ciudadanos siendo innegable que la mayor parte de ellos prácticamente no participaban en las decisiones del país. Una cosa puede decirse desde ahora: la reacción de los grupos de poder iba a ser definitiva y recalcitrantemente fundada en la idea de que existían lazos invisibles que unían a todos los hijos de una nación.

Benedict Anderson, que ha rastreado con minucia la génesis del nacionalismo, explica la reacción de los grupos que detentaban el poder político observando una nueva forma de identificación:

¹² Joseph Fontana. *Europa ante el espejo*. Barcelona, Crítica, 1994. P. 122 (La construcción de Europa s/n).

¹³ John Keane. *Op. cit.*

¹⁴ Bruce Trigger. "Romanticism, nationalism and archaeology", p. 268-269.

estas identificaciones nuevas sostuvieron legitimidades que, en una época de capitalismo, escepticismo y ciencia, podían descansar cada vez menos en la sacralidad putativa y su mera antigüedad¹⁵

es así como surgen los nacionalismos oficiales, tratando de contrarrestar identificaciones a pequeña escala o populares. El propio Anderson explica todo esto en otras palabras diciendo que el propósito de estos nacionalismos oficiales posteriores a la segunda década del siglo XIX era estirar la piel de la nación, escasa y estrecha, sobre el cuerpo gigantesco del imperio¹⁶; cabe señalar que se refiere a la vieja acepción de imperio como dádiva de Dios, y en este sentido su metáfora debe entenderse como una sustitución: nación por imperio, aunque en resumidas cuentas se trate de conservar formas de poder político.

Así pues, fue situación inocultable y por demás problemática que la fortificación económica de las potencias colonialistas europeas resultaran tan poco favorecedoras de la situación política interna de cada nación. En medio de este escenario surge con toda evidencia un nacionalismo del cual fueron voceros los grupos conservadores, estos reaccionaron sobreponiendo la importancia de la integridad de la nación a cualquier interés de clase, el argumento central de esta ideología se basaba en la identificación biológica e histórica que supuestamente existía entre todos los miembros de una nación. Aun más, este nacionalismo racial buscó la manera de culpar de los problemas económicos y políticos a otros grupos nacionales.¹⁷ Desde estos momentos vemos que se levantan los horizontes románticos cuyo propósito fue inspirar orgullo de *su nación* a todos los hombres, la tendencia conservadora que convocaba a tal sentimiento trataría de convencerlos de que existían fuertes aunque invisibles lazos entre ellos y que éstos serían siempre mucho más importantes que cualquier antagonismo de corte social. Trigger ha enfatizado la existencia de una “unidad psíquica” constantemente reforzada con actos políticos contundentes, habla de las conquistas de Napoleón III, como ejemplo de un conservadurismo que propició

¹⁵ Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. 2ª ed. Trad. Eduardo L. Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp 126-127. (Popular, 498)

¹⁶ *Ibidem*

¹⁷ *Ibid.* Bruce Trigger. *Op cit*, p 268 y ss.

la idealización étnica en el que se fincaron los poderes de Alemania, Italia y la misma Francia después de derrotado Napoleón.¹⁸

Ahora bien, hasta aquí las circunstancias que pusieron a Europa en un pedestal están vistas, pero para que aquella idea (que obviamente ofrece el punto de vista europeo) resultase “verdadera” habría de responder a un marco de referencias, de normas proveídas por la naturaleza misma y descubiertas por la ciencia capaces de demostrar que la situación de Europa efectivamente era fruto del perfecto orden que rige al universo y a la historia como alma de éste. En otras palabras esto podría explicarse diciendo que ningún cuerpo ideológico existe ni se sostiene fuera de un marco construido parcialmente de determinadas condiciones históricas y en parte también de las ideas que los actores de la historia establecen como la *explicación* de tales condiciones.

Se ha dicho ya que en el siglo XIX nació un nuevo paradigma epistemológico producto del racionalismo de la Ilustración, de acuerdo a sus propias normas el objetivo final del trabajo riguroso se dirigía a poder comprobar un fenómeno a través del método científico y colocarlo en algún punto de la larga recta de la evolución. La delantera fue tomada por los estudiosos de la naturaleza. Es suficientemente conocido que fueron los trabajos sobre biología los que sentaron las bases de la doctrina evolucionista que después permearía todos los campos de estudio, pero a veces se desatiende el trabajo de los geólogos quienes no hicieron poco por este sistema. Para entrar en este tema es preciso desplazar la atención hacia las latitudes más septentrionales del continente europeo. Los primeros trabajos a gran escala que reunieron a los científicos naturales se hicieron en Dinamarca y Escandinavia durante la primera década del siglo XIX. La expedición que ahora me interesa fue la de 1806, organizada por el gobierno danés en la cual Jurgensen Thomsen fue secretario, aunque no por el cargo de desempeñó resulta un personaje tan importante. Al terminar la expedición, Thomsen había reunido infinidad de materiales arqueológicos que ordenó estrictamente a partir del material del que estaban hechos: piedra, bronce y hierro. Una vez hecha tal división, se estaba a un paso de identificar cada grupo con un periodo de avance

¹⁸ Bruce Trigger. *Historia del pensamiento arqueológico*, p 111

tecnológico distinto, idea casaba perfectamente con la noción de “tres edades de la humanidad” que tan recurrentemente se utilizó durante el siglo XVIII, y terminaba por reforzar la idea de que las evidencias materiales podían clasificarse y su clasificación conducía al reconocimiento de grados diferentes de civilización. Después de Thomsen, el sistema de las “tres edades” fue ampliamente utilizado por todos los estudiosos de la prehistoria, de los cuales Sven Nilson y el propio J.J.A. Worsaae sean quizá los más representativos. La atractiva noción de grados de civilización¹⁹ fue ampliada significativamente: de constituir un esquema de avance tecnológico se transformó en una sucesión de modos de subsistencia. Nilson discutía, basado en la evidencia etnográfica, la existencia de cuatro etapas sucesivas de desarrollo económico y social: salvajismo, pastoreo nómada, agricultura sedentaria y civilización, esta última etapa caracterizada por el uso de escritura, moneda y división de trabajo. Este mismo sistema fue adoptado por Sir Edward Tylor, antropólogo que propuso la división tripartita: salvajismo, barbarie y civilización que más tarde ocuparía el norteamericano Lewis Morgan.

Sin ir más allá en la labor de los antropólogos, debemos regresar a los orígenes del evolucionismo, considerando que junto a las ideas de diferenciación tecnológica en la prehistoria, surgían las tesis más importantes del evolucionismo biológico que culminan en el trabajo de Charles Darwin quien publicó en 1859 *The origin of species by means of natural selection*. La idea central de todo su trabajo postulaba que el hombre como el resto de las especies naturales había evolucionado mediante un proceso de selección natural que permitía la sobrevivencia de los seres más aptos o mejor adaptados dejando condenadas a la extinción a las especies débiles o no aptas. De tal idea se deriva otra más delicada de la cual tanto Darwin como sus seguidores estaban convencidos. Las sociedades humanas sujetas a este esquema podían diferenciarse entre evolucionadas y no evolucionadas no sólo en sentido biológico, también se creyó en la diferencia de evolución cultural; así a una sociedad evolucionada o civilizada le correspondía un alto grado de desarrollo intelectual y

¹⁹ Insisto en marcar una diferencia entre civilización y cultura. Como dice Sahlins Marshal, a diferencia de la civilización, la cultura, verdaderamente identifica y diferencia a un pueblo, la cultura se da en tipos, no en grados [...] p 10-11

moral.²⁰ A estas alturas, ya estamos enterados de quiénes se consideraban el producto acabado de la civilización... por lo tanto sabemos que asiáticos, africanos y americanos estaban considerados en cualquier punto de la línea evolutiva pero siempre atrás de Europa. La idea de la desigualdad de razas ganó credibilidad y su primer fruto al interior de las prácticas colonialistas consistió en la tranquilidad de conciencia que suministró a los europeos quienes encontraban ampliamente justificada su intervención en otros territorios: desde aquellos momentos serían mesías de la civilización por doquier.

Hablar sobre la historia anuncié en el subtítulo y esto se ha demorado debido a la necesidad de considerar los aspectos que se han tratado arriba, pero ya tenemos un panorama general en el que se inserta con suficiente coherencia el estudio de la historia durante el siglo XIX. Para comenzar este asunto diré que la historia fue concebida a partir de los patrones del evolucionismo, solo que para su caso particular, del evolucionismo social o sea del camino de los grupos humanos hacia la civilización a través del tiempo.²¹

La historia, entonces, fue pensada como la trayectoria de los hombres en el tiempo, una trayectoria sin regreso sea cual fuere el punto que se ocupaba, una trayectoria desigual en cuanto al grado de avance a pesar de que los filósofos y científicos consideraban la existencia de una sola ruta de ascenso, es decir, todos los grupos humanos destinados a alcanzar la civilización caminarían una misma senda. El estudio sobre la historia de Europa elaborado por Geoffrey Brunn –ciertamente no se trata de un trabajo actualizado– hace hincapié en una idea que me parece primordial, según él la mejor manera de explicar el pensamiento decimonónico es considerar en un lugar preponderante el concepto de *continuidad*; los hombres del siglo pasado demostraron su fe en la continuidad como ley de la naturaleza, que afirmaba relaciones graduales, ininterrumpidas.²² Este concepto adquiere una importancia irreductible al referirnos a la historia que precisamente fungió como la disciplina social que demostraba lo inalterable de las leyes naturales sobre la vida de los hombres, el nuevo modelo reforzó la noción de civilización como el fin último de una

²⁰ *Ibidem*, p 113

²¹ *Vid.* Joseph Fontana. *Op cit*, p 123 y ss

evolución continua. No está por demás decir que obviamente el éxito de la idea de *continuidad histórica* se debió a lo favorecedor que resultaba como argumento político frente a cualquier conato de revolución intestina –entendida la última como síntoma de ruptura– entre las sociedades “avanzadas”.

La temporalidad, concepto hermanado al de continuidad, tuvo una importancia decisiva en la nueva ciencia histórica. Hides aborda el problema diciendo que en el siglo XIX la noción de historia implicó que el pasado humano podría articularse sólo a través de una abstracta u objetiva medida de tiempo, y, al suerte, la cronología creó el marco mediante el cual podían identificarse fases sucesivas de transformación tecnológica en los objetos al igual que a las sociedades que las habían producido.²³ Lo importante es destacar que la historia fue percibida, en efecto, como un desarrollo retrospectivo, y sobre todo anunciar que la arqueología se apegaría a las generosidades que brindaba la cronología como herramienta de trabajo, el impacto puede suponerse: largos estudios divididos en época, fases, periodos inamovibles que colocaban a esta o aquella sociedad en algún punto del tiempo muerto.

El concepto de continuidad que acabamos de tratar va perfectamente acorde con una idea trabajada ampliamente por Anderson que nos lleva directamente al problema del discurso histórico. Para este autor ocurre a las naciones recién nacidas algo similar a lo que sucede a las personas al tomar conciencia de estar formando parte de un tiempo secular, dicha conciencia da lugar a la necesidad de una narración de identidad,²⁴ en otras palabras a construir un discurso –también en el sentido literario– de su propia participación en el tiempo, de su historia. John Keane señala que, la importancia política de esta construcción de identidad nacional (a través del discurso histórico) estriba en imbuir a los ciudadanos

²² Geoffrey Bruun. *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*. 10ª reimp. Trad. Francisco González Aramburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. P 72 (Breviarios, 172)

²³ Shaun Hides. “The genealogy of material culture and cultural identity” En, Sian Jones y Paul Graves (eds) *Op cit.* p 37.

²⁴ Benedict Anderson, *Op cit.* p 285. Además *Ver* Hans Joachim König “Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del estado y la nación en América Latina”. En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. México, t XXXVIII, 1995, p 22. Su estudio, mucho más cercano al análisis del caso mexicano comparte la misma idea

Sin dar por terminado aquí el problema de cómo se utiliza la historia empiezo a redondear las ideas que se han expuesto. Lo más importante en función de este capítulo, sobre todo para encontrar la conexión entre historia y arqueología como disciplina emergente, es dejar en claro que una vez establecido y aceptado el nuevo modelo científico quedó tendido un telón en el cual, de manera coherente, se insertaría una serie de explicaciones históricas en consonancia al paradigma científico-evolucionista. Sin embargo, es urgente señalar que la relación entre historia y evolucionismo es bilateral. Es cierto que la historia (como disciplina) pensada a la manera decimonónica no fue solamente eco de los cánones que dictaba el reciente modelo epistemológico, también éste hallaba debida comprobación en la historia misma, ella evidenciaba la “verdad” del sistema evolucionista.

Considerando lo anterior hay que tener en mente una historia científica, que sólo accedía a tal adjetivo ciñéndose a los requisitos de comprobación a través de objetos tangibles que pudieran salvar la subjetividad del estudioso y revelar por sí mismos la verdad de las cosas. La historia científica está descrita así por Hides,

Llegó a ocupar un lugar similar en el episteme moderno al que el Orden había ocupado en el modelo clásico de pensamiento. La tarea fue examinar el punto original de los hechos históricos, analizar sus procesos de operación y sus relaciones análogas con otras estructuras.²⁸

Creo que ahora se puede intuir con más certeza la razón por la cual consiguió la arqueología un lugar privilegiado entre las ciencias sociales que se desarrollaron en el siglo XIX. Dejo terminar a Hides,

como ciencia social, la arqueología estuvo principalmente involucrada con los orígenes y desarrollo de la humanidad: su historia.

Siendo el propósito de esta parte del trabajo esclarecer los orígenes de la arqueología hay que recordar la distinción que se hizo al principio entre el anticuarismo y coleccionismo propios de los siglos XVI a XVIII, y su aparición como ciencia. Inmediatamente después del recordatorio hay que considerar que su novedoso membrete “ciencia”, no tiene nada de gratuito y nos remite al esquema evolutivo, primer gran triunfo epistemológico del siglo XIX.

El éxito de la explicación histórica evolucionista se debió en gran parte a que existían restos materiales, que sometidos a un estudio comparativo y a una clasificación rigurosa, comprobaban fases, etapas o periodos de avance cultural; es cierto que en principio fueron materiales prehistóricos y por lo tanto sirvieron para reconstruir ese momento. Pero, gracias a que se obtuvo una visión secuencial de la prehistoria, comenzó a emplearse el mismo método para reconstruir etapas históricas menos remotas. La premisa que da validez a este modo de pensamiento científico decimonónico es que la cantidad y calidad de artefactos producidos por un grupo humano era muestra irrevocable tanto de su capacidad tecnológica como de su estado intelectual y moral. ¿Por qué los objetos? Es una pregunta que ya podemos contestar con rapidez. Cualquier resto material, es evidentemente un objeto medible, observable, clasificable y verídico, es decir, cumple con los requisitos del método científico.

Ahora bien, el lugar que la propia Europa se asignaba en la historia de la humanidad, el primero por supuesto, estaba en perfecta consonancia con estas ideas. En el siglo XIX, los europeos convertidos en una sociedad mercantil se autocomprobaban como la cabeza en la producción de artefactos, su vida estaba llena de objetos para subsanar cualquier tipo de necesidades,²⁹ todos hacían o pretendían hacer la vida más cómoda, para ellos fue indiscutible que su cultura material reflejaba un estadio superior no sólo tecnológico sino intelectual, lo que los definía como pueblos civilizados y simplemente situaba a los nativos contemporáneos de África, Asia y América entre los pueblos primitivos.³⁰ La arqueología se encargará de demostrar estas ideas y justo ahí se detecta el estrecho vínculo que guarda con la ideología nacionalista en busca de una identidad superior, de una definición histórica (considerar la implicación temporal), frente a los demás grupos sociales. Shenan resume este interés arqueológico y lo liga al *historiar* decimonónico diciendo que surge del ambiente romántico-nacionalista europeo y su intento por mostrar la larga historia de los pueblos y naciones-estado que en ese momento surgían como entidades políticas

²⁸ Shaun Hides. "The genealogy of material culture and cultural identity", p 37.

²⁹ Vid. Geoffrey Bruun. *Op cit, passim*.

³⁰ Shaun, Hides. *Op cit*, p 39.

considerables.³¹ Así, el creciente interés por tales disciplinas es más explícito: justificar su propio modo de vida (industrial y comercializado basado en la explotación colonial) asumiéndolo y propagándolo como un destino, convirtiendo su incidencia en otros continentes en misión civilizadora. Sería esencial echar mano de argumentos científicos para comprobar que históricamente habían sido superiores, y por lo tanto no había ninguna falta a las leyes naturales, el poderío económico y político de los estados-nación se ofrecía como una realidad obediente a aquellas.

Párrafos arriba he mencionado dos conceptos que determinan la importancia de la arqueología: civilización y barbarie. Proviene, lo he repetido varias veces, de la visión lineal y progresista que dominó la mentalidad científica occidental durante todo el siglo XIX. Digo que determinan a la arqueología porque son las categorías que se aplicarán a las sociedades estudiadas por los occidentales en función también de corroborar su propio lugar y sobre todo de confirmarse herederos absolutos de la civilización, hecho que se materializaba en su propia cultura. El problema es agudo, Europa, en los denodados intentos de forjar a partir de la suya, la historia de la humanidad, hubo de apropiarse en la medida necesaria de estos dos “temperamentos”. Para facilitar esto recorro a una figura, imagino un árbol, ese es la realidad europea, *toda la historia* en un solo y robusto cuerpo, pero, la totalidad ciertamente incluye los opuestos o no tiene sentido, entonces –volviendo a la figura– las raíces del árbol de la historia europea conducen, unas, sabia de civilización y otras sabia de barbarie. Así precisaba Europa sus propios orígenes, enseguida veremos por qué.

Un interesante estudio de Kristian Kristiansen³² postula que la dicotomía entre civilización y barbarie ha jugado un papel determinante en la formación de la ideología de los estados-nación europeos. Espero que la burda imagen del árbol sirva para entender pronto este asunto. La problemática empieza cuando recapitamos en cómo se habían de recrear los orígenes de estas nuevas entidades, en efecto, fue un asunto de conveniencia, una forma de

³¹ Stephen Shennan. “Introduction”. *Archaeological approaches to cultural identity*. P 7.

³² Kristian Kristiansen. “European origins: civilisation and barbarism”. En Sian Jones y Paul Graves (eds) *Archaeology and cultural identity in Europe*. Londres, Routledge, 1996.

construirse un carácter (en el sentido temperamental) conveniente a los propósitos políticos en boga. Importante, la sempiterna dicotomía no es “invento” del siglo XIX, ni siquiera es un invento estrictamente europeo, no obstante cobra en esa centuria una importancia arqueológica insoslayable, de ahí su pertinencia en este trabajo.

En palabras de Kristiansen la dicotomía produjo dos mitos de origen; el primero se aboca a subrayar la importancia de la transmisión cultural desde los “centros de civilización” a Europa, situando en esa transmisión sus orígenes “civilizados”, este mito refuerza, por ejemplo, la reconstrucción de la civilización occidental después de la toma de Roma por los bárbaros. Por otra parte, Europa reclama su ascendencia “bárbara” enfatizando una naturaleza nativa que ubica ese barbarismo como la fuente de su incorrupta libertad.³³ Estas dos versiones de la Europa original, entraron al y salieron del escenario político en gran diversidad de circunstancias, por ejemplo, el segundo enfoque funcionó como reacción frente a regímenes despóticos. Para concluir esto que gira en torno a los mitos originarios, quiero referirme al trabajo de Johnatan Friedman quien estudia la formación de identidad como parte del proceso de hacer historia, es decir del proceso de construcción de un universo de significados y siempre que se tome en cuenta que la motivación de ese proceso es un individuo socialmente específico, la historia sería una impresión del presente en el pasado.³⁴

Para entrar en materia arqueológica debemos derivar de la anterior dicotomía por lo menos otras dos: dominante-dominado y Occidente-Oriente, cabe advertir, no siempre son equivalentes. La primera es, una vez más, producto de las relaciones político-económicas coloniales intensificadas durante el siglo XIX y, huelga decirlo, tuvo repercusiones muy importantes en el campo de los estudios arqueológicos. Tanto las investigaciones arqueológicas emprendidas por Francia como las de Inglaterra fueron actos consecuentes a esta forma de pensar. Estrictamente hablando, los estudios científicos sobre la antigüedad egipcia comenzaron con la invasión napoleónica a Egipto en 1798, muchos conocen la

³³ *Ibidem*, p 138.

³⁴ Jonathan Friedman “History and the politics of identity” En *Cultural identity and global process*. London, Redwood books, 1994, p 118

continuación de la historia, tras el renombrado hallazgo de la piedra Roseta, y sobre todo después del desciframiento llevado a cabo por Jean Francois Champollion, la egiptología estuvo en manos francesas casi durante todo el siglo XIX. Si aceptamos que la intervención de un Estado en asuntos de un territorio ajeno es sintoma inequívoco de una relación entre dominante y dominado, debemos mencionar como ejemplo de ello también la fundación del Servicio estatal francés de antigüedades por Auguste Ferdinand Mariette alrededor de 1830, el objetivo de este organismo era evitar el tráfico ilegal de objetos arqueológicos.

Un caso de trayectoria paralela fue el de los estudios mesopotámicos que se iniciaron a partir de la residencia del inglés Claudius James Rich quien llegó a Bagdad en 1808. La primera colección de piezas arqueológicas fue al museo Británico apenas en 1825. Después, en 1842, se descubrieron unos relieves en Nínive, apenas se supo la noticia el gobierno francés envió a un comisionado para integrarse a la expedición y hacer los dibujos que considerara pertinentes. Para 1846, muchos de los relieves fueron trasladados al museo de Louvre en París. Ahora bien, hacer un recordatorio de todas estas acciones no ofrece las explicaciones que necesitamos. Para valorar las investigaciones arqueológicas y sus efectos más profundos como impacto de las relaciones coloniales del siglo XIX es preciso ampliar un poco más nuestra visión.

Una potencia colonizadora que poco a poco va adueñándose de un territorio que antiguamente era ajeno se ve impelida en cierto momento a apropiarse también del bagaje cultural del o de los pueblos que lo habitaban, para que esa historia autóctona no se convirtiera en motivo de reacción contra el orden colonial. La encrucijada se presentó a las potencias cuando hubo que pensar en una política educativa que habría de decidir el fin (en su acepción utilitaria) de aquella tradición. Los grupos conservadores siempre temerosos de las represalias locales, pronto advirtieron la urgencia de utilizar la cultura ajena a su favor otorgándole un espacio en la nueva educación de los aborígenes. Los restos arqueológicos de un pueblo entendidos como parte integral de esta cultura autóctona, serían uno de los primeros materiales usados por esta nueva política educativa. Como Anderson señala, las labores de restauración arqueológica seguidas por la impresión de textos literarios

tradicionales bajo el patrocinio del Estado son un ejemplo de tales planes educativos; aun más, esta ideología educativa tendía a diferenciar marcadamente a los naturales contemporáneos de los idílicos “constructores de monumentos”, éstos últimos reivindicados gracias a las huellas que dejaron para la posteridad, los segundos siempre inferiores, incapaces de hacer algo semejante a lo que hicieron sus ancestros. El último elemento que completa la significación de la dicotomía entre dominante y dominado, inmerso totalmente en el terreno de los estudios arqueológicos, es que al desarrollarse la arqueología monumental y ser cada vez más un atractivo turístico, confirmaba al Estado como celosísimo guardián de una tradición generalizada pero también local.³⁵ Finalmente los sitios arqueológicos serían incorporados al mapa de la colonia, por lo tanto incorporados a la gloria histórica del estado-nación.³⁵ Las excavaciones arqueológicas en África y Asia menor, respondieron en gran medida a estos incentivos de corte educativo oficial, aunque involucren también el problema del auge orientalista, al que nos abocaremos enseguida.

Para esto es necesario regresar los “mitos de origen” europeos. Dijimos que uno de ellos busca enfatizar su protagonismo en la transmisión cultural, el asunto que me interesa está en que los europeos reconocían que la “cuna de la civilización” había estado fuera de sus fronteras, de este modo era preciso ubicarla bien, fijarla a un territorio para hacer posible la transmisión.³⁶ En obediencia a esta idea surge Oriente como concepto, una invención para rescatar a las culturas civilizadas que no estaban dentro del continente y que no podían ignorarse.³⁷ Cabe señalar que Oriente había sido cuna de la civilización, nunca más lo sería, y de hecho el orientalismo arqueológico e histórico definía a Occidente como la nueva cuna de la civilización. Visto de este modo, los europeos no saqueaban, ni se aprovechaban de un patrimonio cultural que no les pertenecía, sino que buscaban sus propios orígenes civilizados y rescataban su propia historia. A Oriente, como región geográfica contemporánea le quedaban solamente lejanísimas reminiscencias de las pasadas glorias que casi por completo habían migrado hacia Europa. Una perspectiva que completa la implicación del concepto que vamos revisando es la apreciación de Said sobre

³⁵ Benedict Anderson. *Op cit*, p 252-254.

³⁶ Vid. Sahalins marshal, *Op. Cit* pp 10-11.

³⁷ Vid Joseph Fontanta, *Op cit*, pp 128 y ss.

el orientalismo, conecta su fenomenología histórica con las tensas relaciones de poder establecidas durante todo el siglo XIX, este autor en pocas palabras describe al orientalismo como el estilo occidental de dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente.³⁸

Este problema tiene otro aspecto interesante, se presenta cuando observamos que las civilizaciones antiguas orientales tanto como las nuevas civilizaciones occidentales se redujeron a uno. Esto es, la Europa colonizadora se volvió entidad única como Occidente y a partir de su autodefinición estableció el único origen, Oriente. Poco importaba la diversidad histórica por ejemplo entre Egipto o Mesopotamia, se consideraban en conjunto la primera civilización. Además Occidente reservó para sí el privilegio de heredar la civilización alentado por la incuestionable prueba de que su poder hegemónico en distintas partes del globo confirmaba el hecho. A decir de Mogens Trolle, desde entonces, la historia occidental como gloria concluyente del milenio del desarrollo tuvo gran atracción,³⁹ casi no hay que decir qué tan actual es el argumento

Después de lo que se ha dicho es más fácil entender por qué resultó la arqueología una disciplina tan atractiva justo en el siglo XIX; todavía queda mucho por decir en cuanto a su peculiar relación con el nacionalismo, pero es claro ya que por su carácter científico y su objeto de estudio, resultaba increíblemente eficaz para legitimar el predominio de ciertos pueblos sobre otros, además de que iba corroborando –en la medida de sus logros científicos- la preponderancia de la historia de las naciones europeas sobre las del resto del mundo

Antes de dar por concluido el capítulo quiero recuperar la idea central: las investigaciones arqueológicas europeas en África y el cercano Oriente se entendieron convenientemente como el hombre occidental buscando su propio pasado.

³⁸ Edward Said. *Op. Cit.*, p 3.

³⁹ Mogens Trolle Larsen "Orientalism and Near East archaeology" En Miller y Rowlands (eds) *Domination and Resistance*. Londres, Unwin Hyman, 1988. p 232.

Con lo que he expuesto hasta aquí pongo el punto en lo que a arqueología europea toca. Considero que están dados los elementos para elaborar un buen análisis de la arqueología mexicana relacionada con la elaboración de un discurso histórico particular. Para terminar quisiera recordar que es en el siglo XIX cuando “arqueología” y por ende “arqueólogo” adquieren completamente su connotación científica, y ella los vincula al significado que tienen en nuestros días. Hoy la arqueología es la disciplina que se encarga de reconstruir el pasado del hombre a través de los vestigios materiales que a su paso haya dejado. Si se ha dado la definición actual, no sería justo dejar de mencionar la existencia de una reciente tendencia a relativizar los conocimientos arqueológicos que comenzó después de los años sesenta de nuestro siglo y que está dando un giro a los estudios de esta materia. Sólo me queda invitar, a quien siga interesado, a iniciar la búsqueda de la arqueología mexicana decimonónica y su importancia como parte esencial del discurso histórico.

Capítulo III

LOS ASOMOS DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

No obstante, como dichas reflexiones sólo podían hacer impresión en algunos hombres perfectamente imparciales, juzgué que era necesario añadirles otras pruebas más convincentes y persuasivas, sacadas de los mismos monumentos antiguos que nos han quedado de esta célebre nación.

(Alzate, Descripción de las antigüedades de Xochicalco, 1791)

Este capítulo observa cómo aparece la arqueología en México y sobre todo cómo se vuelve un asunto de investigación. Al tomar sentido como ciencia auxiliar de la historia. Sin más preámbulo digo que es esencial pues considera circunstancias importantes que desde las postrimerías del siglo XVIII hasta mediados del XIX tensaron los hilos de la trama en la que se tejería una compleja urdimbre de pensamiento histórico que permitiría un discurso tan peculiar como el aclamado a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado.

A pesar de que esta parte intenta sentar las bases de la arqueología mexicana, nada más lejos de mi voluntad que elaborar o insertar aquí una historia de la arqueología mexicana por ello me limitaré a tratar en pocos párrafos el legado de la arqueología dieciochesca a través de los escritos de tres estudiosos de la antigüedad mexicana: José Joaquín Granados y Gálvez, Antonio de León y Gama, y José Antonio Alzate.

Granados y Gálvez es una figura poco conocida, sabemos que nació en España y pasó a la Nueva España perteneciendo a la orden de San Francisco, quizá lo único que sea útil señalar ahora es que una de sus obras pone de manifiesto un profundo criollismo. Por el contrario, los nombres de los dos últimos nos llevan a pensar casi inmediatamente en el temprano ejercicio de la arqueología mexicana, más de un lector tendrá ya en mente la labor de estos anticuarios... Alzate es frecuentemente recordado por su inspección a las ruinas de Xochicalco, estudio que culminó con la publicación de un texto amplio acompañado de mapas de la zona en la *Gazeta de Literatura* en 1791. Por otra parte, el tiempo transcurrido ha sido más agradecido con León y Gama, a quien se recuerda con más frecuencia tal vez porque fue “descubridor” y no sólo estudioso de las antigüedades. Mucho y en diferentes lugares se ha repetido la historia del afortunado hallazgo... En la

plaza mayor de la ciudad de México mientras se llevaban a cabo obras de empedrado, fueron descubiertas dos piedras prehispánicas, la primera fue pronto identificada como deidad indígena (Coatlicue), la segunda —hallada algunos meses después— acabó llamándose Calendario Azteca. En el primer capítulo de esta tesis habíamos de la enorme utilidad que tuvo tal descubrimiento, mencionamos la relevancia que encontró haciendo eco a la popular (y criollísima) idea de la evangelización prehispánica por el Apóstol Santo Tomás.

Ahora bien, el acercamiento que pretendo en este capítulo no regresará hasta ese argumento. Basta tener en mente que los fundamentos que con más agudeza denunciaron las injurias europeas respecto a los habitantes de la Nueva España enfatizaron lo glorioso de estas tierras y el enorme valor de las culturas prehispánicas como antecesores directos de los nuevos americanos criollos. Me interesa destacar cómo dentro del discurso de estos tres autores novohispanos, existe un elemento que aparece para reforzar los juicios históricos que emiten. El elemento al que me refiero involucra siempre las antigüedades,¹ es decir, a todo objeto prehispánico que haya resistido el maltrato del tiempo y la negligencia humana. Hoy podemos llamarlos “arqueológicos” (sabemos que a ellos se refieren nuestros autores), sin embargo el membrete aun no estaba en uso. En fin, el punto crucial de esto es que precisamente a través de estos motivos, o bien, a propósito de tales objetos, podemos aproximarnos a la percepción general de estos hombres del XVIII respecto a la antigüedad mexicana, y a partir de ello rastreamos con más seguridad el origen del quehacer arqueológico mexicano. Una última aclaración es necesaria. Lo que unifica a estos autores de finales del siglo XVIII con los del XIX es que incorporan las evidencias arqueológicas a su discurso como parte esencial de la verdad histórica. Y lo que los distingue de los coloniales más tempranos es que para ellos el elemento arqueológico no tuvo un peso significativo debido a que no existía el ambiente ilustrado que permite una lectura arqueológica como refuerzo de la historia. Ahora vamos a esclarecer los conceptos que hay detrás de los elementos arqueológicos, o más precisamente, en función de qué están puestos en el discurso.

¹ En otro capítulo se ha aclarado la dimensión de la palabra antigüedad. *Vid. Infra*. Capítulo I, p14.

Empezamos con José Joaquín Granados y Gálvez, a cuya obra sobre las antigüedades mexicanas me he referido en el primer capítulo². *Tardes Americanas* es el conjunto de supuestas conversaciones entre un indio ilustrado y un español ávido de conocer la historia antigua de México... Seguramente el lector intuye ya qué tipo de pláticas se entablaban en tan peculiar obra, en efecto, todo el orgullo criollo está condensado en estos diálogos, cualquier pregunta del personaje peninsular da pie para que el americano dé cuenta de la grandeza de su suelo y de los logros de sus antepasados. De entrar en detalles sobre estas cuestiones sería fácil desviar la atención del asunto que me interesa destacar, pero que quede expresa la invitación a la lectura de tan singulares páginas.

Lo más significativo del discurso de Granados estriba en la claridad con que revela una serie de categorías -provenientes todas de su criterio ilustrado-, que nos conducen directamente a su visión de la historia, existente sólo en función de su antigüedad. Pero aun más importante es que para nuestro autor esta antigüedad “vale” en la medida que se pueda acceder a ella, o bien, dependiendo de la facilidad con la que se pueda conocer. Para el tiempo en el que escribe, los registros históricos de los pueblos antiguos se consideraban la prueba más fehaciente de la historicidad de sus creadores. Preocupado por equiparar con aquellos pueblos a los de su propio suelo dice:

No vivieron mis antiguos tan entregados a la ociosidad, trato, y versacion con las fieras, que no fucran dexando en sus descendientes alguna memoria de sus antigüedades, ya fuese por relaciones, ya por figuras, símbolos, geroglíficos, y caracteres, que esculpidos en unas planchas, tarjas, lienzos, palos engomados y pencas de maguey curadas, que era el papel corriente [...] á el modo que otras Naciones en duros pergaminos.³

Después de otros párrafos que continúan explicándole al español el valor de la historia prehispánica, llega un momento determinante en el que la concepción histórica de Granados queda indisolublemente unida a la importancia de la cultura material⁴, creación del pueblo evocado. Suspendo las palabras para invitar al lector a observar la ilustración que acompaña al discurso de nuestro autor. (Ver figura 1)

² Joseph Joaquín Granados y Gálvez. *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: Breve y particular noticia de toda la historia Indiana: Sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la entrada de la Gran Nación Tulteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos*. México, ed. Facsimilar, Centro de estudios de Historia de México-CONDUMEX, 1984. 540 p.

³ *Ibidem*, p 5.

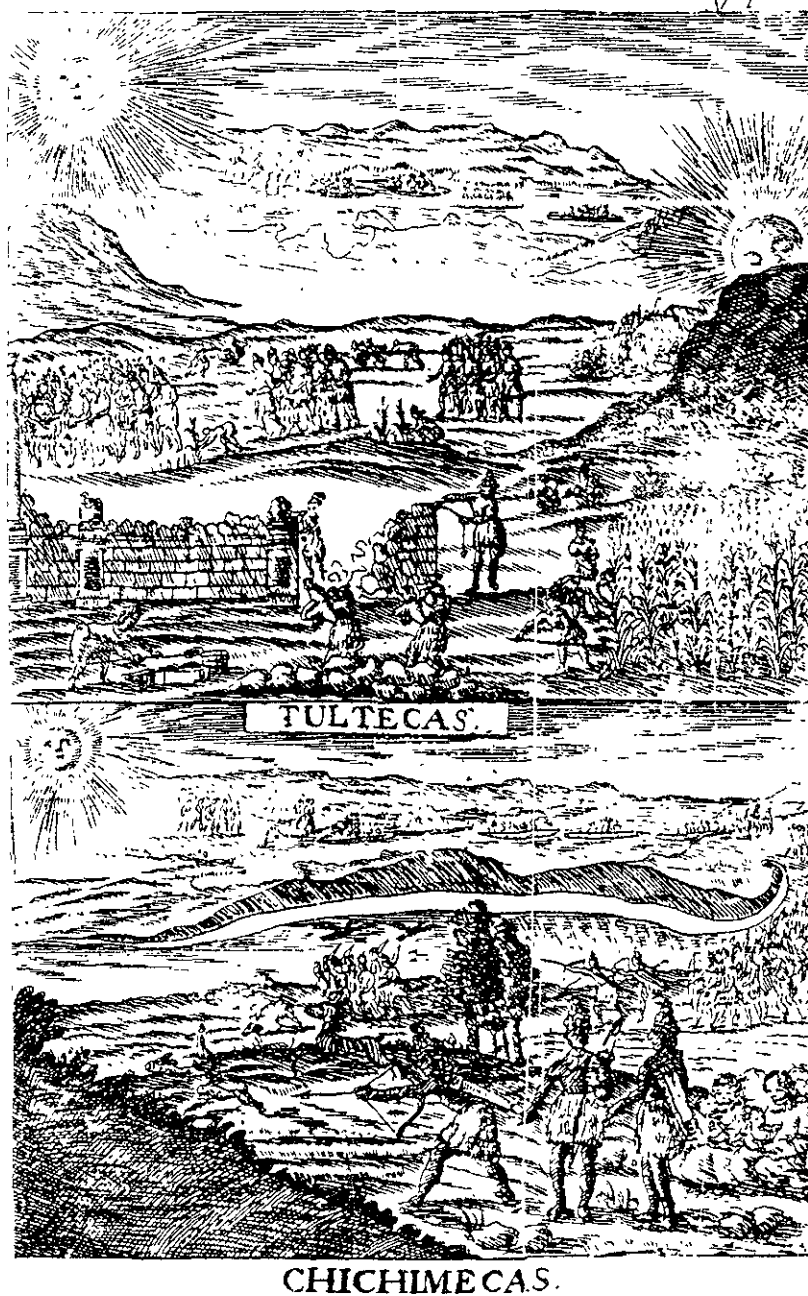


Figura 1.
Toltecas y chichimecas
Fuente: José Joaquín Granados y Galvez, *Tardes americanas*, México, 1984, p 9

Es pertinente señalar que ese folio intenta ilustrar la vida de dos “naciones” antagónicas. Quien tenga alguna noción sobre historia mesoamericana – más bien de la historiografía mesoamericana-, sabrá que los toltecas han sido sistemáticamente identificados con la esencia de la cultura, se les recuerda en su papel de artífices, grandes constructores y no menos grandes legisladores de los tiempos antiguos; del otro lado de la moneda, los chichimecas han sido asociados a la vida nómada, considerados históricamente como uno de los grupos más rústicos, con organizaciones sociales más simples y sobre todo, fuera del contexto urbano.

Ahora, qué tiene que ver esto con la arqueología. Mucho, si hacemos una lectura del trasfondo de esta ilustración, diferencias entre el cuadro superior y el inferior hay varias que podemos notar por nosotros mismos, sin embargo, las palabras de Granados son fundamentales para entender por completo qué hay detrás de todo esto. Parece ser que el autor trata de representar con esta ilustración a las propias “pinturas” de manufactura indígena hechas

Para saber que los Tultecas fueron los primeros Artífices, Sembradores, y Pobladores de estas Tierras, y que éstos vinieron del Poniente, succediéndoles los Chichimecas, traspuestos desde el Norte, cuya inclinación era la caza, con la que se alimentaban: preparaban una tabla [está hablando de los toltecas], o curtidas las pencas de maguey, y sobre ellas dibujaban la tierra, imitando con el arte de las propiedades de la naturaleza: á el principio de la pintura, sin precedencia de otros, unos monillos humanamente figurados, más o menos perfectos según la valentía del pincel, con las insignias de la Arquitectura en las manos, y unos granos de mais en ademan de tirarlos. [.] A estos seguian los Chichimecas arco en mano, y a sus pies, como en despojo de sus triunfos, muchos animales terrestres y volátiles, cruentas víctimas de los dardos y las flechas, y una faja azul encrespada con algunas salpicaduras de cristal, y mogotillos blancos; significativo todo de que su venida era del Norte, [...] Para distinguir las épocas, y los tiempos, [los toltecas otra vez] se valian de los aspectos de la Luna, significando en las lunaciones los números, cuyo cuidado estaba á el cargo de los Pintores, que eran los Maestros.⁵

Después de tal descripción pocas dudas nos quedan respecto a las diferencias entre uno y otro pueblo. Todas las actividades que atribuye a los toltecas son aquellas con las que se identifica (en el siglo XVIII y tal vez hasta nuestros días) la vida civilizada. Y dentro de este conjunto, el elemento arquitectónico muda en su importancia, se convierte en pieza

⁴ En el Capítulo II se ha tratado el concepto de cultura material. *Vid. Infra.* p 37.

fundamental en el interior del complejo engranaje de la civilización, es un aspecto del cual no se puede prescindir porque –como se ha dicho antes- el grado intelectual y moral que había alcanzado un pueblo era directamente proporcional a su capacidad constructiva, apreciable solo a través de los vestigios de su cultura material.

En estas declaraciones de Granados, no sólo encontramos el concepto de civilización con nitidez sino que se escucha además un eco de progresismo que hace más coherente el concepto anterior. Para el autor, un pueblo establecido en algún lugar y con miras permanecer en él, trata de conservar cierto orden entre las personas que lo conforman, en ese sentido, la vida sedentaria significa “cultura”. Además de lo que ya notamos, en esta forma de imaginar a los pueblos antiguos existe –por parte de quien los piensa- la imposición de un destino, de una misión que justifique la vida de esos grupos. Granados piensa a la sociedad en función de su desarrollo ulterior, siempre avanzando y acorde a la noción ilustrada de progreso: cualquier grupo civilizado evoluciona buscando su propio bien. Es importante que recapacitemos también en la carga de racionalidad que concentran estas palabras que revelan por completo una lectura ilustrada de los hechos históricos por parte de Granados. “Saber lo que conviene” es resultado del discernimiento que sólo se explica si alguien razona sobre ello. Las palabras de Granados asientan con suficiente firmeza lo que se ha dicho por eso invito al lector a conocerlas.

Aprendieron [se refiere al grupo migratorio chichimeca dirigido por Xólotl] a sembrar maiz, cultivar la tierra, y otros ejercicios menos molestos para sus afanes, logros, y contratos. Ligáronse con estas escasas familias por medio del matrimonio, de cuya unión resultó instruirse el mecanismo y otras racionales industrias, civilizándose y haciéndose domésticos y sociables. De día en día crecía más el número de las gentes [.]⁶.

Gracias a este párrafo conocemos todavía más sobre el concepto de civilización como la prueba incuestionable del triunfo de la razón, siguiendo el ejemplo con el que habla Granados observamos que un grupo chichimeca, el de Xólotl, identificado como no civilizado, es seducido casi de inmediato por los beneficios de la civilización encarnada en las pocas familias toltecas que quedaban. Una vez que aprenden a “vivir bien”, sólo buenos augurios pueden anunciarse para los pueblos recién llegados. Aprender desde luego se

⁵ *Ibidem* p 8-9.

⁶ *Ibidem*, p 19

concibe como un acto de raciocinio que expresa un discernimiento entre lo correcto-conveniente-civilizado y lo erróneo-inconveniente-bárbaro.

Retomando lo que había dicho sobre la importancia de la cultura material en función del discurso histórico vamos con José Antonio Alzate quien parte de premisas semejantes a las de Granados con la diferencia de que estarán ya utilizadas en función de un argumento netamente arqueológico. Así pues, considerando lo que ya hemos explorado en el discurso del autor de *Tardes Americanas*, no podría tomarnos por sorpresa que Alzate para inaugurar su famoso estudio sobre las ruinas de Xochicalco dijera que:

Un edificio manifiesta el carácter y la cultura de las gentes: porque es cierto que la civilidad o barbarie se manifiesta por el progreso que las naciones hacen las ciencias y en las artes⁷

Definitivamente leemos ya tales palabras con mayor conocimiento de causa, sabemos que nada hay hueco detrás de un enunciado como este. El objetivo de reivindicar el pasado prehispánico (intención que hace explícita el autor desde el principio) es sólo uno de los argumentos que agudizan el discurso alzatiano. Digo sólo uno, porque el otro elemento considera las descripciones y explicaciones estrictamente arqueológicas, que en conjugación con lo anterior van configurando un espejismo histórico más completo, general y acabado.

Con lo que conocemos de su texto podemos decir que el motivo general que lo llevó a escribir nunca pareció misterioso ni complejo, esto es, se apega fielmente a lo que vimos sobre la necesidad criolla de revalorizar al indígena y para ello preservar los restos de la cultura prehispánica⁸. En concordancia a tales propósitos, Alzate encuentra los argumentos más convincentes en los mismos monumentos antiguos que nos han quedado de esta nación⁹. Ahora debemos atender otro concepto importante, pues a lo largo de su estudio sobre Xochicalco, utiliza la palabra “nación” para referirse sí a la mexicana pero reducida al ámbito prehispánico. En consideración a ello no podemos omitir el hecho de que sus opiniones respecto al indígena contemporáneo fueran denigrantes. Jamás reconocería las

⁷ José Alzáte. “Suplemento”. En, *Gazeta de Literatura* México, 13 julio, 1792, No. 43, T. II, p 1.

⁸ *Id.* Roberto Moreno de los Arcos. “Las notas de Alzate a la Historia de Clavijero”. En *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, vol. X, 1972 Pp 371-373.

forma de gobierno, el asunto es que en efecto, los conceptos de mando, orden y unión –civilidad en una palabra-, son los elementos fundamentales que dan coherencia al concepto nación y de los cuales no se podía privar a una prehispánica, mucho menos si existían pruebas tan indiscutibles como las ruinas de un gran edificio.

Dejemos aquí al padre Alzate pues ha llegado el turno al último de nuestros autores dieciochescos, Antonio de León y Gama quien fue el primer notificado acerca de los descubrimientos de los monolitos de la plaza mayor de la ciudad en 1790, el primero también en elaborar dibujos de estas piezas y de emprender estudios extensos al respecto.

En términos generales, no hay mucho que pudiera transformar lo que hasta aquí he dicho, todas sus ideas comulgan con la forma ilustrada de pensar la antigüedad mexicana. Tan pronto comenzamos a leer su *Descripción histórica de las dos piedras*, encontramos un punto en común con lo que expresó Alzate. León y Gama cree constatar a través de las piezas rescatadas, el grado de avance intelectual de los pobladores prehispánicos. Desde el principio se confirma la atribución de autoridad testimonial a los monolitos que sometidos a un estudio serio –pensaba León y Gama- ilustrarían la historia mexicana supliendo todas las carencias de las fuentes escaseadas de los tiempos. En un texto preliminar al cuerpo del estudio relata el hallazgo diciendo que

La contingencia fue, la que en pocos días nos dio luces para conocer lo que fueron los indios en tiempo de su gentilidad, en dos preciosos monumentos que demuestran su cultura e instrucción en las ciencias y artes¹³

Dejando la autoría del evento a la suerte, acaba por asumir casi completamente que los monolitos cuya lectura e interpretación todavía no se comenzaba revelarían los grandes secretos de los tiempos anteriores a la conquista española. No obstante, don Antonio decidió de antemano –por lo menos en el caso del Calendario- que la piedra comprobaba lo que él había planteado sobre los sistemas de registro de tiempo, es decir, ya se le imponía a la pieza la verdad de lo que antes de su descubrimiento se pensaba. Notable paradoja, sistemáticamente se insiste en que los monumentos de la antigüedad revelarán secretos, iluminarán las tinieblas etc... y por otra parte no se quieren estas revelaciones y luces más

que para corroborar lo que se daba por sentado. Ante esta situación no podemos menos que tomar seriamente en cuenta la condicionalidad con la cual fueron bienvenidas por los estudiosos estas u otras piezas arqueológicas. Como hemos visto en el caso de León y Gama, el petreo testigo no nace su aparición en el mundo para transformar las premisas de los estudios históricos, sino que llega a confirmar un discurso ya pronunciado, en todo caso serviría para cambiar algunos juicios pero siempre del lado positivo, engrandecería e iluminaría cada vez más el oscuro corredor de la historia antigua de México.

De este modo han quedado expuestos los antecedentes directos de la arqueología decimonónica mexicana. Los tres autores que analizamos líneas arriba nos permiten vislumbrar a partir de qué premisas se alcanzó la apreciación cabal de dicha disciplina como suministradora de pruebas para solidificar la mayoría de los juicios históricos sobre los pueblos prehispánicos de México. Sólo a la luz de este espejismo al que me refería es que los *pueblos gentiles* se convirtieron en *naciones civilizadas*. Como estamos a punto de cancelar tratos con el discurso colonial, recupero palabras ajenas que explican la importancia del pasado en función de un proceso de descolonización:

La primera fase postcolonial hace aparente la necesidad de investigar la historia desde abajo y desde arriba[...]. las interpretaciones del pasado son un elemento importante de sus batallas políticas por identidades individuales y colectivas y sus reclamos por poder y recursos económicos. La batalla invita al uso de iconos dominantes, imágenes, discursos y textos escritos¹⁴.

Gracias a lo que llevamos visto, la arqueología que se albergue en los textos históricos del siglo XIX se ofrecerá con orígenes más claros.

Concluyendo lo relativo a los primeros estudios sobre las antigüedades diría que en general fueron pocos los interesados por la arqueología mexicana en el siglo XVIII y principios del XIX. Para ese tiempo era todavía extraño aquel que los se deleitaba en la observación y estudio de vestigios arqueológicos. En México no demasiados se sintieron atraídos por tales temas y en Europa que tenía más experiencia al respecto, las mentes de los estudiosos

¹³ Antonio de León y Gama. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...* 2ª Ed. Carlos María de Bustamante, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1832. P 2

¹⁴ George Clement and Angela Gilliam. "Introduction". *Social Construction of the past*. London, Routledge, 1994, pp 3-4

estaban embebidas en los misterios egipcios. En el capítulo anterior nos hemos ocupado de seguir la pista de la arqueología en su emergencia científica, hemos hablado del pensamiento occidental respecto a ella y por eso no volveremos al punto, el objetivo que desde ahora persigo es puntualizar el surgimiento de la arqueología mexicana valiéndome tanto de lo dicho en aquel apartado, como de la anterior exposición sobre los estudios dieciochescos que tanto le heredaron.

Para ubicarnos ya en pleno siglo XIX, hay que confirmar la existencia de un puente que conecta la actividad arqueológica europea con la americana, puente por el cual fluyen toda clase de nociones, premisas, conceptos que van preparando el ambiente hasta el momento en que la arqueología mexicana (podríamos decir americana quizá pero prefiero no comprometerme a la generalidad) se convierta en materia de estudio, de juicios estéticos, digna de “adornar” una sala de museo... Resumiendo podría decir que Europa desempeñó por mucho tiempo el papel de proveedora de ideas sobre la antigüedad humana. México, durante ese lapso, las recibió, llevó a cabo los ajustes necesarios y poco a poco pudo empezarlas a aplicar con cierta metodología. Sería más que negligencia no mencionar que Estados Unidos, en la medida que avanzaba en sus estudios, se convirtió también en un ejemplo a seguir en cuanto a los estudios sobre la antigüedad. Muchas obras de arqueólogos e historiadores norteamericanos tuvieron en México amplio eco. Así, el conjunto de teorías extranjeras enriqueció gradualmente el bagaje cultural con el cual se apreciaban los restos arqueológicos en México y otras partes del mundo. Cabe señalar que la transmisión de ideas hacia nuestro país marca sólo una de las direcciones del proceso puesto que México completó el intercambio al elaborar, poco a poco, un conjunto discursivo sobre su propia antigüedad para el resto del mundo Occidental.¹⁵

El resultado más directo e interesante de esta relación en el seno de la arqueología mexicana fue la presencia de personajes excéntricos que intentaron rescatar otro Egipto, otra Pompeya o Herculano en estas tierras.

¹⁵ Esta idea tiene varios puntos que tratar, por ahora basta con dejar en claro que en la construcción de una imagen mexicana en el exterior no colaboraron solamente hombres mexicanos, de hecho en principio hizo más por ella el trabajo de algunos extranjeros. Aviso también que habrá un apartado especial para tratar este problema, por ahora no podemos profundizar más.

Los primeros pasos de la arqueología decimonónica mexicana se deben a la iniciativa borbónica de Carlos IV, quien comisionó a Guillermo Dupaix a explorar el territorio mexicano (Cuernavaca, Atlixco, Puebla, Iehuacan de las granadas, Zongolica, Orizaba, Córdoba, Tuxtla, Oaxaca y Ciudad Real, según consta en el documento) en busca de antigüedades. A pesar de que aquello quedó estipulado en un decreto real que a la letra declaraba:

considerando el rey los trabajos pueden interesar mucho para aclarar la historia de los tiempos anteriores a la Conquista, quiere Su Majestad [...] proporcionándole los moderados auxilios que necesite para que se saquen diseños exactos de los edificios y demás monumentos antiguos que conduzcan a la inteligencia de la historia del país, no menos que dar idea del gusto y perfección que sus naturales consiguieron en las artes [...] ¹⁶

el alcance de esta empresa fue corto. A pocos años de la primera revuelta independentista, nadie prestaría demasiada atención a los estudios de Dupaix. Según Brian Fagan, el relato de los hallazgos de Dupaix atrajeron sólo a algunos eruditos europeos ¹⁷, no obstante algo de provecho había de resultar de tanto compendio, y aquí sí que tiene aplicación aquello de “nadie sabe para quién trabaja”. En 1821 Lord Kingsborough un británico interesado en las antigüedades americanas reunió los materiales y los publicó en Europa bajo el título de *Antiquities of México*. Decía que la trillada frase es pertinente porque este trabajo del inglés sí encontró resonancia en el mundo de los estudios arqueológicos e históricos, pues además del interés que despertó en los anticuarios europeos, la mayoría de los eruditos mexicanos refieren esta obra con sonoras loas para su compilador, poniéndolo por lo menos, como precursor de los estudios sobre la antigüedad mexicana.

Hacia mediados de siglo comienza a sentirse el efecto de un viento nuevo que impulsaría los trabajos de este tipo. En primer lugar debemos considerar que los estudios europeos sobre la arqueología en Egipto y Mesopotamia ya daban sus primeros frutos, además, el ambiente científico estaba cambiado, recordemos que hacia este tiempo Charles Darwin publicaba su obra maestra sobre el evolucionismo y selección natural, gracias a este y otros

¹⁶ Sonia Lombardo de Ruiz, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988, (Fuentes, s/n), p 34

aspectos de los que ya hemos hablado¹⁸, el interés sobre los nativos se transformó, los grupos humanos que se consideraban en otro estadio de civilización empezaban a verse de “otra” forma¹⁹. Repercusión inmediata de esta situación fue el incremento de estudios europeos y norteamericanos sobre México, y el comienzo de una época de estancias de extranjeros en el país caracterizando al momento por una singular excentricidad, uno de los mejores ejemplos de esto es la figura del Conde Waldeck, quien vivió dentro de un edificio maya, mientras realizaba estudios arqueológicos en Palenque²⁰

En fin, no podemos perdernos en más anécdotas del estilo, por lo que sintetizo diciendo que este tipo de personajes colaboraron a crear una atmósfera francamente romántica respecto a las antigüedades. Trabajos muy apegados a esa forma de pensar la historia mexicana fueron en igual medida el de Prescott y el de Stephens, que debido a ese sesgo romántico resultaron altamente eficientes en un sentido propagandístico. Esa literatura suscitó los más fuertes deseos de tratar asuntos arqueológicos en más de un estudioso. El caso vivo fue Brasseur de Borbourg que –según se dice– tan pronto leyó la *Historia de la Conquista* de Prescott, decidió emprender estudios de náhuatl para convertirse en un estudioso de las antigüedades americanas. De Borbourg es un caso notable del apasionamiento por materias que hacía no tanto tiempo permanecían en descuido, y más notable se vuelve cuando comprobamos que su estudio culminó con la edición de cuatro volúmenes sobre la historia de los pueblos americanos en los cuales pueden encontrarse algunas de las más extrañas ideas sobre la historia prehispánica²¹. Desde este punto de vista el erudito francés es un buen ejemplo para constatar la comunión entre la incipiente arqueología mexicana y la europea. No obstante que sus argumentos históricos jamás gozaron de firmeza, varias de sus ideas más precipitadas pasaron a otras fuentes historiográficas sin mayor precaución, eso se explica si consideramos el grado de “utilidad” que ellas tuvieron. La conexión que ejemplifica una obra como la de Borbourg

¹⁷ Brian Fagan. *Precursores de la arqueología en América*. Trad. Mario Antonio Sánchez García, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p 129

¹⁸ *Vid. Infra*. Capítulo II, pp 41-43

¹⁹ *Vid. Fagan. Op. Cit.*, p 218 y ss.

²⁰ Considero necesario mencionar que fue la zona maya y todos sus misterios, lo que con más fuerza atrajo la atención de estudiosos extranjeros, hay mucho sobre esta región en particular, sin embargo esta tesis no contempla más que tangencialmente lo que se escribió al respecto.

²¹ *Vid. Fagan, Op. Cit.*, p 272.

está a la vista en dos aspectos fundamentalmente, en primer lugar se sumó al conjunto de fuentes utilizadas para elaborar los estudios arqueológicos mexicanos, en segundo lugar muestra los esfuerzos de un hombre por relacionar la antigüedad americana a la clásica (europea) no solo a través de las interpretaciones alcanzadas, sino también en cuanto a la metodología. Uno de los episodios más conocidos de la vida de este hombre es el hallazgo de la *Relación* de fray Diego de Landa... con el documento en su poder trató de descifrar los glifos mayas pensando que su descubrimiento se equipararía al de Champollion con la piedra Roseta no sólo en cuanto a fama sino como aportación a los estudios de este ramo.

Para abreviar la situación de los estudios mexicanos sobre arqueología durante la primera mitad del siglo XIX podemos pensarla en dos caminos casi separados, el primero en relación al mundo occidental, y el segundo al interior del país. Hemos visto que la arqueología mexicana no causaba gran sensación hasta antes de mediar el siglo, nadie imaginó siquiera en qué iba a parar la cuestión... por mi parte puedo adelantar que esto se transformó radicalmente con el paso del tiempo. A través de los párrafos anteriores señalamos que la propia actividad arqueológica europea sirvió como impulso a los historiadores mexicanos, un sin fin de razones entraron en juego pero lo principal descansa en su intenso deseo por ingresar al mundo moderno, de anunciar la entrada de la historia mexicana en la historia del progreso de la humanidad.

Describir cómo fue la actitud de los estudiosos mexicanos respecto a la arqueología hasta antes del medio siglo es lo que pretenden lograr las próximas líneas. No contamos con muchos testimonios a través de los cuales podamos seguir la pista del nacimiento y desarrollo de la arqueología en México. La búsqueda de fuentes primarias de la primera mitad del siglo XIX tuvo en mi caso pocos frutos, aunque ciertamente si uno se aboca al rastreo de asuntos institucionales concernientes al desarrollo de la arqueología en la primera mitad, los resultados pueden ser mejores.

Para esta descripción me valgo de una sola fuente, el *Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas* que salió a la luz entre 1843 y 1845. De ahí extraje varios pasajes coloridos, atiborrados de adjetivos, pintorescas escenas, frases

“huecas” que más que dar una explicación –en el sentido objetivo del término- son conjuntos de ornato retórico, adornan tanto como las ilustraciones y, desde mi perspectiva estos estudios difícilmente cumplirían los requisitos para conducir al conocimiento histórico ni arqueológico de acuerdo con los parámetros de la ciencia decimonónica. Las interpretaciones contenidas ahí sin embargo nos conducen por el camino más directo a la relación entre arqueología y nacionalismo, es por eso que requiero de este espacio. El lector puede dar por hecho en cuanto lee el título de la miscelánea que presenté, que no se trata de una publicación especializada en asuntos históricos ni arqueológicos, como su nombre nos indica, pero había en ella. Realmente cualquier materia podía ser tratada: desde la biografía de un personaje ilustre, hasta la receta de un remedio casero, pasando por una clase de astronomía. Esto no es información del todo irrelevante, nos pone al tanto de que los asuntos arqueológicos (muy pocas veces definidos con tal nombre) no habían adquirido todavía su protagonismo ni solemnidad ulterior. No obstante, en los textos de este tipo podemos rastrear con claridad cómo surgió la arqueología a la vida pública, cómo fue transformándose hasta llegar a ser una materia conocida, una noticia de interés general, un asunto de cultura.

No basta con describir a grandes rasgos el contenido de los textos que van a ocuparnos en seguida, hay que considerar una vez más el clima en el que surgen. Sabemos que en Europa el súbito interés por las investigaciones arqueológicas corresponde a la situación de poderío económico (colonialismo) y a su propio proceso reconstructivo de nacionalidades, sabemos también que todas las interpretaciones históricas se sujetaron a los cánones que dictó el evolucionismo con lo cual Europa determinó de una vez y para siempre su primer lugar en la línea estática de la civilización. Podemos decir que el encuentro decimonónico de ese continente con las sociedades “menos avanzadas” generó un nuevo modo de pensar el mundo, el hombre occidental volvió al pedestal, se reconoció dominador de la naturaleza, capaz de transformarla para obtener más beneficios, hacer la vida mejor, más productiva, en una palabra, progresar. Sin embargo, la otra cara de la moneda no tardó en aparecer, la añoranza de los paisajes silvestres y por el miedo a la naturaleza, el conjunto de pensamientos encontrados sobre lo que el hombre parecía y representaba en el mundo por una parte, y lo que el hombre deseaba, su profundo gusto por lo desconocido, lo

misterioso, todo eso se sintetizó y encontró su vía de expresión en el romanticismo. La arqueología entonces no tiene por qué quedar excluida, de hecho sólo tomando en consideración la existencia de tal atmósfera, se explica su apogeo al ir avanzado el siglo. Aceptando que cada generación recurre a una reelaboración parcial de su pasado resulta pertinente la frase de Keen para la situación del siglo XIX:

Las investigaciones arqueológicas desempeñaron un papel clave en el redescubrimiento romántico del pasado²².

Ahora bien, lo que acabo de decir viene al caso pues confirma la existencia de la relación que mencioné al principio entre el ambiente europeo y los primeros intentos de estudios arqueológicos mexicanos, los textos histórico-arqueológicos que se publicaron en el *Museo Mexicano* constatan una fuerte carga de romanticismo, campea a lo largo de todos los discursos una imagen idílica de lo que la arqueología es y sobre todo de lo que puede ofrecer.

La arqueología en el siglo XIX fue mucho más que un método y un conjunto de objetivos científicos. Sobre todo durante la primera mitad del siglo, la arqueología fue un ejercicio novedoso, un comportamiento frente a lo desconocido. Difícilmente podríamos compararla con la práctica actual porque más de la mitad de las tareas que desarrolla un arqueólogo de nuestros días no se conocían entonces. La arqueología de aquellos tiempos era de superficie y extracción y se basó sobre todo en la descripción de sitios descubiertos y en el dibujo de los edificios más representativos. Desde mi punto de vista era mucho más retórica que pragmática. Lo paradójico es que el objetivo principal de la disciplina sigue siendo en esencia el mismo desde hace más de un siglo.

Por todo esto creo que cuando se empezó a hacer arqueología en México más bien se comenzó a imitar un comportamiento. La arqueología mexicana fue una actitud frente a las antigüedades, una actitud tendiente a ser tan ceremoniosa, descriptiva y sensorial como lo era en ultramar.

²² Benjamin Keen *La imagen azteca*. Trad. Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 326.

Con esas consideraciones comenzamos a entrar en materia sirviéndonos de los párrafos seleccionados para responder a ciertas cuestiones que giran en torno al surgimiento de la arqueología en México. El primer aspecto que debemos inquirir es ¿cómo se concebía la historia antigua de México? Hay varias cosas que decir; la mayoría de los artículos que fueron recogidos inauguran su contenido haciendo referencia a la importancia de la antigüedad en general, y enfatizan que no puede continuar el desinterés hacia la mexicana. Un aspecto nodal es que constatando el peso del legado dieciochesco, el estudio de la historia antigua no se piensa separada de las ruinas, vestigios, antigüedades, monumentos, o cual fuere el sustantivo que designe a los objetos arqueológico. Así mismo es importante conceder un amplio significado a la insorteable reincidencia en calificar las épocas prehispánicas de misteriosas, oscuras, resbaladizas, por demás imprecisas e inciertas. Parece que los autores estuvieran adivinando las características de aquello que anuncian, pero declararan de una vez por todas muy pocas esperanzas de encontrar algún dato claro.

Sería un poco enojoso complementar lo que he dicho con citas, sin duda llenaríamos varias páginas de frases desarticuladas así que prefiero detenerme aquí en lo tocante a las nociones más elementales sobre cómo se pensaba en la historia antigua y comenzar a tratar con la arqueología bien identificada ya como herramienta indispensable para los estudios que quisieran hurgar en los oscuros pozos de la historia mexicana. Esto, que conste, no quiere decir que estuviera perfectamente claro para los propios autores, qué hacía la arqueología. En los textos a los que me refiero no hay una sola mención a los procedimientos particulares de dicha disciplina, ni metodología, ni el relato de un estudio *arqueológico* estrictamente hablando (la mención de excavaciones es prácticamente nula, no hay medidas de ninguna pieza, las descripciones se alejan mucho de una descripción “formal” de los objetos o sitios) Pero, con todas las reservas que guardamos respecto a si había un entendimiento cabal del quehacer arqueológico, lo que sí se desprende de los textos con facilidad es el convencimiento de que gracias a los estudios arqueológicos serían develados algunos secretos del pasado remoto, se accedería a un conocimiento mucho más extenso y firme de las antiguas sociedades mexicanas.

naciones se borran enteramente de la faz de la tierra. Ruinas nuevamente encontradas [en México], ostentan una magnificencia y grandiosidad, que son la huella del paso por este suelo de una raza de hombres superior a la que los europeos encontraron en él, y esto conduce a la idea de pobladores más antiguos, cuyas generaciones se extinguieron [...] ; pero hasta hoy las ideas del hombre no pasan en este punto de probabilidades, y la oscuridad de lo pasado no ha podido iluminarse con la luz de la historia.²⁴

En principio es insalvable que con estas palabras quita todo mérito a los indígenas contemporáneos, ellos no descienden de quel tronco puesto que éste está extinto.

Continuamos el examen con el propósito de contar con fundamentos más sólidos para decir, que poco probablemente se acertaría al sostener (ni con la mejor voluntad) que al mediar el siglo los arqueólogos mexicanos tenían una idea exacta de cuáles eran las tareas de la arqueología al menos tal y como se entendía en Europa. Podemos contemplar como un todo coherente la idea a la que me he volcado ya varias veces: que la arqueología –la que leemos aquí– es una disciplina idealizada, se percibe como una actividad extravagante, que deja libre la imaginación, que convoca a la narración, a la remembranza de anécdotas, y todavía mora lejos del rigor científico de mediados de siglo. Hago notar que en el predominio del espíritu romántico que acusan nuestras fuentes radica la diferencia más contundente respecto a los textos de la segunda mitad del siglo. Pero eso no significa que las segundas estén exentas de “errores”, simplemente no es nuestro papel concederles un voto de veracidad o de objetividad. Distorsiones y singularísimas interpretaciones arqueológicas habrá tanto antes como después de la mitad de la centuria que nos ocupa, sin embargo, la voluntad científica que caracteriza los textos a los que no hemos llegado, les da un lugar diferente y los hace aparecer con mucha novedad al interior de los estudios históricos sobre México.

Para detectar el alto grado de romanticismo que pervive en nuestros textos hay que hacer muy poco esfuerzo, de hecho la dificultad es no caer en el exceso de citas que podríamos traer al capítulo, mi opinión es que la calidad de esas frases casi nos obliga a su lectura.

²⁴ José María Lacunza. “Historia Antigua de México”. En, *El Museo Mexicano*. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, T. IV, 1844 P 445.

Veamos el primer ejemplo que versa sobre una expedición a las ruinas de la Quemada en el estado de Zacatecas:

Desde que visitamos en 1831 las famosas ruinas, [...] jamás se ha borrado de nuestra alma la profunda impresión que causa el aspecto de aquellos monumentos. Son tan antiguos, tan oscuros en su origen y su objeto, y tan grandioso el plan que se ha debido trazar para construir aquellas obras, que nadie puede visitarlos sin experimentar un sentimiento de admiración [.]²⁵.

Señalar qué tan condescendiente es el autor con sus sentimientos y con qué holgura los expresa condensa el tono general de sus palabras. Llama la atención –y es algo que se repite en todo el texto– que el atractivo sobre los objetos arqueológicos, [...] fundamente en su inherente antigüedad y misterio intrínseco

Existe otro artículo, si no mejor, sí más llamativo en cuanto a lo que quiero destacar. Es digno de notarse que el autor haya puesto el título de “Apuntes arqueológicos” puesto que la palabra “arqueología” o “arqueológico” todavía se usaba con mesura. Se trata de otro conjunto arqueológico veracruzano en Puente Nacional, omito una parte de las frases introductorias, que cuentan cómo se enteró de la existencia de las ruinas –hago explícito que nada dice ahí sobre arqueología–, y pasamos al cuerpo del texto:

Rozando siempre el espeso ramage que nos impedía el paso, nos encontramos de pronto con aquellas hermosas ruinas. Difícil es describir la alegría que tuvimos al ver que aquello, tan despreciable para las sencillas gentes que nos guiaron, era un templo del tiempo de la gentilidad de los indios. ¡Qué pensamientos tan poéticos! ¡Qué ideas tan sublimes se agolpan a la imaginación, cuando se contempla uno de estos monumentos que sobreviven a los siglos, como para perpetuar la memoria de los pueblos que los levantaron! La naturaleza estaba en calma, el sol resbalaba perpendicularmente sus ardorosos rayos sobre el hermoso templo; y ni el más ligero vientecillo venía a retozar entre las frondosas copas de aquellos árboles gigantes. Había sin embargo, algo de encantador en aquellos lugares; y el silencio religioso que allí reinaba, interrumpido de vez en cuando por el lejano canto de alguna ave solitaria, y por el rumor sordo con que se arrastran las aguas del caudaloso río, convidaban a una profunda meditación [. . .] Tal parece que la naturaleza formó allí aquella muralla impenetrable, para guardar la obra de un pueblo desaparecido ya, y que si no fue tan culto como otros pueblos contemporáneos suyos, pudo al menos legar un recuerdo a la posteridad, firmando sobre la tierra con una firma semejante a la que dejó el orgullo de los Faraones en las llanuras del Egipto.²⁶

²⁵ “Ruinas de la Quemada en el Departamento de Zacatecas” En, *El Museo Mexicano*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, T.I, 1843, p 188.

²⁶ José María Esteva. “Apuntes Arqueológicos” En *El Museo Mexicano*, T. II, 1843, p 465.

El texto dura algunas páginas más pero no cambia ni el estilo ni el contenido. En cuanto a lo arqueológico, el mote sólo se justifica porque dentro de la narración aparecen de vez en cuando edificios antiguos, ruinas, como el autor las llama

Mi intención no es señalar las “faltas” que observamos en los textos. Los he reproducido porque me interesa dar ejemplo de cómo se pensaba la arqueología en México, deseo aclarar con testimonios de primera mano cuán inserta estuvo en la forma romántica de concebir el mundo (durante la primera mitad del siglo XIX). Conocimientos concretos en esta materia había pocos, los autores no disimulan la cuestión, se admite que nada hay cierto ni seguro con lo cual pudiera obtenerse información veraz sobre los objetos, y de ese modo puede intuirse que nuestros estudiosos empezaban a transitar en esos campos por “ensayo y error”. Para asegurar esto último (que puede sonar desmesurado) tenemos una voz definitoria, emitida tal vez por algunos pioneros de la arqueología que con pocas frases de marcada sinceridad descubren a los lectores qué tan poco se sabe al respecto, al mismo tiempo que confirman aquella tendencia al abrazo de lo antiguo y extravagante:

Cuando escribimos nuestro segundo artículo sobre este objeto [antigüedades zapotecas], y presentamos los diseños de algunos ídolos y medallones de piedra hallados en Oajaca, aventuramos algunas conjeturas sobre lo que creíamos significaban unas figuras tan extrañas. Pero al ver las que ahora presentamos, [...] confesamos que nuestra ignorancia es absoluta; que casi nada podemos conjeturar sobre lo que signifiquen estas figuras que, por estravagantes que parezcan, no debemos creer que hayan sido hechas como por acaso, sin designio, y solamente para entretener la imaginación de algún artista. [...] A primera vista habíamos creído que la anterior figura [incluye ilustración de una figura que porta un tocado] podría representar a un reo, atormentado con un instrumento de suplicio que llevaba en la cabeza. Habíamos fundado esta conjetura en la analogía que hallábamos entre esta figura tan extraña, con otras que hemos visto pintadas primorosamente en China [...] ²⁷

Hasta aquí me ha interesado poner a la luz algunos aspectos que nos sitúen bien en la perspectiva arqueológica desde la cual se comenzaron los estudios relacionados con nuestro país. Sin embargo no todo fue tan errático, la transformación que se constata en los estudios ulteriores no salió de la nada, obvio resulta que el proceso en el que la arqueología fue adentrándose en las ciencias mexicanas fue lento pero finalmente fructífero. En este punto

²⁷ “Antigüedades zapotecas” En, *El Museo Mexicano*, T.III, p 135.

es preciso hacer una revaloración del problema abordado para evitar que los lectores piensen que se ha llegado a una grave contradicción.

La arqueología mexicana comenzó a entenderse y a hacerse atractiva a los estudiosos en gran parte por su inherente carácter romántico, así percibimos la primera noción que –equivocada o no– captó la atención de muchos hombres que se sentían atraídos por las excursiones en lugares inhóspitos, por el relato viajero, por la pintura, y hasta por la poesía. Aunque las descripciones nos parezcan cándidas, debemos pensar en torno a aquello que las motivó, intentar una aproximación al interés más genuino sobre el ejercicio arqueológico. Por mi parte diría que gracias a su carácter atractivo, la arqueología pudo probar su utilidad plenamente, después de mediados de siglo, cuando la arqueología ya se entendía como cuerpo testimonial de la historia antigua, no tardó en reconocerse como recurso idóneo para conseguir la unión mexicana. Esto es significativo pues, amén de si las interpretaciones fueran correctas arqueológicamente hablando, tuvieron un alto grado de efectividad puesto que la arqueología aparece, al mediar el siglo XIX, coadyuvando a la nacionalización del discurso histórico mexicano. Por ejemplo, a través de la arqueología, muchas entidades de la República comenzaron a insertarse en la historia mexicana, los hallazgos locales no se relegaron del discurso general, lejos de reconocerse pobres en información, o poco atractivos al provenir de un contexto meramente regional, fueron integradas poco a poco a una sola explicación de la historia antigua. Para ilustrar lo que he dicho presento las siguientes palabras, considero que su claridad es tal que sin necesidad de transcribir otros párrafos semejantes daremos por cerrado el asunto para empezar con otro problema. Se trata de un estudio sobre las piezas encontradas en Santiago Ixcuintla, Jalisco:

[...] Santiago ha tenido sus épocas memorables, en tiempos remotos, anteriores a la conquista, y que se pierden en la obscuridad de nuestra historia, fue la residencia de un pueblo numeroso y civilizado, como lo atestanan las ruinas y monumentos antiguos que se han encontrado en el cerro y al abrir los cimientos de las casas. Los restos de esta nación que pertenecía a la gran familia de los aztecas resistieron mucho tiempo a las fuerzas españolas, y después, bajo el dominio de los invasores hicieron varios esfuerzos por conseguir su independencia, llevando sus armas victoriosas hasta Tepic; en este estado de continua lucha se estuvieron hasta el grito de Dolores y plan de Iguala que recibieron con tanto mayor entusiasmo, cuanto que eran los descendientes de los verdaderos mexicanos y hoy viven pacíficamente ocupados unos en la pesca en las lagunas de Mescaltitan, otros como agricultores en el pueblo de Izcatan y

otros puntos de la Sierra del Nayarí, conservando hasta la fecha la lengua mexicana; pues los coras, guicholes y otras tribus de indígenas que habitaban la misma Sierra tiene sus dialectos diferentes ²⁸

Me parece increíble la forma en que el elemento arqueológico sirve para derivar todo un discurso histórico consecuente con esta inocultable tentación de unificar la historia, legitimar una actitud defensora de la existencia independiente de la nación a través del tiempo. Primero vemos la filiación a la “gran familia azteca”, luego la defensa contra los invasores españoles, y finalmente su adhesión al movimiento emancipador de 1810 y 1821 argumentando la existencia de una nación que como mexicana, no podía reaccionar de otro modo sino estando en todo momento a favor de la causa de los “verdaderos mexicanos”.

²⁸ “Apuntes de un viaje. Santiago Ixcuintla (Departamento de Jalisco)”. En, El Museo Mexicano, T.I, 2ª época, 1845, p 2.

Capítulo IV

ARQUEOLOGÍA Y NACIONALISMO EN LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA

Al fin ha tocado el turno al tema principal. En estas páginas se lleva a cabo el análisis de los textos históricos mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX, nuestra atención se centrará en la relación que existe entre aquella disciplina y los empeños más significativos por formar una nación a través de la historia escrita.

Historia del México antiguo: objetos arqueológicos al servicio de la nación

Vamos a tratar algunas características de la experiencia nacionalista de México, en principio hay que aclarar una idea que sienta la base de conclusiones posteriores. Pensar en nacionalismo como un fenómeno político, no quiere decir necesariamente que es un estadio al que tarde o temprano llegan todos los países, esto tendría el inconveniente de aceptar que existe una sola forma de acceso al nacionalismo. Por otra parte, dejaría en un lugar secundario a la serie de circunstancias particulares que conducen a cada nación a participar de tan particular ideología. Mi opinión simplemente se suma a la de muchos estudiosos de este fenómeno, creo que existen aspectos comunes a todos los nacionalismos. su origen observa antecedentes similares, el objetivo final de todos es reforzar la existencia de la nación. Sin embargo, es innegable que cada caso presenta motivos particulares, elementos constitutivos diversos y sobre todo una forma distinta de hacer efectivo el objetivo final.

En México, las razones del nacionalismo decimonónico están vistas sólo en una parte. En el primer capítulo de este trabajo se examinaron dos hechos trascendentales en el desarrollo del fenómeno, el primero fue la propia Independencia con respecto a España y el segundo la guerra contra Estados Unidos. Ahí mismo notamos que hubo otros conflictos de corte internacional (con España, con Francia y con los colonos de Texas) que obstaculizaron el ejercicio emancipado de la política mexicana y pusieron en evidencia su ineficacia. La historiografía de entonces, como ha sido visto, contribuía a la causa nacional convocando a la unión entre mexicanos. Después, esa historiografía encontró el camino más seguro para lograr la versión consecuente con el propósito nacional, es intento explicar y ejemplificar a partir de ahora.

Haciendo un examen de las causas que condujeron al país a un nuevo momento de auge historiográfico de la antigüedad hacia 1850, Benjamin Keen encuentra parte de la explicación diciendo que para ese año, la oleada de escepticismo sobre las viejas ideas de Mier y Bustamante había agotado sus recursos y su fuerza sin haber logrado alguna perspectiva mejor de la historia mexicana. El clima político e intelectual de México, la nueva generación de liberales favoreció otra vez el interés por las civilizaciones antiguas. Para este autor, el liberalismo de la Reforma permitió el surgimiento de un nacionalismo mucho más radical y agresivo. Los historiadores de este periodo en busca de tradiciones y precedentes históricos no tardaron en dirigir su mirada al pasado remoto. Las glorias del México antiguo cantadas otrora por Clavijero, Mier y Bustamante encontraron una actualidad nada gratuita, pues como Keen asegura, uno de los objetivos más claros de esta historiografía fue restaurar la confianza en sí misma de una nación gravemente quebrantada.¹ David Brading, analizando el mismo fenómeno se detiene para reflexionar sobre la retórica del liberalismo reformista, enfatizando la aparente ironía que se presenta al pensar en los partidarios del individualismo posesivo y la economía de mercado envueltos en la causa nacional, sobre esto hace destacar que muy pocas veces se utilizó el término *nación*, en cambio, con mucha frecuencia se convocaba a luchar por la *patria*.² Desde luego no intentaré entrar en una discusión sobre ello, para efectos de esta tesis el caso es el mismo. Basada en la lectura de las fuentes que adelante se tratan, diría que a pesar de ciertas diferencias, tanto *nación* como *patria*, evocan la existencia de un ente histórico adecuado al presente por ser éste último resultado de la vida (historia) de aquella entidad

Decíamos que hacia la mitad del siglo pasado la historiografía mexicana volvió sus ojos hacia la antigüedad prehispánica, esto nos hace topar forzosamente con la arqueología que también de esa época en adelante intensificó su actividad. Ahora bien, la relación de esta última con el nacionalismo estriba en que alimenta constantemente el discurso histórico de restauración. Esto tiene que ver con lo que apuntamos sobre la crisis mexicana, que se tradujo en la toma de conciencia de ser un país de rupturas constantes y que concibe el pasado recobrado como la única vía para subsanar su situación. Los hombres de letras creyeron poder rastrear el origen del mal en la

¹ Keen. *Op. Cit.*, p 421.

historia del país del mismo modo que confiaban en que una reestructuración de la historia proporcionaría argumentos esperanzadores. Quizá ahora empecemos a ver las complejas relaciones que se tienden entre la construcción de una nación y el esfuerzo de la sociedad que la desea por proporcionarse un pasado que opere en consecuencia. Michael Rowlands en consonancia con muchos teóricos del nacionalismo dice que

Las naciones sin pasado son una contracción de términos y la arqueología ha sido uno de los principales proveedores de materia prima en la construcción del pasado en las modernas batallas por la nacionalidad. La arqueología, [...] ha partido de la premisa de un sentimiento de pérdida, su objeto se concibe como la recuperación de la tradición y el sentido de comunidad por oposición al sentimiento de desencanto[.]³.

Como vemos este análisis se adecua bien a la situación mexicana puesto que nos permite explicar la necesidad de elaborar un pasado que recuperara la existencia de una comunidad mexicana a través del tiempo como respuesta a una crisis de la misma índole.

México llegó a la mitad del siglo ávido de historia, esa sería la manera más sensata de explicar la fiebre historiográfica que experimentó en aquel tiempo. Necesitaba una historia completa temporalmente hablando que le diera una identidad nueva, recién lograda y que, sobre todo, dejara ver un destino general después de tanto desorden.⁴

Testimonio de este sentir son las propias fuentes, que verifican un alto grado de conciencia sobre la crisis por la que se transitaba, y como ya hemos dicho, este fue uno de los factores que agudizó o apresuró la búsqueda historiográfica. Al interior de esta nueva historia, la arqueología -en el entendido de que su principal característica es proporcionarle objetos tangibles-, fungirá como elemento indispensable para hacer coherente la versión glorificada del pasado prehispánico con la nación mexicana de aquel momento

² David Brading. "El patriotismo liberal y la reforma mexicana". En Cecilia Noriega (ed) *El nacionalismo en México (IV Coloquio de antropología e historia regional)* Zamora, Mich. México, El Colegio de Michoacán, 1992, p 180.

³ Michael Rowlands. "The politics of identity in archaeology" G. Clement y A. Gilliam (eds). *Social construction of the past* London, Routledge, 1994, p 133.

⁴ Aunque no se trate específicamente del caso mexicano, el texto que se refiere en seguida es de gran utilidad para tratar problemas de este estilo. *Vid.* Philip L. Kohl and Clare Fawcett. (eds) *Nationalism, politics and the practice of archaeology*. Great Britain, Cambridge University Press. 1995. p 10

Así pues la combinación de todos estos factores encausados a elaborar una nueva imagen del país, es lo que en otro lugar hemos llamado nacionalismo historiográfico⁵. La característica más importante de esta corriente es su adhesión al método científico a través del cual se pretendía alcanzar el conocimiento verdadero sobre la historia de México, el nuevo discurso buscaba trazar una línea divisoria entre sus conclusiones científicas y las viejas conjeturas que calificaban de “fantasiosas”, “exageradas” o simplemente “ridículas”. Como se ha dicho, y sin tener que forzar los argumentos anteriores, podemos sostener que la arqueología entendida como la disciplina encargada de la acumulación sistemática de objetos antiguos y de su interpretación a la luz de las fuentes históricas, se erigió como la actividad proveedora infalible de identidad nacional.⁶ El entendimiento cabal sobre la disciplina arqueológica maduró sin prisa, es hasta la década de los setenta cuando constatamos una comprensión más firme. Pasaron muchos años para que la arqueología se diera con naturalidad en nuestro país, los testimonios a los que me referiré en seguida son notablemente diferentes de aquella noción de los cuarenta en que todo lo tocante a la arqueología parecía un relato de exploradores inexpertos por lugares ignotos. Digno de notarse también, es que los ejemplos que traemos al texto provienen de publicaciones especializadas en materia arqueológica, cosa que nos asegura que esta clase de estudios tenían ya un lugar importante en el escenario académico.

El primer ejemplo es el trabajo de Manuel Larrainzar, quien en 1875 publicó su *Estudio sobre la historia de América, sus ruinas y antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce de otro continente en los tiempos más remotos y sobre el origen de sus habitantes*, destaco de esta obra

⁵ Vid. Luis Gerardo Morales, *La antigüedad mexicana en la historiografía (1780-1990)* México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1994, p. 91-92

⁶ Para hablar sobre este concepto me apego a las definiciones que emplea König quien dice que para lograr un estado de identidad colectiva o nacional debe ocurrir lo que postula Klaus Bergmann, que una sociedad tenga la capacidad de “comprender y presentarse como asociación y unión de hombres, cuya cohesión interna y externa esté basada en el reconocimiento de conceptos comunes sobre el presente, el pasado y el futuro [...] no obstante las diferencias y divergencias de estos mismos miembros. Apartir de esto, König sigue diciendo que Así como el individuo tiene una historia de su vida –importante para la formación de su identidad personal (su “yo”)–, los grupos también tienen su historia común que sirve, por un lado para comprenderse a sí mismos, y, por otro lado para que (esta historia) pueda ser distinguida de parte de otros grupos como la historia particular e inconfundible de este grupo. Esta “autodefinición histórica por parte de un grupo puede también denominarse “identidad histórica”. Agregaría por mi parte que este tipo de identidad es también una identidad nacional, porque la sociedad ha cumplido con el requisito de reconocerse como un grupo con conceptos comunes. Vid. “Hans-Joachim König Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del estado y la nación en América Latina”. En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, México, 1995, t. XXXVIII, pp. 5-27

en cinco volúmenes encontramos un elemento más que corrobora la creciente importancia de esta clase de estudios. Uno de los párrafos más significativos del prólogo de esta obra dice:

El estudio de las antigüedades ha sido considerado por escritores notables, como uno de los más importantes a que pueden consagrarse los hombres de letras, a causa de su influencia en los adelantos de la historia, de la cronología y de los demás ramos del saber, porque en los diversos pueblos del mundo va siguiendo paso a paso entre las tinieblas los esfuerzos de la inteligencia, para la adquisición gradual del conocimiento, que tanto contribuyen a mejorar la condición humana. [...]

He querido, en fin, leer a través de los restos que nos quedan y de las noticias que se han recogido, la vida de los antiguos habitantes de este continente [...]. La arqueología no es, por tanto, ocupación vana y de pura curiosidad y entretenimiento [...]. Pero en esto, como en todo, es preciso proceder, para asegurar su utilidad, por lo conocido a lo desconocido, y hacer comparaciones, para deducir semejanzas o analogías, y descubrir por tal medio el origen de las poblaciones, y de muchos acontecimientos y noticias envueltos en la oscuridad.[...] ⁷

Es cierto que estas palabras todavía llevan el lastre de la idealización de la arqueología, no obstante ya se oyen los primeros pasos hacia su conversión científica. Es importante decir que el texto de Larráinzar está lleno de referencias a trabajos de arqueólogos extranjeros porque eso significa para él entrar al terreno que ellos han explorado, es una contribución mexicana.

Otra muestra de la comprensión e importancia de la arqueología en México es la publicación de los *Anales de Museo Nacional* en 1877. También se trata de una publicación especializada en la cual se dieron a conocer los primeros “descubrimientos” arqueológicos, no me refiero a hallazgos de sitios sino a interpretaciones arqueológicas que descubrieron algunos de los “secretos” que guardaban los objetos. La voz que emiten los estudiosos en esta publicación nos avisa que se ha llegado ya a una división entre trabajos de carácter meramente arqueológico y los históricos, el mismo Manuel Orozco y Berra se refiere a los primeros como áridos y cansados ⁸, después echando un vistazo a uno de sus trabajos notamos que, como otros, se llenan con medidas, cifras, descripciones de materiales, formas, colores, hay comparaciones entre piezas y datos semejantes a los que estamos acostumbrados a observar cuando de arqueología se trata.

⁷ Manuel Larráinzar. *Estudios sobre la historia de América, sus runas y antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce del otro continente en los tiempos más remotos y sobre el origen de sus habitantes*. 5 Vols, México, Villanueva Vilageliu y Cía. 1875, Vol. I, pp XV-XVII

⁸ Manuel Orozco y Berra. “El cuauhxicalli de Tizoc”. En *Anales del Museo Nacional*, México, Museo Nacional, 1877 T. I, p 3.

De que la actitud de los estudiosos mexicanos hacia la arqueología se transformó no debe cabernos la menor duda, ya para la década de los ochenta del siglo pasado era radicalmente distinta. Las palabras de Alfredo Chavero muestran la intensidad del cambio. Este extracto nos informa no sólo cómo se veía la arqueología, también despeja incógnitas en torno al contexto histórico en el cual surgió científicamente. En su obra sobre la antigüedad mexicana, Chavero refiere como un momento coyuntural su propio tiempo, en el cual había soplado un nuevo viento para la historia . .

[...] pero se necesitaba hacer una verdadera reforma a nuestra manera de historiar, desechando todo lo expúreo y acudiendo a las verdaderas fuentes; y la gloria de iniciarlo [tocó] a José Fernando Ramírez y a Manuel Orozco y Berra. [Después cuando habla específicamente sobre los trabajos de Ramírez dice:] Parecía natural que descubriera la senda se siguiera sin vacilación dejar las hojas de papel sujetas a la mentira [...] y leer el libro de la antigüedad en las páginas imperecederas del granito de los monumentos.⁹

En fin, la extracción de las citas anteriores no han querido más que ilustrar la transformación de la concepción mexicana sobre la arqueología. Ellos no son los únicos autores que nos servirían para aclararlo, sin embargo, no debemos desviarnos más del asunto que íbamos tratando.

De regreso a la importancia de la construcción histórica, una cosa debe de quedar clara, si la pensamos como una operación podemos decir que no resulta de una simple adición de elementos. La construcción histórica (doy por hecho que ahora cuando hablamos de construcción o discurso histórico entendemos que la arqueología es uno de sus componentes) de un país en un momento coyuntural es algo más complicado que eso. Me apegó a lo que dice Robert Layton en un trabajo donde se propone analizar por qué es importante el pasado.

Una adecuada representación del pasado, como se percibe en referencia la presente es un elemento crítico de toda la vida social. Es su valor lo que constantemente hace del conocimiento del pasado un recurso político.¹⁰

Otro autor que trata el tema y comparte esta visión sobre la reelaboración del pasado añade que desde un punto de vista actual, ese conocimiento del pasado, puede ser inadecuado, incorrecto, mal orientado, mal interpretado o mal empleado, pero su potencial no puede negarse.¹¹

⁹ Alfredo Chavero. *Historia Antigua de México*. En *México a través de los siglos*, 5 tomos. México, Cumbre, 1953. p. LVIII.

¹⁰ Robert Layton (ed) *Who needs the past?* London, Unwin Hyman, 1989, p. 3

Considerando lo anterior, podemos estar seguros de que esa construcción o representación obedece a los intereses de un sector particular, del grupo político-intelectual que urde un proyecto específico, que sabe cómo quiere su historia con base en lo que desea para el futuro. De ningún modo se puede pensar que la reconstrucción del pasado y el interés de ciertas comunidades por los restos de aquel son actos casuales o inocentes. Ahora bien, cuando mencionamos que existe una relación directa entre pasado (como objeto de estudio y elaboración histórica) y el futuro (como proyecto de una sociedad) sólo implícitamente evocamos la existencia de una nación, un ente que encarne ese proyecto y se adjudique cierto pasado, pero necesitamos profundizar en este aspecto. Para empezar ¿cómo dar por hecho la existencia de una nación? Desatendiendo su existencia geográfica ulterior, la nación es ciertamente algo inaprehensible. El caso mexicano no es diferente, en otro capítulo cuando hablamos de los deseos mexicanos por constituir un frente común ante a las adversidades políticas, subrayé el hecho de que la nación era una entelequia.

Aceptando que este es un problema mayor, y que sólo en la medida en que profundicemos en él obtendremos mejores resultados de nuestro análisis, trataré algunas de las características del concepto aclarando que en esto sigo la mayoría de los lineamientos trazados por Benedict Anderson, quien aborda el tema de una forma a la cual nuestro trabajo puede ceñirse obteniendo las herramientas teóricas necesarias.

Lo primero que debo señalar es que nuestro autor piensa en la nación como una comunidad política imaginada, concepto que proviene directamente del de Seton-Watson quien sostiene que una nación existe cuando un número considerable de miembros de una comunidad *considera* formar parte de una nación, o se comportan como si así ocurriera, Anderson prefiere “considera” por “imagina” y así surge su propio concepto de nación como comunidad imaginada. Que sea imaginada es su primera característica y es así porque sus miembros jamás la conocen por completo, lo que no significa que sea falsa. La nación es también limitada, segunda característica gracias a la cual los miembros de una nación saben que son diferentes a los de otra. Además la

¹¹ Brian Durrans. “Theory, profession, and the political role of archaeology”. Stephen Shennan (ed). *Archaeological approaches to cultural identity*. London, Unwin Hyman, 1989, p70

nación es soberana debido a que el término se acuñó durante la Ilustración con la Revolución francesa, esa es la tercera característica

Ahora bien, una vez explicado el concepto de nación, debemos prestar atención a las tres paradojas que nuestro autor percibe sobre tal concepto

1. La modernidad objetiva [las naciones son un “invento” del siglo XVIII] de las naciones a la vista del historiador, frente a su antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas.
2. La universalidad formal de la nacionalidad como un concepto socio-cultural frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas.
3. El poder político de los nacionalismos, frente a la pobreza y aun incoherencia filosófica ¹²

La relevancia de los elementos que he enunciado es definitiva, como dije, me apegó a esta forma de pensar en la nación porque funciona bien para el análisis que voy a elaborar. En primer lugar, gracias a las paradojas que ha mencionado Anderson nos es dable pensar que si la construcción de una nación es un proceso que resguarda una serie de contradicciones, estas tratarán de ser resanadas a través de un discurso histórico particular. La existencia de un discurso escrito es imprescindible a este proceso por más que otros elementos hagan mucho por la causa nacional. En otras palabras, la nación se “va logrando” en la medida que se alimenta con su propio discurso generador, esto es, se escribe para formar nación o conciencia nacional y por ello la nación va volviéndose “real” y más fuerte. El momento culminante (en el cual se puede constatar la existencia de una nación) llega cuando la nacionalidad se concretiza a través de símbolos, emblemas, mapas etc.

A partir de las ideas sobre la naturaleza de la nación, conjeturamos la existencia de varios componentes del nacionalismo; ahí sí, para cada caso serán componentes diferentes. Los componentes o elementos que voy a establecer como reconocibles dentro de los textos, responden una lectura personal (subjetiva) de las fuentes, están presentes en la historiografía mexicana (1850-1910) sobre la época prehispánica y corresponden sólo al contenido arqueológico inserto en esas obras históricas. Los componentes con los que vamos a tratar serán arqueológicos bajo este

¹² Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp 22-25.

sentido: son juicios de tipo histórico emitidos a partir de la interpretación de un objeto arqueológico o a propósito del mismo.

Para evitar cualquier confusión, quiero aclarar que de ningún modo he pensado que solamente en los elementos arqueológicos o en lo que a historia antigua concierne se advierte un fin nacionalista. Esto se podría rastrear en cualquier episodio historiado en el siglo XIX, la Conquista, por ejemplo, daría mucho que decir. Me interesó observar la relación a partir de la arqueología intradiscursiva porque es una de las menos exploradas en los estudios históricos contemporáneos

Es cierto que no hay una fórmula general para hallar los elementos constitutivos del nacionalismo, sin embargo –por lo menos para este trabajo- comenzamos bajo la consideración de que todos los que podamos observar están dados en función de las tres paradojas que se trataron arriba. Todos ellos me permitieron establecer varias categorías de análisis. La cantidad de categorías establecidas es totalmente arbitraria y cuando apenas se comienza el análisis es incierta pues depende, en todo caso, de quien lo realice. En mi caso, después de la lectura de fuentes el análisis me llevó a diferenciar por lo menos ocho categorías, cada una es un grupo de elementos nacionalistas hallados en el discurso

1. Convocatoria nacionalista
2. Pasado arqueológico
3. Pasado como el de las grandes civilizaciones
4. Pasado de transmisión civilizadora
5. Pasado continuo y nacional
6. Pasado prometedor
7. Pasado con mérito artístico, y por último
8. El reclamo por la originalidad.

Estoy absolutamente consciente que poca idea puede formarse el lector sobre su contenido a partir de estos títulos, de hecho no hay que intentarlo por el momento. Lo que sí me interesa destacar ahora es que esos son nuestros elementos constitutivos del discurso, con los nombres que les he dado o con otros, las características más importantes del nacionalismo historiográfico están presentes ahí. Todo lo que contribuya a forjar una idea de nación a partir de la reconstrucción

histórica a la que nos abocaremos adelante, está comprendido aquí, en estas ocho amplias categorías.

La tarea que emprenderemos entonces será desmenuar el discurso histórico sobre el México antiguo sólo en lo que involucre presencia arqueológica como base argumentativa de ese discurso. Es pertinente avisar desde ahora que muchos de los hilos que vayamos separando se tocan entre sí en diversos momentos, a veces, la diferencia entre uno y otro elemento es mínima, esto se explica cuando recapacitamos en que para funcionar como es preciso, los elementos deben relacionarse mutuamente, todos son parte del engranaje del discurso en elaboración, separarlos sirve solamente como metodología del análisis, pero reitero, su efectividad es proporcional a la frecuencia e intensidad con la que se relacionan y apoyan entre sí para brindar una versión general de la historia.

Lo último antes de comenzar con cada categoría por separado es informar al lector que hubo una selección de textos sobre la materia, como puede suponerse es imposible recuperar todo lo que se escribió sobre historia antigua durante la segunda mitad del siglo XIX, por lo menos resulta muy difícil para un trabajo que debe sujetarse a un margen temporal estrecho. La selección de las obras con las que elaboro el análisis responde a mis propios intereses, es si se quiere arbitraria pero no falaz, puesto que recuperó –en la medida de lo posible– textos históricos escritos con propósitos diferentes y que por ello nos dan una perspectiva general de la tendencia del discurso. No estarán entonces, todos los trabajos que quisiéramos ver, sin embargo podemos contar con que el contenido que se ofrece en adelante es significativo. De igual modo, intervino en la selección de las fuentes la inevitable repetición de argumentos, como sabemos las ideas mediante las cuales se explican los sucesos empiezan –más tarde o más temprano– a agotarse, es por esta razón que varios textos quedaron fuera. Además, en cada uno de los apartados habrá textos de fechas diversas aunque, claro, todos son de la segunda mitad del siglo XIX. No me interesó establecer un orden riguroso en la presentación cronológica pues me parece innecesario a los fines del trabajo.

1. Convocatoria nacionalista

Me parece fundamental que si vamos a tratar de analizar un discurso –que como cualquier otro tiene distintas fases en su construcción–, nuestra atención se dirija en primer lugar a la exhortación. En

todos nuestros textos hay alguna introducción a la subsecuente narración histórica, en algunos casos ésta es más extensa que en otros, sin embargo el tono constante es intensamente nacionalista.

Como la pauta para emitir cualquier voz por mi parte proviene de lo que se observa en las obras con las que tratamos, paso directamente al primer ejemplo. El texto proviene de un libro de texto editado por primera vez en 1862. Que sea un libro cuyo objeto no es ofrecer explicaciones históricas novedosas sino compendiar lo conocido de tal modo que se despierte el interés y se entretenga el espíritu¹³, es cosa que debe tomarse en cuenta pues implica que el exordio será particularmente atractivo, en pocas palabras, que incite al amor por la historia mexicana. El autor es José Ma. Roa Bárcena quien se dirige a sus lectores con un leve reproche:

Los que acuden a la literatura de otros países en busca de la instrucción y solaz bien es que den una ojeada a la propia, que en su ramo de historia contiene bellezas de primer orden a juicio de los más sabios críticos. Los anales de Tula, Texcoco y México en los días precedentes a la conquista española no deben ser desconocidos de los actuales habitantes del antiguo Anáhuac, y antes de estudiar la ascendencia y el origen de los pueblos extraños, parece que convendría estar al tanto de todo aquello que dice relación con el nuestro[. . .]¹⁴

El nacionalismo de Roa se presenta cercano al resentimiento ante lo que podríamos llamar (con toda proporción guardada) “malinchismo” histórico. Se preocupa por exaltar las bellezas de nuestra historia e incluso dice que cuenta con el voto aprobatorio de los más sabios críticos, y aunque no diga nombres podemos inferir que tenía en mente los de estudiosos extranjeros –considerados todavía con gran autoridad sobre el tema- que llevaban camino andado en la investigación sobre la antigüedad mexicana. Por otro lado, es importante notar que al asumirse él mismo y sus contemporáneos mexicanos habitantes del Anáhuac, sería un *deber* el conocimiento de la historia antigua -que obviamente es la historia de sus predecesores- como un acto de nacionalismo, intenta trascender el tiempo mediante la conciencia de que la historia ha continuado. Para terminar con el texto de Roa, no sobra decir que la mayoría de los capítulos de su *Ensayo* se completan con descripciones de sitios arqueológicos. Él no se ocupó de la investigación de este tipo, pero sus referencias están muy bien escogidas: hace aparecer los pasajes más apabullantes de Sahagún, Boturini, Veytia, Clavijero, Humboldt entre otros, con la intención de abrillantar la narración.

¹³ José María Roa Bárcena. *Ensayos de una historia anecdótica de México en los tiempos fabulosos anteriores a la conquista española*. México, Imprenta Literaria, 1862, p 1

¹⁴ *Ibidem*, p 2.

Otro caso con cierta peculiaridad es el de Antonio García Cubas, mucho más discreto en la invitación también concede a la historia antigua una hermosura sin igual. En su estudio sobre las ruinas de Tula, se refiere a ella diciendo

La historia antigua de México, tan interesante por sus fastos, tan bella por sus tradiciones y tan poética por sus episodios, ya se la considere relacionada a las demás naciones de la tierra, ya como perteneciente a la de un pueblo autónoma [sic], es de suma importancia, y bien, merece, por tanto, el distinguido lugar que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística le ha fijado en sus Anales ¹⁵

Parece ser la misma emoción que Roa respecto a los hermosos tesoros de la historia antigua de México, sin embargo, lo más significativo de estas palabras es que no pierden oportunidad para recalcar que el estudio de la antigüedad mexicana necesita lugares para su investigación y difusión, así se muestra celebrativo sobre la acogida que ha tenido el estudio de la historia antigua en una publicación especializada. Después de otros párrafos y aun en líneas aisladas nuestro autor se muestra convencido de que con este logro motivaría el interés del público por esta materia.

El siguiente texto y su autor son poco conocidos, se trata del *Estudio sobre la historia general de México* de Ignacio Álvarez publicado en 1875. Con él superamos la intensidad del mismo Roa.

El amor a la patria, ese sentimiento que se despierta en el hombre a la vez que la luz de la razón alumbra su inteligencia, me produjo desde mis primeros años el deseo de penetrar esa lóbrega noche del pasado, donde cien generaciones de nuestros mayores duermen en el sueño profundo de la muerte [...] Creo cumplir con un deber para con la sociedad de que soy parte, al presentar este trabajo, que ayuda a conocer el carácter, usos, costumbres y necesidades de nuestro pueblo, desde su más remota antigüedad para que pueda juzgarse de lo que es capaz; y de las principales causas de ese peso abrumador de grandes desgracias, bajo el que siempre se ha encorvado. ¹⁶

Después de leer estas palabras es imposible pensar que los estudiosos anteriores (como el del mismo Roa, por ejemplo) no hubieran desempeñado bien su labor, ¡vaya que implantaron el apasionamiento por el estudio de la historia mexicana! El nacionalismo que observo en las palabras de Ignacio Álvarez es sumamente interesante, para empezar da por hecho que el amor a la patria es

¹⁵ Antonio García Cubas. "Ruinas de la antigua Tollan". *Escritos diversos 1870-1874*. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1874, p 341.

¹⁶ Ignacio Álvarez. *Estudios sobre la historia general de México*. 6 vols. Zacatecas, México, Imprenta Económica Mariano Ruiz de Esparza, 1875, p 13-14.

una cualidad inherente al hombre que se precia de ser inteligente. Hasta antes de esto no habíamos escuchado una justificación de amor para hablar de los hechos que habían resultado tan mal destino para el país, el remedio de tales circunstancias está a la mano porque los hombres del siglo XIX haciendo uso de su inteligencia e impulsados por el gran amor a la patria se moverían pronto a restaurar tantos daños.

Por otra parte estas palabras hacen eco perfecto al tipo de invitación que le oímos al primer autor que tratamos, Álvarez asume su labor historiográfica como un deber para con su sociedad porque a través de su obra estará explicando los porqués de *su* pueblo, cosa que yo percibo como una conexión a la noción nacionalista de continuidad histórica.

El hecho de que Álvarez hable de “patria” no puede mencionarse a medias. El concepto tiene sus propias dimensiones, y si bien por mi parte ya quedó establecida su relación con un impulso nacionalista hacia la historiografía nacional, hay un aspecto que ha quedado soslayado. En otro lugar y siguiendo a Anderson mencioné que el concepto de nación presenta analogías con la familia y relaciones de parentesco, ahora podemos ampliar esta noción acudiendo a las ideas de John Davis quien enfatiza el papel de las genealogías patrilineales diciendo que

[...] explican que cada uno existe porque tiene padres que le precedieron quienes a su vez fueron precedidos por otros padres y así sucesivamente. Esto también determina quién es cada uno, le da una identidad [...] ¹⁷

He profundizado un poco más sobre el patriotismo que escuchamos en Álvarez, porque siendo este apartado el encargado de darnos la idea general de cómo se recurre a la investigación histórica, es necesario apuntar que la historia —como hemos visto en nuestros autores—, fue concebida como el origen familiar, ahí comenzaba la filiación a aquella familia por parte de los autores, mediante ella intentarían explicar de quién venían y cómo eran. El entusiasmo por emprender estudios históricos constatado aquí (compartido por la mayoría de los autores de la segunda mitad del siglo XIX) era la forma de atraer adeptos que compartieran, sintiéndose satisfechos, esa explicación y se ampliara la identificación al mismo origen. Poco útil sería alargar más este apartado, su objetivo es

¹⁷ John Davis. “The social relations of the production of history”. M. Chapman, M. McDonald and E. Tonkin (eds) *History and Ethnicity*. London, Routledge, 1989, p. 106

familiarizarnos con el tenor exhortativo que parece presente en las historias de todos los autores mexicanos de este tiempo.

2. Pasado arqueológico

En este punto vuelvo a ciertos aspectos que habíamos tratado antes. Me abocaré a recuperar la importancia de la cultura material a través de nuestras fuentes. Este es quizá uno de los terrenos más importantes por los que habremos de transitar, por tanto el presente será un espacio amplio con algunas referencias teóricas importantes debido a que todos los análisis de este tipo abundan en la trascendencia de los objetos, así, por sí mismos, como representantes invencibles del tiempo transcurrido. Aisladamente, un objeto es la comprobación de una realidad o de la existencia misma. En nuestra vida cada cosa tiene un valor asignado que es proporcional al valor de aquello que representa. Tratándose de un objeto arqueológico, aquello que le da un valor incommensurable es su representatividad histórica. Como podremos comprobar en nuestros textos, cualquier vestigio, por nimio que sea, es valioso al considerársele un pedazo de historia. la prueba más fehaciente de la existencia pretérita. Huelga decir que en la medida que el vestigio es menos modesto aumenta también la calidad histórica de aquello que representa.

Stephen Shennan, en la introducción al conjunto de estudios titulado *Archaeological approaches to cultural identity*, se refiere al objeto arqueológico en función a la reconstrucción del pasado aceptando en principio que la arqueología ha sido la más útil de las disciplinas [sociales] en la recuperación de pasados comunes, más adelante explica que.

A través de nuestros descubrimientos e interpretaciones arqueológicas nos identificamos a nosotros mismos y dignificamos nuestras comunidades en referencia a una antigüedad de raza y un contexto que ha sido honrado por el tiempo. Los restos materiales revelados nos hacen sentir en casa como sólo pueden hacerlo los objetos táctiles y la proximidad física de los primeros tiempos y los pueblos arcaicos dando substancia vívida a los registros de crónicas y épicas [.]¹⁸

Todas las fuentes de las que dispuse para hacer el análisis nos permiten corroborar estas ideas, e indiscutible que la presencia de los objetos en el discurso entabla ese tipo de contacto con el lector

¹⁸ Stephen Shennan *Archaeological approaches to cultural identity*, p 10

le comunica –entre otras cosas- un sentimiento de pertenencia al lugar en donde habita. Con los ejemplos podremos ahondar en las peculiaridades de este asunto.

El primero no es exactamente de autoría mexicana pues se trata de un compendio de historia que tradujo José Ma. Roa Bárcena. Que sus autores sean franceses no implica que la visión sobre los objetos sea incompatible a la que se tuvo en México, de hecho es una ventaja saber que Roa Bárcena se preocupó por seleccionar lo que consideraba más útil de aquel texto lleno de ideas con las que obviamente comulgaba, pues así sabemos que son ideas europeas que tienen perfecta correspondencia en el país. El corto párrafo que transcribimos a continuación no habla de alguna sociedad mexicana, sin embargo se apega a la noción occidental sobre los objetos.

El Egipto era civilizado [...] Conocía el uso del arado, sabía fabricar ricas telas, construía templos y monumentos, algunos de los cuales aun subsisten. Tales son las tres pirámides levantadas por reyes egipcios para que les sirvieran de tumbas, y la mayor de las cuales mide 146 metros de altura. Se debe también citar el obelisco de Sosortris, el laberinto y la ciudad de Tebas, que tenía casi cien puertas [...] Los egipcios construían buques, emprendían viajes largos, y enriquecían a su país con el comercio.¹⁹

Estoy segura que el lector estará de acuerdo conmigo si digo que casi sobra la explicación. La relación que se tiende a través de este conjunto de frases es interesantísima y presenta –a mi manera de ver- dos momentos básicos. El primero sería la inmediata conexión entre “civilización” (en otro lugar hemos tratado el término) y “construcción de templos y monumentos”, parece no quedar lugar a la duda, un pueblo civilizado debe haber dejado muestra de ello a la posteridad, estas muestras son objetos, ruinas arqueológicas, monumentos legendarios. En este compendio tangencialmente se aborda, por ejemplo, el legado científico de este pueblo a la antigüedad, eso no parece haber sido una prueba real de existencia y mucho menos de civilización, pero los residuos materiales, lo eran por definición. Ahora bien, el segundo momento es el que proporciona movilidad progresiva al discurso histórico. Se da por hecho que un pueblo civilizado construye, pero por reciprocidad, entre más construye y trabaja más se civiliza y así alcanza un estadio diferente, en este caso es el de país. Además, no podemos dejar de hacer hincapié en que resulta totalmente tergiversado el concepto de país (notar las actividades que se le atribuyen a los egipcios) pues se destapan todas las aspiraciones decimonónicas al respecto.

¹⁹ *Compendio de historia profana*. Trad. José Ma. Roa Bárcena. México, Eugenio Maillefert, 1870, p 11.

El seguimiento de estas ideas sobre los objetos arqueológicos es más que evidente en la obra de Justo Sierra en su *Compendio de la historia de la antigüedad*. Seleccioné unos párrafos que hablan también sobre el Egipto antiguo para encontrar más fácilmente la resonancia a la que me he referido.

Las pirámides revelan que existía ya en el Egipto una población sedentaria, sometida a un poder arbitro de inmensos elementos, dueña de una avanzada cultura; tal, en fin, como son las sociedades que cuentan con un largo pasado. Los hieroglíficos grabados en las pirámides, revelan el grado de adelanto a que habían llegado los sistemas de escritura. [...] Son, pues, los monumentos los datos principales para establecer la cronología egipcia. Las inscripciones en ellos encontrados y que la ciencia contemporánea descifra con mayor acierto cada día. [...] nos permiten rehacer de un modo lento pero seguro los anales de la grandiosa civilización del valle del Nilo [...] Lo repetimos, la cultura egipcia, en la época de las pirámides había llegado muy alto.²⁰

En este ejemplo, la importancia de los objetos arqueológicos esta dada primero como los testimonios más veraces para reconstruir la historia egipcia, después son la prueba de altos logros culturales. Encontramos luego una frase de peso cuando Sierra dice que la cultura avanzada (ya implícito el lugar de los objetos) es propia de las sociedades con largo pasado. Digo que son palabras de peso porque evocan un tiempo remoto, entre más lejano del presente o más antiguo mejor porque esto hace a la sociedad heredera más legítima.²¹ Con más derecho a reconocerse civilizada por sus logros culturales constatados a través de las fuentes monumentales como diría Sierra.

Pasamos ya a los textos que hablan sobre objetos mexicanos. Será necesario recordar que trato de comprobar cómo, a propósito de la existencia de los objetos puesta en las relaciones históricas, se intenta “civilizar” a las sociedades antiguas. Este es un consenso entre nuestros autores, nadie discutía si ello sería cierto o no, sólo que algunos llegaron más lejos que otros.

García Cubas, por ejemplo, desenmascara su tristeza al ver

Las reliquias de un pueblo en otro tiempo feliz y poderoso, restos preciosos que, como medallas históricas de la avanzada civilización tolteca, yacen esparcidos en las faldas de las colinas o cubiertas por el humus de las campiñas [...] ²²

²⁰ Justo Sierra. *Compendio de la historia de la antigüedad*. México, José Ma. Sandoval, 1879, p 18-26.

²¹ Vid Shennan. *Op. Cit*, pp 6-7.

²² García Cubas. “Ruinas de la antigua Tollan”. p 331.

Lo de menos en estas palabras es el estado de ánimo que dejan ver, lo que me interesó fue encontrarme de pronto y apenas comenzando su discurso con la asociación entre los objetos y la calidad de feliz y poderosa que le adjudica a la sociedad que los creó. Es cierto que especialmente los toltecas, habían sido identificados como el “gran pueblo” a partir de las fuentes escritas desde el siglo XVI, en adición, los estudios arqueológicos sobre esa localidad durante el siglo XIX reforzaron la visión y le devolvieron actualidad a las viejas verdades históricas sobre los toltecas.

Más adelante en su estudio, este autor habla en general de varios sitios y objetos arqueológicos, creaciones de un pueblo al que todavía no identifica pero del que ya tiene, por lo menos, una verdad proporcionada por los objetos mismos

[...] pirámides, fortificaciones, templos y suntuosos palacios, son otros tantos monumentos que atestiguan una civilización muy avanzada, y constituyen las huellas que en su peregrinación un pueblo dejó marcadas.²³

Algo muy cercano a este tipo de inferencias podemos observar en el discurso de Manuel Larrainzar, quien en su prólogo explica al lector cómo fue llamado a emprender el estudio que presenta.

Me persuadía, además, que esos esqueletos de piedra, esos montones de ruinas ocultas en nuestros bosques, revelan la existencia de naciones poderosas, y encierran su historia, como los monumentos del Asia y del Egipto conservaban la memoria de la vida de aquellos pueblos, sobre los cuales no se había destruido toda huella cuando se descubrieron, habiendo sabido la ciencia aprovecharse de ellos, para presentarlos en toda su grandeza y esplendor. Las ruinas de las ciudades son los archivos en que se han encontrado los comprobantes de la genealogía de los pueblos, su vida, sus vicisitudes, su progreso y su decadencia.²⁴

Las palabras de Larrainzar son contundentes respecto a la apreciación de los objetos en cuanto a fuentes para la historia, pero más que eso habría que destacar que la aparición discursiva de estos elementos permite un juicio *a priori* sobre los hombres que les dieron vida y nadie cuestionaba —como inferimos por la frecuencia con que ocurría— la pertinencia de este tipo de juicios previos a cualquier investigación, y no fue preciso, lo importante era proyectar una jugosa imagen del pasado, suficientemente verdadero por estar sumergido entre tantas y maravillosas ruinas.

²³ *Ibidem*, p 342.

²⁴ Larrainzar. *Op. Cit*, p XLII.

El caso de Orozco y Berra es muy ilustrativo de la transformación de los objetos y sitios arqueológicos, dentro de su *Historia Antigua* en la sección que dedica a los grupos nahuas, todo lo respectivo a esos objetos está encasillado en los *logros* arquitectónicos. De ese modo, colaborando para poner a los nahuas dentro del conjunto de los pueblos que sí lograron avances culturales, los elementos arqueológicos no son en el discurso de Orozco, tepalcates esparcidos por doquier, ni piezas sin explicación o fuera de contexto, sino prueba de que aquellos hombres

[...]conocían todas las [artes] necesarias para satisfacer sus necesidades y sus gustos.
[. .] La arquitectura está representada en nuestro país por multitud de ruinas, derramadas de norte a sur [...] ²⁵

Algunos capítulos después con la misma entonación empleada para enaltecer los logros “nahoas” declara que todos los edificios que dejaron los toltecas revelan un gran adelanto en la civilización. ²⁶

Cuando anuncié la entrada de estos textos decía que algunos autores llegaron más lejos que otros en sus valoraciones, el caso de Aurelio Oviedo y Romero es de los que se lanzaron con todo... Al tratarse de un texto muy poco conocido me gustaría transmitir al menos la curiosidad por acercarse a este libro que lleva por título *Epítome de la historia antigua media y moderna de México*. Con un sentimentalismo agudo dice en referencia a unos de los más famosos monumentos arqueológicos del país:

En Cholula quedan los restos de una altísima pirámide que los toltecas levantaron en honor de Quetzalcóatl, dios veneradísimo entre ellos, y como templos del Sol y de la Luna han quedado en San Juan Teotihuacan dos restos de pirámides monumentales. Si acaso no hubieran quedado más que esos monumentos como pruebas de civilización y apoyos de la demanda de la nación tolteca a la inmortalidad, ellos serían suficiente alegata para que aun hoy el nombre tolteca sea escuchado con el respeto que lo escucharon nuestros mayores. ²⁷

Lo más impresionante de lo que acabamos de leer es que a diferencia de otros textos, no se convoca con énfasis a la búsqueda de otros monumentos, si los hubiera qué bueno, pero esa preocupación es de segundo orden porque con monumentos de la talla de Cholula o Teotihuacan bastará para

²⁵ Manuel Orozco y Berra. *Historia antigua de México*. México, Librería Navarro, Ediciones Fuente Cultural, 1954. T I, p 319.

²⁶ *Ibidem*, T II, p 85.

²⁷ Aurelio María Oviedo y Romero. *Epítome de la historia antigua media y moderna de México*. 2ª ed. México, Ch Bouret, 1887, p 18.

. perpetuar la grandeza de los tolteca. Oviedo y Romero es tal vez uno de los más permisivos respecto a la importancia de los objetos, puede observarse una desmedida relevancia sobre lo que el objeto representa, la relación entre tamaño y significación es determinante y toda la obra se mueve en este tono, aunque es también cierto que para este autor, cualquier pieza da motivo más que justificado para estacionar un pueblo en algún estadio de civilización.

El trabajo de Oviedo tiene un momento culminante a través del cual vemos cómo los objetos arqueológicos *funcionan* para el discurso histórico. Regresando a algo que ya hemos repetido, aceptamos que uno de los objetivos más directos de dicho discurso es la redención del pasado prehispánico, claro está, nos interesa una redención lograda por la intercesión de cultura material. No creo haber encontrado un ejemplo mejor que el que proviene del *Epítome*, las explicaciones se darán después.

A proporción que el hombre camina en la senda del progreso material y moral, la religión va depurándose de todos aquellos errores que la hicieron mala y así los pueblos civilizados dan otra forma más aproximada al ideal divino, el lugar donde vive la divinidad es un templo en el cual las artes, la industria y la ciencia se unen para formar la morada de Dios. En el templo vemos reunidos, y como si de disputaran el prominente lugar, la pintura, la arquitectura, la escultura, la música y la poesía, la orfebrería, la industria de tejidos y otras muchas, y por último la geometría gobernada por las leyes físicas se unen con otros elementos para formar el monumento que desafiando al tiempo se levanta orgulloso, grande para la admiración de las generaciones venideras.²⁸

El extracto puede parecer muy extraño, ajeno a lo que veníamos tratando, pero no es así. Antes de explicar aviso que el autor, líneas arriba, había declarado que la religión proporciona los parámetros con los cuales se valoraría la cultura de los pueblos, ya fueran pretéritos o contemporáneos. A partir de esta idea su reivindicación de las culturas prehispánicas –que es lo que pretende– está a punto de caer en su propia trampa, pues el tema de la idolatría prehispánica es uno de los más usados para desprestigiar a los pueblos antiguos. No obstante, echa mano de un recurso audaz para sacarlos bien librados, Oviedo escoge el templo –en su acepción puramente arquitectónica– y comienza a desarrollar a propósito de tal objeto una serie de argumentos que convierten en una de las expresiones más luminosas de la cultura. El resultado de todo esto: que ciertamente se podía tachar a los antiguos mexicanos de idólatras pero jamás se les por-

²⁸ *Ibidem*, p 57-58.

recriminar por bárbaros, como se encargaría de demostrar el número avasallador de ruinas de templos, su espíritu tendía hacia el genuino reconocimiento de la divinidad.

Con todo lo anterior vemos uno de los mejores ejemplos de la funcionalidad de los objetos arqueológicos al interior de un discurso histórico, con la operación de Oviedo adquirió una nueva dimensión aquello de los beneficios del pasado tangible, sirve como ejemplo de cuán esenciales llegaron a ser los argumentos de bases arqueológicas. En otras condiciones hubiera sido difícil luchar contra la idea del barbarismo por la idolatría, sólo que a raíz de que los objetos fueran pruebas incuestionables, prácticamente no había falla que no fuese redimida.

Hasta aquí se ha visto la importancia de la cultura material registrada en diferentes textos, todos comparten esta característica: el registro de cultura material sitúa a cualquier grupo antiguo en un lugar privilegiado en la senda histórica. Cuando no basta sólo su existencia y su mera asistencia a los textos históricos, los restos del pasado empiezan a calificarse, entran en una especie de dinámica taxonómica de tal suerte que la mayoría de los vestigios son muestras de un alto grado de cultura, evidencia de desarrollo artístico y científico. Una conclusión a partir de esto es que la historia antigua ya no puede ser explicada aparte de sus fuentes arqueológicas porque ellas son el pasado en el presente, el antídoto contra los incrédulos o aguafiestas que siguieran menospreciando a las culturas prehispánicas.

Ahora bien, la existencia de vestigios (cultura material como se ha referido) puede analizarse bajo otra perspectiva que en principio la extrae del discurso, es decir, no funciona necesariamente al interior de un texto como los que nos han servido de ejemplos. Este análisis toma en consideración un concepto de Anderson que él mismo denomina “serialización” y explica en los siguientes términos:

La suposición de que el mundo estaba integrado por plurales duplicables. Lo particular siempre aparecía como representativo provisional de una serie, y había de manejársele de esta manera.²⁹

²⁹ Anderson. *Op. Cit.*, p 257.

Hay que tener en mente que Anderson trata de encontrar los orígenes del nacionalismo, y encuentra que la serialización opera en el discurso de los grupos que lo pretenden. Visto de este modo, el papel de la cultura material ensancha su dimensión, sólo hay que imaginar que se piensa de manera serializada la arqueología que hemos tratado hasta aquí. Es sencillo, el pasado mexicano estaría tupido de pequeños objetos, edificios, y sitios arqueológicos completos que se multiplicarían en significado sobre la realidad histórica del país. Me ha parecido pertinente la utilización del concepto de Anderson, porque después de leer los textos primarios me quedó claro que ningún autor con los que hemos tratado particulariza realmente sus juicios históricos, pueden abocarse a un solo grupo más o menos bien identificado, pero la mayoría de las veces se generalizan las conclusiones, se infiere libremente que una sociedad (arqueológica) cualquiera que sean sus características, resulta representativa de otras, sobre todo, claro, si se trataba de otras de las que se conservaran muestras arqueológicas leídas a la luz de las mismas premisas.

Con esto concluyo lo tocante a la importancia de la cultura material, no puedo decir que con eso se terminan las menciones a objetos arqueológicos, como es obvio, estos permanecerán hasta el final del trabajo. El objetivo de la anterior exposición ha sido enfatizar que los conceptos más importantes contenidos en la historiografía sobre el México prehispánico, tales como el de civilización y adelanto cultural, estuvieron plenamente justificados, legitimados y avalados por la asistencia (al discurso) de reminiscencias del pasado mismo. En un libro no se puede ofrecer un objeto arqueológico como en un museo, no obstante, con una buena descripción que le conceda la importancia suficiente, se pudo transmitir la sensación de magnificencia de las culturas que sólo así podríamos conocer; esto alimenta por supuesto un sentimiento de admiración por los antiguos que su paso por el mundo dejaron a las generaciones futuras pétreos recuerdos.

3. Pasado como el de los grandes pueblos de la antigüedad

Este punto está íntimamente relacionado con lo que revisamos en la sección anterior. Ya damos por sentado que el pasado debía ser arqueológico por todo lo que aporta al contenido del discurso y su impacto ulterior. Ahora trataremos de explicar qué hay detrás de un discurso que insiste en establecer paralelismos entre las grandes civilizaciones de la edad antigua del mundo. Dentro de

historiografía que nos interesa, fue Egipto el parangón más frecuente (sin que otras civilizaciones hayan quedado relegadas), al observar con detenimiento este tipo de comparaciones se puede deducir una de las intenciones del discurso: asir un pasado lo más parecido posible al de los pueblos de la antigüedad reconocidos de la modernidad. Ahora bien, a esta conclusión no deberíamos llegar tan rápidamente o por lo menos no sin considerar varios factores que la dotan de coherencia. Para ello procederemos como lo hemos establecido, tratando por separado los textos más representativos.

El primer texto es de 1862, fecha todavía temprana para que su autor se propusiera elaborar una *Historia de México*, así, que abarcara toda la historia del país. Esta obra, atendiendo a su carácter general se propuso explicar los orígenes mexicanos, los más remotos. Según notamos a partir de la lectura de ésta, resultaba imposible pensar la historia de México aislada del punto a donde se remitía el origen de toda la humanidad, y por esa razón las primeras explicaciones sobre el origen de las sociedades mexicanas quedaron estrechamente vinculadas a las teorías acerca del origen del hombre americano. Esas ideas cambiarían mucho en las próximas décadas, sin embargo, el apego que mostró la historiografía mexicana en este sentido nos descubre el afán de introducir la historia mexicana en el mismo camino progresivo que habían cursado otros pueblos de renombre.

Francisco Carbajal, autor de la *Historia de México* a la que nos referimos es un buen punto de referencia. Precisamente al hablar del origen de los hombres en América, hace valer las ideas difusionistas que estaban en boga apelando a la calidad y cantidad de monumentos encontrados en este continente.

El primer capítulo de su libro comienza diciendo que

las noticias de los extraordinarios monumentos encontrados en Centro América, y que han dado un nuevo impulso a las investigaciones, sugiriendo la probabilidad (o más bien la posibilidad), con evidencias más seguras de las que se tenían, para establecer el hecho de una positiva comunicación con el otro hemisferio.” Y más adelante toca aun terrenos más seguros al decir que “Cerca del camino de Veracruz a la capital, y no muy distante de la ciudad de Puebla existe la pirámide de Cholula, que hoy aparece como un montón piramidal, habiendo sido hecha de ladrillo sin cocer, y que se eleva a la altura de cosa de ochenta pies. La tradición popular de los indígenas era: que fue construída por una familia de gigantes, que después de haber escapado de la grande inundación, habían inventado levantarla hasta las nubes; pero que ofendidos los dioses de tal presunción los hicieron abandonar su empresa, arrojando fuego del cielo sobre la pirámide; lo que

coincide con el hecho de la confusión de las lenguas, aunque de un modo que lo desfigura bastante. [...] La teoría de que la civilización azteca reconoce un origen asiático, toma mayor fuerza por la luz que da la tradición, la cual brillando fijamente allá en el Nordeste, penetra en las densas tinieblas con que la Historia y la Mitología han envuelto a las antigüedades de América.³⁰

No tiene caso detener más la atención en las palabras de Carbajal, más vale notar suficientemente la forma en como se conduce el origen mexicano hacia la historia universal occidentalmente aceptada. Añadiendo algo a lo que habíamos dicho sobre el objetivo de las comparaciones debo aclarar una cuestión: Cuando se hace una comparación de cualquier tipo, no siempre se hace para asumir que uno de los elementos es igual al otro, es decir, este tipo de comparación intentaría obtener dos elementos diferentes pero equiparables, otra forma, sin embargo tiende a establecer que uno de los elementos es resultado del otro, esto es que sólo hay un elemento original del cual otros son copias, más o menos fieles, pero copias.

Sin que alguno de nuestros autores lo dijera con esas palabras, parece ser que durante largo tiempo las comparaciones en las que abundaban tomaron de muy buena gana esta segunda forma; resultaba más que bueno el hecho de que las sociedades antiguas de México fueran el colofón de las asiáticas. Los historiadores mexicanos no declararon esa idea con tanta franqueza y quizá me aventuro demasiado al decir que la tendencia comparativa fuera tan absoluta. Lo que queda fuera de duda es que esta tendencia de considerar la historia antigua de México bajo el enfoque difusionista se transformará radicalmente mientras transcurre la segunda mitad del siglo XIX. Es importante notarlo pues nos pone al tanto de que, en principio, la pulsión nacionalista pugnaba por que la historia de México fuera parte de las antiguas civilizaciones, después el nacionalismo preferirá argumentar que la antigüedad mexicana había sido *tan... como...*, pero no copia de aquellas. No digo más porque esto constituye es problema de la última categoría del análisis.

Razón para sostener lo que digo acerca del primer tipo de comparación que ha quedado descrita, no puede haber mejor que el estudio de Antonio García Cubas cuyo determinante título nos pone sobre advertencia de su alcance. Se trata del *Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas*, dentro de él existen cuantas frases podamos imaginar que corroboran lo que

³⁰ Francisco Carbajal. *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX*. México, Tip. Juan Abadiano, 1862, T.I, pp. 194-5 y 200.

se ha planteado, pero, por evidentes razones no podría reescribirlas todas. Empecemos a tratar este singular texto desde la descripción paisajística que hace el autor.

[...] si se descende por la falda del cerro Malinalco, el aspecto que presentan desde el momento que se perciben, es en verdad sorprendente: entonces, destacándose sobre la llanura, elevan majestuosamente sus moles seculares, haciendo concebir al viajero la ilusión de que se halla transportado a las regiones del Nilo.³¹

En este párrafo tan emocional, García Cubas está deseoso de extender semejanzas, entre el antiguo Egipto y Teotihuacan por ello recurre hasta a las de tipo ambiental. Pero ahí no para la cosa. El autor de este *Ensayo* haciendo gala de toda su erudición, procede ordenadamente en las comparaciones, analiza materiales de construcción, orientación y dimensión de edificios, objeto de los mismos así como características arquitectónicas más relevantes. Mientras transcurre su laborioso estudio, llega uno de los mejores párrafos de García cuando relata los resultados de la expedición de que formó parte y dedica unas líneas a la descripción de ciertas piezas arqueológicas.

Examinando la figura, se advierte que por sus justas proporciones, el tipo y demás circunstancias, se separa tanto del repugnante aspecto de los ídolos aztecas, cuanto puede acercarse al carácter de las momias egipcias. La otra figura representa el fragmento de una careta encontrada en las ruinas de Teotihuacan. En las facciones se advierten no los rasgos toscos y deformes que por lo general caracterizan a las figuras aztecas, sino la mayor maestría en el modelado, indicio seguro de la existencia de un pueblo más culto.³²

El deseo de García por hacerse de argumentos para defender el contacto entre dos civilizaciones es implacable, las ilustraciones que acompañan su estudio muestran un alto grado de torción sobre los objetos que observó. Es obvio que la mirada de García estaba esperando encontrar formas egipcias: todo lo que observa resulta modificado en este sentido. No está demás decir que no fue el único caso, el fenómeno era muy frecuente y se explica en cuanto recapacitamos en que los dibujos son reflejo de lo que querían encontrar y ver en el pasado. Después de lo que acabamos de leer el autor continúa su disquisición con fuerza nueva, la necesaria para establecer cada vez más similitudes entre el complejo arqueológico de Gizeh y Teotihuacan, todo en su discurso parece casar perfectamente y llega a una de las tesis centrales cuando habla del interior de las pirámides:

El punto que voy a tratar es para mí de la mayor importancia, tanto que puede estimarse decisivo en este mi trabajo: es aquí donde voy a demostrar la grande analogía que existe

³¹ García Cubas. "Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas". En, *Escritos diversos*, 1870-1874, p 296.

³² *Ibidem*, p 304.

en los principales detalles que son comunes a las pirámides mexicanas y egipcias [...] La puerta o abertura disimulada en una época remota y descubierta en tiempos más recientes; su situación hacia el medio de una de las fases; la colina adherida a esa misma faz y en cuyo término se encuentra la abertura la estrecha galería que conduce al interior, el profundo pozo que se encuentra al terminar dicha galería, los monumentos fúnebres, las pequeñas pirámides y las demás construcciones que rodean a los monumentos principales, y por fin, los otros pormenores que he hecho notar en el curso de este artículo, no pueden atribuirse a coincidencia casual en la concepción de la misma idea; tal teoría es para mí inadmisibles [...] si en los monumentos como los que tratamos hay identidad de circunstancias, de pormenores y de caracteres distintivos, preciso es convenir en que hubo comunicación entre un pueblo y el otro.³³

Ahora podemos ver con nitidez hacia qué tiende la comparación en que se ocupa García Cubas, efectivamente, quisiera decir de una vez por todas que los constructores de Teotihuacan fueron aprendices de los antiguos, admirados y famosos egipcios, quién mejor que ellos para maestros de los primeros mexicanos. La trascendencia de un argumento como éste se puede medir fácilmente, casi basta con imaginar por un momento la distinción a que se harían acreedoras las creaciones arquitectónicas mexicanas si todo mundo hubiera apoyado esto. El párrafo con el que termina nuestro autor nos regala, finalmente la visión completa del escenario en donde los sitios arqueológicos encuentran un papel relevante en función de estas tesis contactistas:

Al dar a luz el presente estudio, me ha guiado principalmente la idea de hacer que se fije la atención de los hombres pensadores e ilustrados de mi país sobre un punto que tan importante es para el esclarecimiento de nuestra historia antigua. Todas nuestras ruinas ofrecen al hombre estudioso vasto campo de investigaciones, por cuyo medio quizá podamos algún día revelar al viejo mundo un misterio que hace tanto tiempo lo preocupa. Casas Grandes, Teotihuacan, Papantla, Xochicalco, el Palenque, Uxmal y Mitla son el eslabón que une la historia de dos continentes; lo hallaremos, tal vez, removiendo esos escombros.³⁴

Hoy puede parecernos increíble que hace poco más de un siglo se considerara serio un estudio como este, pero lo fue, en verdad García Cubas estaba haciendo esfuerzos por dar solidez a sus ideas sobre el contacto entre la Antigüedad (así, con mayúscula) y las antigüedades mexicanas. Lo que debe importarnos es la pregunta ¿qué lo mueve a pensar en este tipo de comparación? La respuesta no está ya tan lejos. El autor está buscando insertar a México en la historia reconocida, pero también llamar la atención de aquellos que subestimaban la importancia de la arqueología

³³ *Ibidem*, p 317-18.

³⁴ *Ibidem*, p 329. Por cierto cabe señalar que éste es un buen ejemplo de "serialización" tal y como vimos que la define Anderson: lo particular representativo de una serie, que intenta multiplicar el efecto del objeto evocado. *Vid. Op.cit*, p 257.

mexicana puesto que como todo parecía indicar, los grandes logros de Teotihuacan eran reminiscencia de la maestría egipcia, cultura cuyas enseñanzas aplaudía y se adjudicaba la propia Europa.

De lo anterior se desprende otro aspecto relevante. Tanto se quería encontrar un símil entre las viejas civilizaciones de África y Asia que nuestros estudiosos no titubeaban al interrogar a su objeto de estudio, las preguntas están dadas a partir de lo que se había descubierto en aquellas latitudes. Para ningún estudioso se agotaban las esperanzas de encontrar algo que por fin hiciera de la arqueología mexicana un depósito de la sabiduría ancestral de la humanidad. Oigamos las coloridas palabras de Agustín Rivera:

¡Piedra monumental! ¿Qué manos te levantaron? Las de los xochimilcas, o las de los tepanecas, o las de los colhuas, o las de los chalcas, o las de los tlahuicas, o las de los tlaxcaltecas [...] ¿Eres una tumba?, o una pirámide milenaria, o el resto de un baluarte. ¿Qué secreto encierras? Ocultas las cenizas de un príncipe, o una inscripción jeroglífica, o un libro de maguey.³⁵

El estudio de Rivera es una demostración de la lectura arqueológica condicionada, que si bien no se aventura a decir que los constructores son egipcios por ejemplo, sí espera encontrar los mismos resultados que se conocían en el terreno de la arqueología mundial. Tres años después el mismo autor escribía en su *Compendio de Historia antigua de México* y a propósito de las características arquitectónicas de la pirámide de Cholula,

que Prescott y otros estudiosos extranjeros habían encontrado analogías entre los monumentos antiguos americanos y los de los asirios, japoneses, griegos y romanos; pero principalmente con los egipcios y que era de notarse que los griegos habían imitado principalmente a los egipcios, y a su vez los romanos a los griegos.³⁶

Con esta ágil retórica sugiere, sin aclararlo explícitamente que de existir realmente una conexión entre el México antiguo y Egipto, entonces ni siquiera lo griego o lo romano le podía ser superior pues estos dos pueblos imitaron a los egipcios.

El último texto que analizaremos en esta sección es el catálogo del museo nacional publicado en 1882. El texto es difícil de citar, pues las frases que nos interesan están intercaladas en amplias

³⁵ Agustín Rivera. *Viaje a las ruinas de Chicomoztoc*. México, Tipografía de José Martín, 1874, pp 11-12.

³⁶ Agustín Rivera. *Compendio de historia antigua de México*. México, Tipografía de José Martín, 1878, T.I. pp 42-4 :

descripciones de las piezas que estaban en exhibición. Lo que debemos notar es que en las descripciones de objetos (obviamente mexicanos) se evoca a la antigüedad clásica, por ejemplo cuando se explica una estatua femenina:

la parte inferior [...] tiene grabada una figura muy semejante a la que se ve en la piedra circular colocada al pie que representa al dios de los muertos Mictlantecuhltli [...] Mictlan se llama el lugar donde iban los muertos [...] y su dominio pertenecía al dios Mictlantecuhltli y a su mujer Mictlacacihuatl, que corresponden [...] al Plutón y Proserpina en el infierno que se figuraban los griegos y romanos.³⁷

Luego, explicando una lápida supuestamente conmemorativa de la fundación del Templo Mayor de los aztecas dice:

En México, lo mismo que en Judea, hubo un rey que intentó edificar un templo que fuera el asombro y la maravilla de las naciones, por su magnificencia y magnitud; y así como el otro, solamente tuvo la dicha de ver acopiados sus inmensos materiales [...] ³⁸

Del mismo modo, frente a una estatua de Chicomecóatl:

representa una divinidad de primera clase para los mexicanos reverenciada como diosa de los mantenimientos o Ceres de los romanos...

Y todavía, describiendo un conjunto grande de piezas no muy bien identificadas que ostentan el título de “animales mitológicos” comenta:

Bajo este nombre reunimos las representaciones de varios animales, entre los cuales abunda la culebra: en México, lo mismo que en otras naciones antiguas, este reptil desempeñaba un papel muy importante en las tradiciones [...] ³⁹

Creo que con lo que se ha mencionado es suficiente para sostener que las piezas arqueológicas sirven de pretexto para entablar una serie de paralelismos entre la historia antigua de México y la antigüedad clásica; esto obedece sin duda a la preocupación de hacer que el pasado mexicano no pareciera una anomalía en la historia de la humanidad, sino que al contrario, todo, hasta las figuraciones menos atractivas encontraran su semejante dentro de las civilizaciones reconocidas. Todo esto tiene una implicación importante, el reclamo por compartir rasgos semejantes a los que habían dado en la antigüedad, mediante tantas comparaciones con otras culturas, lucía como el camino indicado para equiparar a México no sólo con “las grandes civilizaciones”, más allá de eso, lo ponía a la altura de los países modernos a los que imitaba, porque como aquellos tenía un origen

³⁷ Gumesindo Mendoza. *Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México*. 2ª ed. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1882, p 3

³⁸ *Ibidem*, p 13.

en esas “civilizaciones”. Como pudimos observar en las descripciones del catálogo, el discurso tiende a encontrar un equivalente clásico a las producciones mexicanas, finalmente, las diferencias no eran tantas ni graves.

El fenómeno al que nuestros ejemplos hacen alusión, el de establecer paralelismos con otras culturas puede explicarse en términos de esencialismo. Para explicarlo me limitaré a tomar como ejemplo el análisis de George C. Bond y Angela Gilliam quienes establecen que

Un mundo de significados se construye a través de imágenes o iconos que son productos de circunstancias históricas particulares. Tanto el orientalismo, occidentalismo o el africanismo son ejemplos de tales construcciones. Manifestaciones todas, de un tipo de esencialismo peculiar, que reducen complejas e intrincadas diversidades sociales e históricas a pocas imágenes culturales prominentes. Las imágenes se convierten en la base para la confabulación, pantallas culturales a través de las cuales el mundo se ordena, interpreta y entiende.⁴⁰

Estas ideas nos han servido para llegar a nuestras propias conclusiones sobre una de las características de la historiografía decimonónica mexicana. Cómo no podemos poner un “ismo” a lo que nuestras obras evocan constantemente, porque, no se trata solamente de orientalismo (eso funciona más bien para la Europa de esta misma época), podemos decir que la esencia buscada es la Antigüedad, así como conjunto de civilizaciones grandiosas y extintas que para este tiempo eran consideradas la cuna de la historia de la humanidad. La antigüedad era en efecto, una imagen construida, un mundo de referencias bien conocidas. Si los estudiosos llegan a tratar con ella, a identificar cosas con ella, por cualesquiera medios se llega también a su esencia, es decir todo lo que connota: civilización, proezas humanas, camino hacia el progreso, origen cultural, entre otros. Según mi parecer, sólo en función de esto, daban los resultados esperados tantos enojosos, trabados y sospechosos paralelismos que hemos visto aparecer en el discurso mexicano. Lo más importante de su presencia es la evocación esencial, un significado atribuido que se transmite de la esencia-asistente a través del objeto que nos la recuerda- a elementos nuevos, es decir, objetos arqueológicos mexicanos, mediante la coexistencia en el discurso.

³⁹ *Ibidem*, p 24.

⁴⁰ Clement y Gilliam. *Social construction of the past*, pp 16-17.

Así concluyo el tema de las comparaciones, sólo me queda decir al lector que este fenómeno es uno de los más frecuentes en la historiografía mexicana durante el periodo que nos ocupa, ya no hay motivos para dudar, vemos con mucha claridad que una de las direcciones del discurso mexicano era colocar a la antigüedad mexicana a la altura de las “grandes civilizaciones”. Lo siguiente es una idea un poco más delicada, voy a tratarla con un ejemplo: se identificó Teotihuacan con Egipto, igual que las columnas toltecas u otras formas arquitectónicas con las griegas y romanas sólo porque esas culturas eran las depositarias de la esencia de la antigüedad para el pensamiento decimonónico europeo. México hubiera encontrado paralelismos con cualquier otra cultura si es que esa fuere la reconocida por Europa ya que en el fondo lo que pretende este discurso es ajustar el pasado del país para edificar una antigüedad que como otras estuviera en posibilidad de ser reconocida y deseada.

4. Pasado como transmisión de la civilización

En tratar este aspecto nos ocuparemos largamente, para empezar será necesario remitirnos a algo dicho en el segundo capítulo de esta tesis sobre la importancia de los mitos de origen en la reconstrucción discursiva del pasado. Cuando hablamos de eso nos enfocamos directamente al proceso europeo que construyó su mito de origen sobre dos bases: el “barbarismo” de los pueblos continentales y la “civilización” de los pueblos de oriente⁴¹. Tomando por ahora uno de esos dos orígenes diremos que Europa se reclamó como receptora de la civilización, cosa que funciona sólo partiendo que la civilización tiene un único origen en las civilizaciones orientales y que al ocurrir su decadencia el mundo occidental recupera la tradición, esto es aceptar y hacer válido que exista un proceso de transmisión cultural. Pues bien, esto mismo (con la debida proporción guardada) funciona para el caso mexicano, me refiero por supuesto a la reconstrucción del pasado prehispánico.

Desde mi punto de vista fue Orozco y Berra, el historiador mexicano que más hizo por convertir en una verdad histórica esto de la transmisión cultural. Las palabras que cito a continuación provienen de su *Historia antigua de México*, y nos permiten entender cómo se pensó en el siglo XIX este problema. El fragmento es parte de la explicación que da Orozco sobre el desarrollo casi autóctono

⁴¹ Vid. *Supra*. Capítulo II, pp 48-49.

de las sociedades americanas, nuestro autor se pronuncia a favor del contacto entre hombres asiáticos y americanos aunque está seguro que la comunicación quedó interrumpida desde tiempos remotísimos y con ello comenzó un desarrollo independiente en América. La transmisión sucede, según Orozco de la siguiente manera:

Si del grupo formaba parte un letrado, un sacerdote, por ejemplo, lleno de la ciencia de la nación de donde procedía, unido su saber a su carácter extranjero a su traje y sus costumbres, se abría camino para tornarse maestro, y si ingenio y querer no le faltaban, se levantaba al encumbrado puesto de civilizador, recibiendo del agradecimiento de los pueblos salvajes los honores divinos.⁴²

De pensamientos muy semejantes a éste saldrán la mayoría de las interpretaciones del pasado prehispánico que intentaron reconstruir la vida de las sociedades antiguas en torno a su desempeño como transmisores del conjunto de habilidades, conocimientos y tradiciones todas cubiertas por un preciado velo llamado civilización.

Sólo para hacer caer al lector en la cuenta de la trascendencia de este tipo de ideas, refiero aquí un estudio de Mogens Trolle, quien analiza la perspectiva occidental acerca de la transmisión de la civilización a partir de la observación del relieve que corona el arco de la entrada al Instituto Oriental de la Universidad de Chicago diseñado en los primeros años del siglo XX.

La escena muestra un antiguo escribano egipcio cuya manos entregan a un hombre occidental semidesnudo un trozo de tablilla con una inscripción jeroglífica. El egipcio tiene a sus pies un león del cercano oriente, el occidental un bisonte americano, y los campos que están detrás de ellos contienen muchas más figuras y monumentos que representan las características más representativas de ambas tradiciones. [...] En esta imagen se ha representado la transferencia de la civilización de Oriente a Occidente.⁴³

Desde que comenzó este capítulo enfatice el distinguido papel que se otorgó al grupo tolteca, la historiografía más temprana (siglo XVI) los identificó siempre como maestros del resto de los pueblos prehispánicos, de tal suerte, después de su estancia en el Valle de México y el establecimiento de su "imperio" la vida en esa región no volvió a ser igual, ya ningún pueblo (excepto algunos reductos de vida chichimeca) quedó ajeno al proceso de transmisión, el legado tolteca agente del progreso de los pueblos antiguos. Esta misma idea se repitió sistemáticamente en

⁴² Orozco y Berra. *Historia antigua de México*. T I, p 64.

⁴³ Mogens Trolle Larsen. "Orientalism and Near East archaeology" D. Miller, M. Rowlands, C. Tilley (eds). *Domination and Resistance*. London, Unwin Hyman, 1988, p 230.

la historiografía colonial (eso ha sido tratado atrás), pero fue más que pertinente en la decimonónica que analizamos. Dentro del discurso histórico halló un lugar privilegiado para ordenar el pasado prehispánico conforme a los parámetros de la historia occidental, que ya había hecho lo propio. Cabe señalar que esta historiografía "toltequista" no puede dissociarse de la arqueología, su herramienta más útil, y eso corrobora lo dicho por Shennan en relación a lo arqueológico y el nacimiento de mitos originarios. En cuanto a reconstrucción y explicación del pasado concierne, los tradicionales mitos de origen son prácticamente arqueología, que es, de hecho un simple camino para producir mitos de origen que congenian con el modo de pensamiento de un tipo específico de sociedad.⁴⁴

El ejemplo más claro de la importancia de lo arqueológico en función de la idea que hemos desarrollado es la toltequización de Chichén Itzá en el sureste mexicano. Tal y como estudia Lindsay Jones, la serie de paralelismos que se han establecido entre estas dos ciudades antiguas, es un hecho de reconstrucción histórica, un argumento a merced de ciertos intereses. En su estudio titulado *Twin city tales*⁴⁵ analiza los argumentos que condujeron a la aceptación de una supuesta conquista tolteca sobre los habitantes de Chichén Itzá y concluye que el problema se descompone en muchos aspectos hasta llegar a la confrontación-complementación de temperamentos opuestos, una contraposición absolutamente intencional. En este libro se denomina "mexicanización" al proceso mediante el cual se hizo un solo ente de dos regiones claramente distintas que dieron lugar a hombres diferentes: los mexicanos del centro siempre identificados con la fuerza guerrera y los mayas con las artes y la sublimación de las ideas científicas. Ese proceso particular de "mexicanización" comenzó con las propuestas de Desiré Charnay hacia los sesenta del siglo pasado y continuó teniendo auge hasta los principios de este. En otro momento aclaré que no tocaría lo relacionado con la zona maya, y de hecho no pretendo profundizar en el caso que nos trajo aquí sino establecer que el hacer ciudades hermanas de dos sitios arqueológicos tan significativos pone de manifiesto que la preocupación por recrear un pasado en donde no quedaran casos inexplicables ni duda de quién enseñó a quién, permea el discurso histórico mexicano.

⁴⁴ Shennan. *Op. Cit.*, p 2.

⁴⁵ Vid. Lindsay, Jones. *Twin city tales. a hermeneutical reassessment of Tula an Chichén Itzá*. University Press Colorado, 1995, 482 p.

El pasado tolteca, protagónico de por sí, hubo de nutrirse con elementos arqueológicos que le dieran una renovada elocuencia en la historia antigua de México. En otras palabras, si los toltecas estaban ya suficientemente reconocidos como la antorcha de la civilización prehispánica habría que aprovecharse de tal circunstancia para elaborar un ‘mito de origen’ mexicano. Yo no descarto la posibilidad de que esta singular fracción de la reconstrucción histórica mexicana sea un mero eco de las tendencias evolucionistas y difusionistas que invadieron el pensamiento occidental en la segunda mitad del siglo XIX. Uno de los varios elementos que estas teorías tienen en común es que asumen que la humanidad toda es la ramificación de un mismo árbol genealógico⁴⁶, y, finalmente ¿no tiende hacia esta decimonónica concepción de los toltecas en la historia de México? Cuando leí las palabras introductorias de un estudio sobre las migraciones de las tribus de México de Orozco y Berra, despejé casi por completo las dudas, no obstante aceptaría que el lector no les conceda la misma contundencia que yo. Lo más sustancioso dice así:

[...] En México, de una manera idéntica a lo acontecido en Europa en cierta época, las tribus invasoras y pobladores han venido del Norte; el Norte, conforme a la expresión de alguno es el almácgico del género humano. Todos los pueblos de nuestro país que nos han transmitido sus memorias históricas o sus tradiciones, están de acuerdo en asignar el Septentrión como el lugar remoto o su cuna, principio de sus misteriosas peregrinaciones. [...] Si los inmigrantes forman una nación agricultora, civilizada, con guerra o sin ella se apoderan de un país, se arraiga en él, y deja señales ciertas [evidencia arqueológica, podemos deducir] de su permanencia⁴⁷.

Para no dejar desconectado con lo que decíamos sobre los toltecas, explico que en cuanto acaba con la introducción al problema comienza a tratar el asunto de la migración tolteca, la primera de un pueblo civilizado según se desprende de este estudio.

Sólo en cuanto nos adentremos en el estudio de las fuentes podremos aproximar una respuesta a la interrogante que se hizo respecto a si se “inventó” un mito de origen utilizando la historia tolteca a la luz de las premisas evolucionistas. Debido a que el problema historiográfico que nos aqueja involucra varios aspectos trataré de llevar este apartado con el mejor orden posible. Este primer conjunto de documentos tratarán solamente lo relativo a la herencia tolteca.

⁴⁶ Edmund Leach. “Tribal ethnography: past, present, future.” M. Chapman, M. McDonald, E. Tonkin, (eds) *History and Ethnicity*, p 36 y ss.

⁴⁷ Orozco y Berra. “Apuntes para las inmigraciones de las tribus al Valle de México”. En, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México, Andrade y Escalante, 1864, p 78-79.

Empezamos con Orozco, quien describe a los tolteca de la siguiente forma:

[...] están reputados en las colonias indígenas como el pueblo más inteligente y adelantado de la civilización: toltecatl no sólo significa habitante de Tollan sino también oficial de arte mecánica, maestro. Ellos trajeron la escritura geroglífica, los conocimientos astronómicos para la división exacta del tiempo, las reglas para el cultivo de la tierra, las artes que servían para formar tejidos prímorosos, labrar las piedras preciosas y construir edificios espaciosos que no carecían de elegancia y de grandiosidad. Todo esto debieron enseñarlo a las naciones menos cultas, con las cuales se pusieron en contacto; y de aquí procede que tanto en México como en Guatemala, muchas de ellas se dijera descendientes de los toltecas [...] ⁴⁸

Varias páginas después y ya hablando de vestigios arqueológicos apunta:

La pirámide de Cholula es el monumento mayor de los de su género, conocido en México. Para nosotros revela su existencia un pensamiento de orgullo y de grandeza; indica su ejecución un pueblo numeroso constituido bajo un régimen social adelantado, aunque despótico; los artífices habían hecho progresos en el arte de construir, supuestos los materiales allí aprovechados, y no les eran extraños ciertos conocimientos que solo pertenecen a las naciones cultas, ya que supieron orientar la base [...] Las grandes construcciones son indicio del arraigo sobre el suelo. [...] Es pues, casi seguro, que cuando la pirámide estuvo concluida, y sobre la plataforma superior se alzó el santuario, una gran ciudad se extendía a sus pies, tal vez la capital de un señorío poderoso [...] En cuanto a los constructores optamos haber sido los toltecas. Más no los toltecas mismos que establecieron el reino de Tollan, sino una fracción de la familia, una tribu desprendida del Norte, con los conocimientos de aquella civilización y que vino a establecerse en la comarca donde la pirámide se encuentra.[...] Con pequeñas modificaciones, cuanto acabamos de decir acerca del teocalli de Chollollan podríamos alegar con respecto a las pirámides de Teotihuacan, para inferir, también, así su antigüedad, como el ser obra de un pueblo de la familia tolteca, anterior sin embargo al repetido reino de Tollan. ⁴⁹

Resulta impresionante, en primera instancia, la proyección nacionalista de Orozco y Berra cuando tangencialmente habla de la organización social de los toltecas. Todo aquello del orgullo de grandeza y arraigo a la tierra son valores sobrepuestos en el discurso para hacer aun más protagónico el papel de este pueblo. En segundo lugar, y esto sí tiene directa relación con lo que he denominado “herencia tolteca”, debe llamarnos la atención cómo, efectivamente, hace partícipes de la civilización (encarnada en el grupo tolteca) a todos los pueblos que dejaron para la posteridad algún vestigio digno de admirarse. Sobre esto es importante notar que Orozco dándose cuenta de la incompatibilidad temporal en las ruinas que observa, acepta que sean sociedades distintas, no

⁴⁸ *Ibidem*, p 99.

⁴⁹ *Ibidem*, pp 132-133.

obstante a todas les adjudica ser una vertiente de la gran familia tolteca, transmisora de la civilización.

Un ejemplo más de esta mitificación tolteca como el origen de los pueblos mexicanos proviene del texto de Oviedo y Romero:

Guarda la historia velado el nombre de la primera raza que ocupó nuestro territorio, y así debemos conformarnos con reconocer como primera, en el sentido histórico, a la raza tolteca, de la cual han quedado resto que el hombre actual puede estudiar. [...] Por todos los puntos de su camino fueron dejando como monumentos de su civilización, los campos labrados y aun algunos principios de ciudades, pero no se detenían más del tiempo necesario o para descansar de las fatigas del viaje o para recoger de la tierra los alimentos que les fueran precisos para continuarlo. Después de ciento cuatro años de viaje llegaron a un sitio distante cincuenta millas del lugar en que después fue fundada la ciudad de México.⁵⁰

Creo que no es preciso repetir lo que hemos dicho sobre la fama rescatada de los toltecas en función de su papel de maestros y difusores, pero bien podríamos empezar a señalar hacia dónde se destina esa invaluable luz civilizadora. En esto el párrafo de Oviedo es bastante discreto, no se atreve todavía a declarar que “los azteca” (para familiarizarnos con el término empleado en el siglo XIX) fueron quienes tomaron el relevo, apenas sugiere que cerca del lugar de asiento tolteca se establecería la capital de los mexica. No obstante, cuando leemos todo su estudio nos damos cuenta que esa es la idea central en donde se consolida todo el discurso, y obviamente este autor no es el único. Toda la historiografía que revisé para elaborar este trabajo, reconstruye bajo la misma premisa la historia de las migraciones prehispánicas, sería imposible poner aquí todos los fragmentos que se refieren a esto, por el momento habrá de confiar el lector en mi juicio.

Si bien los primeros protagonistas de la historia antigua fueron los tolteca, en ser los grandes maestros de otros pueblos y la primera “civilización” terminaba su participación histórica. Sin embargo, su desaparición de la escena no significa que el proceso quedó trunco, al contrario, la historiografía se encargará de darle debida continuación. Todos los registros históricos sobre la historia prehispánica (también desde el siglo XVI) siguiendo incluso las versiones prehispánicas, dieron el papel de herederos de los tolteca a los mexica. En esto el discurso decimonónico tam-

⁵⁰ Oviedo y Romero *Epítome*, pp 14-15

tuvo que tergiversar lo que ya se consideraban verdades suficientemente probadas, y sencillamente se abocó a reforzar el magnífico temperamento “azteca”. Otra clase de explicaciones de por qué se convirtió sin más a este pueblo en el mejor receptor y entendedor de la enseñanza tolteca iría a mi parecer por este camino. Se requería un pueblo que tomara la estafeta de la civilización, un pueblo digno de ostentar la hidalguéz que le proporcionaban tales padres, un pueblo, por otra parte, del que se tuviera suficiente memoria histórica y vestigios arqueológicos que comprobaran su alto carácter, un pueblo al cual pudiera asimilarse la cultura mexicana posterior a la conquista y colonización. Así vistas las cosas ¿quiénes iban a ser si no los mexica? Recordados desde siempre como *el más grande imperio* de los tiempos precolombinos, y que además eran los antepasados más inmediatos al mexicano mestizo, una parte de su origen

Quedamos entonces, en que el proceso de transmisión cultural historiográficamente hablando se dio con algunas interrupciones en las que no me detendré, de los toltecas a los mexica o azteca. Asentado esto, aparece en escena otro aspecto importante: el esfuerzo constante por afiliar pueblos prehispánicos, los más posibles, a esa venia de honor de los aztecas. Este asunto quedará pendiente para el siguiente apartado que profundiza en la nacionalización del pasado prehispánico, por ahora nos basta sintetizar el problema que ha tratado esta sección diciendo que convertir a los toltecas en el origen de la civilización y escoger al pueblo adecuado para hacerlo heredero de ella es el definitivo de lo que hemos llamado “un pasado como transmisión de la civilización”.

5. Pasado continuo y nacional

Sin duda uno de los elementos más significativos de una historiografía que procura extender la creencia en una nación es precisamente el de continuidad. Primero doy cabida a algunas reflexiones ajenas que utilicé para elaborar esta sección. Necesito advertir que muchos aspectos que ya hemos mencionado antes saldrán a colación otra vez, la razón es que el elemento “continuidad” siendo prácticamente la columna vertebral de un discurso nacionalista se mezcla con muchos aspectos, el más notable y que tendrá un lugar privilegiado aquí, el de antigüedad. Comienzo por referir las palabras de Margarita Díaz Andreu:

Si una nación (o cultura particular) existe, es porque ha nacido en algún punto del pasado y durante su existencia ha adquirido su propio carácter distintivo. De ahí la

importancia adscrita a trazar los pasos a través de los cuales la nación ha llegado a su estado actual.⁵¹

La historiografía decimonónica funciona como plantea esta idea, la nación que trata de construirse a lo largo del recuento histórico resulta verdadera porque todo el discurso está puesto como escenario sobre el cual, en algún momento del pasado surgió a la vida la nación. Ahora hay que tratar un asunto insolayable, hace ya muchas páginas hablábamos de continuidad como uno de los objetivos de la historiografía criolla, ahí mismo anunciamos la existencia de una fuerte contradicción entre la búsqueda de continuidad y las rupturas históricas que suelen observarse también en el discurso. Sin pretender aquí dedicar un espacio grande al tratamiento de todas esas fracturas del discurso, apuntaremos una de las más graves y más frecuentes durante todo el siglo XIX: la concepción sobre el indígena.

Me valgo de uno de los ejemplos más claros para ilustrar este problema, el siguiente fragmento proviene del libro para la enseñanza de la historia de Manuel Payno que después de hablar sobre los logros artísticos de los “azteca” dice:

-La raza azteca era como la vemos hoy todavía entre nosotros, de color bronceado, pelo negro y lacio, poca barba, pie y manos pequeños en lo general, ojos negros y grandes y de aspecto grave y un poco triste. Entre los nobles había hombres perfectamente desarrollados, robustos, y entre las mujeres era común la belleza [...] la raza indígena que vemos hoy son los restos degradados desde antes de la clase que llamaban macehuals.⁵²

Pues bien, de esta cita se puede deducir que los conceptos de continuidad y ruptura están confrontados, así es como funciona en general el discurso histórico mexicano en esta época. Toma del pasado lo que le conviene y lo hace mejor insistiendo en que parte de ese hermoso pasado se perpetúa en el presente, pero también rompe de tajo o minimiza algunas reminiscencias del pasado porque no acepta que éstas obstaculicen el presente ni mucho menos el futuro. El caso del indígena en el discurso es, además de pertinente a nuestro tema, uno de los mejores ejemplos de este fenómeno. Lo indígena en el presente decimonónico estaba puesto en lo arqueológico (conjunto de restos que atestiguaban enormes adelantos de los antiguos indígenas), pero jamás se identificó a ese

⁵¹ Margarita Díaz-Andreu. “Constructing identities through culture”. Jones Sian and Paul Graves-Brown. (eds) *Archaeology and Cultural identity in Europe* London, Routledge, 1996. P 53.

grupo idealizado con el grupo indígena de carne y hueso. Sabemos que ningún proyecto político estaba preocupado por comprender la situación de los indígenas mexicanos, veían absolutamente necesaria su transformación, y por supuesto, ni remotamente se les apreciaba como a aquellos indígenas ideales del pasado prehispánico, sin importar que personas como el mismo Manuel Payno aceptaran que fisiológicamente hablando eran prácticamente iguales a ellos. Este caso de continuidad-ruptura es sólo un ejemplo de cómo la historiografía decimonónica mexicana reconstruía su pasado. Esta característica al unirse a todas las que faltan por examinar nos permitirán obtener una visión más general de cómo se ensambla el discurso histórico nacional.

Regresando a lo que veíamos sobre el surgimiento de la nación dentro de la reconstrucción histórica, hay algo que merece atención, la nación que se ha hecho nacer en el pasado, debe, sobre todas las cosas ser compatible con la nación del momento presente, si esto no sucede la historiografía nacionalista no tiene sentido. De esto se desprende, entonces, la noción de continuidad, trazar una línea discursiva que nos lleve desde el nacimiento hasta el presente de la nación. En los ejemplos que seleccioné para esta parte del trabajo es esa la noción que campea, son evidentes los esfuerzos unas veces llevados a cabo con más naturalidad que otras, para presentar una versión continua de la historia prehispánica. Me interesa señalar que algunos de los pasajes que se citan en seguida no incluyen elementos arqueológicos, eso no va en detrimento de lo que intento demostrar puesto que la intención es primero familiarizarnos con la noción *continuidad* a secas.

Para ilustrar este concepto tenemos dos ejemplos, el primero es de Ignacio Álvarez.

Así pues, el pueblo mexicano desde su más remoto origen, puede considerarse en tres diferentes estados. El primero, de la fundación de su primera ciudad de Huehuetlallan de donde salió la dinastía de los Toltecas, seguida esta por la monarquía chichimeca nacida en el reinado de Xólotl y que a la muerte del tirano Maxtlaton, se vino a refundir en la triple alianza de las naciones acolhua, mexicana y tepaceca, la cual a su vez fue desbaratada por las armas de Cortés.⁵³

Parece bastante claro, el párrafo transmite una sensación de inalterabilidad, hay desarrollo eso queda claro desde que nuestro autor considera “tres estados”, pero la idea general es de

⁵² Manuel Payno, *Compendio de la Historia ...*, pp 74-75.

⁵³ Álvarez, *Estudios sobre la historia general...* p 14

continuidad, tan es así que no le estorba para nada hablar del *pueblo mexicano* como si hubiera existido tal desde el principio de los tiempos, como si todos los grupos prehispánicos a pesar de las diferencias que guardaban entre sí resultaran a fin de cuentas todo uno pasando por etapas distintivas de su desarrollo.

Más adelante en el mismo estudio, cuando Álvarez ha llegado ya al momento de la fundación de la ciudad que sería último asiento de aquel pueblo mexicano dice:

La muchedumbre daría o no crédito a tal falsedad [la señal de Huitzilopochtli]; pero como todos deseaban con vehemencia radicarse en alguna parte, resolvieron pedir al rey de Azcapozalco el terreno reconocido, y con la cesión de este soberano, empezaron a fabricar en él sus chozas, con los juncos y carrizos que crecían en la laguna, únicos materiales de que podían disponer en el estado miserable en el que se hallaban. Tal fue el principio [pese a tantas contrariedades, cabe destacar] de la gran Tenochtitlan de los aztecas y de la hermosa México, hoy capital de nuestra querida patria.⁵⁴

Después de leer estas líneas, me parece que nada se ajustaría mejor a lo dicho sobre la importancia de una reconstrucción histórica que habiendo dado cuenta del nacimiento de la nación, alcance por fin relacionarse con el estado actual de la misma. Doy entrada al siguiente texto para poder esbozar una primera conclusión sobre una particularidad de lo continuo en la historiografía mexicana. Se trata de un fragmento de las *Lecciones de historia patria* de Guillermo Prieto, que condensando la historia prehispánica para dedicar mayor espacio a los aztecas “como raza predilecta de nuestros estudios”⁵⁵ dice.

Los toltecas, partiendo del N O como se supone que partieron las otras tribus del río Gila, se dirigieron por el E de Jalisco, y después de una peregrinación dilatada llegaron a la Mesa Central en el siglo VI, se establecieron en Tula, fundaron una monarquía que duró 449 años, y realmente caracterizaron lo que se llamó después civilización mexicana. [...] Por último apareció en nuestra patria un pueblo compuesto de siete tribus [...] El origen de aquellas fue el norte: emprendieron resueltas en su camino, guiados por el gran sacerdote Tenoch, hasta la mesa central, con enormes rodeos y dilatadas mansiones que fueron otras tantas colonias que fundaron y se transformaron en pueblos, hasta llegar al hoy Valle de México, donde después de mil humillaciones y peligro, y siguiendo el mandato de sus dioses, se instalaron en medio de poblaciones que les fueron hostiles.⁵⁶

⁵⁴ *Ibidem*, p 146.

⁵⁵ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria México*, Secretaría de Fomento, 1886, p 62.

⁵⁶ *Ibidem*, pp 56-58.

Ya que están presentes los ejemplos voy al fin a un punto importante. En principio debemos notar que la idea de continuidad esta dada como si fuera intención propia de los hombres de aquel tiempo. Algo de eso hay cuando Prieto dice “emprendieron resueltas en su camino...”, igual podríamos decir de la mayoría de las obras con las que hemos trabajado, que manejan su material de estudio a partir de la atribución de intencionalidad (de continuar la historia) en las sociedades que estudian, en todas ellas pareciera que los protagonistas ya supieran el desenlace, y por lo tanto se limitaran a dar cause a su destino, continuaran lo que otros habían empezado y muchos más seguirían tiempo después

Ahora bien, de lo que hemos leído sobre todo puede recuperarse la visión de una historia continua *a pesar de...* Es uno de los rasgos más distintivos de la historiografía decimonónica (sobre todo de la prehispánica) escribir con una dosis de sufrimiento, en parte, supongo, porque la existencia de la nación no se puede “abaratar”. En otras palabras, la existencia de la nación cobra un significado alto cuando se sobre enfatizan todas las cosas que alguna vez la pusieron en peligro pero de las cuales, claro, salió bien librada. Parte del encanto de la nación sin duda es su estoicismo, aspecto que ha quedado bien ilustrado con los textos que citamos arriba, donde tanto Álvarez como Prieto, no escatiman palabras para describir las calamidades que aquejaban al pueblo mexicano que sólo trataba de establecerse para continuar...

Vamos con otros dos textos para fortalecer las ideas que han quedado estipuladas hasta aquí aprovechando su mejor característica que el concepto de continuidad está estrechamente vinculado a uno o varios elementos arqueológicos, yo diría, que esos elementos funcionan como pretexto perfecto para transmitir la idea de una historia continua. El primero es del *Compendio* de Antonio García Cubas, quien en obediencia a la lógica expositiva inaugura el contenido del libro con tres incisos que son la base para el estudio que propone:

1. Divisiones de la historia de México. La historia de México abraza tres grandes épocas: historia antigua, dominación española, y México independiente.
2. La historia antigua comprende desde los tiempos oscuros o prehistóricos hasta la conquista del país por los españoles en 1521 [...]
3. Los monumentos esparcidos en nuestro territorio, que en su mayor parte pertenecen a una época muy remota, así como las tradiciones, nos revelan que han existido en el país:
1º. Pueblos de remota antigüedad y de ignorada historia; 2º. Pueblos sin domicilio fijo; 3º. Pueblos más o menos civilizados, constituidos en sociedad y sometidos a un régimen de gobierno, y de los cuales nos son conocidos algunos hechos; 4º. Pueblos menos

antiguos que nos legaron sus anales históricos, en sus tradiciones, monumentos y escritura. [...] Tiempos prehistóricos: En toda la extensión del territorio mexicano, desde las márgenes del río Colorado hasta las del Osumacinta [sic], se encuentran diseminadas multitud de ruinas de monumentos que atestiguan una serie de inmigraciones de Norte a Sur, en tiempos remotos, o señalan el asiento de antiguos pueblos, más o menos avanzados en civilización. La forma piramidal es el tipo mas comun de esas construcciones, presentándose como la clara manifestación de esa idea las pirámides de Teotihuacan en el Estado de México; las de Papantla y Tuzamapan en Veracruz; Cholula y Mitlaltoyuca en Puebla, y Xochicalco en Morelos. [...] Las ruinas de Casas Grandes en las orillas del Gila y en Chihuahua, difieren de las que se observan en Zacatecas con el nombre de la Quemada, las cuales demuestran el asiento de una gran población, y revelan la importancia creciente, del Norte al Sur, de los pueblos que vinieron a establecerse en el Anáhuac, así como el derrotero de sus peregrinaciones.⁵⁷

Resulta obvio que el *Compendio* trata de transmitir la sensación de una historia mexicana continua, el hecho de que comience por mencionar los periodos que han suscitado sus profundas transformaciones en la vida del país intensifica la idea, pero, lo que más me interesa es que nuestro autor elabore tan larga lista de los monumentos arqueológicos en aras de corroborar el carácter continuo de la historia mexicana. A partir de este acto suyo deducimos que probablemente pensó que cualquier interesado en reconstruir la historia desde los tiempos más remotos, de los pueblos semi-civilizados a los que llegaron a formas avanzadas de cultura, no tendría más que recurrir a ellos (los monumentos) para llevar a cabo su tarea, es este el mensaje final de García Cubas, y por lo tanto, una de las muestras más claras de historiografía que tendiente al objetivo nacional comprende la relevancia de la continuidad histórica y la defiende hasta las últimas consecuencias.

El texto que presento a continuación es de Agustín Rivera, y confieso que se convirtió en mi predilecto. El discurso de Rivera rebasa, y por mucho, a otros textos en cuanto al protagonismo que le concede a los objetos arqueológicos. Dejo hablar a este hombre quien seguramente conmovido hasta las lágrimas describió uno de los edificios que observaba durante su expedición a Chicomoztoc en este tono:

Sólo tú no has muerto. Estas en pie hace siete siglos. Tu escuchaste las narraciones de Babel, de la Tartaria y de Behering, y el llanto de los que te levantaron, cuando te dejaron para siempre [...] Los chichimecas agrupados alrededor de ti, te contemplaron asombrados y no se atrevieron a derribarte. Tu has visto pasar mil generaciones: mudo

⁵⁷ García Cubas. *Compendio de la Historia* pp. 11-12

testigo de tantas vicisitudes, de tantos dolores, de tanta sangre y de tantas lágrimas. Has visto pasar las religiones, las repúblicas y los imperios: la república azteca, la república acolhua, [...] el reino azteca; la conquista y sus horrores; el apostolado cristiano y su civilización; la fundación de Villanueva en 1692, el virreinato; a la revolución de Independencia; el imperio de Iturbide, y muchísimos gobiernos republicanos. Cabe [sic] [¿sobre?] ti pasaron muchas veces las silvadoras flechas del indio, y han pasado las no menos silbadoras balas del blanco. Y ¿cuánto durarás? ¿qué verás después? ¡Ay! Escucharás los alegres silbidos de una locomotora mexicana, o los últimos ayes de los mexicanos moribundos, que bañaran tus pies con su sangre.⁵⁸

Yo también me impresioné cuando recapacité en lo que había leído. No queda la menor duda respecto a la importancia que adquiere el objeto arqueológico. Su mera presencia, da motivo para poner a rodar un discurso cuyo objetivo final es exaltar la continuidad de la historia de México. Rivera se extiende, a propósito de la pirámide mayor de Chichomoztoc como él la llama, va desde Babel, hasta la locomotora

Comenzamos a sentir el peso de la temporalidad en torno a lo continuo. Temporalidad y continuidad son dos cosas diferentes. Para esclarecer esto hay que considerar que temporalidad tiene acepción de antigüedad, su significado está íntimamente ligado a que el objeto arqueológico es viejo. Continuidad para nosotros ha sido el recuento histórico de la vida de la nación, donde las transformaciones no significan ruptura, sino superación de etapas. Temporalidad, en cambio, es la característica que se obtiene al ungar de tiempo (mediante el discurso) cualquier objeto del pasado que de este modo se convierte en histórico y, si se le aislara del contexto en que surgió, daría cuenta por sí mismo y en su calidad temporal, de la historia misma. Dicho lo cual sólo me queda enfatizar que la noción de temporalidad está sujeta al valor que tiene la antigüedad por sí misma, es por ello que un discurso que quiere ser continuo y nacional reclamará la mayor antigüedad posible.⁵⁹

Hemos dado fin a una parte de esta sección que titulamos “pasado continuo y nacional”, como el lector sabe ya, falta hablar del segundo adjetivo. Lo primero es hacer evidente que la historiografía mexicana quiso que existiera una nación desde los tiempos más remotos, y si no se atrevía a inventarla por completo, es decir, en el sentido más arbitrario del término, por lo menos procura

⁵⁸ Rivera. *Viaje a las ruinas* ..., p 7

⁵⁹ Muchas de las ideas que utilicé para armar este argumento provienen del tantas veces citado libro de Benedict Anderson. *Vid.* pp 81-85.

que las sociedades prehispánicas historiadas albergaran una noción de tal concepto. Aclaro que en las fuentes con las que trabajamos, a menudo no queda clara la diferencia entre nación y patria, por ejemplo, pero de cualquier modo el objetivo principal fue colocar en un contexto al cual obviamente no pertenece, la semilla de la conciencia nacional. Así tenemos a Rivera (una vez mas) contestando a su propia pregunta ¿con qué objeto fueron construidas? [las calzadas de Chicomoztoc]

Dice la historia que los aztecas construían sus ciudades, formando en cada una cuatro calzadas o caminos, hasta las cuatro ciudades cercanas, para comunicarse con ellas por motivo de comercio, y de unión en caso de guerra. [] Así en mi humilde juicio estas calzadas fueron hechas por los aztecas, ayudados por los de las otras seis naciones hasta las poblaciones de estas para comunicarse, auxiliarse y defenderse fácilmente en caso de un ataque de los chichimecas, su enemigo común.⁶⁰

Para entender este pasaje en función de lo que anotaba arriba hay que recordar que los chichimecas habían sido identificados como el grupo incivilizado, o sea que no valoraba ningún modo de organización social sedentaria, cosa que nos lleva a la conclusión de que no dejaron monumentos duraderos y por lo tanto estaba muy lejos de conformar una nación (bajo la perspectiva decimonónica), por lo menos no hasta que copian el modo de vida de los pueblos civilizados y adelantan un lugar en la línea progresiva de la historia.

Ahora bien, considerando el antecedente, podemos deducir que los “aztecas de Chicomoztoc” conforman una nación y no sólo eso sino que en el discurso de Rivera parecen actuar en consecuencia, es decir, forman un frente contra los chichimecas. He hecho esta lectura partiendo de que el texto de Rivera no ofrece más elementos con los cuales podríamos como lectores valorar la posible guerra entre ambas facciones, así que no queda más que pensar que se trataría de un conflicto de civilizados-nación, contra incivilizados-peligro para la nación.

Y todavía más lejos fue Oviedo y Romero pues él sí da por hecho la existencia de la nación (tolteca en este caso) al decir:

La necesidad que el hombre tiene de verse guiado por un ser superior, hizo que la tribu tolteca, elevada por su adelanto material y moral a la categoría de nación, eligiera un rey guardador del tesoro de leyes y dignidad del pueblo.⁶¹

⁶⁰ Rivera. *Viaje a las ruinas...*, p 10.

⁶¹ Oviedo y Romero *Eptome ...*, p 16

Amén de presentar la formación de una nación como parte de un proceso natural a todos los hombres, parece bastante claro que para Oviedo, los toltecas comprendían el valor de lo que habían logrado, y por lo tanto proceden (igual que el resto de las naciones de la humanidad) a tomar medidas adecuadas para perpetuarla.

Podemos inferir que la historiografía de la cual nos hemos ocupado propone la apreciación de las sociedades prehispánicas como si hubieran tenido autoconciencia de su actuación y presencia en la historia de México. Con esto podemos restablecer el vínculo con la arqueología, puesto que, es así como funcionan todas las culturas arqueológicas en medio de un discurso. Shennan define “culturas arqueológicas” diciendo que tales entidades son

construcciones hechas a partir de la interpretación de algún vestigio arqueológico y han sido consideradas como actores de un escenario histórico, desempeñando el papel que en la historia documental se les reconoce a los individuos y grupos, es decir esas culturas son consideradas como indicadores de identificación autoconsciente a un grupo social particular, en este sentido, las culturas arqueológicas han tenido y continúan teniendo un papel de legitimadoras.⁶²

De regreso al tratamiento de nuestras fuentes y para acabar con el aspecto que se ha tratado, atenderemos a una característica importante que se desprende directamente de la idea anterior con la cual establecimos que el concepto “nación” es una imposición subjetiva cuyas implicaciones ya revisamos. Pues bien, considerando aquello como un reflejo de las voluntades de nuestros autores, nos será más fácil observar como escape de esa misma subjetividad la traspelación de conceptos sobre todo de corte político. Poco a poco el pasado reconstruido se convierte en depositario de todas las aspiraciones nacionalistas de nuestros autores. Estas traspelaciones no sólo surgen a partir de la creación de alguna nación sino que además regresan a ella y la nutren, al final, el concepto contiene toda la consistencia que hubieran deseado para la nación mexicana de su presente.

Gracias a los ejemplos que nos quedan para este apartado veremos que todos los autores proyectan sus propios valores patrióticos en la historia que reconstruyen. El primero es García Cubas, quien

⁶² Shennan. *Archaeological approaches to* . pp 5-6

elaboró un trabajo arqueológico sobre Tula que va precedido por la exposición de algunos elementos históricos de los cuales extraje este escueto párrafo:

Una sociedad como la de los toltecas fundaba su estabilidad en el respeto a la ley, como lo demuestran sus usos y costumbres y la sucesión legítima de sus reyes, no podía menos que ser feliz y poderosa.⁶³

Bajo esta premisa, cómo no había de ser la nación tolteca un ejemplo para la posteridad. Ahora viene Rivera, con el tono que ya le conocemos, hace una lectura totalmente fuera del lugar a propósito del edificio más importante de Chicomoztoc

Respecto al objeto de este edificio, opino [...] que fue probablemente un salón de audiencia, o el lugar de las deliberaciones de los jefes de aquella República aristocrática [...] Sobre el uso de este edificio creo que debió ser el salón del congreso deliberativo, o un salón de audiencia; pero no un templo ni un santuario⁶⁴

Como anuncié arriba, la mayoría de los trasplantes conceptuales que se hacen en los textos son de corte político, lo cual nos da un indicio sobre la dirección tomada por la proyección de nuestros autores al respecto. En este caso particular, la lectura de Rivera es sencillamente imposible, cree poder interpretar incluso el sistema político que tuvo la sociedad que ahí se estableció. Se hicieron interpretaciones políticas favorables con la intención de que lo bueno pudiera encontrar un eco en el presente.

Mucho más mesurado parece el siguiente fragmento de Álvarez pero tampoco nada lejos de ser una interpretación improbable aunque altamente deseable

Ni como es posible llamar barbaro a un pueblo. [habla del "pueblo mexicano, en general] que tenía establecido su gobierno, con una legislación admirable por su sencillez y por la profunda sabiduría, con que a la vez de descargar con vigor inexorable el castigo sobre los criminales, extendía un brazo protector para garantizar el hogar doméstico, la moralidad en las costumbres, la defensa de los desvalidos y el desarrollo de todo los conocimientos útiles. [...] emprendieron no sólo trabajos comunes, sino que su constancia nos dejó monumentos, que hubieran rivalizado con los pueblos más laboriosos.⁶⁵

En el *Epítome* de Oviedo, aparece uno de los párrafos más atrevidos y empalagosos:

⁶³ García Cubas. "Ruinas de la antigua Tollan" En: *Escritos diversos* ... p 350.

⁶⁴ Rivera *Viaje a las ruinas* ... pp 3 y 6

⁶⁵ Álvarez. *Estudios sobre la historia* ... p 15

Las glorias humanas duran lo que la flor, un día; y así tanto esplendor, tanta gloria para los toltecas duró cuatro siglos, al cabo de los cuales quedó Tollan sepultada en sus propias ruinas; el imperio cayó para siempre. [...] Durante más de un siglo quedó silencioso el campo en donde solamente la vista era interrumpida por las ruinas gigantescas de aquellos edificios que los toltecas levantaron para perpetuar las creencias religiosas, el culto a la madre patria o la admiración a los héroes de la guerra y de las ciencias.⁶⁶

Por imposible que parezca, no encuentra mayor obstáculo en pensar a los toltecas como constructores de monumentos a la “madre patria” que obviamente ni siquiera es Tula, sino México mismo, como se puede inferir del resto de las ideas que Oviedo expone en su libro

Las palabras de Oviedo me recuerdan lo dicho por el reconocido historiador Orozco y Berra en un pasaje citado con anterioridad⁶⁷ en el que encuentra atinado decir que los monumentos arqueológicos de Cholula y Teotihuacan, revelan un pensamiento de orgullo y grandeza, igual que un sentimiento de arraigo a la tierra por parte de sus constructores. Se ve con suficiente evidencia que tanto Oviedo como Orozco y el resto de los que no están citados aquí, asignaron una serie de valores nacionalistas a una realidad a la que por principio de cuentas eran ajenos, pero que después de una pasada por el tamiz de sus propios y más sinceros deseos, ya no se veían tan extraños y además constituían el mejor instrumento para hacer eficiente su discurso.

En este último texto vemos actuar juntas las características que hemos tratado: insistencia en la continuidad y defensa de un concepto de nación que aquí cobra la dimensión de un perfecto anacronismo. El autor es Antonio García Cubas, cabe señalar que se trata del texto que elaboró para la instrucción primaria, por lo cual no puede andarse con rodeos, las ideas van sencillas y directamente a transmitir más que una conciencia nacional, un profundo amor patrio.

Concretándonos a nuestro propio país, vemos que la degradación de una sociedad produjo la destrucción de un Imperio floreciente, que como el tolteca, había adquirido un alto grado de esplendor bajo el justo gobierno de Mitl; que la tiranía y la debilidad de un monarca como Motecuhzoma II fueron la causa de la pérdida de la nacionalidad azteca, a pesar de los sublimes esfuerzos de Cuiclahuac y de un Cuauhtémoc dechados de patriotismo; que las disensiones intestinas, cuando no comprometen la nacionalidad de un país, retardan por lo menos su progreso material, que nada causa mayor daño, calamidad más grande a la nación, que la falta de respeto a la ley [...] ⁶⁸

⁶⁶ Oviedo y Romero. *Epítome...*, pp 18 y 21

⁶⁷ *Vid. Supra*, p 106.

De aquí en adelante vamos a trabajar con los ejemplos en donde cuaja el discurso nacionalista que convirtió el pasado prehispánico mexicano a los hechos aztecas, o peor aun, que hizo de muchos hechos y testimonios arqueológicos, acontecimientos aztecas aunque originalmente no lo fueran.

Es necesario traer a la memoria que ese grupo tomó en la historiografía la estafeta de *la civilización* legada por los toltecas, así se puede establecer la conexión necesaria entre el asunto que abordamos en el apartado anterior y darle la debida continuidad. He dejado para el final de esta sección el problema de la aztequización del pasado por ser el evento cúlmen del discurso que analizamos. Cuando la experiencia completa de la nación se condensa en este grupo, queda perfectamente apto para representar toda la antigüedad mexicana

La historia de los aztecas se empieza siempre desde Aztlan (ubicado sin mucha certeza en el norte) el lugar de donde partieron en su migración hacia el Valle de México. Los textos que utilizemos de ahora en adelante tratan de ejemplificar como se aztequiza el pasado prehispánico destacando en este fenómeno la importancia de los vestigios arqueológicos. El primer texto es de Francisco Carbajal quien, otorgando un voto de credibilidad a la existencia de Aztlan como punto de partida, intenta conducir varios vestigios hacia la posibilidad de haber sido morada azteca:

[...] en las márgenes del río Gila se encuentran restos de algunas ciudades populosas y muy dignas de los aztecas por el estilo de su arquitectura; [luego añade como probable prueba de que los aztecas realmente hubieran partido de aquellos lugares] y en el país que se halla al Norte del río Colorado ha sido explorado muy imperfectamente, pero en las latitudes más altas, es decir, cerca del Nootla, aun existen tribus, cuyos dialectos tienen una considerable semejanza con el mexicano [...] ⁶⁸

El texto que hemos tratado es quizá uno de los más laxos, pero hay otros en los que se asegura que todos los vestigios arqueológicos de trascendencia fueron sitio de residencia mexicana. El estudio *Viaje a las ruinas de Chicomoztoc*, de Agustín Rivera, es aunque breve, casi insuperable por su contundencia y empieza así:

¿Qué fue Chicomoztoc? Fue el lugar de la cuarta mansión que hicieron los aztecas a fines del siglo XII, en su larga peregrinación desde Aztlan en la Alta California hasta el Valle de México. Hasta allí llegaron unidas siete naciones nahuatlacas, a saber: los aztecas, los xochimilcas, los tepanecas, los culhuas, los chalcas, los tlahuicas y los

⁶⁸ García Cubas. *Compendio de la historia*. ... p 5

⁶⁹ Carbajal. *Historia de México*..., p 201.

tlascaltecas, y allí se separaron por mandato de Huutilopochtli. [...] Estas siete naciones residieron en estos sitios nueve años: tiempo apenas suficiente para que los aztecas, tan activos como las abejas, construyeran una ciudad completa, en la que pensaban residir mucho tiempo, según lo indican las obras que edificaron, especialmente las calzadas. Al cabo de ese tiempo abandonaron a Chicomoztoc, por una causa ilusoria, que fue el mandado de su dios, y por dos causas probablemente reales [se refiere a tierra árida y nosundau de los grupos chichimecas] ⁷⁰

Como decía antes de la cita, el texto es un ejemplo importante por dos cosas: primero del intento por hacer “azteca” a todo sitio arqueológico de importancia, tal es el caso de Chicomoztoc, que corresponde según deja ver el estudio de Rivera al actual sitio de la Quemada en el Estado de Tlaxcala. En segundo lugar, la preeminencia de los aztecas sobre otros grupos, como leemos, sólo ese grupo es considerado por el autor capaz de planear y llevar a cabo la construcción del sitio, los otros seis grupos se ensombrecen.

Esta preeminencia es innegable y alcanza dimensiones inverosímiles en *el Compendio de Historia antigua de México* de Manuel Payón. Es importante hacer hincapié en que se trata de un texto para la enseñanza de la historia. Al ser un libro dirigido a los niños las ideas están simplificadas al máximo, estando presente sólo la información más importante, estas características nos proporcionan una idea bastante cercana a lo que se consideraba fundamental en un discurso histórico que fomentara el amor hacia la historia de la nación. En este libro las ideas se presentan sintéticas procurando una dirección inequívoca a los argumentos que se exponen. Prestémosle atención a la octava lección sobre historia antigua que bajo el título de “Vestigios y antigüedades aztecas” reza. ⁷¹

-¿Qué ruinas y qué monumentos nos han quedado de las ciudades y templos de los aztecas?

-Es necesario decir que los españoles destruyeron mucho, y nosotros hemos continuado; y que es preciso que todos procuremos la conservación de estos monumentos históricos.

-¿Cuáles son los principales que subsisten hoy?

-En el estado de Puebla. La pirámide de Cholula, cuya construcción se atribuye a los olmecas. Tiene una base de 1,423 pies y una altura de 177, doble de la que mide una de las pirámides de Egipto. Hay tradiciones que afirman que fue construida en honor de Quetzalcóatl.

⁷⁰ Rivera. *Viaje a las ruinas...*, p 1

⁷¹ Es importante señalar que durante esta época los textos para la enseñanza de la historia copiaron el formato de los catecismos pues se consideraba que tal forma de exposición facilitaba el aprendizaje.

En el estado de Oaxaca Las fortificaciones zapotecas, cerca de Tehuantepec, que se llaman Deni Quiengola. Cerca de Teotitlan del Valle, los palacios de Mitla. Estas ruinas son de la raza zapoteca y unos eran palacios y otros sepulcros de los reyes.

En el estado de Zacatecas. Hay unas ruinas cerca de la hacienda de la Quemada, que se llaman Los Edificios. Se supone que en esta ciudad existió la gran ciudad de Chicomoztoc, fundada por los aztecas.

En el de Veracruz. Un templo cerca del Puente Nacional y varias fortificaciones y edificios.

En el de Yucatán. Se encuentran las ruinas más notables y grandiosas. Las más célebres son la llamada Casa de las Monjas en Chichén, cerca de Valladolid, y la casa del Gobernador en Uxmal, cerca de Mérida

En el estado de México. Se encuentran todavía vestigios de los palacios de Nezahualcóyotl, y existe el doble cuadrado de ahuehuetes, que fueron plantados sin duda por los primeros reyes chichimecas. En la hacienda de Tepetitlan se encuentra una enorme piedra labrada que llaman de los Tecomates.

En San Juan Teotihuacan se encuentran las célebres pirámides del sol y de la luna, que se supone son construidas antes de la venida de los aztecas.

En la capital existe el Calendario, y en el Museo Nacional [...], diversas piedras labradas, de gran tamaño, ídolos, sartas, espejos, vasos, trastos y máscaras de piedra y de esa materia vidriosa que se llama obsidiana, todo de la mayor curiosidad e interés, y con especialidad un jarrón de mármol, tan artístico y curioso que parece griego.

-¿Qué otras noticias y particularidades tenéis que darme de los aztecas? [..] ⁷²

Espero que los subrayados hayan cumplido con la misión de evidenciar la contradicción en la que cae Payno, quien a pesar de corroborar que mucho de lo que enumera pertenece a grupos no aztecas, insiste en agruparlos como parte de los logros artísticos de ese pueblo y a partir del momento en el que escribe, legado para la posteridad. La lección de Payno de verdad me asombró, parece imposible que el autor no haya reparado en tales contradicciones, más bien se deduce que no tenían la menor importancia. Esta es una de las mejores pruebas de la aztequización del pasado prehispánico. Lo que he citado es sólo un ejemplo, pero de gran valor al ser aclaratorio sobre cómo se llegó a una versión unívoca del pasado. No está demás decir que –como puede inferirse de la historiografía posterior y hasta de nuestra propia experiencia- ésta resultó la versión más simpática debido quizá a su reduccionismo: concentrar en la vida de un sólo grupo todo lo que hubiera que admirar de los tiempos prehispánicos, esta idea de resumir en un sólo camino los logros de varios grupos diferentes, reafirma la idea de transmisión de la civilización tratada antes, cuyo propósito es juntar todo lo que ha quedado como prueba de su existencia y llevarlo a la misma senda.

⁷² Manuel Payno. *Compendio de la historia de México*. México, F. Díaz de León, 1880, pp 74-75. Subrayado mío

Para poner fin a este complejo asunto, hago una última valoración del fenómeno que hemos identificado como aztequización. Para ello me valgo de una idea proveniente del ya tantas veces citado texto de Anderson. Este autor utiliza como ejemplo de la concretización del nacionalismo el mapa-logotipo, con esto alude a una referencia objetiva que puede ser al instante reconocido y visible, condiciones por las cuales formó un poderoso emblema de los nacionalismos⁷³. Voy a utilizar esta figura de Anderson para dar una nueva perspectiva al fenómeno historiográfico que arriba tratamos. Si imagináramos un mapa de la República y marcáramos ahí cada uno de los sitios arqueológicos que mencionan las fuentes tendríamos una especie de camino hasta el centro del país y tal vez más allá. Para que este ejemplo funcione tendríamos que poner una “A” en cada uno de los sitios que la historiografía decimonónica por una u otra vía convirtió en “aztecas”, por consenso casi general desde Casas Grandes hasta Mitla, incluyendo por supuesto todo los sitios del Altiplano. El resultado, fácil de imaginar, un mapa del pasado mexicano en el cual se hubiera trazado con sencillez una ruta inclusiva de todos los vestigios arqueológicos relevantes a ese pasado unívoco, profundamente nacionalista en el sentido que Anderson da a su ejemplo, o sea la creación de algún emblema que concrete y haga accesible una construcción intelectual. Ese mapa del pasado mexicano no existió, es decir, no gráficamente hablando, pero el siguiente extracto de un estudio de García Cubas es lo más cercano a la figura que hemos utilizado y que podríamos denominar mapa verbal.

Los aztecas o mexicanos.- Según los antiguos historiadores, los aztecas abandonaron su patria Aztlan, situada al Norte de las Californias, y se dirigieron hacia el Sur, tocando diversos lugares, en los cuales se detenían por algún tiempo para proseguir luego su penoso camino. El río Colorado, Casas Grandes del Gila y de Chihuahua, la Sierra Tarahumara, Hueicohuacan, en donde hicieron la estatua de su dios Huitzilopochtli [...]. Las ruinas de la Quemada, la región Norte de Xalisco en donde, tal vez, hicieron más larga su mansión: Ameca, Cocula, Sayula, Colima, Costa de Michoacan, Zacatula, Malinalco y otros lugares marcaron, según Clavijero, los principales puntos de su dilatado derrotero desde Aztlan hasta Anáhuac.⁷⁴

Espero que este último ejemplo permita al lector asir la idea unívoca y aztequizada del pasado mexicano. Así doy por concluido este largo apartado dedicado a la continuidad y nacionalización del discurso, sólo quiero enfatizar que la aztequización se puede concebir como el momento en que se consolida la nacionalidad histórica de los mexicanos. Todo aquello del discurso de transmisión

⁷³ Vid. Anderson. *Op. Cit.*, p 254 y ss.

civilizadora llega a su máxima expresión con la reducción total del pasado prehispánico a los gloriosos episodios históricos de los aztecas.

6. Pasado prometedor

Hace ya muchas páginas, hablé de la proyección hacia el futuro como uno de los ingredientes básicos de la historiografía mexicana del siglo XIX. No voy a volver a todas las consideraciones expuestas ahí porque eso nos llevaría mucho tiempo y sería repetir. Lo que más nos debe interesar de ahora en adelante es cómo el discurso histórico utiliza el pasado, sí para reinterpretar convencionalmente el presente, sobre todo para tender una línea, que por histórica es real y garante, hacia el futuro. A la luz de esta idea es aun más fácil caer en la cuenta de que el discurso histórico persigue un objetivo político. Benedict Anderson resume en pocas palabras parte del problema cuando dice que

Si se concede generalmente que los estados nacionales son “nuevos” e “históricos”, las naciones a las que le dan expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aun más importante.⁷⁵

Las explicaciones históricas, sobre todo las de finales del XIX, se insertan con bastante coherencia en los esquemas evolucionistas y científicistas⁷⁶ que caracterizaron el pensamiento decimonónico occidental. Trataremos esto primero, es decir vamos de lo general a lo particular, y del contexto obtenido podremos deslindar otros aspectos concernientes a la importancia del futuro en la literatura histórica mexicana.

El mejor ejemplo de la aceptación de los lineamientos evolucionistas proviene del libro sobre historia antigua escrito por Justo Sierra quien lo comienza explicando que:

La ciencia de la historia consiste en la investigación de los hechos humanos que se han sucedido en el curso de los siglos y de las leyes generales que los rigen. [...] En la

⁷⁴ García Cubas. *Compendio de la historia de México y de su civilización*. México, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1890, p 27.

⁷⁵ Anderson. *Comunidades imaginadas...*, p 29.

⁷⁶ He evitado utilizar el término “positivista” por creer adecuada la reflexión que hace Álvaro Matute respecto a los lineamientos historiográficos mexicanos del siglo XIX. Este autor hace una distinción para reconocer como positivismo a todo aquello que se apegue fielmente a las premisas de Augusto Comte, de no ser así prefiere referirse a un científicismo historiográfico. *Vid.* Álvaro Matute “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”. En, *Estudios historiográficos*. México, Centro de Investigación y Docencia en humanidades del Estado de Morelos, 1997, pp26-28.

historia estas generalizaciones superiores pueden reducirse a la ley del progreso y a la de la evolución que es más comprensiva.⁷⁷

Por supuesto que he recurrido a estas conocidas palabras por su brevedad y contundencia, sin embargo Sierra no fue el único creyente del desarrollo evolutivo de las sociedades y su tendencia al progreso en la medida que se superan a través del tiempo; la visión era compartida prácticamente por todos los historiadores que escribieron en las dos últimas décadas del siglo XIX, aunque ciertamente, desde antes, el apego al evolucionismo fue un hecho historiográfico innegable. Ahora, lo que más nos interesa es el corolario de esta arraigada idea que puede explicarse de la siguiente manera: si la historia era una secuencia de etapas mejores o más beneficiosas en la medida en que se sucedían pero todas eran pasos ininterrumpidos en una sola ascensión, la calidad de las primeras etapas condiciona la calidad de las siguientes. Esto se puede traducir así, en la medida que el pasado reconstruido resultara una buena base, los siguientes pasos históricos –en obediencia a la ley del progreso– prometían gozosos estadios para el futuro. Sólo a una visión lineal y ascendente de la historia le importan esta clase de argumentos y los favorece puesto que defienden la concatenación entre todos los momentos de una sociedad viéndolos como una larga serie de causas y efectos que van ocurriendo siempre para mejor.

El texto de Manuel Larrainzar parece ilustrar bien este sentido:

He creído que una ocupación semejante [hacer historia] pudiera de alguna manera redundar en beneficio para el país [...]. llamando la atención con mi trabajo sobre lo que fue esta parte del continente americano, los tesoros que encierran su historia y sus monumentos, y el porvenir que está reservado a tan privilegiadas regiones, a donde en el curso de los tiempos se trasladará en su mayor esplendor la civilización, que tanto a contribuido al bienestar de la humanidad.⁷⁸

Aquí la relación es tan clara como directa, nuestro autor no puede imaginarse de dónde podría venir el maleficio puesto que a un continente con un pasado tan rico como se comprueba a través de los estudios en materia histórica y arqueológica, sólo puede estarle reservado un hermoso y productivo porvenir, sobre el cual vendrá a posarse finalmente el triunfo de la civilización.

Por su parte Ignacio Álvarez diría que.

⁷⁷ Sierra. *Compendio de historia...*, p 7

⁷⁸ Larrainzar, *Estudios sobre la historia de América...*, p XIII.

La historia nos hace conocer la marcha de la humanidad; y en sus misteriosas ondulaciones, nos presenta lecciones sabias y elocuentes. Allí es donde mejor se comprenden las invariables leyes a que está sujeta la especie humana, sin que un esfuerzo por grande y poderoso que sea, pueda evitar su influjo indeclinable en esta constante cadena de sociedades que se levantan y desaparecen, se aprende el modo de reconstruir el edificio social sobre el cimiento de la tradición, como se construye una casa siguiendo los vestigios de otras ruinas, y si se sabe, si existe en la sociedad algún movimiento natural que manifestándose en épocas fijas y situaciones dadas, pueden hacer predecir la repetición de tal o tal trastorno, cual se anuncia la reaparición de los cometas, cuyas curvas se han calculado [.] De tal suerte que la historia, es la luz que debe desarrollar la luz de la razón de los pueblos, y su conocimiento influirá, en el grado de civilización a que las sociedades puedan llegar.⁷⁹

Este párrafo que no economiza la explicación de para qué sirve la historia, deja todavía clara la idea que hemos tratado ya sobre la conexión entre el pasado y el futuro de las sociedades. Sin embargo, ha sido tantas veces mencionada en torno a esto la palabra civilización, que no podemos hacer oídos sordos a una nueva carga significativa en el término.

El problema de creer en la civilización, me parece, fue el hacer conciencia de que ésta no llegaba a todos los rincones del mundo de manera totalmente gratuita, sino que algo había que hacer para entrar en el cause del progreso. A esto lo he llamado "civilización como compromiso". Este es un asunto intrincado, por lo menos para mí, por lo cual trataré de exponer lo más claramente posible las ideas que surgieron al respecto.

Los historiadores decimonónicos mexicanos, ya habían hecho denodados esfuerzos por recuperar el pasado mexicano de la mejor forma posible, de manera que el discurso nacionalista quedara bien articulado y que todos los valores nacionales que estimaban deseables asistieran a sus historias. Pero el estudio de esa historia representaba algo más, representaba la muestra más real de que México, como cualquier país moderno, había sido capaz de indagar en el fondo de su propio pasado para fortalecer su nacionalidad. El resultado inmediato de ello fue que las obras históricas intentaron ser el fruto que demostraba una completa asimilación de la azarosa vida nacional mexicana. Esta es la cuota con la cual contribuiría México a la causa universal que perseguía, como bien sabemos, colocar de manera justificada a los países modernos en el privilegiado sitio.

⁷⁹ Álvarez, *Estudios sobre la historia general*, pp 7-8

del progreso. Se adjudicó pues, el país, semejante compromiso, el compromiso de civilizarse, nada menos

Una de las tantas maneras en que se concretó ese compromiso fue la insistencia de algunos sobre la importancia del estudio de la historia de México, pues sólo difundiéndola, podría invitarse a los mexicanos con conciencia a firmar el contrato con la civilización. Para ilustrar las ideas hasta aquí expuestas, traigo estas frases de José Ma. Vigil, uno de los más enamorados de la idea.

Porque es menester no echar en olvido el siglo en que vivimos; es menester conservar muy profundamente grabada la idea de lo que significa la civilización actual, el papel que en ella representan los diversos pueblos, y las obligaciones que les impone, so pena de quedar excluidos de ese majestuoso porvenir levantado por el genio moderno.⁸⁰

Habiendo tratado ya la relación existente entre pasado y futuro en la historiografía mexicana, y convencidos de que nuestros autores pensaban a la luz de las ideas evolucionistas que le dan sentido a tan peculiar concepción vamos a tratar de comprobar que es una relación de apoyo mutuo, o bien, que existe moviéndose siempre de un margen temporal a otro. El futuro, como un espacio imaginario del discurso es el resultado de las etapas históricas que le precedieron. Suponemos de antemano que nadie desea un futuro escabroso o difícil, por lo tanto, para sugerir o construir un futuro a nivel de discurso, éste requiere de un pasado grandioso del cual extraer la materia prima suficiente para concluir su magnífica obra. En otras palabras podemos decir que nada era demasiado aventurado ni descabellado si se trataba de obtener una imagen conveniente del pasado para tener una igual o mejor del futuro. El pasado prehispánico mexicano estuvo sujeto a una idealización sin precedentes en el siglo pasado.

Con estas ideas en mente comenzamos a trabajar con la siguiente selección de textos. Estos son adecuados para observar cómo se idealizó el pasado prehispánico y en particular a los aztecas, que como ya sabemos, desde hace tiempo vienen haciendo el papel estelar de la historia prehispánica.

⁸⁰ José Ma. Vigil. "Necesidad y conveniencia de estudiar la historia patria". En Juan Ortega y Medina. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. México. UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p 276. (Serie documental, 8)

En las palabras de Rivera, presenciamos una idealización de las características físicas de los aztecas, con esto constatamos que el querer un pasado perfecto llegó a grados insospechados. Nuestro autor enlista bajo el rubro “Carácter de los aztecas” las siguientes:

Cualidades físicas: Estatura regular, por regla general...Cuerpo sano y robusto... Justa proporción de los miembros... Ojos negros y grandes .Mejillas apiñonadas... Dientes iguales limpios y mucho más firmes .Sentidos muy vivos... Voz dulce[...] Cualidades intelectuales: Capacidad para todas las ciencias, letras y artes. Mala cualidad: poco talento de invención.⁸¹

Otro ejemplo de peso es lo que se dice en el *Compendio* de Manuel Payno, que sin prestar atención a características del tipo que observó Rivera, enfatiza los rasgos temperamentales del pueblo azteca en general.

-Decidme algo en particular de los aztecas o mexicanos, que parece eran los más poderosos.
-Los mexicanos, según las tradiciones, salieron de un país lejano llamado Aztlan o tierra de las garzas, y emprendieron una peregrinación que duró 294 años, y durante este tiempo fundaron en su tránsito diversas ciudades,[.] En la siguiente lección nos ocuparemos de los reyes mexicanos, por ser, como tenemos ya dicho, el imperio más poderoso y el que presentó a los conquistadores toda la resistencia de que fue capaz, y luchó por su independencia de una manera que será siempre memorable en la historia.⁸²

Algo sumamente similar al texto de Payno encontramos en el *Epítome* de Oviedo:

Corría el año 1160 de nuestra cristiana era, cuando de la parte norte del Golfo de California, salieron los que con el transcurso de los años fueron señores y dueños de la mayor parte del vasto territorio denominado Anáhuac: ese pueblo, el más sabio, y poderoso de cuantos se formaron en nuestro territorio, se llamó azteca.⁸³

Aquí tenemos otro fragmento, que si bien no habla de aquellas características, da muy buena idea de la idealización de un solo grupo, de su preeminencia sobre los demás. Orozco y Berra, utilizando algunas frases del manuscrito Aubin, presenta en su discurso a los aztecas como la guías del resto de los pueblos prehispánicos. Si bien es cierto que este párrafo es idéntico al del manuscrito y no una idea de Orozco, lo importante es que la recupera e inserta en su *Historia* utilizándola como evidencia de que todos los grupos migrantes tenían un origen común y preocupaciones afines en un

⁸¹ Rivera. *Compendio de historia antigua de México*, p 169 y ss.

⁸² Payno. *Compendio de la historia de México*, pp 43-44.

⁸³ Oviedo y Romero. *Epítome*, pp 29-30.

remoto país de origen, una manera de idealizar condiciones de organización protonacional. La frase que inserta Orozco dice:

Las ocho tribus encontradas por los azteca dijeron a estos: 'Señores y caballeros nuestros, ¿a dónde os dirigís? Nosotros estamos dispuestos a acompañaros'. Los azteca contestaron: '¿A dónde os podemos llevar?'. Los ocho barrios dijeron: 'Nada importa, os acompañaremos iréis con nosotros'. 'Vamos, pues, dijeron entonces los azteca'⁸⁴

La *grandeza del pueblo azteca* se repite constantemente en toda la historiografía, sin embargo debo decir que es a finales de siglo cuando ocurre la fusión definitiva entre objetos arqueológicos y pasado azteca. En las últimas dos décadas del XIX, prácticamente es la arqueología azteca la que importa, esto se debe sin duda a que la historia recuperada de ese pueblo había logrado *propia* identificación con el pueblo mexicano contemporáneo, una identificación *sui generis*, pero a pesar de todo catártica, funcional.

En general los objetos arqueológicos se utilizaron para reconstruir una historia de vencedores (aztecas) y vencidos (el resto de las sociedades prehispánicas). En el *Compendio* de García Cubas hay un apartado interesante titulado "Monarquía mexicana" como complemento de este hay varias descripciones de objetos prehispánicos que simplifican la lectura a meras historias de vencedores y vencidos, en la que gobierna un tono conmemorativo del valor y el coraje de los azteca. El caso de la descripción de las famosísimas Piedra del sol y la de los sacrificios son sólo dos de tantas.

El siguiente texto proviene de una fuente que no habíamos referido. Antes de citar aclaro que la obra de Antonio Peñafiel, titulada *Monumentos del arte mexicano antiguo*, es el resultado de una época de renovada apreciación del pasado arqueológico sobre lo cual ahondaremos en el siguiente apartado. Con la advertencia, podemos escuchar las palabras introductorias de este trabajo:

Para empresa tan difícil [reunir las reliquias de la civilización azteca], apenas se encuentran algunos restos de la pasada grandeza de este país: tres piezas mutiladas que existen en el Museo Nacional, algunas otras frente a la Catedral, es lo que queda de lo que fue en otro tiempo el Templo Mayor de México, del edificio maravilloso de las deidades mexicanas. Sin embargo, no se puede decir que carezca la Arqueología nacional de grandes monumentos, pues bastaría para representar una grande época histórica, la Piedra del Calendario, resumen de los conocimientos astronómicos aztecas, más adelantados en la división del tiempo, que los de la misma Europa.⁸⁵

⁸⁴ Orozco y Berra. *Historia Antigua...* T. II, p 104.

Como hemos podido ver, ya ni siquiera importa que no se cuente con muchos monumentos para engrandecer al pueblo creador, los que quedan son más que suficientes para convencerse de que sus autores eran personas civilizadas, y, sobre todo, eran las obras más significativas dejadas por los antepasados del México actual.

Haber revisado este aspecto partiendo de las ideas sobre la visión evolucionista de la historia tiene sentido en cuanto recapacitamos que la construcción de un pasado tan grandioso, tan atestiguado, tan valioso etc. no persiguió otro fin sino que, a través del recuento histórico, resultara obvio que el futuro era una promesa para México, que tras de sí había existido una gran nación y siendo así no tenía por qué fallar en su derrotero.

7. Pasado con mérito artístico

Todos los apartados anteriores, han intentado ofrecer los elementos discursivos que den cuenta de la relación ya tantas veces enunciada entre arqueología y nacionalismo, una vez iniciando éste nos falta poco para dar fin al análisis que prometimos al comienzo. Los ojos ahora enfocados a una peculiar manera de reivindicar la antigüedad mexicana y de hacerla apreciable abordan el problema del aspecto estético que tan dentro lleva todo discurso sobre estos temas.

Para no andar con rodeos diré que en torno a este problema se pueden observar dos vertientes historiográficas bien diferenciadas. Una de ellas ni siquiera se ilusiona respecto al valor estético de los objetos arqueológicos mexicanos, la otra –como puede adivinarse– echa a funcionar todos sus recursos para convertirlos en objetos de arte. ¿Por qué? Esto tiene una larga historia, tenemos que hacer memoria de algunas cosas ya vistas. En primer lugar, tenemos que recordar que la Ilustración había regresado a la palestra los modelos griegos y romanos, de suerte que, lo estéticamente aceptable y admirable era todo objeto que siguiera los cánones de equilibrio, simplicidad, armonía, pulcritud, etc. que caracterizaban el arte clásico. Después, mientras el oriente fue surgiendo a la vida occidental, es decir, durante todo el siglo XIX, tuvo que aceptarse su propia estética básicamente por una razón: era el origen de la cultura europea y por lo tanto imposible descalificarlo. Sumadas a ello y debido al factor “amor por la excentricidad” que

⁸⁵ Antonio Peñafiel, *Monumentos del arte mexicano antiguo*, 3 vols. Berlín, A. Ascher Co., 1890, Vol I, p I.

caracterizó buena parte del siglo, las formas egipcias, asirias, babilónicas, habían de encontrar una excelente acogida.

Sin embargo, todos los lugares estaban reparados, lo clásico por un lado, lo oriental, por otro resultaban el total de formas aceptadas, por supuesto no se iba a abrir otro sitio para que el pretendido arte prehispánico se acomodara a sus anchas... Si quería encontrar un lugar, o se acomodaba a lo establecido o resultaba una aberración. De esto se deriva que nuestros historiadores tuvieran que sortear toda clase de obstáculos para colocar su pasado de piedra junto a los grandes pasados de la humanidad, hemos visto ya de sobra cómo lo hicieron en otros campos, para estos momentos era menester hacerlo en el terreno artístico. Si hablamos de la importancia de los objetos arqueológicos por su implicación en un discurso histórico determinado, el criterio estético no debe parecernos una nimiedad, recordemos que los juicios emitidos partían de la impresión que en el espectador causaban las evidencias materiales de la existencia histórica. Lo bello se convirtió en un requisito para comprobar niveles de civilización. El problema está o estuvo en que los espectadores concebían una sola forma de belleza, lo que occidente consideraba digno de tal nombre, no más.

Antes de empezar con los textos seleccionados, tengo que aclarar que aquellos autores más apegados a la primera tendencia, aquella que nunca se arriesgó a llamar “bella” una pieza arqueológica, no abandonaron del todo la lucha pues aun aceptando que la producción prehispánica en cuanto a logro artístico dejaba mucho que desear, insistieron en que no era nada despreciable considerando el grado de avance tecnológico de la sociedad creadora.

A continuación presento una serie de textos, según creo, los mejores ejemplos de las piruetas para hacer del pasado mexicano, un pasado con mérito artístico. Nuestro primer locutor es Orozco Berra, un hombre a quien tal vez sus escrúpulos conservadores no permitieron más que una insinuación sobre el carácter artístico de las creaciones prehispánicas, jamás le oiremos decir que fueran hermosas. Escuchémoslo mientras expone sus argumentos sobre la escultura:

[...] los grandes trozos esculpidos que nos quedan no pueden servir para formar acertado juicio acerca de la aptitud de los artifices mexica, pues por lo general son bultos mitológicos, en que los atributos alegóricos y simbólicos predominan, presentándose a nuestra vista como deformes e artísticos. Sin embargo, se encuentran objetos que

revelan gran adelantamiento en el arte. La estatua sentada, en el Museo Nacional, si está lejos de sostener un paralelo con las obras griegas y romanas, ofrece lineamientos firmes, toques vigorosos, buen conocimiento de la anatomía humana. Una cabeza de piedra dura, en aquel mismo lugar, está atacada por mano diestra. Las máscaras de obsidiana son notables por la perfección del contorno; algunas figurillas de barro poco dejan que desear en cuanto al modelado puro y artístico; una máscara de madera es primorosa bajo el aspecto de la expresión del dibujo [..] Pero en cambio, el escultor y el picapedrero subieron a un punto que nos parece admirable; admirable, sí, porque sus relieves en piedras duras son bien acabados, y no debe ponerse en olvido que carecían de instrumentos de hierro. Se les objeta el recargo de adornos fantásticos; más esta es una cuestión de gustos, de usos y creencias.⁸⁶

Apreciaciones como la de Orozco, tratan de sacar provecho de todos los elementos alternos a la creación de una obra: el modelado, el dibujo, el vigor de la talla, el trabajo de ciertos materiales, etc... De este modo, safándose de cualquier juicio que comprometiera seriamente sus gustos personales, hace una valoración que parece bastante justa, imparcial, y erudita, así en términos generales la escultura prehispánica sale bien librada. Entre tantas cosas que se han tomado en cuenta, las piezas adquieren si no preciosura, sí valor como evidencia de la destreza de los hombres prehispánicos, o de los avances tecnológicos a los que llegaron (a pesar de carecer del más provechoso, el uso del hierro)

Otro buen ejemplo de un autor “dándole vueltas al asunto” está en las explicaciones de Gumesindo Mendoza, cuando se propone desmentir la idea de que los códices fueran obras pictóricas-artísticas, es decir, no eran “pinturas” como se piensa en un cuadro para colgarse. El texto proviene de su *Catálogo del museo nacional*, justamente de la sección introductoria a la descripción de todos los códices que esa institución resguardaba

En todos los manuscritos o pinturas mexicanas se notan grandes defectos, si se consideran bajo el punto de vista artístico; pero debe tenerse en cuenta que ellas están hechas para explicar diversos y variados asuntos que siempre se daban a conocer de la misma manera y sin poder hacer alteración alguna, se pena de no ser legibles [¿pero?] propiamente no son pinturas sino signos gráficos convencionales; no son la expresión del arte, pues los escritores de entonces, como los de hoy, cuidaban de la idea que deseaban desarrollar preocupándose poco de la belleza de los caracteres.⁸⁷

⁸⁶ Orozco y Berra. *Historia Antigua...* T.I. pp 322-323.

⁸⁷ Mendoza *Catálogo de las colecciones...* pp 38-39.

Para ensalzar el temperamento artístico de las antiguas sociedades había un sin fin de objetos de calidad notable. Me interesa hacer explícito que en el *Catálogo* no encontramos adjetivos como: hermoso, bello, precioso, ni siquiera monumental; se encuentran sin embargo con frecuencia: original, buen trabajo, bien logrado. Indicio de más para conocer como operaba esta clase de reivindicación de los objetos prehispánicos. Ahora bien, al tratarse de un texto que sirve de guía museística, debemos resaltar que los objetos ya habían sido obsequiados con algún mérito que los llevara a la sala de exhibición.

El contra argumento a aquello que peleaba Mendoza lo observamos en García Cubas quien sin mayores miramientos encuentra aberrantes las representaciones de las pinturas prehispánicas y con ello extiende el juego de aquellos que pensaron que eran objetos artísticos bastante mal logrados. Quizá García Cubas, fue menos hábil que Mendoza.

La deformidad, la falta de dibujo y de sombras, las figuras siempre de perfil, y la ausencia completa del sentimiento estético, caracterizan las pinturas jeroglíficas mexicanas [...] y todavía le agrega lo que igualmente acontece respecto de sus esculturas. Al comparar las repugnantes figuras de sus divinidades con la forma bella y elegante de monumentos de otro género, como la piedra del sol, el cuauhchicalli de Tizoc y el símbolo de Quetzalcóatl, no se comprende cómo aquellas y éstos pueden ser obra de un mismo pueblo. Tal vez la religión supersticiosa que sostenía su poder y su prestigio por medio del horror, contrariaba el libre vuelo de la imaginación de los artistas, y exigía de estos tan espantosas concepciones.⁸⁸

La reivindicación de García Cubas intenta nuevos caminos, en principio vemos como reacciona ante uno de los hechos más complejos de la realidad prehispánica: su religión, pero al mismo tiempo se aprovecha de este nefasto rasgo para justificar la deformidad y horror observable en algunas piezas. Tan se aprovecha de ello, que acaba por decir que seguramente fue la influencia maligna de la religión la que truncó los talentos de muchos hombres con capacidad artística, cosa que se prueba al existir –a pesar de todo– algunas piezas “bellas y elegantes”.

Antonio García Cubas encarna adecuadamente un momento de transición en la apreciación estética de la arqueología mexicana. Hasta antes de los setenta del siglo pasado, cualquier juicio que tratara de hermosear las piezas prehispánicas era improbable. No digo, sin embargo, que no se invocaba el pasado arqueológico con gran sentimentalismo acabando siempre en adjetivos favorables, eso es

⁸⁸ García Cubas, *Compendio de historia*... p. 46

cierto, mucho tiempo se llevaba tratando a las ruinas de. hermosas, imponentes, preciosas, monumentales, poderosas etc... pero esos adjetivos calificaban más bien a la inherente antigüedad de los objetos, prácticamente ningún autor se puso a hablar de formas escultóricas, modelado de figuras, perfiles, sombreados, ni nada por el estilo.

Dentro del grupo que encontraba perfectamente adecuado hablar de belleza para referirse a algunas piezas arqueológicas, están Alfredo Chavero y Antonio Peñafiel, junto con otros autores son iniciadores de una forma de mirar los objetos arqueológicos. Con ellos se exagera la pulsión nacionalista y los objetos en sus textos se transforman totalmente en piezas de arte. Escuchamos primero a Chavero, de quien cito un corto párrafo:

Ha llegado nuestra fortuna hasta haberse encontrado en diversas excavaciones algunos de los principales ídolos del Templo mayor, entre los cuales sobresalen, en el Museo la cabeza gigantesca de diorita de Totec, que se acerca en su perfección y belleza, a las esculturas griegas, y la colosal y simbólica estatua de Coatlicue, madre de Huitzilopochtli.⁸⁹

Sin retractarme de lo que he dicho arriba sobre una nueva apreciación estética nada insegura en sus juicios; hago notar que Chavero no puede decir más sobre la Coatlicue que describe, se limita a llamarla “colosal y simbólica” evidentemente no le gustaba, y la encuentra difícil en redención, por lo tanto prefiere dejarlo así, enfatizando su contenido mitológico.

En cuanto al libro de Antonio Peñafiel, es claro que pertenece a otra época, a una que ha perdido los prejuicios de antaño y por lo tanto ya no había necesidad de justificar los “horrores” plásticos del México antiguo. Su obra, hecha para glorificar la arqueología mexicana la entiende simplemente como arte. Para pensar esto no hay más que leer el título: *Monumentos del Arte Mexicano Antiguo*. Luego nuestro argumento adquiere mayor fuerza pues la obra consta de tres volúmenes cuya dimensión es aproximadamente de 60 por 40 centímetros. Los primeros dos son sólo las láminas que ilustran el único volumen de texto. La mayoría de las láminas son a color, de algunos sitios hay fotografías. En el primer tomo las láminas ilustran todo lo relativo a: “ornato, vasos, mitología, metales, utensilios, urnas y sepulcros, estatuas, Tula”. En el segundo tomo las

⁸⁹ Alfredo Chavero. *Historia Antigua*. En, *México a través de los siglos*. 5 vols. México, Cumbre, 1953. Vol. I, pp XX-XXI

láminas son. “Xochicalco, Mitla, tributos, código zapoteco, Proyectos para el edificio de la Exposición de París 1889, otros monumentos, suplemento” Entre estos dos volúmenes hablamos de 317 láminas del tamaño que ya dijimos, cosa que como comenté, advierte la nueva importancia artística de la arqueología nacional. Yendo directamente al texto introductorio que escribió Peñafiel, encontramos estas palabras:

En este libro, que lleva por título Monumentos del Arte Mexicano Antiguo, he procurado reunir las reliquias de la civilización azteca.⁹⁰

Después el trasfondo de lo que dice no parece tan claro, o quizá quiere decir tantas cosas que resulta complejo. En principio pone a México en competencia con las naciones que más logros han alcanzado, luego parece condescendiente con la calidad artística prehispánica por haberse gestado lejos de Europa, que por supuesto encarna *la civilización*, con esto el argumento se torna una especie de justificación ante el carácter eternamente menor de los estadios artísticos en esta parte del mundo. No obstante todo está teñido de un entusiasmo sin igual, parece un profundo admirador de las reliquias aztecas (como él dice), lo cual nos adentra en una obra de profundo raigambre nacionalista.

Los estudios modernos en materia de arqueología, auxiliados de la lingüística, la geología y de otras ciencias físicas, han colocado a México en la escala con que se miden las antiguas civilizaciones: en esa escala, algo más alcanzó que el periodo de la piedra labrada y pulida, más que la época del cobre y del bronce de los pueblos primitivos[.] Si se compara el arte mexicano con la época de Pericles, que no han igualado, ni tampoco igualaran las generaciones futuras, pobres, muy pobres parecerán nuestra ornamentación y nuestros pocos monumentos. Pero este arte forma parte de los trabajos de la humanidad, tiene caracteres peculiares y puede contribuir con su pequeño contingente a los adelantos del arte en general. Se dirá que esto es poco para llamarse, el progreso de un continente, pero es mucho para una región que no ha tenido como Europa, la cooperación progresiva y común de las naciones agrupadas alrededor del Mediterráneo y cuatro mil años escalonados desde Menfis y Babilonia hasta Atenas y Roma.⁹¹

Lo último que habría de notarse sobre las palabras de Peñafiel es su marcado convencimiento respecto a la contribución mexicana al arte de todo el mundo. Esto obviamente antoja una tentativa

⁹⁰ Peñafiel. *Monumentos del arte...*, p I. Es importante destacar que, tal y como ocurrió con Manuel Payno, entre las obras “aztecas” figuran piezas prehispánicas que nada tienen que ver con aquel pueblo, no corresponden ni espacial ni temporalmente a ese grupo. También como en el caso de Payno, la contradicción parece no importar, el caso es ensanchar las fronteras del “arte azteca” mientras se entienda como plenamente mexicano.

⁹¹ *Ibidem.* pp I-II.

propagandística a través de la cual buscaba colocar a la arqueología mexicana como una de las más valiosas manifestaciones artísticas de la región americana

La apreciación estética de lo prehispánico se modificó sustancialmente a lo largo del siglo. Como hemos visto, antes de los setentas los juicios eran dubitativos respecto al valor artístico de las piezas arqueológicas, sin embargo, con el régimen de Porfirio Díaz la estimación de lo prehispánico recibió un impulso importante. Al finalizar el siglo XIX la arqueología transitaba de lo interesante e imponente hacia lo bello, elegante y nacional. Así fue como empezó a pensarse en lo prehispánico como inspiración de obras de arte modernas. A continuación daremos un ejemplo concreto de esta cuestión, las líneas del párrafo nos dan muy buenas pistas de cómo y por dónde encuentra expresión el uso de motivos prehispánicos.

Ningún estilo ha sido cabal y de un golpe de un cerebro humano; [...] Por transiciones insensibles, por transformaciones sucesivas, es como en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, y en otros países, se ha llegado a caracterizar una arquitectura, por decirlo así, nacional. [...] La arqueología nos ha enseñado los estilos arquitectónicos de los antiguos pueblos de nuestro suelo; utilicemos sus datos, y de la observación de monumentos hoy ruinosos tomemos los principios y distintivos de nuestras futuras construcciones. La ornamentación antiguo-mexicana pertenece a un estado ya avanzado de adelanto, [...] México en el pasado vio nacer y morir una arquitectura propia, de verdadera originalidad, llena de grandeza y de sencillez en su construcción y de riqueza en su ornamentación, y es preciso que hallándose ya maduro el campo de las ideas para inspirarse en las monumentales construcciones arqueológicas que tenemos, se pase al campo de la acción creando una arquitectura moderna nacional.⁹²

La importancia de este ejemplo crece cuando consideramos que su autor explicó que nada sería completamente experimental al reciclar los motivos prehispánicos, y señala que así fue como otros países llegaron a sus respectivos estilos “nacionales” (neoclásico o el neogótico), no hay que olvidar además, que aquellos países eran los que se reputaban por sus logros artísticos.⁹³

⁹² Luis Salazar “La arqueología y la arquitectura”. En: Schávelzon, Daniel. (comp) *La polémica del arte nacional 1850-1910*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988. pp 130-151

⁹³ Vid. Rita Eder, “Las imágenes de lo prehispánico y su significación en el debate del nacionalismo cultural”, En *nacionalismo y el arte*, p 74 y ss. La autora hace referencia a cómo surge una búsqueda de lo clásico, pero lo clásico indígena y mexicano.

Por lo que acabamos de leer podríamos conjeturar que la belleza de los ornatos prehispánicos era opinión general, sin embargo esto no fue así, en realidad el asunto originó un debate importante del que me ocupé enseguida.

Al leer varios textos que describieron la participación mexicana en los certámenes internacionales⁹⁴ y otros dedicados a discutir asuntos relacionados con la tendencia arquitectónicas de principios de siglo, es fácil darse cuenta de la enorme simpatía de que gozaban los elementos prehispánicos en su carácter simbólico, en tanto fueran evocaciones históricas, formas tangibles de recoger las glorias del pasado, pero no tan simpática resultaba la idea de utilizarlos para crear nuevas formas estéticas puesto que el tema suscitó varios desacuerdos desde los últimos años del siglo XIX. Sin temor a fallar podemos decir que las querellas en el terreno artístico o incluso los mismos desacuerdos sobre la práctica arqueológica, son indicios claros de que el pasado arqueológico mexicano gozaba de un valor sin igual como parte de la memoria nacional.

La última parte de esta sección intenta dar ejemplo de las diferencias de opinión respecto a la aplicación de lo prehispánico como nacional en una obra de arte en aras de darle un carácter nacional

El primer texto que lleva por título “El monumento de Tepoztlán” es el programa para levantar una obra conmemorativa de los trabajos arqueológicos de descubrimiento de la pirámide del Tepozteco, de la reunión internacional de americanistas llevada a cabo en México en 1895 y de la inauguración del Museo de Antigüedades. Su autor está, por lo menos en este caso, convencido sobre la pertinencia de los motivos prehispánicos en la nueva arquitectura nacional:

El estilo de arquitectura que ha de adoptarse es el clásico azteca. Difícil para mí se presentaba la solución del programa, por tener pocos elementos arquitectónicos a mi alcance para llenar debidamente el asunto que tenía mi vista. [...] Por fin, después de varias tentativas y concretando mi estudio a elementos propios de la localidad, a los elementos exhumados por propia mano de la pirámide, y a los fragmentos arquitectónicos que aun quedan en pie en derredor de ésta, logré en definitiva trazar el monumento, tal como lo indica la fotografía[...] (Ver figura 2) He aquí un legado del pasado: hay en su composición una parte de herencia. La ciencia y el arte aquí aunadas como resumen de las observaciones y de los trabajos que se han emprendido. He aquí

⁹⁴ Me refiero a las exposiciones mundiales organizadas por las potencias capitalistas desde mediados del siglo XIX. Esto se trata con mayor profundidad en el siguiente capítulo.

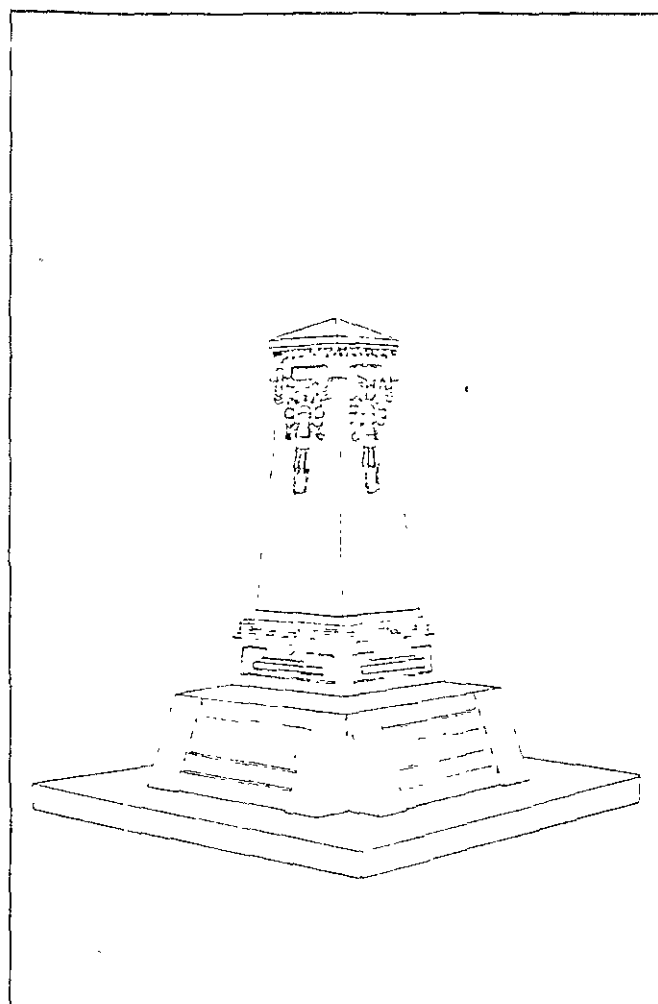


Figura 2.

Monumento de Tepoztlán

Proyecto de Francisco Rodríguez, 1895.

Fuente: Daniel Schávelzon (comp.) *La polémica del arte nacional: 1850-1910*, México 1988, p 163

también el motivo por qué el estudio del pasado viene a ser indispensable para darnos cuenta exacta del presente. Es también la manera de preparar el porvenir, puesto que es la única manera de abrazar, de una sola mirada, la dirección y la naturaleza del camino recorrido.⁹⁵

A través de este párrafo se recupera la visión empeñada en hacer de los resquicios del pasado modelos estéticos modernos, y esta idea tenía coherencia a la luz del argumento que acabamos de oír: recuperar en una sola creación la herencia de otros tiempos, mostrar en el estilo clásico azteca la experiencia acumulada de la nación dando vida a un conjunto que el autor califica de armonioso y elegante, digno de ocupar un sitio de la plaza pública en recuerdo de tan buenas labores en favor de la arqueología nacional.

El siguiente ejemplo sería la otra cara de la moneda. El texto hace referencia a las opiniones que suscitó el pabellón mexicano de la exposición internacional de 1889 en París. Recoge primero el punto de vista de Leopoldo Batres.

Cuando se ha pretendido hacer renacer la arquitectura y la decoración arquitectónica de algunas de las diferentes tribus o razas que habitaron lo que se llama hoy la República Mexicana, se ha caído siempre en un error de fantasía que ha pasado inadvertido comúnmente, por tratarse de reconstruir arquitecturas no estudiadas ni conocidas; por ejemplo, en estos momentos que escribo estas líneas se levanta en París, en el Campo de Marte, el edificio mexicano que debe servir de palacio o pabellón para los productos y objetos de México en el gran certamen de la exposición de 1889. A este edificio se le quiso dar la forma azteca, y no se consiguió sino hacer un gran local sin estilo determinado.

Después se cita al mismo Rodríguez a quien escuchamos hablar sobre el monumento de Tepoztlán

[...] no hay que atreverse a otros ensayos, so pena de caer en lo ridículo, como, no vacilo en decirlo, sucedió con el pabellón que en 1889 expuso en París nuestros productos nacionales.[...] ¡Nuestro edificio nos exhibió en época anterior a la conquista española! ¡Con cuan poco acierto! Pretendióse hacerlo azteca pero se tomaron sin el menor escrúpulo elementos arquitectónicos de las civilizaciones del mundo antiguo, haciéndoles desempeñar funciones diversas de las que les correspondían originaria y racionalmente.

Después de esto el autor concluye:

⁹⁵ Francisco Rodríguez. "El monumento de Tepoztlán" En Schávelzon *Op.Cit*, p 162-164.

De lo anterior resulta que ni se cuenta con los elementos principales que reclama la construcción moderna, ni la parte decorativa que pertenece a un estado primitivo de civilización y de adelanto pueden llenar nuestras aspiraciones de elegancia y de buen gusto, y por lo mismo, nada conseguiremos con emplear como forro o guarnición los ornatos de aquella época rudimentaria sobre los ornatos naturalistas y de figuras de renacimiento, por más que queramos manifestar nuestro falso patriotismo, pues mucho mejor es presentarnos tal como somos actualmente, probando así el grado de cultura a que por fortuna hemos llegado, alcanzando figurar entre las naciones más civilizadas.⁹⁶

El radicalismo de esta opinión deja claro que la prehispanización del arte no dejaba tan contentos a todos, incluso se puede ver claramente que no eran totalmente extrañas las reflexiones agudas en torno a la argucia patriótica facilitada por la utilización de elementos prehispánicos a diestra y siniestra. Sin embargo, la evidencia de que esta opinión no obtuvo la fuerza suficiente para contrarrestar los efectos de la fascinación aztequista es que durante la primera década del siglo XX todavía se erigieron monumentos que incorporaron sin medida elementos prehispánicos: grecas, glifos, ribetes, etc.

Con esta interesante discusión doy fin al problema de la valoración artística o del elemento estético injertado a los objetos arqueológicos mexicanos.

8. La rectificación: reclamo de originalidad

Tal vez el subtítulo de esta última sección no es suficientemente explícito por eso intentare describir. En apartados anteriores y en general a lo largo de todo este trabajo se ha dicho que México buscaba o reclamaba orígenes similares a los europeos para sentirse con el derecho y la libertad de acceder al tiempo moderno sin ataduras de ninguna índole, sin embargo llegados a este punto habrá que aceptar que a finales de siglo la situación adquirió cierto matiz que nos prohíbe la generalización completa.

Antes de empezar el análisis aclaro que aunque el orden cronológico no guió el desarrollo de las categorías que ya traté, el lugar de ésta última sí obedece a la secuencia natural del tiempo. La preocupación por reclamar la originalidad del carácter y los logros americanos es consecuencia de la maduración de una idea a lo largo de un siglo. No hubiera sido posible hablar de lo que nos

⁹⁶ Manuel F. Álvarez. "Creación de una arquitectura nacional". En Schávelzon *Op.Cit*, pp 157-160.

ocuparemos aquí sin pensar que todo lo analizado antes constituye el proceso por el cual se llegó a una nueva apreciación de lo prehispánico.

Si en un principio, o bien en la etapa en que el discurso histórico nacionalista iba estrenándose, a los historiadores les venía muy bien hablar de parecidos interculturales, mejor entre más parecidos se encontraran pues crecía con ello la fuerza de su argumento frente al viejo continente: “procedemos de los mismos padres”. Como hemos visto esto fue alimentándose hasta el punto en el que algunos creían ver copias entre lo prehispánico mexicano y lo antiguo egipcio o medio-oriental. Pero, hacia finales de siglo tanta identificación parecía incomodar, de pronto venía un novedoso reclamo por la originalidad, particularidades o características que en la medida que se alejaban de lo egipcio o babilónico se acercaban a *lo nacional*.

El primer texto con el que ejemplifico este nuevo argumento es de la *Historia Antigua* de Orozco y Berra, uno de los primeros en emitir la voz para regresarle todo su mérito a las civilizaciones americanas.

Tampoco debe buscarse una identidad absoluta; en todos y cada uno de los elementos componentes de una idea, las semejanzas indican relaciones, no identidad de raza, y bien se comprende que las enseñanzas de esta manera de alcanzadas, se modifican por las naciones que las reciben. Los americanos poseían una civilización propia; al ponerse en contacto con pueblos extraños y recibir algún nuevo conocimiento, lo asimilaron a lo que ya sabían, lo desfiguraron, digamos así para darle un aspecto nacional.[...] Se infiere que semejante influjo debía ser parcial. Ingerido en las creencias y costumbres de un pueblo, según las circunstancias obraría más o menos enérgicamente sobre los pueblos vecinos, pero nunca se sustituiría por completo a las creencias y costumbres nacionales, llegando al cabo a una transformación, que le comunicara el sello indígena.⁹⁷

La intención de darle un lugar distintivo a los rasgos autóctonos es evidente; Orozco pone a la vista el haber existido semejanza que no identidad entre razas. De hecho el último párrafo es revelador al asegurar que por más contacto entre aquellos pueblos, los usos nacionales jamás serían destituidos.

⁹⁷ Orozco y Berra, *Historia Antigua*, T I, p 64

El texto de Chavero por su parte es un poco más atrevido pues despojando de aquel halo de divinidad con el que se había investido la figura de Humboldt como autoridad en antigüedades mexicanas, habla de él como si fuera culpable del error de establecer comparaciones constantes con otras culturas, comparaciones que conducían a puras malas interpretaciones y tiaco favor hacían a los logros mexicanos. Lamentando sobre todo que se propiciara la pérdida de su carácter nacional.

En esta obra [*Vista de las Cordilleras...*] inició con prudencia buscar la relación de nuestras antiguas civilizaciones con las de los pueblos asiáticos. Esto podía dar origen a exageraciones y a quitar, en sentido distinto de los cronistas anteriores, la nacionalidad de nuestra historia. Y esto ha sucedido desgraciadamente. Notables escritores, verdaderos sabios de otros países, sin estudiar a fondo nuestras cosas, han extraviado nuestras tradiciones históricas; otros, llevados del prurito de ser originales, como el abate Brasseur de Borbourg, han inventado una historia suya propia; Prescott, después de mucho estudiar y de escribir tan admirablemente como Solís, comete notables errores respecto de la Conquista y no comprende el carácter de las épocas anteriores; y no faltan otros escritores que se reducen a seguir copiando lo que habían dicho ya las obras de segunda mano.⁹⁸

Estoy segura de que el lector ha notado ya una actitud radicalmente diferente con respecto a la historiografía extranjera que en otro tiempo había sido alabada por su elocuencia, erudición y veracidad. Constatamos con comentarios como éste de Chavero que la historiografía nacional ya había conquistado confianza, el tiempo transcurrido había hecho historiadores con sus propias ideas, más decididos a defender su historia y preparados para descalificar viejas obras históricas por fantasiosas o superficiales en obediencia al propósito de escribir una historia nacional.

En último lugar traigo el texto de Peñafiel en el cual escuchamos, además de un encendido tono nacionalista que intenta rescatar el mérito de la arqueología, un mexicanismo (en el sentido aztequista) determinante. Oigamos su argumento:

En cuanto a monumentos, algunos muy importantes, que merecen este nombre, como nuestra piedra del sol y otros de la colección del Museo Nacional, no los encontraba yo bastantes para llenar mis deseos, y es mucho lo que tiene el colosal archivo de la arqueología mexicana, de que hay muchas descripciones y pocos buenos dibujos. [...] Todos los sabios, incluso el venerable Barón de Humboldt, han cometido la falta de ver semejanzas y parecidos entre nuestras reliquias arqueológicas, y las reliquias y monumentos, ya de Egipto, ya de Grecia o de otros países no menos lejanos. [...] Esto nos conduce a fijar una regla en la consideración que vamos a tomar a la nación azteca:

⁹⁸ Chavero. *Historia Antigua*, p LVIII

la civilización americana, es americana; la civilización mexicana no tiene semejanzas con la maya, y está tan lejos de ella como de la misma civilización egipcia.⁹⁹

Según su exposición, Peñafiel concluye que buscar parecidos con cualquier cultura extra americana sería ridículo, pero incluso separa radicalmente la “civilización mexicana” de la maya, otorgando un protagonismo increíble a la primera. Más adelante, dedicado a la descripción de Tula regresa a una noción similar a lo que hemos revisado cuando dice:

Debo advertir, no obstante la valiosa autoridad del Sr. García Cubas y el respetuoso cariño que siempre he guardado al primer historiador de México, el Sr. Orozco y Berra, que a mi juicio, nada tienen aquellas preciosas reliquias de Tula de egipcio ni de griego; el ornato de las columnas y de las cariátides son puramente nacionales, si es fundada la aseveración de que la tribu tolteca fue la madre de la nacionalidad mexicana.¹⁰⁰

Lo único que me queda por decir es que a la par del reclamo por la originalidad mexicana fundada en las características que hacia finales de siglo se veían como “nacionales” en los objetos arqueológicos, aumenta considerablemente el uso del posesivo *nuestro/a* para referirse o a un objeto, o a una zona arqueológica o a la historia misma. En la última década del siglo XIX ya se habían despejado casi todas las dudas al respecto, la historia de los otrora pueblos semi-bárbaros, después de un transido recorrido historiográfico era para ese tiempo la historia antigua de México, una historia nacional y nacionalista que contaba con un muestrario: todos los objetos rescatados del olvido, valorados por su representatividad temporal, *nuestras* riquezas arqueológicas.

Con esto termina el capítulo cuarto, el análisis que hemos llevado a cabo ha intentado evidenciar que el contenido de la historiografía sobre el México prehispánico utilizando con una frecuencia y eficacia sin precedentes los objetos arqueológicos fragua una figura nacional de la historia antigua. Todos los argumentos que hemos analizado y en los cuales se conjugan juicios históricos y arqueología son profundamente nacionalistas en tanto que buscan a toda costa un panorama continuo del acontecer mexicano y transforman el pasado en un depósito de valores sobre todo políticos, sociales y estéticos puestos para no desatinar en la predicción que anunciaba la existencia de una gran nación. Ahora bien, que todo esto sea una distorsión, un acto puramente subjetivo por parte de quien pensaba la historia no quiere decir que los historiadores fueran puras mentes.

⁹⁹ Peñafiel, *Monumentos del arte*, Vol 3, p II

¹⁰⁰ *Ibidem*, p 27.

sinistras distorsionándolo todo adrede, esta transformación del pasado antiguo mexicano es el reflejo más nítido de las aspiraciones del México decimonónico, cuyas elites intelectuales y de poder deseaban con toda el alma ser en primera instancia una nación y siéndolo, acceder a la modernidad y al progreso, cosa que nos lleva directamente a la relación entre nuestro país y el mundo occidental, el asunto de cómo se construye una imagen moderna a partir de su propio pasado es muy interesante y es también materia del siguiente capítulo

Capítulo V

LA PROYECCIÓN DE LA IMAGEN ARQUEOLÓGICA DE MÉXICO

Había anunciado que este sería el lugar para tratar más a fondo el asunto de la proyección de México hacia el mundo así que, el propósito de este último capítulo es observar de cerca la apariencia a través de la cual intentaba colocarse junto a las naciones respetadas del momento. Para ello, el país se había provisto de una tradición historiográfica que demostraba una antigüedad gloriosa merecedora de recordarse para siempre y también de una imagen arqueológica (en transición). De este modo empieza a emitir una voz propia que reclama atención por parte de los países avanzados en los últimos años del siglo XIX y los primeros del siguiente.

La atención se centrará en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del presente. Pisando en terreno cronológico llegan las interrogantes, la primera es necesariamente ¿por qué las fuentes que más claramente proyectan una imagen hacia el extranjero se concentran en estas tres décadas? Cualquier lector medianamente familiarizado con la historia de México detecta de entrada que el periodo al que me refiero es el porfiriato. Sobre este periodo se ha escrito bastante, y aunque no es el tema que debe ocuparnos por completo, algunas de sus características servirán de marco para limitar el problema específico que vamos a tratar.

No podríamos decir que este régimen fue el único que dio verdadera importancia a la arqueología mexicana, ésta había sido objeto de interés por parte de los múltiples gobiernos mexicanos desde las primeras décadas del siglo XIX pero las inestables circunstancias en las que permanecía el país impedían la realización cabal y definitiva de cuantos proyectos en ese campo se emprendieron. Los gobiernos liberales, incluido el de Maximiliano de Habsburgo habían proporcionado recursos para algunas empresas arqueológicas o bien de cuidado del patrimonio histórico nacional. Pero en definitiva el gobierno de Porfirio Díaz se tradujo en una etapa de esplendor para todo lo tocante a arqueología institucional y conservación del patrimonio nacional, uno de los mejores indicios de ello fue la creación,

en 1885, del puesto de inspector y conservador de monumentos y ruinas arqueológicas e históricas de la República, cargo que siempre privilegió lo prehispánico.¹

Políticamente hablando, el gobierno de Porfirio Díaz significó el establecimiento del orden, el olvido de las antiguas e interminables querellas por el poder, la promesa de la bonanza material mexicana y por lo tanto el momento en que la nacionalidad fraguaba en tanto que la palabra cobraba por fin un sentido real. Aquel trabajo emprendido desde las primeras décadas del siglo XIX veía por fin llegada la hora de volverse cierto, la nación mexicana se tornó una realidad ya que las elites poderosas del país estaban dispuestas a creer en ella, más que eso, actuaban para ella coadyuvando a que la nación cumpliera su destino. En este asunto, la historia mexicana jugaba un papel determinante. Ya para los setenta del siglo había suficientes publicaciones que por uno o varios medios se las habían ingeniado para construir un pasado completamente nacional.

Sobre la intención principal de este tipo de historiografía se han escrito muchas páginas, los autores que han tratado el asunto generalmente coinciden en que el propósito fue nacionalizar la historia igual que coinciden en la sobre estimación que por ello tuvo el pasado prehispánico. Sin embargo hay desde mi punto de vista algo que no ha sido suficientemente considerado.

Sabemos que esta nueva historia de México, valorada y reconocida como auténtica mexicana incorporaba el periodo prehispánico enfatizando su carácter civilizado. En esto voy de acuerdo con la mayoría de los autores que se han dedicado al tema, sin embargo, cuando se dice que la reinterpretación del pasado prehispánico (para su nueva incorporación a la historia nacional) fue solamente el modo con el cual se permitió el acceso del grupo indígena en la historia mexicana (en el primer tercio del siglo XIX, el sector más numeroso del país) no quedo tan convencida. Para profundizar lo necesario cito unas palabras que redondean la idea anterior:

¹ Sonia Lombardo de Ruiz. "El patrimonio arquitectónico y urbano". En, *El patrimonio nacional de México*. Vol. II, Coord. Enrique Florescano. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo de Cultura

El gobierno nacional, que representaba a una clase minoritaria emergente –a la burguesía que estaba tomando el poder-, reivindicaba de esta manera “al indio” y, al rescatar la cultura de sus antepasados, hacía suya la tradición de la clase subalterna más importante del país, con lo que afirmaba su propia legitimidad política ante esas mayorías.²

Mi desacuerdo con esta noción es que no toma en cuenta para nada la influencia que los ideales del mundo decimonónico ejercían sobre la sociedad mexicana, por lo menos en los altos círculos sociales. Se piensa en estas elites mexicanas como aisladas del contacto con las ideas históricas y nacionales que estaban en boga. La incorporación del pasado indígena no es un acto de conciliación con la población indígena de aquel momento por parte de los intelectuales, o los políticos, o los ricos etc., no se puede pensar que se llevó a cabo la incorporación porque no quedaba más remedio que aceptar aquella parte de la historia.

Para mi gusto, ni siquiera pudo pensarse deliberadamente que la historia prehispánica era la tradición directamente relacionada al grupo indígena contemporáneo a los intelectuales decimonónicos y por ello resultase necesaria su incorporación a la historia nacional. El pasado prehispánico concebido bien lejos de aquella actualidad indígena³ resultaba sumamente atractivo al permitir mediante la arqueología, disciplina aun en estreno de este lado del Atlántico, que México realizara trabajos académicos tal y como Europa los llevaba a cabo bajo el consabido argumento de ser la cultura depositaria de la civilización occidental y por tanto responsable de su rescate.

Algo semejante a lo que cité arriba piensa Benjamin Keen al sostener que durante el gobierno de Díaz los enfrentamientos más graves fueron con los indígenas, y por ello, la elite intelectual en complicidad con el gobierno se dedicó a prestar más atención a los “indios muertos”⁴. Mi opinión iría en el mismo sentido que antes pero ahora destaco un nuevo aspecto. No puede haber *incorporación* si en realidad no se asocia el pasado

Económica, 1997. Pp 202-3

² *Ibidem*, p 200.

³ Basta revisar someramente la historiografía decimonónica para advertir el desdén que existía por los grupos indígenas contemporáneos.

⁴ *Vid.* Benjamin Keen. *La imagen azteca*. Trad. Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1984. P 427.

indígena con los grupos indígenas de aquel presente porque entonces ¿a quién haría sentir mejor la incorporación de ese pasado? Prefiero pensar que, en todo caso, la actitud de la elite que se vuelca hacia el pasado prehispánico por cualesquiera medios pueda entenderse como una apropiación de este estio “todo lo majestuoso que esté en este territorio es *nuestro* y refiere *nuestra* historia porque ha permanecido aquí (donde nosotros estamos) a través del tiempo”.

Con esto no trato de descalificar por completo el argumento de la “incorporación de la cultura abalterna”, sólo hago énfasis en que debemos tomar en cuenta la influencia ideológica occidental, en primer lugar, porque el mensaje de la historiografía decimonónica nacional no se destinaba sólo al público mexicano, muchas obras dirigen sin cesar su discurso hacia el exterior. A fin de cuentas se está construyendo un cuerpo nacional y este apelativo carecería totalmente de sentido sin considerar aquello que no es ese mismo cuerpo nacional sino otro al cual hay que mostrar una imagen conveniente.

Volviendo al régimen porfiriano trataré explicar por qué fue precisamente durante ese lapso que se promueve la imagen mexicana hacia el exterior. Para resumir aspectos que nos sirven sólo de base podemos decir que el objetivo del régimen era modernizar después de pacificar (nada más positivo, acorde al tan conocido precepto “orden y progreso”). Aceptando que esa modernidad se deseaba al ser vivencia de otras naciones hacemos la pregunta de rigor ¿cuál es el modelo de modernidad a finales del siglo XIX? Esta cuestión no puede entretenernos mucho ya, pronto podemos conjeturar que Europa constituía ese modelo y por tanto hacia allá se dirigía el mensaje histórico mexicano. Ese mensaje encontró el cuerpo perfecto para encarnarse en la arqueología, más específicamente, en los objetos arqueológicos.

Largo rato llevamos diciendo que Europa fue modelo de todo cuanto podía imitarse al interior de nuestro país en el denodado intento por acceder a la modernidad decimonónica.⁵ En el principio de este trabajo tuvimos oportunidad de asentar que la historiografía extranjera marco los parametros metodológicos, de sabiduría y buen gusto a los cuales se apegarían los trabajos nacionales. He regresado a aquello para destacar que en el pensamiento de algunos mexicanos, los europeos seguían siendo ejemplo para alabarse; estas que siguen fueron las contundentes palabras utilizadas por José Fernando Ramírez para referirse al trabajo del hombre europeo profeta del progreso:

El progreso necesitaba un Colón y un Humboldt [...] el conquistador, el misionero de la filosofía.⁶

O puede ilustrarnos también el caso de Chavero quien ya entrada la década de los ochenta dice:

[...] nadie más a propósito que Humboldt para trazar con mano firme la nueva vía: estudia los jeroglíficos que encuentra en los museos de Europa, viene y examina nuestros monumentos, y su poderoso genio abarca, ya no los relatos de los cronistas, sino la comparación y la historia de las civilizaciones, enseñándonos que nuestras antigüedades deben escribirse con nuestras fuentes primitivas.⁷

Todavía más revelador es el texto que sirve de introducción al *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*, trabajo utilizado como guía a los visitantes de la exposición internacional de Nueva Orleans en 1884. La introducción dice así

En la carrera indeclinable y progresiva de la humanidad, había llegado la hora, desde a principios del siglo XVI, de que se extendiese el influjo civilizador de la Europa sobre el vasto y rico Continente descubierto por Colón. La España, la Inglaterra, la Francia y la Holanda, se repartieron este continente tomando los audaces aventureros y los hábiles exploradores, posesión de los lugares a que arribaban, en nombre de sus distintos y poderosos gobiernos.⁸

⁵ Para todo lo referente a México y su relación con Europa durante las últimas décadas del siglo XIX Vid. Mauricio Tenorio. *Artifugio de la Nación Moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. 409 p

⁶ Citado en David Brading "El patriotismo liberal y la reforma mexicana", En Cecilia Noriega (coord) *El nacionalismo mexicano*. Zamora, Mich. México: El Colegio de Michoacán, p 190

⁷ Alfredo Chavero *Historia Antigua. En México a través de los siglos*, Tomo I, 4ª ed. México, Cumbre, 1953. Pp LVII-LVIII.

⁸ Antonio García Cubas. *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos*. México, Secretaría de Fomento, 1884. P VII

Como se ve, la idea de que Europa era la civilización había llegado lejos, en este ejemplo se escucha la voz de quien está convencido de que ella con justicia ha tenido desde hace varios siglos el papel protagónico en la historia y, por lo tanto, el deber de civilizar al resto del mundo.

Lo que nos interesa es que siendo esta la imagen que Europa se había encargado de proyectar, y considerando también su notoria eficacia, es perfectamente intuible cómo sería la imagen que México exportaría durante las últimas décadas del siglo XIX. México se promovería como la personificación del progreso, como una nación moderna caminando con pies de plomo hacia el lugar privilegiado en el que estaba Europa. Efectivamente los mexicanos de la elite pensaban que aquel continente había llegado primero, pero eso no significaba que ellos quedarn fuera. De hecho la gran promesa decimonónica de modernidad y progreso fue eficiente porque permitía y acrecentaba las esperanzas de conquistar el lugar privilegiado. Con tenacidad México formaría parte integral del mundo civilizado. Así lo permite pensar el grupo de textos del periodo al que nos estamos refiriendo.

En este punto es importante regresar a algo que en otro lugar he denominado “compromiso de la civilización”⁹ puesto que su importancia se constata en las fuentes todo el tiempo. A grandes rasgos se puede describir este fenómeno como la conciencia de que acceder a la civilización requería voluntad y no pequeños esfuerzos, México debía comprometerse con el destino que las naciones modernas habían seguido o renunciar a tener un lugar junto a ellas. Lo interesante de este aspecto es la importancia que tuvo la arqueología como pretexto para pronunciarse decidida a cumplir el compromiso, lo arqueológico era fundamental en la nueva imagen mexicana fomentada a través de los eventos internacionales a los que se ha aludido arriba. Vuelvo otra vez al *Cuadro geográfico...* que en la misma introducción contiene un párrafo ejemplar.

Las aves agoreras anidan ahora entre las ruinas de los monumentos que encumbraron a su apogeo el arte antiguo, y los bueyes pastan en las desiertas llanuras donde existieron invencibles y orgullosos imperios, mientras que en los

⁹ *Vld. Infra*, Capítulo IV. Pp 125-126.

bosques seculares de la América, donde antes resonaba el alarido del salvaje, silba hoy la locomotiva, sembrando en dilatados surcos el semillero de las poblaciones que serán un día asombro de la Europa [.] México cumplirá, a pesar de todo, su alta misión en el globo, alcanzando el nivel de las más cultas y prosperas naciones. Tocó a la actual generación mexicana la suerte de resolver en parte, y de iniciar en otra, la solución de importantes cuestiones que forman la clave de nuestro engrandecimiento venidero.¹⁰

Lo que es realmente digno de notarse es que en párrafos como éste se pide implícitamente un voto de confianza para los países que van apenas caminando hacia la verdadera modernidad al avisar que algún día serán “asombro de la Europa”, con ello quedan bien claras dos cosas: que efectivamente la panacea de la modernidad es aquel continente y que aquellos países precisan continuamente de su “aprobación”. Es obvio que la preocupación fundamental de textos como el que acabamos de leer es que las naciones modernas volteen sus ojos hacia las más jóvenes y las reconozcan.

Por otra parte, este tipo de discurso se relaciona directamente con lo que hemos tratado antes sobre la indisoluble conexión entre pasado y futuro, de ello recordamos que tal conexión es el resultado natural de la concepción lineal y ascendente de la historia; así pues, no será raro encontrar en los textos que nos ocupan explicaciones de este tipo que gastan infinidad de palabras describiendo la utilidad del estudio del pasado. Y sobre todo que se dedican a reforzar el argumento de que el porvenir de la nación debe de nutrirse de todos los elementos del pasado que le garanticen prosperidad. Voy a utilizar el siguiente párrafo como metáfora de cómo funciona esta idea del pasado, será metáfora porque en realidad se hace referencia a la relación entre arqueología y arquitectura, es decir no se trata de un texto estrictamente historiográfico.

[.] la arqueología, es decir, el estudio del pasado bajo todas sus formas, ha llegado a ser una ciencia más, del mismo título que las otras; el método moderno la ha transformado, como ha transformado la alquimia de la edad media, esta madre de la química del siglo presente[.] Con el estudio de los monumentos en estas épocas de transición, en que la arquitectura vive de recuerdos, es como poco a poco se prepararán las formas de un estilo del porvenir, al mismo tiempo que se forma en la sociedad en que se reflejan una doctrina nueva y un ideal superior.¹¹

¹⁰ García Cubas. *Op.Cit.*, p XXVI.

¹¹ Francisco Rodríguez. “El monumento de Tepoztlán”. En *La polémica del arte nacional: 1850-1910*. Comp Daniel Schávelzon. México, Fondo de Cultura Económica, 1988 p 164

Para no demorarme mucho más en este aspecto reitero que este fragmento ilustra el papel que la arqueología -y por tanto el pasado histórico recientemente elaborado- llegó a tener como base de la modernidad de la nación por lo menos en el ámbito de la construcción de una imagen para el exterior.

Al pensar en el porfiriato como el periodo de consolidación de la imagen mexicana que constantemente recurre al abrevadero de lo nacional, tenemos que considerar que tanto las condiciones internas propiciadas por el gobierno como el conjunto de ideas mexicanas que procuraban apegarse a los cánones del progreso y la civilización según Europa dictaba, explican sin más tardanza por qué se concentraron en este periodo los textos que dirigen su voz hacia el extranjero promoviendo una imagen de prosperidad nacional. De la colección de fuentes que dan firmeza a esta clase de argumentos, algunas pueden identificarse como voceros del régimen hacia el exterior, son enteramente promocionales de la causa porfirista y algunos llevan hasta el límite la promesa de paz y progreso incesantes.

De México hacia fuera

Un momento decisivo para la arqueología mexicana fue el congreso de americanistas celebrado en la ciudad de México en 1895. El evento no estuvo solamente dedicado a los estudios arqueológicos, y de hecho los trabajos mexicanos que se expusieron fueron más bien de corte histórico, etnográfico y hasta epigráfico, sin embargo el gobierno puso en marcha una infraestructura que aprovechó al máximo los recursos arqueológicos. Sabemos que se preparó una exposición arqueológica especial para los asistentes al congreso y que los objetos ahí exhibidos fueron recolectados de los museos de los Estados por órdenes explícitas de la junta organizadora. Del mismo modo se elaboró un itinerario de excursiones a Teotihuacan y a Mitla puesto que se tenía en cuenta que el mayor interés que a los ojos de los americanistas puede encerrar esta nación, es desde el punto de vista de sus monumentos.¹²

Hablar de esto viene al caso si pensamos todas estas actividades en función de la impresión que México quiere causar a sus visitantes. El congreso fue una excelente oportunidad para hacer lucir todas las riquezas arqueológicas, o bien puede verse este mismo acto como una buena oportunidad para hacer un despliegue de organización, buen gusto y actividad cultural a propósito de un encuentro internacional para tratar asuntos relacionados con la historia de América. En realidad no se trata de dos variantes sobre la intención de México, sino de una mezcla de ambas.

Además, esto tiene importancia porque nos ubica cumplidamente dentro de la etapa en que el discurso histórico mexicano buscó destinatarios extranjeros. Hago alusión a un proceso que como hemos dicho se había abocado tanto a la elaboración de una imagen de unidad nacional como a hacer posible su exportación durante las dos últimas décadas del siglo XIX. Francamente sería muy poco fructífero dedicar un lugar para trabajar en torno a ese aspecto los textos que conforman el conjunto de fuentes primarias de este trabajo puesto que el mensaje es suficientemente claro y muy repetitivo. Me interesa mucho enfatizar que parte de ese proceso quedó concluido cuando se publicaron las obras conmemorativas del primer centenario de la Independencia de México. Examinando la cuestión pronto se nota que muy poco concierne el motivo de la fiesta con todo lo relativo a la arqueología del país, sin embargo hay que considerar que no se festejaba estrictamente la consumación de la independencia sino que el acontecimiento daba pie para celebrar toda la historia mexicana ya que la independencia llevaba buen tiempo entendida como el restablecimiento de la vida nacional. De tal suerte, en todas las obras elaboradas para rememorar tan notable acontecimiento era no sólo oportuno sino necesario incorporar el pasado prehispánico de México. El tono de obras como la que cito a continuación es suficientemente descriptivo de toda la situación que vamos considerando.

Con objeto de presentar y dar a conocer de manera gráfica nuestro país, tanto a los mexicanos que no han podido recorrerlo, como a los moradores de países extranjeros, a quienes comúnmente llegan retratos de tipos de ínfima clase [...] me propuse formar este álbum, que da una completa idea del estado actual de México en su parte monumental, culta, industrial, agrícola y bella, logrado por

¹² Congreso Internacional de Americanistas. *Actas de la undécima reunión, México, 1895*. México, Agencia tipográfica de F. Díaz de León, 1897. P. 28.

la paz y los esfuerzos del gobierno del General Don Porfirio Díaz. [. .] Desde entonces [1876] México comenzó a marchar rápidamente hacia el progreso, hasta llegar a la altura que aquí se ve, a los cien años de su independencia y treinta y cuatro de paz ¹³

El tenor propagandístico no se esconde en ningún momento, de hecho es parte de la voluntad de nuestro autor asentar que la flamante situación mexicana se debe a los denodados esfuerzos del gobierno de Porfirio Díaz, y, por otro lado, gracias a párrafos como este podemos constatar la idea de que México estaba en toda la disposición de mostrarse al mundo, de enseñar su estado de adelanto confiado en que había alcanzado ya un lugar de privilegio y permanecía en espera de mucho más. Para cumplir con el cometido de proporcionar una idea exacta del “estado actual” mexicano se reunieron para el álbum, imágenes que retrataran al país: plazas, puertos, calzadas, parques, fachadas interesantes, templos coloniales, carreteras, campos de cultivo etc. entre estos documentos están incluidas varias láminas fotográficas de las salas del Museo Nacional de arqueología en las cuales se aprecian las piezas más atractivas que esa institución resguardaba. Hay que destacar que el pasado prehispánico puesto en pedestales y vitrinas, o sea bajo el amparo institucional, resultaba esencial en la construcción de un panorama general del país, panorama que trataba de ponerlo al nivel de los más adelantados.

Es necesario terminar con este aspecto y poner nuestra atención en los eventos internacionales en los cuales participo México para dar más coherencia a las ideas que llevo expuestas. Baste decir que efectivamente hacia los finales del régimen que a ojos de algunos tanto progreso había regado por el país, había una identificación de lo prehispánico con lo mexicano. Mauricio Tenorio asegura que

México se embarcó en una selección adicional en la ya de por sí selectiva naturaleza de las exposiciones universales, para adaptar la idea del mundo moderno a las propias circunstancias e intereses de las elites mexicanas. Dicha selección adicional es lo que llegó a conocerse como “lo mexicano”: ciencias mexicanas, arte mexicano, nacionalidad mexicana .. ¹⁴

¹³ Eugenio Espino Barros, *México en el centenario de su Independencia*. Ed. Facsimilar a la 2ª en México, Müller Hnos., 1919. Editor Juan Cortina Portilla, México, 1985.

¹⁴ Mauricio Tenorio. *Op Cit*, p 16

México y las exposiciones mundiales

Si el objetivo principal de este capítulo es encontrar el vínculo establecido entre México y el resto del mundo examinando un sólo aspecto (lo arqueológico), es de primer orden dedicar un espacio para hablar de los certámenes internacionales que a juzgar por algunos de los textos que nos dan información de primera mano, tuvieron mucho éxito en las últimas décadas del siglo pasado.

El móvil de este tipo de eventos era lo moderno desde cualquier perspectiva que se decida apreciar. Por modernas, las naciones industrializadas organizaban las exposiciones y al mismo tiempo se intentaba que en ellas los hombres pudieran contemplar la modernidad en sí misma, el adelanto.¹⁵

Parece que la primera exposición de carácter internacional se llevó a cabo antes de la mitad del siglo pero la primera que cobró fama fue la de Londres en 1851 en el Palacio de Cristal. Después de esta fecha se llevaron a cabo muchas más de forma paralela en Europa y Estado Unidos. El objetivo de estas exposiciones era mostrar los productos nacionales: la industria, las bellas artes y las artesanías u oficios.¹⁶ A decir de Daniel Schávelzon el gran objetivo perseguido por estos eventos era exhibir los grandes logros de la sociedad capitalista europea.¹⁷ El estudio de Tenorio complementa esta idea cuando dice.

Las exposiciones no eran carnavales de pasiones colectivas o individuales, ni meras fiestas para celebrar la cosecha. Su carácter festivo se traducía, sobre todo, en la celebración del logro humano de la libertad productiva, cuya suma y compendio era la veneración del libre comercio.¹⁸

Por supuesto este tipo de actividades de exhibición de materiales iban muy acorde con la aceptada noción del progreso de las sociedades a través de la industrialización y el capitalismo, por lo cual era necesario llevar todos los materiales que fueran necesarios para proporcionar una imagen cercana a la realidad de cada país que tenía un lugar en la

¹⁵ *Ibidem*, p 13 y ss.

¹⁶ Daniel Schávelzon. "El pabellón de México en la exposición internacional de París de 1889." En, *La polémica del arte nacional...*, p 174.

¹⁷ Schávelzon "El pabellón Xochicalco en la exposición internacional de París de 1867". En Schávelzon *Op Cit*, p 165

exposición. Tomando este carácter en consideración será más fácil entender porqué México participó como lo hizo hemos dicho ya que fue política puesta en práctica por el régimen de Díaz la promoción de México como nación pacífica, con suficientes recursos materiales en su suelo así como capacidad intelectual y moral para desarrollarse plenamente y ascender hacia la modernidad

Las oportunidades que tuvo nuestro país para lucirse fueron varias, pero en definitiva las exposiciones parisienses de 1867 y 1889 tanto como el Homenaje a Cristóbal Colón en 1892 fueron los momentos clave. Para los dos primeros eventos se llevaron a cabo importantes empresas arquitectónicas que obviamente involucraron arqueología mientras que para el Homenaje de Madrid, tras formar una comisión mexicana que representara a México el gobierno mandó imprimir un volumen que reproducía documentos indígenas para dar a los europeos una visión sinóptica de una grande aunque extraña civilización, del mismo modo, se llevaron a cabo varias expediciones arqueológicas para recolectar piezas prehispánicas que se exhibirían en aquella metrópoli.¹⁹

El asunto de las exposiciones internacionales cobra importancia no sólo al ser reflejo de la situación capitalista e industrializada de los países Europeos y los Estados Unidos, sino al quedarnos como el mejor ejemplo del valor que a lo largo del siglo diecinueve tuvo el concepto de continuidad otras veces mencionado. Luis Gerardo Morales toca de manera tangencial este asunto cuando estudia el museo público en México. Aunque sea ese un caso muy particular, creo pertinente rescatar una idea suya pues puede aplicarse al caso de las exposiciones mundiales. El autor resume que la didáctica del museo es observar con nuestros propios ojos la historia dispuesta en objetos, la idea se enriquece más considerando que toda clase de exhibición museística no hay tensión entre ficción y realidad, sino meras constataciones de la realidad, fotografías del pasado auténtico, verdades reflejo-objetivas de las cosas tangibles. En síntesis, dice Morales, el patriotismo y el progreso, el amor patrio, la

¹⁸ Tenorio. *Op.Cit.*, p 17.

¹⁹ Keen. *Op.Cit.*, p 428. También *Id* Beatriz de la Fuente. "Acerca del coleccionismo de objetos prehispánicos" En *México en el mundo de las colecciones de Arte*. Vol. I, p 9.

estética y la racionalidad científica integran una misma trama museológica que otorga sentido al museo como transmisor de imágenes-objeto ²⁰

Todas las exposiciones decimonónicas internacionales corresponden a un tipo de pensamiento con una idea fija: que el transcurso del tiempo en coalición con las aptitudes de las sociedades occidentales había sido la causa de que ciertos países ostentaran el liderazgo político y económico de aquel momento. Lo que mejor nos explica el pensamiento del siglo XIX, dice Geoffrey Brunn, es este concepto de continuidad. No una mera continuidad histórica, sino la fe en la continuidad como ley de la naturaleza, que afirmaba la existencia de relaciones graduales, ininterrumpidas por todo el mundo de la experiencia.²¹ Bajo estas consideraciones, es posible decir que los certámenes internacionales reflejaron nítidamente la escala con la cual el mundo Occidental medía el alcance de otros pueblos en la carrera hacia el progreso.

Visto el objetivo de las exposiciones mundiales vamos reflexionando sobre el papel mexicano dentro de ellas. Si como había dicho arriba, las exposiciones se llevaban a cabo para que cada nación mostrara su “estado de adelanto actual”, esto comprueba que tuvieron un carácter particularmente industrial y artístico. Entonces ¿por qué México recurría a sus materiales prehispánicos para presentarse? Ciertamente llevaba a tales encuentros sus tesoros de otro tipo: minerales, metales preciosos, textiles, artesanías etc., pero profundizando en las descripciones de los pabellones con los que participó, no se puede soslayar el protagonismo de la arqueología. Una primera explicación puede ser la que ofrece Michael Rowlands, que habla de la arqueología como síntoma de modernidad, se refiere por supuesto a todo el discurso que la rodea, todo aquello que convierte a la arqueología en parte de la historia real de una nación. Parafraseando a Dirck dice que somos modernos porque somos también históricamente conscientes e históricamente

²⁰ Luis Gerardo Morales. “Museo público e historia legítima en México”. En *Historia y Gráfica*. Semestral, Num. 1, Vol. I, 1993. México, Universidad Iberoamericana, p 162-3.

²¹ Geoffrey Brunn. *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*. 10ª reimp. Trad. Francisco Gonzáález Aramburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1995 P 72.

conscientes porque somos modernos. En ese sentido llevar y utilizar objetos arqueológicos, cabe perfectamente en la lógica de mostrar una imagen moderna del país.²²

Existe pues una evidente relación entre la utilización de ese tipo de objetos y la intención propagandística nacional, y, mediando esta relación, la abierta atracción que sentía Europa por los materiales arqueológicos, atracción bien aprovechada por México. Que esta actitud mexicana fuera cierta, es sólo una posibilidad que se infiere después de leer los relatos de tales sucesos y nos avisa que hubo una conciencia de la eficiencia de lo arqueológico²³ como una forma de atraer a las naciones modernas, cosa que nos lleva de la mano a la siguiente conjetura: el país había conquistado un alto grado de seguridad con respecto a su pasado arqueológico. El trabajo de Brian Fagan va en este sentido y ayuda a corroborar lo que hemos dicho.

En 1851, la exhibición londinense del palacio de Cristal reflejó el punto de vista europeo acerca del mundo. México fue representado por unos cuantos modelos de cera y una exhibición de maderas [...]. Dieciséis años después, los mexicanos presentaron una réplica del templo de Xochicalco completo, con una hilera de cráneos y exóticas tallas.²⁴

Con este párrafo se aclara que la participación en eventos internacionales fue un proceso al cual fue medianamente difícil integrarse pero al final se encontró una forma casi infalible de ser objeto de atención.

Cómo consigue México entrar a la dinámica de la modernidad occidental

Cuando México transportaba su historia a través de objetos arqueológicos (o modelos prehispánicos copiados, da igual) transmite un mensaje por medio de ellos, mensaje que se completa con el resto de los objetos en exhibición. Hablamos básicamente de dar un carácter asequible a la modernidad del país. Ahora, evitemos aparentes contradicciones, lo moderno jamás se separa de lo antiguo y de hecho guardan una relación interdependiente.

²² Michael Rowlands. "The politics of identity in archaeology". En: Clement y Gillian. (eds) *Social construction of the past*. London, Routledge. 1994, p 135

²³ Tenorio. *Op.Cit*, p 21. Dice que las exposiciones eran ocasiones para reconsiderar el pasado de occidente y sus contrastes; ocasiones, también, para una evaluación de lo antiguo y lo diferente, para crear una nueva versión del pasado y conquistar y gobernar lo exótico.

México transmite la idea de ser un país con un largo pasado y además un pasado de glorias, de arte, de ciencia, de triunfos guerreros, en una palabra, de civilización

México ambicionaba verse como un país que había asumido su pasado, verdaderamente responsable de su presente y en esa medida o siguiendo lógicamente la secuencia, teniendo reservado un magnífico futuro. por fin hay una nueva y firme confianza en el progreso de la nación. Desde luego, lo que hacía válida y segura esta promesa es que México había asumido, encontrado o aceptado por completo su origen, se había dedicado por muchos años a reelaborar una visión concatenada del pasado. De este modo es lógico ver el pasado prehispánico a la luz de conceptos de fuerza, unión, independencia y valor mexicanos, que juntos no hacían otra cosa que proyectar anacrónica pero eficazmente los ideales del presente y futuro del país, obteniéndose así una historia que sin importar cuántos o de qué tipo fueran sus diferentes periodos, había tenido siempre un mismo sentido de pervivencia nacional. Son estos los tiempos de la historiografía oficial, se escribió al fin una versión de la historia repleta de enseñanzas patrias que otrora habían nutrido discordias, ese fue el resultado de un gobierno sólido²⁵. Aceptando esto sólo queda mencionar que por todo lo que la arqueología aportó a esa nueva historia mexicana se sostiene que para la década de los ochenta del siglo pasado había transformado su propio carácter “auxiliar” hasta conquistar una importancia sin precedentes

De regreso a la idea principal que nos ha hecho llegar hasta aquí, doy por hecho que México trató de llamar la atención de los países industrializados y capitalistas. A través de las exposiciones internacionales parece empeñado en el intento de ingresar a la modernidad que caracterizaba la vida del siglo XIX. Según creo, bien se puede dar el nombre de “estrategia” (o táctica) a ese proyectarse como un país de tradición histórica remontable a tiempos inmemoriales, y a la incesante necesidad de presentarse como un país avanzando con pasos firmes en el camino de la civilización desde los primeros

²¹ Brian Fagan. *Los precursores de la Arqueología en América* Trad. Marco Antonio Sánchez García, México, Fondo de Cultura Económica, 1984. P 354

²⁵ Andrés Lira “Los indígenas y el nacionalismo mexicano” En, *El nacionalismo y el arte mexicano (IX coloquio de historia del arte)* México, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, 1986. P 23

tiempos. Muy importante –desde luego- era presentar una historia continua en la cual lo mexicano salía siempre campeante desde que se generalizó la idea de que Hidalgo había restaurado la independencia nacional, lo que equivalía a decir que la verdadera nación era la prehispánica sometida por largo tiempo pero finalmente redimida en 1810. Este pasado “enmendado” era la muestra más fehaciente de que el país era capaz de recoger toda su historia, comprenderla, estudiarla para salvarse de grandes errores y recordarla en su marcha hacia el progreso.

Ahora bien, cuando digo que M. ... se aprovechó de sus recursos arqueológicos para atraer la atención de los países desarrollados no intento asegurar que fue el único medio sino uno entre muchos otros que permitieron la promoción del país. Sintetizando lo que llevo dicho hasta aquí en una corta pregunta ¿por qué con arqueología?, respondo que fue con arqueología como se trataba de promover una imagen nacional en principio debido al valor que esta disciplina (o ciencia) tenía en Europa. El Viejo continente llevaba aproximadamente un siglo ocupado en establecer categorías de civilización o barbarie precisamente a través de esta práctica²⁶. La arqueología le proporcionó los medios suficientes y necesarios para encontrar o legitimar su preponderancia económica sobre el resto del mundo; lo había hecho aparecer como rescatador de la civilización, y, por otra parte le había dado el pretexto perfecto para incidir con más fuerza e impunidad en la vida de los territorios que quedaron sujetos a su dominio

Durante todo el siglo XIX Europa se abocó a las expediciones, recolección de piezas, publicación de obras arqueológicas, en general al estudio concienzudo de todo lo que estuviera relacionado con ese campo porque cada cosa descubierta confirmaba su versión de la historia universal, así Europa ordenaba al mundo, colocando –de acuerdo a sus parámetros- a los países en diferentes grados de desarrollo. Esto explica la extrema valoración que constantemente mostró hacia las culturas arqueológicas y de esto se

²⁶ *Vid. Supra*. Capítulo II pp 48-50 y Bruce Trigger. *Historia del pensamiento arqueológico*. Trad. Isable García Trócoli. Barcelona, Crítica. 1992. p 142. Ahí, examinando la situación de la arqueología durante el último tercio del siglo XIX dice que el principal valor de la arqueología eran las pruebas que podía aportar de que esa evolución había ocurrido en realidad, en mayor o menor grado, en diferentes partes del mundo.

desprende que todo lo relacionado con su estudio le interesaba sobre manera ¿cómo México no iba a aprovechar su riqueza monumental? Siendo tan claros los argumentos por los cuales un país estaba tan próximo al progreso como su historia no dijera lo contrario, México ceniría a aquellos argumentos su historia utilizando la arqueología como herramienta, esto a imagen y semejanza de las grandes potencias occidentales. No podemos pasar por alto un aspecto interesante, lo anterior quiere decir que México no se rebeló –ni mucho menos– ante los cánones europeos para reclamar y encontrar su lugar en el complejo escenario mundial de finales de siglo sino que se aficiona a las verdades generadas por aquel continente y reelabora su historia a partir de ellas. En vista de la suerte de contar con grandes cantidades de material arqueológico, el resto era ponerlas a funcionar tal y como se hacía del otro lado del Atlántico para congraciarse con él.²⁷

Para concluir esta sección voy a citar parte de un texto que tradujo para su publicación un periódico mexicano puesto que es versión anónima de una descripción en ruso del pabellón mexicano de 1889.

La historia de este país tiene tres épocas: dominio feliz y civilizado de los aztecas, conquista y esclavitud por los españoles, por fin la conquista de la independencia después de setenta años de guerras continuas. Hoy México adelanta con pasos gigantescos por el camino del progreso, para adelantarse a las otras naciones. Así, orgulloso de su victoria y confiado en el porvenir, no pierde ninguna ocasión para entrar en relaciones con el antiguo mundo. Se ha presentado con un esplendor particular en la plaza de Marte y construido en el uno de los más interesantes, más originales y más ricos edificios con que se puede enorgullecer la exposición. [...] La cultura en todas las direcciones se desarrolla rápidamente en México bajo la protección del gobierno. Una multitud de publicaciones que llenan las mesas y los aparadores lo atestiguan elocuentemente. [...] Admiramos las espléndidas y variadas ornamentaciones religiosas y los modelos esculpidos de dos monumentos cincelados en bronce y piedra: los dos eternizan las páginas de la historia nacional. Uno ha sido levantado a la gloria de Cuauhtémoc, el último rey azteca, y sus guerreros, que defendían su independencia con tanto valor. El segundo, dedicado al padre de la patria, Miguel Hidalgo.[...]²⁸

Después de leer el texto, resulta obvia la causa de su publicación en México. Si bien, darle validez a este texto requiere otorgarle un voto de confianza al asunto de la autoría rusa, es

²⁷ Cfr. Joseph Fontana. *Europa ante el espejo*. Barcelona, Crítica, 1994. P 130

²⁸ Anónimo. “Descripción del pabellón de 1889”. En Schávelzon *Op.Cit.*, p 171.

bastante evidente que la descripción constituye una de las mejores pruebas con las que contamos para decir que el mensaje mexicano funcionaba tal y como estuvo planeado.

El trazo que iniciamos al empezar a hablar de México representado en las exposiciones internacionales todavía no llega a su fin. El asunto que ahora me interesa es que si a aquellas reuniones se llevaban, entre otros, objetos arqueológicos y según los testimonios, la propia arquitectura de los pabellones para la exposición explotó lo arqueológico prehispánico, debemos detenernos para observar como se llega –si es que sucede- a una asimilación de todo lo que es de este tipo (netamente prehispánico u ostenta motivos del mismo estilo) a lo nacional entendido como representativo de lo mexicano.

Lo prehispánico plenamente identificado como nacional al final del siglo XIX y sobre todo en la primera década del siglo no es un hecho azaroso ni cosa similar. Con lo que hemos trabajado a lo largo de esta tesis vemos sin mucha dificultad que ello fue resultado de un proceso largo de reelaboración historiográfica que se había tomado cien años o poco más.

Lo prehispánico tiene dos formas de expresión, lo histórico y lo arqueológico y estas dos formas comparten un discurso que –como hemos visto- fue abiertamente nacionalista con especial ahínco en la segunda mitad del XIX. Ahora bien, en su forma arqueológica volvemos a señalar la mejor característica: ser algo tangible, que se comunica con un espectador y transmite el discurso que se ha elaborado a propósito de su existencia. Ese discurso había logrado por fin presentar una visión coherente de la vida del país, siempre dirigido hacia el progreso material y moral de sus habitantes, había logrado la conciliación de las distintas fases históricas. Para que esto fuera una realidad hubo que convertir en símbolos, señales inequívocas de una idea particular, elementos que daban cuenta de ese acontecer tal y como fuera pertinente para obtener una idea de nación. Lo prehispánico siendo sumamente atractivo a la manera decimonónica de pensar la historia, se convirtió en un catálogo de donde extraer esta clase de símbolos. De ahí se sigue el resto del proceso, todo el pasado de la nación –una larga época transfigurada ya en tiempos civilizados y dignos de lo bajo muchos aspectos- estaba presente por la existencia de piezas

arqueológicas o la simple alusión de motivos prehispánicos. Esto no quiere decir que sólo lo prehispánico fue utilizado para semejantes fines, sin embargo es innegable que alcanzó una popularidad insospechada. De todo esto que se pueda predecir lo que dice Abelardo Villegas sobre el nacionalismo de la Revolución. Al hablar sobre las ideologías nacionalistas define su funcionalidad con las siguientes palabras: pretenden establecer una cohesión nacional en torno a ciertos símbolos y ciertas ideas. Se parte de la heterogeneidad mexicana, racial, geográfica, cultural. Pero se quiere que todos los mexicanos, por muy diferentes que sean, se puedan identificar con esos símbolos e ideas, y a su vez, entre ellos mismos.²⁹

Sabemos que los estudiosos mexicanos estaban interesados en convencer al mundo de que el nuevo México era la continuación del antiguo y grandioso México azteca. El siguiente texto de Peñafiel es especialmente valioso porque –traducido al francés y al inglés–, explicaba el edificio mexicano a los extranjeros visitantes de la exposición parisiense de 1889.

El edificio está construido según el estilo azteca más puro, y de los materiales [recopilados y estudiados] de mi obra *Arte mexicano antiguo*[...] Entre los pabellones laterales y la parte central se han colocado seis grandes figuras para personificar en sus fundamentales acontecimientos la antigua historia mexicana, el principio y el fin de la nacionalidad y autonomía de las tribus aztecas, el principio de su ser y el fin de su periodo histórico con la conquista de Cortés.³⁰
(Ver figura 3)

Atendiendo a la ilustración no podemos dejar de notar lo lejos que está de ser una construcción de estilo “azteca”, cosa que corrobora la tergiversación ideológica que todavía trata de dar un aire de clasicismo grecolatino a las antigüedades americanas.

La arqueología mexicana hacia el siglo XX

Esta será la última parte del capítulo, quiero comenzarla con algunos ejemplos que traslucen el estado en que se encontraba la arqueología durante la primera década del siglo

²⁹ Abelardo Villegas. “El sustento ideológico del nacionalismo mexicano”. En *El nacionalismo y el arte mexicano*, p 399



Figura 3

Fachada del pabellon de Mexico en la Exposicion de Paris 1889

Proyecto de Antonio Peñafiel

Fuente: Mauricio Tenorio. *Artífugio de la nación moderna: México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: 1998.

XX. Son ejemplos de voz institucional, es importarte marcarlo porque justamente uno de los aspectos que ponen en evidencia la estrecha relación entre nacionalismo y arqueología es la institucionalización de esta última. Para abreviar esa situación apuntamos que durante el porfiriato se alcanzó una alta productividad, el Museo Nacional recibió incrementados recursos para el cumplimiento de sus funciones como repositorio de las antigüedades. Se llevaron a cabo las primeras jornadas de reconstrucción arqueológica en Teotihuacan y Mitla, se comenzó la publicación de los *Anales* del Museo, se creó el cargo de Conservador de monumentos y en 1896 se expidió la ley que asentaba que los monumentos lógicos eran patrimonio de la nación.³¹

El primer ejemplo proviene de un texto de Leopoldo Batres, quien desempeñó por decreto presidencial el cargo de conservador. Este texto se publicó en 1903 fundamentalmente para discutir las opiniones expresadas por Alfredo Chavero sobre un monolito prehispánico. Después de que Batres expone todos sus argumentos concluye la disputa diciendo:

La arqueología es una ciencia que exige, en todas sus manifestaciones, la comprobación científica y repele el empirismo que tantos males ha causado y causa a nuestra historia. [...] para desbaratar los errores que en tales escritos se asientan, se necesitaría el transcurso de muchos años y la desaparición de algunas generaciones que habrán sido nutridas con falsos conceptos. Es necesario convencerse de que para ser arqueólogo es indispensable perder el miedo, salir de casa y hacer estudios sobre el terreno, pero que estos estudios sean precedido de competencia en la materia, para no tomar lo apócrifo por el original, como sucede casi siempre.³²

Tenemos aquí una descripción que será en adelante típica de la labor del arqueólogo, si como vimos antes, ya mediando el siglo pasado todavía era difícil establecer con claridad qué hacía la arqueología, esto no representaba ya ninguna dificultad.

El otro caso que referí al principio de este apartado es un pedazo del texto que sirvió para representar a la sociedad científica Antonio Alzate en el concurso que se llevó a cabo

³⁰ Antonio Peñafiel. "Explicación del pabellón mexicano de París de 1889". En, Schávelzon *Op.Cit.*, p 177.

³¹ Justin R. Hyland, "Archaeological mediations of the Conquest" En, *KAS Papers*, Nos. 73-74, p97.

³² Leopoldo Batres. *Tláloc? Exploración arqueológica al oriente del Valle de México*. México, Gante, 1903. P 7

durante las celebraciones del centenario de la Independencia. El párrafo introductorio dice así:

La ciencia de la antigüedades, iniciada en Nueva España por los frailes franciscanos al promediar del siglo XVI, alcanzó cultura y desarrollo no comunes en la Nación mexicana, durante la centuria que comprende la proclamación de nuestra Independencia y el año que cerró la primera década de este siglo del trabajo y del estudio. Son los pueblos ricos en tradiciones y en historia, los que sondan por instinto en las fuentes del pasado; así resulta racional el que sean historiadores quienes preparen el estudio de la Arqueología entre nosotros, y digo esto, por ser la Arqueología fundamento de la historia. Hermosa ciencia aquella cuya voz despiertan las generaciones pretéritas, sacuden el polvo soporoso de los siglos, toman gestos y actitudes de otros días, y dan calor y movimiento a un escenario en el que revolotean luminosos los átomos generadores del presente! ³³

Lo primero que llama la atención es que se diga que la ciencia de las antigüedades haya iniciado con la colonia, esto es dar por sentado que el viejo interés en todo lo tocante a la gentilidad e idolatría de los pueblos precolombinos fuera genuinamente científico. Luego viene el protagonismo del siglo XIX, siglo “del trabajo y del estudio” en el que todo lo estudiable adquirió el lugar que ocuparía para siempre, la arqueología ha probado ya con suficiencia su utilidad como herramienta de la historia. Gracias a las últimas líneas que escribió Mena podemos medir el grado de importancia que la arqueología adquirió en aquella actualidad. Finalmente se logró, la arqueología llenaba de vida pasada la vida de la nación, había una correspondencia completa entre lo que los objetos habían sido y su significación decimonónica, esto sólo pudo lograrse después de más de medio siglo de historiografía sobre el México Antiguo, una historiografía consecuente con los más vivos deseos de unificar la experiencia documentada del país.

En 1910 llegó el momento perfecto para hacer gala de todos los logros mexicanos. Desde 1880 se venía contemplando la idea de que México organizara una exposición universal, a partir de ese momento empezaron a ponerse fechas para llevar a cabo semejante evento pero tarde o temprano quedaban pospuestas. El último intento serio fue el que llegó de parte del fundador de la Sociedad de Consumo, Antonio Medina y Ormaechea, quien proponía

³³ Ramón Mena. *La ciencia arqueológica en México desde la proclamación de la independencia hasta nuestros días*. México, Tipografía Vda De F Díaz de León, Sucs, 1911. P 3

organizar la exposición para festejar el primer centenario de la independencia mexicana. La cuestión suscitó debate, había muchas dudas respecto a la conveniencia de este certámen a pesar de que muchos –incluidos miembros de la elite– estaban seguros de que la exposición sería una forma de traer progreso al país.³⁴ Sin embargo, el evento internacional no se llevó a cabo y la celebración se redujo al festejo nacional aunque no por ello fue modesto, ni faltaron invitados extranjeros. De todas formas, a la manera de las exposiciones internacionales, en los festejos habría de todo, todo cuanto representara a la nación, y la arqueología tendría su lugar por supuesto. Hemos hablado de algunas publicaciones conmemorativas, también hubo exposiciones importantes y por supuesto un desfile, en el que las alusiones al pasado prehispánico no se extrañaron. Ahora bien, con esto trato de dar más fondo al aspecto central que íbamos tratando; la arqueología mexicana suministraba cuanto fuera necesario para hacer de la nación una realidad histórica.

Si examinamos el motivo de las celebraciones en realidad nada hay que conecte al acontecimiento emancipador con los trabajos de la arqueología mexicana. Se trata pues, de que la fecha resultó coyuntural para poner en marcha una retórica en torno a la vida nacional. De tal suerte, todo el discurso que hablaba de un *mexicanismo prehispánico* (luchas por la independencia desde aquellos tiempos), de una gloriosa civilización, de un espíritu sublime, de una nación incólume por tantos siglos, etc., tuvo entonces todo el sentido porque las circunstancias del México porfiriano parecían no contradecir aquello. La arqueología había resultado la mejor herramienta para unificar la historia mexicana, para cohesionar los intereses de la sociedad, para confirmar como verdadera y duradera la promesa de progreso y modernidad.

Desde 1999 sabemos perfectamente que aquella prosperidad era sólo apariencia, se ha vuelto un lugar común denunciar el altísimo costo social que tuvo el orden de finales de siglo, pero no pretendo profundizar en ello, la intención es terminar el capítulo explorando los resultados que permitió el larguísimo trabajo de construcción histórica y desempeño arqueológico que hemos tratado a lo largo de la tesis. De este modo podemos obtener una

³⁴ Vid. Tenorio. *Op.Cit.*, pp 76-77.

idea asequible de la relación entre las posibilidades de explicación histórica que abrió el mundo de la investigación científica y la puesta en práctica de un proyecto nacional

La historiografía alimentada cada vez mas con los conocimientos que la arqueología aportaba había construido un pasado prehispánico ideal, con actores históricos no menos alejados de la realidad. Esto era preciso en resumidas cuentas porque, según la línea progresista de pensamiento, las aptitudes que debiera tener el país para entrar adecuadamente al siglo XX se desprendían directamente de su experiencia histórica, siendo así, los estudiosos se abocarían a que la correspondencia fuera más que confiable.

Una rápida revisión de la obra del arqueólogo Manuel Gamio titulada nada menos que *Forjando Patria* nos permite apreciarla como un buen ejemplo del momento de transición ideológica. El asunto de más interés en esta obra es por supuesto el indígena, un ser puesto en una situación francamente ambivalente. Poniendo en evidencia todo su raigambre decimonónico, Gamio destaca en todo momento la importancia de los monumentos arqueológicos como evidencia de la capacidad superior del indígena (el indígena prehispánico). Pero al mismo tiempo, examinando las circunstancias contemporáneas de los indígenas, concluye que se encuentran en el atraso. El hecho de que los indígenas contemporáneos tuviesen en su vida cotidiana los rasgos básicos heredados de una civilización milenaria no era motivo de orgullo pues no daban un cimiento sólido para fincar ahí un proyecto de desarrollo nacional.³⁵

Es clara entonces la postura transicional de Gamio, bajo el influjo progresista decimonónico que recibió y profundamente convencido de la verdad profética de la Revolución, propugnaba por la integración de los indígenas marginados al progreso. Con esta postura tan ambivalente que por un lado alaba el pasado indígena pero por otra encuentra ahí mismo las raíces de su estancamiento, se robustece la idea de que la completa integración a la cultura occidental era la única forma de salvar el atraso sempiterno, México

³⁵ Luis Gerardo Morales, "El indigenismo liberal revolucionario" En, *La antigüedad mexicana en la historiografía (1780-1990)*, p 156

eliminaría así todos los obstáculos en la marcha hacia el progreso. Suponemos por último que eso era precisamente forjar patria.

La visión de Gamio constituye una mezcla en la forma de pensar el pasado mexicano. Esta muy presente la visión decimonónica que hacía de los objetos prehispánicos piezas de museo que narraban la historia antigua de la nación. Pero, al mismo tiempo triunfa la noción revolucionaria que lanzaría un nuevo proyecto nacional basado en la unión de clases para progresar como país, para ello era preciso dejar lo rudimentario del pasado en las vitrinas.

Para concluir el capítulo me gustaría conectar lo último que hemos dicho con lo que nos ocupó el resto de la tesis. La labor del franco nacionalismo historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX, proporcionó la materia prima para construir al sujeto actuante en el discurso revolucionario. Todo lo que se trabajó en el terreno arqueológico incluido por supuesto todo lo que ello contribuyó a consolidar, puso algunas de las bases más importantes de para que el país, apenas entrado el siglo en el que vivimos, construyera una imagen completa (no quiere decir verdadera, en el sentido de objetividad) de sí mismo.

CONCLUSIONES

Lo arqueológico es el elemento que permite hacer una lectura nueva del pasado prehispánico historiado en el siglo XIX. En medio del discurso los materiales arqueológicos dan pie para hacer aquel momento histórico redimible, aceptable y a final de cuentas atractivo. Siempre que lo arqueológico asiste al discurso historiográfico posterior a 1850 muestra una relación de interdependencia o mutuo soporte con la ideología nacionalista mexicana.

La inestabilidad política y la inconsistencia social por la que atravesó México en las primeras décadas del siglo XIX indujeron o encausaron al país a buscar y construir una nación. En semejante tarea el país no era del todo neófito, contaba con una tradición proveniente de la historiografía criolla, que en su tiempo había hecho lo propio la querrela constante frente a la metrópoli española. Esa tradición historiográfica consiguió una defensa protonacionalista exaltando las riquezas de la patria y aprovechando toda la historia gloriosa de los días anteriores a la conquista. Precisamente de esa tradición se prende el impulso nacionalista del XIX, recurriendo, por así decirlo a su herencia discursiva. Como otrora lo hizo la historiografía criolla, la del siglo pasado volvió su mirada hacia el pasado remoto pero, a diferencia de aquella, la arqueología apareció como un componente vital del discurso. La antigüedad se convirtió en una verdad de piedra (literalmente hablando) porque para todos los argumentos criollos que acrecentaban el valor del pasado prehispánico se encontraron pruebas arqueológicas que despejaban todas las dudas.

La arqueología, merced a su temperamento científico nacido en el seno del pensamiento evolucionista del siglo XIX, sirvió como instrumento político de los sectores que pugnarón por el fortalecimiento nacional. Bajo este esquema se pensó que la arqueología se encargaría de revelar todos los misterios que la historia no había conseguido esclarecer por sí misma, en otras palabras, los conocimientos arqueológicos subsanarían todos los huecos de la historia pero esto no sucedió. Como se demuestra en esta tesis, la arqueología efectivamente hizo muchos y muy grandes descubrimientos pero ninguno “cambió la historia” ni la completó en sentido estricto. Por más irónico que parezca, la

arqueología y toda su novedad, en cuanto interactuaba con la historia aceptaba de antemano los juicios que hacía mucho se habían emitido acerca del pasado. Por ello la función de la arqueología se tradujo en prestar toda clase de pruebas para petrificar la verdad sobre la historia. Solamente reforzaba y monumentalizaba la versión conveniente de la historia, por eso decimos que se convirtió en un excelente recurso para legitimar una tendencia política.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX el principal objetivo de la historiografía mexicana fue reconstruir la vida de una misma nación a través del tiempo, en ello, el pasado prehispánico desempeñó un papel determinante, en primer lugar, por ser materia hasta ese momento de difícil asimilación e incorporación a una historia moderna y científica, en segundo, debido al furor arqueológico que imperaba en Europa y los Estados Unidos. La arqueología no tardó en formar parte de la maquinaria que México echaría a funcionar para captar la atención de los países modernos. Bajo el consabido propósito de elaborar una imagen progresista y civilizada de estas latitudes mexicanas puso a funcionar un enorme mecanismo histórico que, a partir del contacto entre los engranes del pasado y el futuro, dispensaba la idea conveniente del presente.

El apogeo arqueológico mexicano es un fenómeno que revela una de las más profundas relaciones entre México y el Viejo continente, la actividad mexicana en torno a esa disciplina denuncia que México encontró un modelo nacional (moderno) al cual comenzaba a seguir incondicionalmente. México se sometió a los cánones metodológicos europeos para explicar su propia historia y se interesó en hallar las pruebas de su propio desarrollo en aquello que el pensamiento occidental consideraba *evidencia*. Lo que hace sumamente peculiar el caso mexicano es que las ideas defensoras de la capacidad y valía de las culturas precolombinas no eran siempre bienvenidas por los estudiosos extranjeros. Los ataques de corte racista siguieron a la orden del día por lo menos hasta la mitad del siglo XIX, de ahí que el nuevo discurso histórico sobre la antigüedad mexicana resultó una combinación entre los reclamos patrióticos de antaño o “a lo criollo” y un consentimiento inagotable con respecto a los parámetros europeos. Esto revela una ambición ciega de acceder a la modernidad.

La arqueología mexicana surgió a imagen y semejanza de la europea. Se imitaron los modelos románticos que hicieron del ejercicio arqueológico una profesión de viajeros intrépidos y embelesamiento ante silenciosas ciudades en ruinas. Pero este conjunto de sentimientos mexicanos no obedecía estrictamente a la nostalgia de la vida rústica por oposición a la industrializada, eso era más una realidad europea que mexicana. Detrás de esa imitación México trata de encajar en la vida moderna occidental. Si la arqueología estaba en boga allá por las razones que fuese, y si los estudios en ese campo se admiraban tanto y hacían más valiosas, poderosas y cultas a las naciones del otro lado del Atlántico, eso mismo emularía nuestro país para atraer atención del mundo civilizado. Afortunadamente México contaba con mucho material arqueológico, sin duda fue eso lo que le permitió no cejar en el intento de integrarse a la vida moderna.

La nacionalización del pasado en la historiografía mexicana del siglo XIX, gira, como se vio en este trabajo, en torno a dos aspectos fundamentales: minimizar la diferencia y monumentalizar el pasado. Esto es, en México, hacer historia antigua, que respondiera a las expectativas de una nación moderna implicó una renuncia a la diversidad étnica, cuando menos en términos de discurso, no me atrevo a decir más por que el caso no se trata en la tesis. Esta renuncia a la diferencia puede comprobarse en un hecho historiográfico al que antes me he referido como aztequización. La versión que resultaba conveniente a los intereses nacionalistas de la elite en el poder, requería de una sola “nación” protagonista con la cual pudiera identificarse el valor, el adelanto científico y la lucha por la “independencia mexicana”, era fundamental también que se tratara de una nación victoriosa y que fácilmente pudiera investirse de heroicidad... qué mejor que la “azteca”, que luchando contra todo tipo de adversidades llegó a ser dueña y señora del Valle de México y que llegada la trágica hora de la conquista, luchó hasta el fin por su “soberanía”. Después comienza el intento por rutificar el pasado de esa única nación para hacer un solo camino de sitios arqueológicos que constatan el tránsito de la civilización. Esto último, en mi opinión, es la expresión concreta de un pasado monumental, que engrandecía los logros de la nación.

La forma en que se miran los objetos arqueológicos revela las aspiraciones mexicanas del siglo XIX. La mayoría de los objetos se “deforman”, es decir se egiptizan o se grecolatinizan porque la apreciación arqueológica de los mexicanos no intentó inaugurar una nueva forma de observar los objetos sino que se apegaba a las formas que Europa aceptaba y apreciaba por sus acusados rasgos de adelanto cultural o mérito artístico. La reivindicación de los objetos prehispánicos en el terreno estético condujo a los estudiosos por caminos espinosos y que los pusieron en situaciones incómodas. Debido a que las formas prehispánicas distaban mucho de lo bello decimonónico, los historiadores y arqueólogos mexicanos trataron de diluir el problema enfatizando que la riqueza de las piezas estaba desde luego en su contenido histórico y no necesariamente en la presentación del objeto. Sólo así el pasado mexicano podría compartir lugar junto al griego o egipcio por ejemplo, ya que estéticamente hablando la mayoría de las veces ni los más condescendientes se comprometían a hermostear las piezas arqueológicas mexicanas.

Considerando que la arqueología aportaba evidencias sobre el pasado fue fundamental en un discurso histórico apegado al modelo evolucionista de pensamiento. En este modelo, el pasado era una retrospección del futuro. El análisis que llevé a cabo en esta tesis lo describe con claridad. El pasado mexicano se engrandecía casi en una proporción regular a las metas que se propuso el país al avanzar el siglo XIX. Todos los episodios del pasado se convirtieron en dechados de valores cívicos, adelanto científico, victorias en la guerra etc..., porque entre mejor lugar tomara en la línea histórica del pasado, más lógico resultaba un gran futuro.

La historiografía de la segunda mitad del siglo XIX está, casi completamente, estructurada en función de los objetos arqueológicos, indicio de que algo estaba logrando en su pretensión de consolidar una imagen nacional a partir de la historia antigua. Hubo, sin duda, una confianza recobrada respecto al pasado mexicano. Aparte de las conquistas del discurso al interior del país, el objetivo siguiente fue construir una imagen nacional que representase al México moderno en el extranjero. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, la participación mexicana en los certámenes internacionales se convirtió en un esfuerzo constante por concretar mediante objetos –muchos de ellos

arqueológicos- la existencia de una nación: antigua pero moderna. En esto no hay contradicción porque en una nación (tal y como se entendía el término después de la Revolución Francesa) vale en función de su legitimidad, cualidad inherente a su antigüedad; pero la nación vale también porque es la encarnación de la modernidad. Es la representación de una sociedad armónica en continua marcha hacia el progreso, o sea, la constante superación filosófica y material. México no dudó de la garantía de tal promesa, por eso, para presentarse moderno transportaba su historia en objetos que le permitieran una proyección de gloria y prosperidad, asimismo llegaba a los eventos internacionales provisto de materias primas, tecnología, artes y artesanía en representación de su presente. Por más que a la exhibición asistieran pasado y presente, no implicaban otra cosa que evocación del futuro aunque éste no se podía "exponer" objetivamente hablando.

Las obras conmemorativas del primer centenario de la independencia de México, demuestran que gracias a la reelaboración historiográfica de la segunda mitad del siglo XIX sobre la antigüedad, todo lo prehispánico se entendió como emblemático de lo mexicano, es decir, nacional. La época del nacionalismo muralista de los veinte y treinta es una muestra de ese pasado –completamente reivindicado en su carga histórica y estética- es un nuevo espejismo de la nación. Esbozo una hipótesis sobre los efectos lejanos y no por eso poco profundos del discurso histórico mexicano: el nacionalismo mexicano de los gobiernos revolucionarios explotó al máximo el pasado prehispánico mexicano para transfigurar al indígena. Igual que en el siglo XIX se recurre a un pasado prehispánico identificado con lo nacional por valioso, pero a diferencia del siglo XIX, en el XX hay una identificación de aquel pasado glorioso con el indígena actual, de tal suerte que se inviste con los atributos del indígena muerto e idealizado para hacerlo un nuevo sujeto histórico que promueva el cambio social. En otras palabras, la idea sobre el pasado prehispánico en los primeros años del siglo en que vivimos puede entenderse como una creación de la historiografía decimonónica en conjunción con los ideales de la Revolución de 1910 si tomamos en cuenta que las visiones sobre el indígena que presentan la versión del XIX por un lado y el discurso revolucionario por otro, no están tan lejos una de la otra. La primera mira al indio de hace siglos, un indio cuyo pasado admirable quedó como herencia para México. La segunda mira al indio contemporáneo, lo incorpora a la sociedad, en buena medida,

basándose en aquella valoración decimonónica de los logros de sus antepasados, pero lo convierte en un sujeto revolucionario.

Parte de la eficacia que tiene aun en nuestros días un objeto arqueológico como proveedor inmediato de un sentimiento nacionalista por más vago que sea, tiene su origen en el espacio historiográfico que les fue construido o donado en la historiografía nacional durante el siglo pasado, sobre todo durante la segunda mitad. Esta eficacia consiste en que, envueltos en esta particular forma de discurso nacionalista, el objeto evoca –por no decir emana– por sí mismo la historia, una historia que se muestra digna de recordarse al menos por lo trágica que se presenta así, reducida a objetos del pasado. Estos, los objetos, las piezas o ruinas, quedan para la posteridad cubiertos con un valor impuesto. De esos restos de historia sentiremos orgullo si nos preciamos, primero de ser mexicanos y después de ser cultos. Comprobándose así que el discurso histórico nacionalista que he analizado tiene todavía efecto entre nosotros.

BIBLIOGRAFIA

Álvarez, Ignacio. *Estudios sobre la historia general de México*. 6 t. Zacatecas, Imprenta Económica Mariano Ruiz de Esparza, 1875.

Alzate, José Antonio. "Descripción de las antigüedades de Xochicalco". En *Suplemento a la Gazeta de literatura*. México, Felipe Zuñiga y Ontiveros, 1791.

Anales del Museo Nacional. México, El Museo Nacional, 1ª época, 1877-1909. 12 v.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. 2ª ed. Trad Eduardo L. Suárez. México, Fondo de Cultura Económica, 1991. (Colección popular, 498)

Arce, Javier y Ricardo Olmos (Coords). *Historiografía de la arqueología y de la historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1991.

Batres, Leopoldo. *¿Tlaloc?. Exploración arqueológica del oriente del Valle de México*. México Imprenta Gante, 1903.

Bernal, Ignacio. *Historia de la arqueología en México*. 2ª ed. México, Porrúa, 1992.

Bond, George Clemen and Angela Gilliam (Eds). *Social construction of the past*. London, Routledge, 1994.

Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México, Era, 1985.

_____. *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la República criolla 1492-1867*. Trad. Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Bruun, Geoffrey. *La Europa del siglo XIX (1815-1914)*. 10 reimp. Trad. Francisco González Aramburo. México, Fondo de Cultura Económica, 1995. 250 p. (Breviarios, 172)

Bustamante, Carlos María de. *Mañanas de la Alameda de México*. 2 t. Ed facsimilar a la de 1835. México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana de la Secretaría de Gobernación, 1986.

_____. (Ed). *Tezcoco en los últimos tiempos de sus antiguos reyes, o sea relación tomada de los manuscritos inéditos de Boturini; redactados por el Lic. Mariano Veytia*. México, Imprenta de Mariano Galván Rivera, 1826.

Carbajal Espinosa, Francisco. *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX*. T.I México, Tip. Juan Abadiano, 1862. 682 p.

Chapman, Malcom, Maryon Mc. Donald and Elizabeth Tonkin (Eds). *History and Ethnicity*. London, Routledge, 1989.

Charnay Desiré. "La ciudad Corillard". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, bimestral, noviembre-diciembre, vol IV. no. 22. 1996, pp 32-33.

Chavero, Alfredo. *Historia antigua y de la conquista*. Vol 1 de *México a través de los siglos*. 4ª ed. México, Cumbre, 1953.

Congreso internacional de americanistas. *Actas de la undécima reunión*. México 1895. Méxio, F. Díaz de Leon, 1897.

Espino Barros, Eugenio. *México en el Centenario de su Independencia*. Ed facsimilar a la 2ª de 1910. México, Juan Cortina Portilla, 1985.

Fagan, Brian. *Precursores de la arqueología en América*. Trad. Marco Antonio Sánchez García, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Florescano, Enrique y Rafael Rojas. "El Ocaso de la Nueva España". México, Clio, 1996. (La antorcha encendida, vol 1).

Florescano, Enrique. (Coord). *El patrimonio nacional de México*. Vol II, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Fontana, Joseph. *Europa ante el espejo*. Barcelona, Critica, 1994, (La construcción de Europa).

Friedman, Jonathan. *Cultural identity and global process*. London, Redwood books, 1994.

García Cubas, Antonio. "Ensayo de un estudio comparativo entre las pirámides egipcias y mexicanas" En *Escritos diversos*. México, Imp de Ignacio Escalante, 1874.

_____. "Ruinas de la antigua Tollan" En *Escritos diversos 1870-1874*. México, Imp de Ignacio Escalante, 1874.

_____. *Cuadro geográfico, estadístico, descriptivo e histórico de los Estados Unidos Mexicanos. Obra que sirve de texto al Atlas pintoresco de Antonio G. C.* México, Tip. De la Secretaría de Fomento, 1885.

_____. *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*. 5v. México, Antigua imprenta de Murguía, 1888.

_____. *Compendio de la Historia de México y de su civilización*. México, Imp del Sagrado Corazón de Jesús, 1890.

García, Genaro (Coord). *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del primer centenario de la Independencia de México*. 7 v. México, Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnología, 1910.

G. de Vos y L. Romannucci-Ross (Eds). *Ethnic identity: cultural continuities and change*. Chicago, Chicago University Press, 1982.

Gerbi, Antonello. *La naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristobal Colón a Gonzalo Fernández Oviedo*. Trad. Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

Granados y Gálvez, Joseph Joaquín. *Tardes americanas. Gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana. Sucesos, casos notables, y cosas ignoradas, desde la*

entrada de la Gran nación tolteca a esta tierra de Anahuac, hasta los presentes tiempos. Reimpresión de la edición facsimilar, México, CONDUMEX, 1983.

Guedea Virginia (Coord). *El surgimiento de la historiografía nacional*. Vol III, Ortega y Medina, Juan Antonio y Rosa Camelo (Coords). *Historiografía Mexicana*. 5v. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.

Gutrom Gjessing. "Archaeology, nationalism, and society". En Mandelbawm, David, Lasker, Gabriel W, Albert Ethel M. (Eds) *The teaching of anthropology*. University of California, 1963.

Humboldt, Alexander von. *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Prólogo, Miguel S. Winszeck, México, Secretaría de hacienda y Crédito Público, 1974.

Hyland, Justin R. "Archaeological mediations of the conquest and constructions of Mexican national identity". En *KAS Papers*, Nos 73-74. Pp 92-114.

Jones, Lindsay. *Twin city tales: a hermeneutical reassessment of Tula and Chichén Itzá*. University Press Colorado, 1995.

Keane, John. "Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa" En. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, Barcelona, España, Vol 46, No. 2, junio, 1994, pp 203-212.

Keen, Benjamin. *La imagen azteca*. Trad. Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Kohl, Philip L. And Clare Fawcett. (Eds) *Nationalism, politics and the practice of archaeology*. Great Britain, Cambridge University Press, 1995.

König, Hans-Joachim. "Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del Estado y la nación en América Latina". En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, Dir. Luis González. Ed, Josefina Vázquez, México, T. XXXVIII, 1995, pp 5-25.

Lafaye, Jaques. *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*. Trad. Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte. México, Fondo de Cultura Económica, 4ª reimp, 1995.

Larráinzar, Manuel. *Estudios sobre la historia de América, sus ruinas y antigüedades, comparadas con lo más notable que se conoce del otro continente en los tiempos más remotos y sobre el origen de sus habitantes*. 5 v. México, Villanueva, Villageliu y Cía, 1875.

Layton, Robert.(Ed). *Who needs the past?* London, Unwin Hyman, 1989.

León y Gama, Antonio de. Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que está formando en la Plaza principal de México se hallaron en ella el año de 1790. 2ª ed. Carlos María de Bustamente, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1832.

Lombardo de Ruiz, Sonia. *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1988. (Fuentes).

Maler, Teobert. "Yaxchilán". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, bimestral, noviembre-diciembre, vol IV, no. 22, 1996, pp 34-35.

Martínez Hernández, José Luis. "Lorenzo Boturini y su Museo Histórico Indiano". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, bimestral, septiembre-octubre, vol III, no. 15, 1995, pp. 64-70.

Matos Moctezuma, Eduardo. "De Coatlicue a Templo Mayor". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, bimestral, marzo-abril, vol V, no. 30, 1996, pp 18-25.

Matute, Alvaro. *Ensayos historiográficos*. México, Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos, 1997.

Mena, Ramón. *La ciencia arqueológica en México desde la proclamación de la independencia hasta nuestros días*. México, Vda. De F. Díaz de León, Suc, 1911.

Mendoza Gumesindo. *Catálogo de las colecciones histórica y arqueológica del Museo Nacional de México*. 2ª ed. México, Ignacio Escalante, 1882.

Mier, Servando Teresa de. *Historia de la revolución de la Nueva España*. Edición crítica, André Sain-Lu, Marie-Cécile Bénassy-Berling, Jeanne Chenu, Jean-Pierre Clément, André Pons, Marie-Laure Rieu-Milliam, Paul Roche. Prefacio de David Brading. Publications de la Sorbone, 1990.

Miller, D., M. Rowlands and C. Tilley. (Eds) *Domination and resistance*. London, Unwin Hyman, 1988.

Morales, Luis Gerardo. (Comp) *La antigüedad mexicana en la historiografía (1780-1990)*. México, Universidad Iberoamericana-Departamento de Historia, 1994. (Antologías universitarias)

_____. "Museo e historia legítima en México". En *Historia y Grafía*. Semestral, Vol I, No. 1. Universidad Iberoamericana, 1993, pp 157-163.

Moreno de los Arcos, Roberto. "Las notas de Alzate a la Historia de Clavijero". En *Estudios de Cultura Náhuatl*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Vol X, 1972, pp 359-373.

El Museo Mexicano o miscelánea pintoresca de amenidades curiosas e instructivas. 5 t. México, Ignacio Cumplido, 1843.

El nacionalismo y el arte mexicano. (IX Coloquio de historia del arte). México, Universidad Nacional Autónoma de México- Instituto de Investigaciones Estéticas, 1986. (Estudios de arte y estética, 26) 410 p.

Nebel, Carlos. *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana 1829-1834*. París-México, 1840.

Noriega, Cecilia (Ed). *El nacionalismo en México. (VIII Coloquio de antropología e historia regionales)*. Zamora, Mich, México. El Colegio de Michoacán, 1992.

Orozco y Berra, Manuel. (Coordinador) *Diccionario Universal de historia y geografía*. 10 v. México. Tip. Rafael-Rafael, 1853-1856.

_____. *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México, Andrade y Escalante, 1864.

_____. *Historia antigua y de la conquista*. 4 v. México, Imp de Gonzálo Esteve, 1880.

Ortega y Medina, Juan A. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. 2ª ed, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

Oviedo y Romero, Aurelio Ma. *Epítome de la historia antigua media y moderna de México*. 2ª ed. México, Ch. Bouret, 1887.

Payno, Manuel. *Compendio de la historia de México*. México, F. Díaz de León, 1880.

Peñafiel, Antonio. *Explication de l'Edifice mexicain*. (ed. Trilingüe) Barcelona, Espasa y Cía. 1889.

_____. *Monumentos del arte mexicano antiguo*. 3 v. Berlín, A. Asher Co, 1890.

Percibal Maudslay, Alfred. "Ruinas de Menché". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, biemstral, noviembre-diciembre, vol IV, no. 22, 1996, pp 30-31.

Pi-Suñer Llorens, Antonia (Coord). *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*. Vol IV, Ortega y Medina, Juan Antonio y Rosa Camelo (Coords). *Historiografía Mexicana*. 5v. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1997.

Prieto, Guillermo. *Lecciones de historia patria*. México, Secretaría de Fomento, 1886.

Ramírez, José Fernando. "Notas y esclarecimiento a la Historia de la Conquista de México del Sr. W. Prescott". En *José Fernando Ramírez, Relatos históricos (1804-1871)* Prólogo, selección y notas Ernesto de la Torre Villar. México, Universidad Nacional Autónoma de México- Coordinación de Humanidades, 1987. (Biblioteca del estudiante universitario, 107).

Riva Palacio, Vicente. *Los Ceros (Galería de Contemporáneos)*. José Ortiz Monasterio (Coord) Obras escogidas. México, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora-Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

Rivera, Agustín. "Viaje a las Ruinas de Chicomoztoc". México. Tipografía de José Martín, 1874.

_____. "Retracción que hace Agustín Rivera de su opinión sobre el origen de la escultura". México, San Juan de los Lagos, Tip de José Martín, 1877.

_____. *Compendio de historia antigua de México*. T 1. México, Tipografía de José Martín, 1878.

Roa Bárcena, José María. *Catecismo elemental de historia de México: Desde su fundación hasta mediados del siglo XIX*. México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1862.

_____. *Ensayos de una historia anecdótica de México en los tiempos fabulosos anteriores a la conquista española*. México, Imp. Literaria, 1862.

_____. *Compendio de historia profana*. México, Eugenio Maillefert, 1870.

Sáenz, Olga. (Coord). México en el mundo de las colecciones de arte. 5 v. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Azabache, 1999

Said, Edward W. *Orientalism*. Great Britain, Penguin books, 1987.

Schávelzon, Daniel. (Comp) *La polémica del arte nacional 1850-1910*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Shennan. Stephen . J. (Ed) *Archaeological approaches to cultural identity*. London, Unwin Hyman, 1989.

Sherratt, Andrew. *The Cambridge Encyclopedia of Archaeology*. Cambridge University Press, 1980.

Sian, Jones and Paul Graves-Brown (Eds). *Cultural identity and archaeology*. London, Routledge, 1996.

Sierra, Justo. *Compendio de la historia de la antigüedad*. México, José Ma. Sandoval, 1879.

Sierra, Justo. *Elementos de Historia general para las escuelas primarias*. México, Dublán y Comp, 1888.

Stephens, John. L. "Expedición a Palenque". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco, México, bimestral, junio-julio, vol I, no. 2, 1993, pp 31-34.

Tenorio Trillo, Mauricio. *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. Trad. Germán Franco, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Trigger, Bruce. *Historia del pensamiento arqueológico*. Trad. Isabel García Trócoli. Barcelona, Crítica, 1992.

Valle, Perla. "Lord Kingsbolough (1795-1814), precursor de la memoria capturada". En *Arqueología mexicana*. Dir. Ma. Teresa Franco. México, bimestral, julio-agosto, vol III, no. 14, 1995, pp 58-61.

Weill, George. *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. Trad. José López Pérez. México, Hispanoamericana, 1961. (Evolución de la humanidad, 131).